

Patricia B. McConnell

AL OTRO

EXTREMO

DE LA

CORREA

Por qué a veces nosotros no entendemos a los perros
y ellos tampoco nos entienden a nosotros



ESPA
PDF

¿Cómo es posible que su perro se sienta con toda parsimonia cuando usted le está pidiendo que venga a toda prisa? ¿Por qué ladra todavía más fuerte cuando usted le dice que deje de hacerlo («calla, calla, ¡CÁLLATE!»)? ¿Por qué será que le mira con esa cara de sufrida resignación cuando usted le está felicitando con efusivos abrazos o cariñosos golpecitos en la cabeza?

Para Patricia B. McConnell, etóloga especialista en comportamiento canino con más de veinte años de

experiencia, la razón es muy simple: nosotros actuamos como primates y nuestros perros como cánidos (que al fin y al cabo es lo que somos, unos y otros). Hablamos con códigos diferentes e interpretamos los signos del otro sin ni siquiera sospechar todo lo que se llega a perder en la traducción. Y su perro quizás no es que sea desobediente, sino que no tiene ni la más remota idea de lo que usted le está pidiendo.

«Sencillamente, al otro lado de la

correa es el mejor libro que he leído sobre adiestramiento de perros: humano, comprensivo, inteligente y... ¡asombrosamente original!».

JEFFREY M. MASSON, autor de
Dogs Never Lie About Love.

«Debería ser una lectura obligatoria para todas las personas que comparten su vida con un perro».

STANLEY COREN, autor de *How to Speak Dog.*

«Patricia McConnell entiende el comportamiento de los perros y de

sus amos del mismo modo en que Jane Goodall entiende a los chimpancés... Una lectura obligada para todos los que sujetan un extremo de la correa».

CHARLES T. SNOWDON

Director del Departamento de

Psicología

Universidad de Wisconsin-Madison

Ex Presidente de la Sociedad de

Comportamiento Animal

Editor de *Animal Behavior*

«El único problema de este libro es que una vez que empiezas a leerlo resulta imposible dejarlo».

WAYNE HUNTHAUSEN

Doctor en Medicina Veterinaria

Director de *Animal Behavior*

Consultations

Coautor de *The Handbook of*

Behavior Problems of the Dog and

Cat

«Patricia McConnell ha escrito sobre lo que necesitamos saber acerca de la relación humano-canina... Este libro, divertido y bien escrito, nos dice qué es lo que debemos hacer y qué es lo que debemos evitar basándose en el conocimiento adquirido en los años que lleva

dedicada al estudio de los perros y de los primates con quienes comparten su vida».

FRANS de WAAL

Doctor en Filosofía

Autor de *The Ape and the Sushi Master*

«Un libro que llegará a convertirse en un clásico. La claridad, la capacidad de percepción, la gracia y el humor de McConnell brillan en todas y cada una de sus páginas».

CLAUDIA KAWCZYNSKA

Jefe de Redacción de la revista



Patricia B. McConnell

Al otro extremo de la correa

**Por qué a veces nosotros no
entendemos a los perros y ellos
tampoco nos entienden a
nosotros**

ePub r1.0

TaliZorah 19.12.13

Título original: *The Other End of the Leash*

Patricia B. McConnell, 2003

Traducción: Delia Mateovich

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0

más libros en espapdf.com

A mis padres

NOTA DE LA AUTORA

Todas las personas y todos los perros que se describen en este libro se basan en personas y perros reales. Pero los problemas familiares son cuestiones muy íntimas, ya sea que estén relacionados con los perros o las personas o con ambos, de modo que para proteger la privacidad de las personas he cambiado los nombres de todos los perros (excepto el de los

míos) y de todos los clientes que menciono en este libro. Es indudable que muchos de mis clientes se reconocerán en algunos de los casos que describo porque un gran número de los problemas que he visto son comunes a cientos, y tal vez miles, de dueños de perros. Si le parece que se reconoce o que reconoce a su propio perro, debe saber que no es el único, ya que probablemente he visto decenas o cientos de personas y perros con los mismos problemas. A menos que, por casualidad, se sienta orgulloso de ser mencionado en el libro, en cuyo caso *sin lugar a dudas* se trata de usted.

Unas palabras de advertencia y un consejo alentador: si tiene un problema de comportamiento serio o potencialmente serio con su perro, no dude en buscar una buena asistencia profesional. En realidad, hay muy poco que sea intuitivo en el trato y el adiestramiento de un perro, especialmente en el caso de un animal con un serio problema de conducta, y no existe nada capaz de sustituir a un buen adiestrador que pueda ayudarle de forma individualizada. Del mismo modo que no trataría de aprender a jugar al baloncesto leyendo un libro, si se enfrenta a un problema de conducta con

su perro busque un adiestrador que sea bueno y tenga experiencia. No se sienta avergonzado, como suele hacer la gente que viene a verme. No conozco a nadie a quien le resulte humillante llevar el coche al mecánico. Por otra parte, al igual que sucede con los mecánicos, entre los adiestradores hay una enorme variedad en lo que respecta a profesionalidad y ética. Asegúrese de dar con alguien que conozca a fondo la utilización del refuerzo positivo y que trate a usted y a su perro con la misma amabilidad. Y no dude en hablarle a su veterinario de la salud de su perro. A veces los problemas de conducta son la

consecuencia de trastornos físicos.

Y por último, una nota a los lectores: en lugar de utilizar «él» exclusivamente o de referirme de manera un tanto artificiosa a «él y ella» cuando hablo de los perros en general, a lo largo del libro he usado «él» y «ella» según el caso y luego en las generalizaciones he utilizado sólo «él». Sencillamente, es más simple, y tanto en la escritura como en el adiestramiento de perros lo más simple casi siempre es lo mejor.

INTRODUCCIÓN

A esa hora del crepúsculo resultaba difícil decir con exactitud qué eran los dos bultos oscuros que se veían en la autopista. Mientras circulaba a ciento treinta kilómetros por hora por la autopista interestatal, entre una camioneta y un coche con remolque que iba detrás de mí, me sentía feliz de regresar a casa después de haber estado en un concurso de perros pastores. Pero a medida que las formas oscuras iban acercándose mi estado de

serenidad se fue desvaneciendo. Los bultos eran perros, todavía vivos, al menos por el momento. Como salidos de una película de Walt Disney, un viejo golden retriever y un adolescente cruce de heeler entraban y salían corriendo de la autopista, sin tener conciencia del peligro. Años atrás había visto a un perro golpeado en la cabeza por un coche que lo atropelló y la imagen me acompañó durante mucho tiempo. La repetición del accidente parecía ahora inevitable.

Salí de la autopista y aparqué detrás de un camión. Unos amigos que regresaban del concurso igual que yo e

iban delante de mí también habían visto a los perros. Intercambiamos unas miradas aterradas y corrimos hacia los perros desde el lado de la autopista en que nos encontrábamos, mientras los animales atravesaban los carriles absolutamente inconscientes de lo que estaba pasando. Parecían unos perros sociables, acostumbrados a la gente, tal vez incluso felices de ver algo con patas en lugar de neumáticos. El tráfico era intenso y veloz en los cuatro carriles y el ruido de los vehículos resultaba ensordecedor; no había manera de conseguir que los perros pudiesen oír lo que les decíamos. Y en

el momento más inoportuno, los perros comenzaron a atravesar la autopista en dirección a nosotros. Extendimos los brazos como los guardias de tráfico con la esperanza de detenerlos y finalmente lo conseguimos. Si no se hubiesen detenido, un segundo después un camión con tráiler los habría atropellado. Permanecimos allí unos instantes, petrificados por el susto. La responsabilidad de hacer lo correcto, de intervenir de una manera que les salvase la vida en lugar de asegurarles la muerte, pesaba como una losa sobre nuestras espaldas.

En una pausa del tráfico, los

«llamamos» mediante gestos con el propósito de que se animaran a llegar hasta nosotros: inclinamos el torso y apartamos el cuerpo hacia un lado incitándolos a unirse a nosotros. A continuación nos giramos y los detuvimos como si fuésemos guardias de tráfico al comprobar que los coches del carril contiguo asomaban por la colina a tanta velocidad que tuve la certeza de que los matarían. Esa danza silenciosa continuó por un espacio de tiempo que parecía interminable; nuestros cuerpos se movían de un lado a otro y esos movimientos eran nuestro único medio de comunicación a través

del ruido del tráfico. Los perros, inconscientes del peligro, avanzaron hacia nosotros, pero luego se detuvieron y dieron marcha atrás mientras nuestros cuerpos se movían para indicarles cuándo tenían que avanzar y cuándo tenían que pararse.

Eso, además de muchísima suerte, bastó para salvarlos. Al mostrarles las palmas de las manos con los brazos extendidos pudimos detener a los perros e inclinando el torso y ladeándolo conseguimos que avanzaran hacia nosotros. Sin correa, sin collares y sin control; sólo con el efecto de nuestros cuerpos

comunicando «ven» y «detente» al girar el torso. Sigo sin entender por qué lo hicieron. Pero lo hicieron. Me sentiré eternamente agradecida por el grado de reacción de un perro ante las señales visuales adecuadas.

Todos los perros son geniales a la hora de percibir el más mínimo de nuestros movimientos y suponen que cada gesto, por insignificante que sea, tiene un significado. Si nos detenemos a pensarlo, es lo mismo que hacemos los humanos. ¿Recuerda ese minúsculo giro de la cabeza que le llamó la atención

cuando se citó con alguien? Piense en lo poco que deben moverse los labios para transformar una dulce sonrisa en una risita burlona. ¿Cuánto debe alzarse una ceja para cambiar el mensaje que nos transmite la expresión del rostro al que pertenece, un milímetro?

Tal vez le parezca que trasladamos automáticamente este conocimiento común a las interacciones con nuestros perros, pero no es así. En general, no somos conscientes de lo que hacemos con nuestros perros. Parece que es una característica muy propia de los humanos no saber qué estamos haciendo con nuestro cuerpo, no ser conscientes

del lugar en que se encuentran nuestras manos o de que inclinamos la cabeza. Los humanos emitimos señales al azar como un semáforo enloquecido mientras nuestros perros nos observan en medio de una gran confusión, abriendo los ojos como los perros de los dibujos animados.

Estas señales visuales, como el resto de nuestras acciones, tienen una profunda influencia sobre lo que hacen nuestros perros. La personalidad y la conducta del perro se definen en parte por la personalidad y la conducta de los humanos. Por definición, los perros domésticos comparten su vida con otra

especie: nosotros. Y por ese motivo éste es un libro para los amantes de los perros, pero no únicamente un libro sobre perros. Es también un libro sobre las personas. Es un libro sobre las semejanzas y las diferencias que tenemos con nuestros perros.

La especie humana tiene muchas cosas en común con los perros. Si se analiza la amplia variedad de la vida animal en su conjunto, desde los escarabajos hasta los osos, se constata que los humanos y los perros presentan más similitudes que diferencias. Igual que los perros, producimos leche para nuestras crías, que crecen, juegan y

aprenden con otras crías. Nuestros bebés deben aprender muchas cosas mientras se desarrollan, cazamos en grupo, nos entregamos a juegos absurdos incluso siendo adultos, roncamos, arañamos, parpadeamos y bostezamos cuando nos aburrimos. A continuación, transcribo lo que dijo Pam Brown, una poeta de Nueva Zelanda, sobre las personas y los perros en su libro *Bond for Life*:

El género humano siente atracción por los perros porque se nos parecen mucho: son torpes, cariñosos y

atolondrados, caen fácilmente en la decepción, se muestran ansiosos por divertirse y responden con agradecimiento al trato afable y a la más mínima atención.

Estas similitudes permiten a los miembros de dos especies diferentes convivir bajo el mismo techo, compartir las comidas, el esparcimiento e incluso el alumbramiento^[1]. Muchos animales viven en estrecha relación con otros, pero nuestro grado de conexión con los perros es profundo. Casi todos hacemos ejercicio con nuestros perros, jugamos

con ellos, comemos a la misma hora que ellos (y a veces la misma comida) e incluso dormimos con ellos. Algunos dependemos de nuestros perros para nuestro trabajo. Los criadores de ovejas y los dueños de las granjas lecheras necesitan a sus perros tanto o más que a sus máquinas o a sus sistemas de alimentación de alta tecnología. Sabemos que los perros enriquecen la vida de muchos de nosotros brindando alegría a millones de personas en todo el mundo. Los estudios incluso demuestran que la compañía de estos animales disminuye la probabilidad de sufrir un segundo ataque cardíaco. No es

a cambio de nada que soportamos que dejen pelos por toda la casa, que ladren y que debamos recoger sus excrementos de las aceras.

Y ahora piense en lo que hemos hecho por los perros. El *Canis lupus familiaris*, el perro doméstico, es actualmente uno de los mamíferos más afortunados de la tierra gracias a que hemos unido su suerte a la nuestra. Se ha calculado que hay unos cuatrocientos millones de perros en el mundo. Muchos perros occidentales comen alimentos orgánicos, acuden a quiroprácticos caninos y a centros de asistencia diurna para perros y destrozan al año juguetes

expresamente destinados a ellos que en conjunto cuestan millones de dólares. Por eso decimos que hoy en día constituyen una especie afortunada.

Pero también tenemos nuestras diferencias. Los humanos no nos deleitamos revolcándonos en el estiércol de las vacas. Ni tampoco nos comemos la placenta de los recién nacidos. Por suerte, no nos saludamos oliéndonos el trasero unos a otros. Mientras los perros viven en un mundo de olores, los humanos somos químicamente analfabetos. En parte debido a estas diferencias, los humanos y los perros suelen comunicarse mal y

las consecuencias pueden ser desde ligeramente irritantes hasta peligrosas. Esta incapacidad para comunicarse procede en cierta medida de la falta de comprensión por parte del dueño del comportamiento del perro y de la manera en que los animales aprenden; por ese motivo animo a todos los amantes de los perros a que lean sobre el adiestramiento de estos animales. El adiestramiento de perros no es algo intuitivamente obvio y cuanto más se aprenda, más fácil y divertido resultará.

Sin embargo, parte de esta mala comunicación no sólo tiene su origen en la ignorancia sobre la manera de

adiestrar a un perro, sino que también se debe a diferencias fundamentales entre el comportamiento de dos especies. Después de todo, los perros no son el único animal que participa en la relación. Los humanos que estamos en el otro extremo de la correa también somos animales con nuestra propia carga biológica de comportamiento, que hemos ido acumulando a lo largo de nuestro desarrollo evolutivo. No llegamos al adiestramiento de un perro partiendo de cero, como tampoco lo hacen los perros. Tanto los perros como los amantes de los perros han sido forjados por nuestros antecedentes

evolutivos individuales y lo que cada uno aporta a la relación comienza con la herencia de nuestra historia natural. Aunque nuestras similitudes crean un vínculo asombroso, cada uno habla su propio «idioma» y es mucho lo que se pierde con la traducción.

Los perros son cánidos, la familia que incluye a los lobos, los zorros y los coyotes. En términos genéticos, los perros son pura y simplemente lobos. Los elementos comunes entre el ADN de los lobos y el de los perros son tantos que resulta casi imposible distinguirlos genéticamente. De hecho, los lobos y los perros pueden cruzarse y sus crías serán

tan fértiles como sus padres^[2]. Al estudiar el comportamiento del lobo aprendemos lo que significa que nuestros perros agachen las orejas o se laman la cara. Los lobos y los perros se comunican con los integrantes de su manada con el mismo conjunto de posturas que transmiten sumisión, confianza o amenaza. Si alguna vez vio a un lobo o a un perro inmóvil y erguido, gruñendo con todas sus fuerzas y mirándole directamente a los ojos llegará a la correcta conclusión de que ese mismo mensaje está siendo transmitido por cada uno de ellos. Por lo tanto, en cierto sentido los perros son

lobos y es mucho lo que se puede aprender sobre un perro estudiando a un lobo y su manada.

Pero en otro sentido, y muy importante, los perros no son lobos en absoluto. Los perros domésticos no son tan esquivos como los lobos, son menos agresivos que ellos, es menos probable que anden errantes y son mucho más aptos para el adiestramiento. No se ve a mucha gente que utilice híbridos de lobo y perro para pastorear ovejas. Como bióloga y propietaria de una granja de ovejas, puedo asegurar que no sería recomendable. En realidad, los perros se comportan como lobos infantiles,

lobos que nunca crecen, y en el Capítulo 5 hablaremos sobre lo que podría haber sucedido. Lamentablemente, en las últimas décadas las creencias populares acerca de los lobos y los perros han simplificado de manera excesiva estas similitudes. Tal vez eso fue lo que motivó a Raymond y Lorna Coppinger, en su libro *Dogs*, a hacer hincapié en las diferencias entre los perros y los lobos. En la introducción de su libro dicen: «Los perros pueden estar estrechamente relacionados con los lobos, pero eso no significa que se comporten como lobos. Los humanos estamos estrechamente relacionados con los chimpancés, pero

eso no nos convierte en una subespecie de chimpancé, ni significa que nos comportemos como chimpancés».

Esto me recuerda la descripción de un vaso como medio lleno o medio vacío. Las dos observaciones son correctas, sólo que cada una de ellas enfatiza una perspectiva diferente. Mi interpretación es que *ambas* perspectivas son esenciales y, por lo tanto, sostengo que resulta provechoso considerar los elementos comunes y las diferencias que existen entre los lobos y los perros. Y esto también se aplica a nuestro propio comportamiento. En muchos aspectos nos comportamos como

chimpancés y, por supuesto, en otros no lo hacemos.

Durante años a los científicos les ha parecido provechoso «comparar y contrastar» el comportamiento humano con el de otros primates. A partir de libros de gran difusión como *El mono desnudo* y *El tercer chimpancé* hasta los académicos como *Herramientas, lenguaje y conocimiento en la evolución humana*, durante muchas décadas los científicos han considerado a los humanos como primates. Es una cuestión clave en los campos de la antropología física, la antropología cultural, la etología y la psicología

comparativa. Y eso no ha ocurrido sólo en las universidades: la tribu oubi de Costa de Marfil consideraba a los humanos y a los chimpancés como los descendientes de dos hermanos, lo cual nos convertiría en primos. Sin duda, no es una mala analogía biológica, puesto que los humanos y los chimpancés compartimos aproximadamente el 98 por ciento de nuestros genes. En una encantadora ironía, la tribu imaginaba al hermano «guapo» como el padre del género humano, mientras que el hermano «listo» sería el padre de los chimpancés.

Es mucho lo que podemos avanzar si

nos vemos como los primates susceptibles, juguetones y teatrales que somos. Podemos ser un animal diferente a todos los demás, con aptitudes intelectuales que son como mínimo asombrosas, pero seguimos atados a muchas de las leyes de la naturaleza. Nuestra especie y especies cercanas a nosotros como los chimpancés, los bonobos^[3], los gorilas y los babuinos tienen tendencias inherentes a comportarse de determinadas maneras. Los chimpancés y los bonobos no construyen estadios, no utilizan notas autoadhesivas ni escriben libros sobre sí mismos, pero a pesar de todas nuestras

diferencias, las similitudes son mayores. Por ejemplo, existen semejanzas sorprendentes entre las posturas y los gestos de los chimpancés, los bonobos y los humanos, todos los cuales se relacionan con sus congéneres mediante besos, abrazos e incluso apretones de mano.

Al recordar nuestra herencia de primates no trato de reducir la importancia de nuestro estatus único como seres humanos. Somos únicos, hasta el punto de que es razonable hablar de «humanos y animales» en lugar de «humanos y otros animales». Con independencia de que se considere

que es un don de Dios o algo impulsado por la selección natural (o ambas cosas), somos tan diferentes a todos los demás animales que merecemos estar en nuestra propia categoría. Pero por diferentes que seamos, nuestra vinculación con los demás animales sigue siendo importante. Cuanto más profundizamos en nuestros conocimientos sobre biología, más descubrimos lo cercanos que realmente estamos a otras especies. Los chimpancés, los bonobos y los humanos son animales inteligentes con sistemas sociales complejos que tienen largos periodos de aprendizaje y desarrollo,

que exigen una enorme inversión por parte de los padres y que tienden a comportarse de determinadas maneras en ciertos contextos, aunque los humanos no sean conscientes de ello. Por ejemplo, las tres especies tienen tendencia a repetir notas cuando están excitadas, a emitir ruidos fuertes para impresionar a los demás y a destrozar lo que esté a su alcance cuando se sienten decepcionadas. Este comportamiento no tiene el más mínimo efecto en nuestras interacciones con los perros, quienes a pesar de algunos ladridos y gruñidos, la mayoría de las veces se comunican visualmente, para impresionar a los

demás se quedan en silencio y están demasiado ocupados en mantenerse sobre sus patas como para hacer otra cosa con ellas.

Existen numerosos ejemplos sobre la manera en que esta herencia conductual puede generar problemas en nuestras relaciones con los perros. Por ejemplo, a los humanos nos encanta abrazar. En los estudios sobre los primates este acto recibe el nombre de contacto «ventral-ventral», y a los chimpancés y a los bonobos también les gusta. Abrazan a sus crías y sus crías los abrazan a ellos. Los chimpancés adolescentes se abrazan unos a otros y lo mismo hacen los

chimpancés adultos cuando se reconcilian después de un conflicto. Las madres gorila y sus crías son muy aficionadas a los abrazos. Nunca olvidaré la ocasión en que escuché a la bióloga Amy Vedder relatar la experiencia que vivió una vez que entró a una cabaña en la que una cría de gorila aterrizada se hallaba acurrucada en un rincón^[4]. Amy, que había observado a los gorilas durante años, imitó perfectamente la vocalización con que los gorilas se saludan. El joven gorila, enfermo y atemorizado, se arrastró por la cabaña hasta quedar frente a Amy; entonces se irguió y le rodeó el torso

con sus largos brazos. Tal como un niño perdido abrazaría a su madre, para el gorila era algo natural abrazar a Amy, como lo fue para ella devolverle el abrazo. La tendencia a querer estrechar entre nuestros brazos algo que amamos o cuidamos es abrumadoramente intensa. Pruebe a decirle a una adolescente, o a cualquier niño de cuatro años, que no abraze a su querido perro. Me temo que no le hará ningún caso.

Pero los perros no abrazan. Imagínese a dos perros manteniéndose erguidos sobre sus patas traseras y abrazándose con las patas delanteras, uniendo sus pechos y sus hocicos.

Probablemente no haya visto a muchos perros en semejante actitud. Y sin embargo, los perros son tan sociables como nosotros, y son absolutamente incapaces de vivir sin una abundante interacción social. Pero los perros no abrazan. Pueden tocar con la pata a otro perro como una invitación a jugar, pueden apoyar una pata sobre el lomo de otro perro en una demostración de posición social, pero no abrazan. Y no suelen reaccionar amablemente si alguien los abraza. Su propio perro puede aceptar con cierta benevolencia que usted lo abrace, pero he visto a cientos de perros que responden con

gruñidos o mordiscos al intento de abrazarlos.

Si he visto a muchos perros gruñendo en una situación semejante es porque asesoro sobre problemas de comportamiento en los animales de compañía. Tanto mi experiencia directa como la que he reunido profesionalmente en el adiestramiento con personas y perros^[5] me han llevado a adoptar la perspectiva que desarrollo en este libro. Para mi investigación de doctorado registré y analicé los sonidos que los adiestradores de animales procedentes de distintos ambientes culturales y lingüísticos emplean para

comunicarse con los animales domésticos con los que trabajan. En cierto sentido, me dediqué a estudiar a nuestra propia especie como si fuese cualquier otra especie animal, estudiando objetivamente los sonidos emitidos por los adiestradores, de la misma manera que otros científicos estudian las notas del canto de un ave. Esa perspectiva me ha llevado a prestar atención tanto a nuestro propio comportamiento como al de nuestros perros. Igualmente importante es mi experiencia como adiestradora de perros^[6], criadora y adiestradora de border collies, competidora en

concursos de perros pastores y dueña de perros, tareas que también me recuerdan continuamente lo esencial que son las relaciones que mantenemos con otros animales y, al mismo tiempo, con cuánta frecuencia nuestras tendencias en tanto que primates nos causan problemas con los animales que no lo son.

Algunos de los relatos incluidos en este libro tienen como protagonistas a mis cuatro perros y a la vida que comparto con ellos en una pequeña granja en Wisconsin. Los demás relatos se refieren a las consultas de dueños de perros preocupados. No me sorprende cuando la gente acude a mí con

problemas serios, que la mayoría de las veces tienen que ver con la agresividad de los perros. Cuando se es etóloga especializada en agresividad el hecho de que recurran a una suele convertirse en la «última esperanza», y eso nos lleva a escuchar relatos realmente dramáticos y a conocer a perros que están muy desquiciados. He perdido la cuenta de la cantidad de perros que han entrado a la carga en mi consulta, gruñendo, ladrando, embistiendo y mostrando los dientes. Durante años he trabajado en un ambiente en el cual un pequeño error podía tener graves consecuencias para mi integridad física.

Pero no podemos vivir con animales provistos de dientes tan afilados como tijeras sin llegar a tener problemas de vez en cuando.

Si bien esperaba trabajar con perros que diesen problemas a causa de sus afilados dientes, no pensé que me encontraría con tanto sufrimiento emocional. Casi todas las semanas tenía que hacer frente a uno de esos casos en que los dueños de los perros se presentaban en mi consulta llorando, con el corazón destrozado ante la disyuntiva de deshacerse de su perro o practicar la eutanasia a su mejor amigo. Es verdad que un importante número de perros

problemáticos puede rehabilitarse o controlarse si los dueños tienen la habilidad y el entorno necesarios para hacerlo. Pero por mucho que algunos dueños lo intenten, ciertos perros presentan un nivel de riesgo inadmisibles. Parte de mi trabajo consiste en introducir el difícil tema del dilema ético de la protección de los integrantes de la propia especie sin traicionar a un individuo al que se considera como parte de la familia. Algunos de esos casos pueden rompernos el corazón. Y a mí me ocurría.

Lo asombroso es que muchos de esos casos a menudo estaban tan

relacionados con nuestro comportamiento como con el de los perros. No quiero decir con esto que sus dueños no fuesen lo suficientemente responsables o serios a la hora de cuidar de sus perros y adiestrarlos. Me refiero a un nivel más profundo, un nivel que tiene que ver con nuestras tendencias naturales como primates que pueden llevarnos a provocar respuestas igualmente inherentes en un perro, aunque cada una de las partes piense que la otra está comunicando algo que no lo es. Ya he hablado de que nuestra tendencia a expresar el amor que sentimos por nuestro perro mediante

abrazos puede crearnos problemas a ambos. Los perros suelen interpretar los abrazos como acciones agresivas y por eso se defienden de ellos con el único medio que tienen, sus dientes, a pesar de que nosotros sólo intentábamos demostrarles nuestro afecto.

Observo los mismos problemas de comunicación cada día cuando la gente saluda a los perros en la calle. Los primates saludamos con acercamientos de frente, extendemos nuestras patas delanteras y establecemos un contacto directo cara a cara. Esta tendencia es tan fuerte que los transeúntes se inclinarán a acariciar un perro tenso, con las patas

rígidas, aunque se trate de un animal que gruñe discretamente mientras el dueño dice: «¡Por favor, *no acaricie* a mi perro! ¡No le gustan los extraños!». El mundo está lleno de desafortunados dueños de perros que en vano intentan impedir que otros humanos hagan algo que resulta natural. Nuestra estructurada manera de saludar a los demás es tan sólida que puede imponerse a inequívocas señales que nos advierten que no lo hagamos.

Todas estas dificultades de traducción conducen a problemas serios. Lo más frecuente es que simplemente confundamos a nuestros perros o

socavemos nuestros esfuerzos de adiestramiento. Confundimos a nuestros perros repitiendo palabras independientemente de lo que esté haciendo el animal porque eso es lo que tienden a hacer los chimpancés y los humanos cuando están ansiosos o excitados. No somos conscientes de las señales visuales que nos envían nuestros perros mientras nos hallamos ocupados en construir largas frases porque el lenguaje es sumamente importante para nuestra especie. Elevamos la voz sin ningún motivo y tiramos rápidamente de la correa si nos sentimos decepcionados... porque eso es lo que

tienden a hacer los monos bípedos.

Centrarse en el comportamiento que se produce en nuestro extremo de la correa no es un concepto nuevo en el adiestramiento de perros. La mayoría de los adiestradores de perros profesionales dedica muy poco tiempo a trabajar con los perros: dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo a los humanos. De acuerdo con mi experiencia, no somos la especie más fácil de adiestrar. Dese una vuelta por una clase de adiestramiento de perros y escuche lo que dicen los adiestradores. No siempre el problema es el perro. En realidad, una de las pocas cosas sobre

las que se puede llegar a estar de acuerdo con un numeroso grupo de entrenadores de perros es que resulta mucho más difícil adiestrar a los humanos que a los perros. Pero no es porque usted sea estúpido o porque no esté motivado. Se trata simplemente de nosotros; así como los perros mordisquean y ladran, nosotros tendemos a hacer cosas que nos resultan naturales aunque para un perro sean inútiles o extrañas.

Los buenos adiestradores de perros profesionales son buenos en parte porque entienden a los perros y comprenden la manera en que estos

animales aprenden. Pero también son buenos porque son conscientes de su propio comportamiento. Han dejado de hacer algunas de las cosas que resultan naturales a nuestra especie pero que son malinterpretadas por los perros. No es algo a lo que se llega naturalmente, pero en cierta medida resulta fácil y este libro puede ser una herramienta muy útil para conseguirlo. Para llegar a ser conscientes de la manera en que se comportan nuestros perros se requiere cierta cantidad de energía y un tipo especial de cuidado en lo que hacemos que a menudo nos falta. Pero una vez que comenzamos a prestar atención, una

vez que centramos la percepción en nuestro propio comportamiento en lugar de hacerlo en el de nuestro perro, automáticamente llegamos a entender mejor al animal y somos más receptivos a sus señales.

Sólo con girarse y alejarse de su perro puede conseguir un aumento muy significativo de la probabilidad de que el animal le siga cuando usted lo llame. El aprendizaje de algunos movimientos fáciles puede ayudarle a enseñar a su perro a tenderse en el suelo y quedarse quieto, independientemente de lo que suceda en el resto de la casa. Con esto no quiero decir que resulte fácil

convertirse en un gran adiestrador de perros; no lo es. Me enorgullezco tanto de mis dotes para adiestrar perros como de mi doctorado, y eso es mucho decir. Pero tanto si usted es un adiestrador de perros profesional como si es alguien que convive con una mascota muy querida, puede mejorar la relación que mantiene con su perro llegando a ser más consciente de su propio comportamiento.

Cada año viene a verme a la universidad un buen número de estudiantes para preguntarme cómo pueden convertirse en terapeutas del comportamiento animal. Algunos de

ellos afirman que la especialidad les interesa fundamentalmente porque sienten un gran amor por los animales y hasta se animan a confesar que en realidad la gente no les gusta tanto. Pero los humanos somos parte integral de las vidas de los perros domésticos y no podemos relacionarnos plenamente con un perro doméstico sin tener en cuenta a nuestra propia especie. Cuanto más ame a su perro, más necesita comprender el comportamiento humano. Lo positivo de esto, hablando como bióloga, es que nuestra especie resulta tan fascinante como cualquier otra. Me siento tan enamorada del *Homo sapiens* como lo

estoy del *Canis lupus familiaris*, porque hasta cuando son idiotas los humanos resultan interesantes. Por lo tanto, invito a todos a mostrar con nuestra propia especie la misma paciencia y sensibilidad que dedicamos a los perros. Después de todo, los perros son muy parecidos a nosotros y yo tengo el mayor respeto por la opinión de estos animales.

Las similitudes que compartimos y las diferencias que nos confunden son una bendición y una maldición en nuestra relación con los perros. La

comprensión de esas similitudes y diferencias fue una bendición aquella noche en la autopista. Una vez que los perros lograron cruzar los carriles de la autopista, los sujetamos por sus collares en medio de risas y llantos para descargar la adrenalina acumulada. Por el móvil llamé a la clínica veterinaria cuyo número figuraba en la tarjeta de identificación de los animales. El veterinario de la clínica regresaba en esos momentos por la misma autopista después de atender una emergencia en una granja lechera, de modo que en menos de diez minutos llegó al lugar en el que nos

encontrábamos y en una hora había devuelto a los perros a sus hogares. Parecía que el joven cruce de heeler había tentado al viejo golden a emprender una incursión por territorios desconocidos. Al día siguiente llamé al dueño y ambos nos echamos a llorar pensando en lo que podría haber sucedido, pero sintiéndonos rebosantes de alegría porque realmente no había pasado nada.

Los perros están vivos porque tuvimos suerte, porque el ángel de los perros nos vigilaba y porque sabíamos cómo debíamos actuar para incidir en

los animales. Preste atención a su propio comportamiento. Créame, su perro lo hace.

1

EL MONO IMITALO QUE VE



**La importancia de las
señales visuales entre las
personas y los perros**

El hecho de ser terapeuta en comportamiento animal en mi consulta es una cosa. El trabajo con un perro agresivo en un estrado delante de doscientas personas es otra muy diferente. En la consulta privada toda la atención se centra en el perro, pero cuando se hace una demostración hay que centrarse en el perro y en el público. Señales importantes pueden durar sólo una décima de segundo y los movimientos ser prácticamente imperceptibles, de modo que puede resultar difícil tratar de prestar atención al público y al perro al mismo tiempo. El trabajo con un perro

agresivo en un estrado de cara al público es un desafío enorme. Uno se prepara meticulosamente para tener todas las probabilidades a su favor. Procura dormir bien la noche anterior, intenta estar en plena forma y previamente mantiene una prolongada entrevista con el dueño del perro. Trabaja con la gente adecuada en la que puede confiar. Y entonces se enfrenta al desafío.

El mastín con el que trabajé en un seminario debía de pesar más de 80 kilos y su cabeza tenía el tamaño del horno de mi casa. Durante los últimos meses el perro se había abalanzado

sobre los extraños, asustando tanto a sus dueños como a sus amigos. Sin dejar de arrojarle al animal cosas que le resultasen apetecibles, fui acercándome cada vez más a él mientras explicaba al público lo que estaba haciendo. Por el rabillo del ojo comprobé que el mastín parecía relajado y respiraba normalmente mientras esperaba otra cosa rica. En ese momento centré mi atención en una pregunta de alguien del público, y a la vez que seguía arrojando cosas apetitosas al perro y me acerqué un paso más hasta quedar a pocos pasos de él.

Los ojos de Donna me alertaron. Mi mirada se había cruzado con la de Donna Duford, una adiestradora de perros profesional con gran conocimiento y experiencia, y entonces supe que me encontraba en un aprieto. El mastín se hallaba a mi lado, con una inmovilidad que producía terror. Miré en dirección al animal clavando mis ojos en los suyos, aunque sólo durante una fracción de segundo; de todas maneras, fue un error estúpido. El contacto visual directo con un perro nervioso es un error propio de los principiantes que es necesario aprender a evitar o de lo contrario hay

que abandonar esta actividad.

El perro arremetió como un tren de carga, todo dientes y músculos, abalanzándose directamente hacia mi rostro. Sus gruñidos estremecieron a todos los asistentes. Yo hice lo que habría hecho todo profesional debidamente preparado: retrocedí.

Pequeños movimientos tienen grandes efectos

Si yo no hubiese establecido contacto visual con el mastín, si mis ojos no se hubiesen movido una fracción de milímetro a la izquierda o a la derecha,

el animal no se habría abalanzado. Toda esa fuerza balística se habría mantenido en su sitio, observando tranquilamente. El cambio apenas perceptible en mi comportamiento se habría traducido en la evidente y apabullante diferencia entre un perro de 80 kilos tranquilamente recostado en lugar de estar abalanzándose hacia mi cara.

Esta historia puede resultar algo dramática, pero la misma receptividad subyace en todas y cada una de las interacciones con su perro. Los perros son geniales a la hora de percibir el más mínimo cambio en nuestros cuerpos y suponer que cada movimiento, por

pequeño que sea, tiene un significado. Pequeños movimientos que usted puede transformar en enormes cambios en el comportamiento de su perro. Si va a aprender algo de este libro, que sea eso. Los ejemplos son incontables. El hecho de que usted permanezca de pie con los hombros encogidos en lugar de hacerlo con los hombros relajados puede incidir en que su perro se siente o no. El desplazamiento del peso corporal hacia delante o atrás de manera casi imperceptible para un humano es como un cartel de neón para un perro. Los cambios en la manera en que mueva el cuerpo son tan importantes que una

inclinación de poco más de un centímetro hacia delante o atrás puede atraer hacia usted a un perro perdido y asustado o espantarlo. Si aspira hondo o contiene la respiración puede impedir una pelea entre perros o provocarla. Durante trece años he trabajado con perros agresivos todas las semanas y he comprobado repetidamente que a veces un mínimo movimiento basta para distender una situación peligrosa o para generarla.

Cuando le pregunté a una estudiante de veterinaria qué es lo que había aprendido después de haber pasado dos semanas conmigo, la chica respondió:

«Nunca me había dado cuenta de la importancia que tienen los detalles de mis acciones, la manera en que pequeñísimos cambios, como desplazar el peso corporal, pueden tener enormes efectos sobre el comportamiento de un animal». A ninguno de nosotros nos parece obvia esta información. Pero se trata de algo que nos resulta muy extraño en otra especie teniendo en cuenta lo importantes que son en la nuestra los movimientos minúsculos. Como planteaba en la introducción, ¿cuántos milímetros es necesario levantar la ceja para cambiar el mensaje que transmite nuestro rostro? Si puede hacerlo en este

momento, vaya a mirarse a un espejo. Eleve las comisuras de la boca apenas un poco y compruebe el cambio que se aprecia en la expresión de su rostro. Observe el rostro de uno de los integrantes de su familia e imagine lo poco que tiene que cambiar para transmitir información. Esa información, que recibimos de los demás observando los pequeños movimientos de sus rostros y sus cuerpos, es esencial para nuestra relación con ellos. También se halla profundamente enraizada en nuestra herencia de primates. Dentro de la especie de los primates existen enormes diferencias, desde un mono tí

pigmeo que se alimenta de la savia de las plantas y pesa poco más de 100 gramos hasta un gorila de 200 kilos que come hojas de árboles. Pero todos los primates son intensamente visuales y basan sus interacciones sociales en la comunicación visual. Los chimpancés comunes fruncen los labios para indicar decepción. Los monos macacos de la India amenazan abriendo la boca y mirando fijamente. Tanto los chimpancés como los bonobos extienden la mano para reconciliarse después de una riña. Los primates utilizamos las señales visuales como base de nuestras comunicaciones sociales y lo mismo

hacen los perros.

Nuestros perros sintonizan con nuestro cuerpo como si fuesen instrumentos de precisión. Mientras nosotros pensamos en las palabras que utilizamos, nuestros perros nos observan para detectar las sutiles señales visuales que empleamos para comunicarnos unos con otros. Cualquier artículo o libro sobre lobos describirá numerosas señales visuales que son fundamentales para las interacciones sociales de los integrantes de la manada. En el libro *Wolves of the World* una de las autoridades mundiales en el comportamiento de los lobos, Erik

Zimen, describe cuarenta y cinco movimientos que utilizan estos animales en las interacciones sociales. En comparación, menciona las vocalizaciones sólo tres veces. Eso no significa que los alaridos y los gruñidos no sean decisivamente importantes en las relaciones sociales de los lobos; es indudable que lo son. Pero la profundidad y el alcance de las señales visuales —sutiles movimientos hacia arriba de la cabeza, desplazamientos del peso corporal hacia delante o atrás, la rigidez o la relajación del cuerpo— son enormes en los lobos y todas las interacciones que he tenido con un perro

indican que las señales visuales son igualmente fundamentales en la comunicación con los perros.

De modo que tenemos dos especies, los humanos y los perros, compartiendo las tendencias de ser sumamente visuales y sociales y estructurados para prestar atención a la manera en que se mueve alguien de nuestro grupo social, aunque el movimiento sea mínimo. Lo que no parecemos compartir es lo siguiente: los perros son más conscientes de nuestros movimientos sutiles que nosotros mismos. Si se detiene a pensarlo lo encontrará lógico. Aunque tanto los perros como los

humanos atienden automáticamente a las señales visuales de nuestras propias especies, los perros necesitan dedicar más energía a traducir las señales de un extraño. Además, nosotros siempre esperamos que los perros hagan lo que les pedimos, por lo que los animales tienen razones coactivas para tratar de traducir nuestros movimientos y posturas. Pero nos conviene prestar más atención a la manera en que nos movemos alrededor de nuestros perros, así como a la manera en que ellos lo hacen alrededor de nosotros, porque independientemente de que sea o no nuestro propósito, siempre estamos

comunicando algo con nuestros cuerpos. Con toda seguridad, sería útil saber qué es lo que estamos diciendo.

Una vez que aprenda a centrarse en las señales visuales entre usted y su perro el impacto del movimiento más mínimo llegará a ser abrumadoramente obvio. En realidad, no se diferencia de cualquier deporte en el cual uno entrena su cuerpo para que se mueva de determinadas maneras a su voluntad. Todos los atletas deben llegar a ser conscientes de lo que hacen con su cuerpo. Y lo mismo sucede con el adiestramiento de perros. Los adiestradores de perros profesionales

son plenamente conscientes de lo que hacen con su cuerpo mientras trabajan con un perro. Esto no se aplica a la mayoría de los dueños de perros, cuyas mascotas tratan minuto a minuto de entender el sentido del batiburrillo de señales que emiten sus dueños.

Los perros no parecen perder nunca su aguda conciencia de nuestros menores movimientos. Enseñé a mis perros a sentarse cuando sin darme cuenta uní mis manos y las llevé a la altura de mi cintura. Parece que efectuaba ese movimiento, sin ser consciente de ello, cuando llamaba a mis perros y estaba preparada para pedirles que hicieran

alguna otra cosa. Con frecuencia lo primero que hago es pedirles que se «sienten», por eso mis perros aprendieron rápidamente que la acción de juntar las manos normalmente iba seguida de la señal que les indicaba que debían sentarse. Aparentemente, creyeron que haciéndolo al instante ellos y yo podríamos ahorrarnos tiempo. Cada dueño de perro ejemplifica esto cada día. Quizá su perro corre hacia la puerta cuando usted hace el gesto de coger la chaqueta. Tal vez usted ha jugado a perseguir a su perro y ahora, cada vez que se inclina, el animal sale corriendo a toda prisa. La mayoría de la gente

mueve la mano o los dedos cuando le pide a su perro que se siente, aunque no sea consciente de ello. Pero el perro sí es consciente de ello y probablemente una acción de su dueño es la señal más relevante para él.

Cuando comencé a dedicarme profesionalmente al adiestramiento de perros y sus humanos, una de las primeras cosas que me impactó fue la manera en que los dueños se centraban en los sonidos que emitían, mientras los perros parecían observar sus movimientos. Esta observación nos impulsó a mí y a dos estudiantes de diplomatura, Jon Hensersky y Susan

Murray, a realizar un experimento para comprobar si los perros prestaban más atención al sonido o a la visión durante el aprendizaje de un ejercicio simple. Los estudiantes enseñaron a veinticuatro perros de seis semanas y media a «sentarse» obedeciendo a un sonido y a un movimiento^[7]. Cada cachorro se sometió a sesiones de adiestramiento durante cuatro días a ambas señales dadas a la vez, pero al quinto día el adiestrador sólo dio una señal: en un orden aleatorio, el cachorro veía el movimiento de la mano del adiestrador o escuchaba el pitido de la señal que le indicaba que debía sentarse. Queríamos

comprobar si un tipo de señal, acústica o visual, obtenía más respuestas correctas. Y así fue: veintitrés de los veinticuatro cachorros interpretaban mejor el movimiento de la mano que el sonido, mientras que uno de ellos se sentaba igualmente ante una u otra señal. Los border collies y los pastores australianos, como era de prever, fueron las estrellas en la interpretación de las señales visuales, acertando treinta y siete veces sobre un total de cuarenta (y sólo seis veces sobre un total de cuarenta señales acústicas). La carnada de los dálmatas se sentó dieciséis veces sobre un total de veinte señales visuales,

pero sólo cuatro veces sobre un total de veinte señales acústicas. Los cavalier king charles spaniel presentaron la menor diferencia entre la interpretación de las señales visuales y acústicas, con dieciocho aciertos sobre un total de veinte señales visuales y diez sobre un total de veinte acústicas. Si tiene un beagle o un schnauzer miniatura no le sorprenderá enterarse de que estos cachorros se sentaron, en total, treinta y dos de las cuarenta veces que captaron la señal visual de «sentarse» y exactamente *ninguna* de las cuarenta veces que oyeron la señal acústica. Eso le enseñará lo «útil» que puede ser

pedirle a su beagle que venga cuando está persiguiendo a un conejo en el bosque.

Hay que ser prudente respecto de este experimento porque es un trabajo de investigación difícil de interpretar con nitidez. A menos que el movimiento y el sonido hayan sido totalmente automatizados, no podría asegurar que estuvieran presentes exactamente durante el mismo tiempo. Puesto que los estudiantes previamente habían dado a los cachorros cosas ricas con la otra mano, ¿eso los predispuso a centrarse en la señal de la mano? ¿Cómo podíamos estar seguros de que recibieron cada

señal durante el mismo tiempo o con la misma intensidad? ¿Habría sido mejor trabajar con una muestra que incluyera un número mayor de cachorros? Podrían plantearse muchos otros interrogantes por el estilo. Pero los adiestradores desconocían la hipótesis real (les dije que estaba relacionada con la genética y el sexo). Grabé en vídeo las sesiones de adiestramiento y descubrí que el movimiento y el sonido empezaban y terminaban al cabo de unas pocas centésimas de segundo entre uno y otro y en esas circunstancias nos esforzamos por realizar una prueba lo mejor definida posible. Debido a la facilidad

con que los perros aprenden señales visuales, y al fenómeno universal de que el cerebro de los mamíferos presta atención selectivamente a determinados estímulos más que a otros, supongo que los resultados son significativos. Irónicamente, la gente suele entusiasmarse ante la «asombrosa» capacidad de sus perros para aprender a responder a una señal de la mano como si se tratase de un comportamiento particularmente avanzado. ¡En realidad, el milagro es la respuesta de un perro a la voz de su dueño!

¡Oye, humano! ¡Estoy tratando de decirte algo!

Por visuales que puedan ser los primates, los humanos solemos pasar por alto las señales que nos envían nuestros perros. Por ejemplo, en mis seminarios realizo una demostración en la cual acaricio y alabo a Pip, mi perra de raza border collie, por traerme la pelota que le he tirado. Pip es una border collie dormilona, un poco parecida a un cruce de labrador bonachón cuando en realidad desciende de perros pastores de pura raza. Pero le encantan las pelotas y cuando me las

devuelve la recompensa mimándola y acariciándole la cabeza. Las personas que me observan parecen sentirse realmente bien cuando he terminado. Se sienten tan bien que me clasifican con un diez cuando les pido que evalúen mis esfuerzos para que Pip me devuelva la pelota. Pero yo me clasifico con una nota baja porque, aunque quienes me observan disfrutan escuchando los elogios que dedico a Pip y viéndome acariciarla, Pip sólo quería la pelota. Repito el ejercicio, esta vez pidiendo a quienes observan que presten mucha atención a la cara de Pip. La reacción de la perra es evidente cuando los demás

centran su atención en ella. Hace caso omiso de mis cariñosas palabras, entrecierra los ojos, aparta la cabeza de mi mano y arremete hacia delante con la mirada clavada en la pelota. Pip no es diferente a la mayoría de nuestros perros, a quienes les encantan los mimos y los elogios en determinados contextos, pero no en otros. Después de todo, aunque a usted le encanten los masajes, ¿le gusta que lo masajeen en medio de una reunión importante o de un partido de tenis? ¿Por qué demonios iba a querer un perro, incluso uno al que le encanta que lo acaricien, que le hagan mimos en todos los contextos posibles

de su vida? A nosotros tampoco nos gustaría, por mucho que nos encante un buen masaje.

En cuanto quienes observan han aprendido a centrarse en las reacciones de Pip en lugar de hacerlo en las propias, lo consiguen. El rechazo de mi mano por parte de Pip y su evidente impaciencia por recoger la pelota y traérmela no son sutiles en absoluto. Pero por alguna razón los humanos tendemos a no prestar atención a las señales visuales que nuestros perros nos envían. Cientos de clientes que acuden a mi consulta con sus perros en busca de ayuda han descrito la agresividad de su

mascota como inesperada. Sin embargo, yo podía ver, incluso mientras sus dueños me hablaban, que el perro estaba comunicando algo claramente: «Deja de mimarme de esta manera. Si no dejas de hacerlo te morderé».

Esa afirmación según la cual amamos a los perros porque demuestran por nosotros «un interés positivo incondicional» se ha convertido en una frase hecha. Cualquiera que sea capaz de interpretar las señales visuales de los perros sabe que se trata de una afirmación muy ingenua. Si quiere que un grupo de adiestradores de perros se eche a reír de buena gana, háblele del

«interés positivo incondicional» de los perros. Las carcajadas están garantizadas. Mi border collie Luke —el noble y leal Luke, que en una ocasión arriesgó su vida para salvar la mía— tiene una mirada que sólo puede describirse con una palabra. La palabra no es *amor*. Estoy absolutamente segura de que Luke me adora. Pero eso no quiere decir que me adore todos los segundos de su vida, de la misma manera que usted no adora a su humano preferido cada segundo de la suya.

Pienso que algunos nos hemos convencido de que nuestros perros nos aman constantemente y sin desmayo sólo

porque no sabemos interpretar sus comunicaciones no verbales con nosotros. Pero cuando uno comienza a pasarse la vida en compañía de perros, resulta clamorosamente evidente que el amor es sólo una de las emociones que sienten estos animales. Y así como los jugadores profesionales de tenis pueden ver las costuras de la pelota mientras sale disparada a 90 millas por hora, los buenos adiestradores de perros son capaces de distinguir las rápidas y sutiles señales visuales ricas en información. De hecho, cualquiera puede aprender a hacerlo; lo único que se requiere es centrar la atención.

Mi campo de trabajo en el salón de su casa

Mi especialidad es la etología, que es la ciencia que estudia el comportamiento animal considerándolo como la interacción de la evolución, la genética, el aprendizaje y el entorno. La etología se basa en observaciones válidas y bien fundadas. Es una disciplina científica rigurosa que aplica todos los instrumentos de alta tecnología y los análisis matemáticos necesarios para la evaluación de la genética, la fisiología y la neurobiología. Pero comienza con observaciones básicas que cualquiera

puede aprender a realizar: observar a un animal y tomar nota de lo que hace. Parece simple, puesto que todo lo que se necesita es una persona, un animal, lápiz y papel. No se requiere el empleo de ninguna máquina costosa con un nombre complicado y largo. Si no es posible contar con un perro, puede servir cualquier animal en movimiento (incluidos un compañero de trabajo, un amigo o un cónyuge). Basta con describir lo que hace el pájaro al aire libre, el perro dentro de casa o el compañero de trabajo. Hay que ser específico y claro. Por ejemplo, escribir: «Mi perro camina de un lado a

otro» no es específico y claro. En cambio, anotar: «Mi perro camina despacio a un paso por segundo aproximadamente, mantiene la cabeza paralela a la línea de los hombros, con las orejas relajadas y caídas 40 grados hacia el costado pero no aplastadas contra la cabeza...» es una descripción específica y clara. Cuando termine de tomar nota, comprobará que hace un buen rato que el animal pasó a hacer otra cosa. En un primer momento este sencillo ejercicio resulta frustrante, pero finalmente despierta admiración debido a la complejidad del comportamiento.

Una de las demostraciones que me

encanta hacer en mis seminarios implica pedir a los asistentes que cuenten por mí. Mientras ellos cuentan al unísono, yo salto, me giro, muevo los brazos, sonrío, frunzo el entrecejo, me río y muchísimas cosas más. Si alguien graba en vídeo mis movimientos y después los analiza como hace un especialista en comportamiento animal, podría registrar decenas de acciones independientes que se llevan a cabo en lo que dura un segundo. Un segundo es una eternidad para un terapeuta en comportamiento animal porque muchas acciones pueden realizarse en menos de una décima de segundo. La realización de

observaciones correctas es algo difícil porque muchas cosas pueden suceder de pronto sin que su cerebro llegue a advertirlas y mucho menos como para darle tiempo a que las registre por escrito. Puesto que muchas acciones pueden suceder simultáneamente, una de las primeras cosas que aprenden los estudiantes de etología es a centrar la atención en acciones o áreas específicas pasando por alto el resto hasta un periodo de observación ulterior. A medida que uno agudiza la capacidad de observación puede captar más detalles al mismo tiempo, pero al principio conviene ser selectivo.

Después de muchos años de trabajar con perros que me mordían si no interpretaba correctamente su lenguaje corporal he establecido una jerarquía en la observación de las partes del cuerpo del animal. Cuando veo a un perro por primera vez, mi atención se fija en el centro de gravedad del animal y en su respiración. ¿El perro se inclina hacia mí, se aleja de mí o se planta en sus cuatro patas? ¿El perro se queda inmóvil, respirando con normalidad o lo hace aceleradamente, con respiraciones poco profundas? Al mismo tiempo, observo la boca y los ojos del perro, donde hay muchísima información, pero

teniendo cuidado de no fijar mi mirada en la suya. La cola del perro también es importante, pero no tanto como la expresión de la cara; por otra parte, tampoco es posible prestar atención a todo al mismo tiempo. Si suceden muchas cosas —por ejemplo, si el perro me ladra o se abalanza sobre mí o, pero aún, permanece inmóvil lanzándome una mirada endurecida, con las comisuras de la boca tensas— probablemente sólo unos segundos más tarde tendré indicios de lo que sucede con su cola.

También en la sección de deportes hay moviola, ¿no?

Algunos dueños de perros son geniales cuando se trata de interpretar a sus mascotas a partir de sus actos. Son las personas «naturales», las que parecen atraer a los animales como si fuesen un imán, cual Blancanieves en el bosque rodeada de ciervos y pajarillos revoloteando a su alrededor. Y después estamos los demás, yo incluida, que simplemente tenemos que estudiar a los animales a la manera antigua, o sea, mediante la práctica. Una manera de

practicar consiste en observar y tomar nota de lo que uno ve. Los artistas y los científicos conocen muy bien este método: no vemos *realmente* algo hasta que le pedimos a nuestra mente que lo traduzca en palabras o imágenes. Por lo tanto, conviértase en Jane Goodall. Coja un bloc de notas, lleve a su perro al parque y comience a observar, describir y dibujar movimientos específicos de su mascota. Céntrese en la manera en que el perro inclina el cuerpo y regístrelo en su bloc, además de tratar de dibujar una imagen. Observe si las comisuras de la boca están adelantadas o retraídas y tome nota de lo que sucede en uno y otro

caso. ¿La mirada del perro se «endurece» o se «ablanda» cuando saluda a otro perro? ¿La posición de la cola cambia cuando ve a otro perro? ¿Es el mismo cambio que se produce cuando ve a un humano? Céntrese en una parte del cuerpo cada vez; de lo contrario, se le saturará el cerebro y no podrá observar atentamente una acción específica. Trate de reunir sus notas y dibujos en un diario y relea con frecuencia lo que escribió.

Alternativamente, puede tratar de grabar en vídeo a algunos perros y proyectar lo registrado en cámara lenta, una y otra vez. Tal vez llegue a

sorprenderse ante lo mucho que puede suceder en un breve periodo de tiempo y por todo lo que verá cuando la acción se desarrolle más lentamente. Con la práctica, el cerebro mejora en la observación de los cambios en el comportamiento y se llega a desarrollar lo que se denomina «búsqueda de imagen» para una postura específica. Será capaz de apreciar cambios sutiles que suceden con tanta rapidez que sus amigos ni siquiera los advierten. Eso le permitirá responder a su perro con mayor prontitud y de una manera más apropiada. Sin hacer nada más, llegará a perfeccionar sus dotes como adiestrador

de perros y casi como por arte de magia su perro se comportará mejor.

Los humanos como generadores de señales aleatorias

Si los humanos somos comprensiblemente algo lentos en la respuesta a las señales visuales que nos envían los perros, nuestra torpeza es absoluta en lo que respecta a las señales que nosotros mismos generamos. Sin embargo, en este aspecto su perro es un profesional porque advierte cada movimiento que usted hace. A

continuación le indico un experimento que puede probar, centrándose en las señales que usted envía a su perro, con o sin intención de hacerlo. Es una prueba realmente fácil porque ahora usted es el protagonista y su perro actúa como observador. Su tarea consiste en identificar las señales visuales a las que su perro ha aprendido a responder. Vaya con su perro a un lugar tranquilo, alejado del bullicio del resto de la familia y de otros perros. De pie, en una postura relajada pero inmóvil y moviendo únicamente los labios, pídale a su perro que se «siente». ¿Bajó apenas un poquito la cabeza cuando el perro se

acercó? ¿Alzó las cejas un milímetro? Su perro advierte con facilidad todos esos movimientos, que posiblemente actúan como señales. Ahora siéntese en el suelo, manténgase lo más inmóvil que le sea posible y pídale al perro que se siente. A continuación, salga de la habitación y pídale al perro que se siente cuando no puede verle (mire a hurtadillas o pídale a una persona amiga que observe al perro).

Después dígame a su perro que se siente de la manera en que se lo pide habitualmente. Muévase con libertad, deje que su cuerpo actúe como lo hace normalmente. Casi con toda seguridad,

su cuerpo se moverá de alguna manera. Mientras efectúa esta prueba no se preocupe por si su perro se sienta o no, pues lo que quiero es que preste atención a *su* comportamiento y no al del animal. ¿Alzó la mano o levantó un dedo? ¿Inclinó la cabeza? Después de haber observado su propio comportamiento, trate de encontrar una pauta que le indique cuáles son los movimientos de su cuerpo que consiguen que su perro se sienta y cuáles no (¡aunque el animal llegue a hartarse de que le pida que se sienta una y otra vez!). Experimente con diferentes movimientos y probablemente

descubrirá que su perro responde a acciones específicas, tanto o más que a su voz.

Esta prueba no funciona con todos los perros. Algunos han aprendido a no prestar atención al cuerpo del dueño y a no escuchar su voz. La situación más común con la que me encuentro es aquella en la cual las personas no sólo no guardan coherencia en sus propios movimientos, sino que cada uno de los integrantes de la familia emplea movimientos muy diferentes para transmitir el mismo mensaje. El padre extiende la mano para indicarle al perro que se siente y lo hace repitiendo el

gesto de la madre cuando le pide al animal que se quede donde está. Lamentablemente, suelen ser los perros con mayor inteligencia y mejor dispuestos los que más sufren cuando los integrantes de una familia no actúan de manera coherente. Casi es posible ver que les sale humo por las orejas mientras buscan desesperadamente una pauta predecible de parte de sus dueños.

La mejor manera de descubrir las señales que usted envía a su perro es pedirle a un amigo que le grabe con una cámara de vídeo. Somos pocos los que tenemos verdadera conciencia de la manera en que movemos el cuerpo

cuando interactuamos socialmente y ésa es una de las razones por las cuales vernos en un vídeo puede producirnos cierta desazón. Cuando comprobamos que cerramos los ojos mientras hablamos o que tenemos la costumbre de rascarnos la barbilla, pensamos horrorizados: «¿Quién es esa persona?». Pero su perro sabe, mucho mejor que usted, exactamente cómo y cuándo mueve cada parte de su cuerpo y es probable que preste más atención a esos movimientos que a su voz. Pruebe a grabar en vídeo a todos los integrantes de la familia y compare cada uno de sus movimientos cuando estén dándole

indicaciones a su perro. Si usted es como la mayoría de la gente, empezará por preguntarse cómo es posible que su perro haya resistido tantos años sin necesitar una camisa de fuerza.

Una vez que ha llegado a ser consciente de sus propias acciones, ya ha hecho la mitad de la tarea necesaria para ayudar a su perro a entenderle mejor. Si sigue siendo consciente de la manera en que actúa con su perro, puede establecer conscientemente señales visuales claras y coherentes que su perro está en condiciones de entender. Recuerdo una ocasión en la que me encontré ante una perrita spaniel cuya

dueña le enviaba unas señales tan confusas que ni siquiera yo sabía qué quería que hiciese el animalito. Esta mujer adoraba a su perra, pero el animal estaba cansado de tratar de entender su confuso batiburrillo de señales. Cuando la mujer se ponía de pie para marcharse, su perra se sentaba junto a mí y no se movía. No era porque yo soy alguien especial; muchos entrenadores de perros pueden relatar la misma historia. La pobre perrita finalmente había encontrado a alguien a quien entendía y no quería privarse del alivio que aporta la claridad. Ese triste y embarazoso momento se convirtió más tarde en feliz

entusiasmo cuando mi cliente comenzó a regular los movimientos de su cuerpo al «hablarle» a su perra. Ahora la perrita y la dueña son grandes amigas, como corresponde.

Aunque usted sepa qué señal está enviando, para su perro podría tener un significado diferente

Ayer estuve trabajando con Mitsy, una mezcla de terrier tan preciosa que debería protagonizar su propia película de Walt Disney. Pero su comportamiento

no despierta afecto. Es asustadiza y ladra en actitud defensiva a los hombres corpulentos que se acercan a paso vivo y a las personas mayores que caminan arrastrando los pies, una reacción que suele indicar una posible agresión. Mientras paseaba por el barrio con Mitsy y su dueña, solicité la colaboración de tres hombres amantes de los perros y les encomendé la tarea de tirarle cosas ricas al pasar. El objetivo era que la perra aprendiese que el acercamiento de hombres desconocidos no sólo era seguro, sino que además iba acompañado de apetitosos regalos. Aunque les había

explicado qué debían hacer, cada uno de los hombres cogió el regalo en la mano y, en lugar de arrojarlo en dirección a Mitsy, trató de ponerse delante de la perra, inclinarse hacia su cara y extender la mano para darle el obsequio. El tercero de los hombres al que pedí que no se inclinase hacia la perra prácticamente se cayó sobre ella.

Sin embargo, lo que hicieron nuestros ayudantes era algo natural para todos los seres humanos. Aunque todos ellos habían escuchado y aceptado con una señal de asentimiento mis instrucciones indicándoles que debían detenerse a unos 30 centímetros de la

perra y lanzarle el regalo desde esa distancia, todos trataron de ponerse delante de Mitsy y extender la mano hacia ella. Tuve que interponerme físicamente entre los hombres y la perra porque sabía que si se acercaban demasiado Mitsy se asustaría y aprendería exactamente lo contrario, pensando algo como esto: «Lo sabía. Los hombres son realmente criaturas peligrosas».

El hecho de que sea tan difícil incidir en la conducta de otras personas es muy frustrante para los terapeutas en comportamiento animal y para los adiestradores de perros, pero también

resulta comprensible. Puesto que somos humanos y no perros no sabemos intuitivamente de qué manera interpretan los canes nuestras acciones. Aunque seamos conscientes de lo que estamos haciendo con nuestro cuerpo, observamos desde la perspectiva de un primate, mientras que los perros sintonizan ese mismo programa a través del canal canino.

Saludos: el estilo canino y el de los primates

Imagine que va por la calle y de pronto distingue a una persona conocida a la

que se alegra de ver. ¿Qué hace? La mayoría llama a la persona por su nombre, tal vez hace un gesto con la mano para atraer su atención y avanza directamente hacia ella. Es particularmente cortés mirar a la persona directamente a la cara a medida que uno se acerca, avanzando directamente hacia ella, con los ojos fijos en los suyos y sin dejar de sonreír. Cuando se está lo suficientemente cerca como para tocar a la persona, uno podría tender la mano para estrechar la suya o abrir los brazos y rodearla en un cálido abrazo. Tal vez uno acerque el rostro y bese a la persona en la mejilla.

Lo máximo en materia de saludo cariñoso es mirar a la persona directamente a los ojos y besarla en la boca. Por supuesto, no ocurre lo mismo con los perros. Ese acercamiento tan cortés en los primates resulta sorprendentemente brusco en un canino, que lo consideraría tan desagradable como si se le orinasen en la cabeza.

Los acercamientos frontales y directos pueden resultarles amenazantes a los perros, en particular a los tímidos, cuando se encuentran con un individuo o un perro al que no conocen. Observe cómo se saludan en el parque dos perros bien socializados pero que no se

conocen. El perro más educado tiende a acercarse de lado, tal vez incluso a 90 grados. Evitan el contacto visual directo. Por otra parte, dos perros frente a frente, mirándose a los ojos, son un problema —un gran problema— y lo compruebo a veces en los casos de agresión de un perro a otro. En algunas ocasiones, los perros pueden saludarse de frente, pero es una descortesía que genera tensión y a veces desemboca en una agresión^[8]. Cuando nos acercamos a los perros directamente y de frente, como hacen los primates, los animales suelen responder como si estuviesen siendo atacados. Debo haber visto

alrededor de mil perros que se quedan tranquilos si uno los saluda deteniéndose a su lado esperando que sean ellos los que se acerquen; en cambio, estos mismos perros ladrarían y embestirían de manera agresiva, y posiblemente llegarían a morder, si uno les acaricia la cabeza. Los perros educados no sólo evitan los acercamientos directos, sino que tampoco saludan a los perros desconocidos poniéndoles una pata sobre la cabeza.

Literalmente cientos de clientes han descrito compungidos situaciones similares a la que acabo de relatar con

Mitsy que se les han presentado mientras caminaban por la calle con un perro al que asusta la presencia de extraños. La situación es la siguiente: un extraño se acerca avanzando directamente hacia el perro. Mi cliente se detiene, explica claramente que el perro es asustadizo y puede reaccionar de manera agresiva en presencia de extraños y *ruega* a la persona que no acaricie al animal. El extraño, mientras, dice algo así como: «¿Por qué no?» o «Oh, pero a mí me encantan los perros», se inclina hasta quedar cara a cara con el perro y extiende la mano para acariciar la cabeza del animal. Entonces el perro

retrocede asustado, constatando una vez más que las personas son idiotas sociales, o bien ladra, gruñe o muerde.

Los años que llevo ayudando a perros asustadizos a sentirse seguros en presencia de extraños me han permitido darme cuenta de lo enraizado que está en nosotros el comportamiento estructurado del saludo. En las fases iniciales del tratamiento para perros asustadizos es fundamental que la gente abandone ese enfoque mucho antes de que el animal llegue a sentirse molesto. Pero el impulso de mirar a un perro a la cara y tender la mano para acariciarlo es tan fuerte que a algunas personas les resulta

incontrolable. Esa necesidad compulsiva de tender nuestras propias patas no es algo que aparece repentinamente: el gesto de acariciar la nuca del otro es un signo común de afecto en muchos primates, incluidos los chimpancés y los humanos.

He trabajado con cientos de casos como el de Mitsy y he aprendido que, con independencia de lo que yo diga y de lo que me responda la persona a la que estoy hablándole, la acción de avanzar de frente hacia el perro y extender una mano para saludarlo obedece a un impulso tan arraigado que a veces es necesario interponerse

físicamente para evitar que el humano se entregue a esa práctica tan asimilada. La única solución es valerse de la participación de dos personas: una con el perro y la otra junto al extraño, lista para interponerse entre éste y el animal si el humano no puede contener el impulso de saludar como hacen los primates. He aprendido a «bloquear corporalmente» con buenas maneras a los extraños a fin de asegurarme de que no se acerquen demasiado y a interceptar sus manos extendidas lanzándoles una pelota o alguna otra cosa para que la cojan^[9]. De la misma manera que los primates quieren

extender las manos para saludar, los humanos no podemos resistirnos a tratar de coger algo que avanza hacia nosotros. En esas situaciones, mientras me apresuro a arrojar la pelota o la golosina hacia el hombre que se acerca afablemente por la acera, pregunto a la persona: «¿Le lanzaría esto al perro?». La mayoría de la gente está tan ocupada en coger el objeto que deja de pensar en tender la mano hacia el perro. Es posible adiestrar a las personas, pero confieso con toda sinceridad que resulta mucho más difícil que trabajar con perros.

Los abrazos

Extender la mano para acariciar a un perro es una cosa, pero abrazarlo es otra. En la introducción hablé de lo arraigada que está en nosotros la tendencia a abrazar y mencioné que tal vez se trata de algo relacionado con nuestra herencia en tanto primates. Gracias a los esfuerzos de numerosos investigadores del comportamiento animal, sabemos que la mayoría de los primates expresa afecto mediante el contacto «ventral-ventral» (el pecho contra el pecho y cara a cara), abrazándose unos a otros y dándose

palmaditas en la nuca o en los hombros. En su famoso libro *In the Shadow of Man*, cuando Jane Goodall describe el saludo entre chimpancés conocidos habla de inclinaciones de cabeza, genuflexiones, apretones de manos, besos, caricias, abrazos y palmaditas. Con excepción de los humanos, los chimpancés y los bonobos son los integrantes del reino animal que abrazan; se abrazan unos a otros cuando están excitados, felices, ansiosos o absolutamente aterrorizados. En su libro *Peacemaking Among Primates*, Frans de Waal describe a los exuberantes chimpancés besándose, abrazándose y

dándose palmaditas en la espalda unos a otros cuando se los deja sueltos en un espacio vallado al aire libre después de haber pasado un largo invierno en el interior de recintos que limitaban sus movimientos. Pero también es probable que se aferren unos a otros cuando estén nerviosos. Los mismos chimpancés se abrazan para consolarse después de una tensa pelea que alteró la paz de todo el grupo. A los chimpancés y los bonobos también les encanta besarse; se besan cuando están excitados, para reconciliarse después de tensiones sociales o de peleas y para saludarse tras periodos de ausencia. ¿Cuántas

personas no pueden resistir el impulso de besar a su perro? Otros primates, como los babuinos y los gorilas, no suelen abrazarse igual que los humanos, los chimpancés y los bonobos; pero los babuinos que son muy amigos se rodean con los brazos en una demostración de mutuo afecto y los gorilas dedican mucho tiempo al contacto físico. En todas las especies de monos las madres y las crías pasan largos periodos entregadas a mutuos abrazos, de la misma manera que nuestros niños mantienen un estrecho contacto físico con sus madres durante gran parte de los primeros años de sus vidas.

De acuerdo con mi experiencia, los humanos más propensos a abrazar y acariciar a los cachorros son las adolescentes y los niños con edades comprendidas entre tres y cinco años. He trabajado con muchísimas familias cuyas hijas pequeñas recibieron gruñidos, dentelladas o mordiscos (afortunadamente, nada graves) en la cara al coger a un perro en sus brazos. Las niñas, como los primates hembras de cualquier lugar, deseaban abrazar y acariciar a los perros. Pero por más cálida y afectuosa que fuese su intención, los perros interpretaron sus abrazos como una amenazante y violenta

demostración de dominio. Le ruego que no piense que estoy defendiendo a un perro que da dentelladas o mordiscos. Todos mis perros tolerarán el comportamiento típico de los primates sin siquiera pestañear. No hace mucho una mujer que se hallaba visitando mi granja abrazó por el cuello a Luke con tanta fuerza que por poco lo deja sin respiración. Cuando logré rescatar al perro de los brazos de la mujer, me apresuré a decirle dulcemente: «Buen chico, buen chico». El perro giró la cabeza y me dirigió una mirada lastimera, pero ni siquiera trató de alejarse. Pero no todos los perros son

tan tolerantes. Igual que las personas, los perros tienen personalidades diferentes y han vivido distintas experiencias de aprendizaje; no podemos esperar que todos los perros sean tan educados como nos gustaría que fuese cualquier ser humano (algo que no suele ser así).

En la única ocasión en que los perros se «abrazan» es cuando el macho se engancha a la hembra durante el acto sexual o cuando un perro (macho o hembra) monta a otro en una demostración de dominio o jugando con perros conocidos. Si un perro pone una pata sobre el cuello de otro en los

primeros instantes del saludo inicial, está sobrepasando los límites socialmente aceptables de los buenos modales caninos. Suelo ver a perros que actúan de esta manera, pero no son precisamente los mejor educados. Supongo que en la sociedad canina es tan descortés como en la nuestra empujar para salir primero por la puerta. Por supuesto, los perros que se conocen lo hacen continuamente como un juego, pero sólo después de llegar a ser amigos y de haber recibido señales visuales invitándolos a jugar, del mismo modo que en el campo de juego, celebrando un gol, los futbolistas hacen

cosas que nunca harían en otro contexto.

El número de personas que no parecen ser conscientes de la manera en que los perros interpretan su comportamiento resulta alarmante. Recientemente, durante la transmisión del programa de David Letterman, mi presentador de televisión preferido, pude ver cómo lo mordía un perro. Letterman se inclinó hacia delante, miró fijamente al perro, le cogió la cara con ambas manos y acercó su rostro al del animal. Entonces, de forma totalmente accidental, le pisó la cola. Pero lo que desencadenó la reacción primaria no fue el hecho de pisar la cola al animal,

como interpretó Letterman. Incluso antes de la mordedura pude comprobar horrorizada que sus ojos iban acercándose cada vez más a los del perro, mientras a mí se me aceleraba el corazón ante lo que inevitablemente iba a suceder. Me sentía tan angustiada que literalmente saltaba en la cama gritando al televisor igual que una idiota, como si el presentador pudiese oírme. Para un humano inexperto mirar directamente a los ojos de un perro no es más que un gesto amable y cariñoso. Así saluda Letterman a Julia Roberts y ésa es la manera en que todos saludamos a la gente que nos cae bien. Sin embargo, en

la sociedad de los perros sería una escena propia de una película de terror. Para un perro se trata de un acto al que sólo superaría en violencia que alguien se abalanzase sobre él y lo mordiese. Lo más sorprendente de la experiencia de Letterman es que el perro no le mordiera antes. Pero de todas maneras, no hay que olvidar que Letterman se comportó como un ser humano, ¿y de qué otro modo se podría comportar?

La próxima vez que vea a un perro al que le gustaría saludar, deténgase a cierta distancia del animal, preferiblemente hacia un lado y no frente a él, y evite mirarlo directamente a los

ojos. Espere a que el perro se acerque a usted. Si no lo hace es porque no quiere que lo acaricien y entonces lo mejor es respetar el deseo del animal. En realidad, no es mucho pedir. ¿Le gustaría que cualquier extraño que vea en la calle le manosee? Si el perro se acerca a usted con el cuerpo relajado en lugar de rígido, déjelo que le olisque la mano, cuidando de mantenerla baja y no por encima de la cabeza del animal. Cuando acaricie a perros desconocidos, hágalo siempre en el pecho o debajo de la barbilla. No les acaricie la cabeza. ¿Qué pensaría usted si un animal desconocido del tamaño de King Kong

se le pusiese delante y le acariciase la cabeza con su enorme pata?

¿Y el abrazo? ¡Ah, el abrazo! Yo también soy humana y la cuestión es que a veces no puedo contenerme y me permito rodear con mis brazos a Luke o a Tulip, una gran pirineo del tamaño de un *pony*. Mis perros lo toleran porque no somos extraños, porque están dispuestos a soportar toda clase de tonterías con tal de ser el centro de mi atención, porque no lo hago cuando están inquietos, porque están condicionados para asociarlo con cosas agradables como masajes y porque son relativamente sumisos con las personas

y es probable que piensen que no tienen muchas opciones. Además, saben quién se ocupa de guardar la carne en el congelador.

Sin ninguna duda, el mastín que estaba en la tarima habría podido mordirme si hubiese querido hacerlo. A veces los perros tienen reacciones más rápidas que las personas, y a pesar de que retrocedí, estoy segura de que el perro podría haber mordido mucho antes de que mi cerebro ordenase a mi cuerpo que se moviese. Pero afortunadamente para mí, el animal sólo quería

apartarme de su espacio y fui capaz de convertir el incidente en una parte provechosa del seminario. A continuación, los asistentes y yo nos enzarzamos en un gran debate acerca de la importancia de las señales visuales. Me mantuve relativamente cerca del mastín (no quería que aprendiese que abalanzándose sobre las personas conseguía alejarlas, pero si me mantenía demasiado cerca el animal tampoco podría recibir ninguna enseñanza útil) y por último conseguí que el perro volviese a permanecer tranquilo junto a mí. Sus dueños aprendieron muchísimo sobre la

manera de controlar y tratar a un perro de ese tamaño, un verdadero peligro para los extraños. Y esa noche me fui a dormir agradecida porque mi necio error no tuvo consecuencias más serias que la de hacerme sentir como una idiota. A veces pienso que el objetivo principal de los perros es darles una lección de humildad a los humanos. Y cualquier adiestrador de perros le dirá que lo hacen estupendamente.

2

TRADUCIENDO
DEL LENGUAJE
PRIMATE AL
CANINO



Cómo su cuerpo le «habla» a su perro y cómo asegurarse de que le está diciendo lo que usted quiere

Mary, una de mis clientes, volvió a su casa uno de los primeros días de invierno protegida del frío con su nueva chaqueta. El tiempo cálido y templado, inusual para finales de noviembre, se había convertido rápidamente en una tormenta de nieve que la había obligado a cubrirse la cabeza con la capucha de la parka

para protegerse del viento. Pensaba que al llegar a su casa la recibiría el entusiasta saludo de su san bernardo, que siempre la esperaba en la puerta moviendo la cola de contento. Baron se hallaba detrás de la puerta, ladrando excitado cuando Mary puso la llave en la cerradura. En cuanto entró a la casa, el asombro se apoderó de la expresión del rostro de Baron. El perro la miró durante unos instantes enmudecido por la sorpresa y seguidamente, con los ojos como platos, emitió dos ladridos antes de salir corriendo hacia el cuarto de baño para esconderse dentro de la bañera.

Convencida de que a su perro le pasaba algo terrible, Mary corrió tras él llamándolo por su nombre. Cuando lo encontró metido en la bañera, extendió la mano para ayudarlo, pero el animal se asustó tanto que saltó aterrorizado golpeándola al hacerlo y salió disparado a buscar refugio en el armario. Durante casi diez minutos Mary trató de hacerlo salir, sumamente preocupada por el extraño comportamiento del animal. Pero el perro se había atrincherado en el armario y no tenía ninguna intención de moverse de allí, ni siquiera para recibir los regalos con que trató de

tentarlo. Por último, Mary se rindió y se sentó en la cama, desalentada. Pero en ese momento sintió calor, por lo que se quitó la parka y la arrojó sobre la cama. Cuando salió de la habitación en busca de agua, Baron abandonó el armario y la siguió. Sorprendida de oír sus pasos tras los de ella, Mary se giró y llamó al perro por su nombre. Baron, ahora tierno y cariñoso, le lamió la cara con su enorme y rosada lengua.

Cuando más tarde comentamos el incidente en mi consulta, Mary tomó conciencia de que Baron había llegado a su casa a comienzos del verano y desde entonces sólo había visto gente

vestida con ropa ligera, a lo sumo con una fina cazadora. Nunca había visto a nadie con la cabeza cubierta con la capucha de una parka. Tampoco había visto a nadie con sombrero. Hasta ese momento se había comportado como un cachorro normal y sociable, aunque a veces se mostraba un poco pasivo con los extraños. Sus primeros ladridos fueron para el mensajero que vino a entregarme un paquete de gran tamaño. En el momento en que me puse una chaqueta con capucha y salí de la habitación Mary comenzó a entender lo que había sucedido. Cuando regresé, Baron se quedó paralizado al verme,

hasta que me quité la chaqueta. Casi pudimos oír su respiro de alivio.

Siluetas

No creo que los perros entiendan el concepto de ropa y complementos tal como nosotros. Si alguien viene a su casa con un sombrero nuevo, usted no supone que esa persona se ha transformado en un alienígena. Pero los perros sí lo hacen, al menos muchos de ellos. Algunos perros ladran a sus amados dueños cuando éstos llegan a casa llevando un gran sombrero o abren los ojos asombrados ante la presencia

de alguien con una mochila a la espalda (o al ver al cartero con la bolsa de la correspondencia). Si se detiene a pensarlo, ¿por qué los perros deberían entender la manera aleatoria en que cambian nuestras siluetas? Sabemos que los perros prestan atención a las formas. Muchos de los perros que acuden a mi consulta le ladran a la silueta de un gato negro que está sobre una pared. Y son muchos más los perros que enloquecen con el cuadro en tamaño natural de la cara de Bo Peep, mi primer gran pirineo. Dos círculos oscuros (los ojos del perro) dentro de un óvalo blanco con forma de perro bastan para provocar un

recital de ladridos que podrían despertar a un muerto. En general, los perros ladran cuando uno menos se lo espera. Estamos todos cómodamente instalados hasta que de pronto, vaya a saber por qué, el perro mira hacia arriba y se pone a ladrar con tanta fuerza que las paredes tiemblan y el té de nuestras tazas se derrama como si se hubiese desatado un terremoto. No es más que una imagen, pero se trata de una imagen de cosas que para un perro significan otro perro.

Por consiguiente, ¿qué pueden pensar los perros cuando nos ven llegar con enormes ojos amenazantes (gafas de

sol), extrañas e intimidantes protuberancias en la cabeza (sombros) o prolongaciones espantosamente peligrosas que salen de nuestras manos (bastones, muletas)? No existe ninguna razón por la cual los perros, por inteligentes que sean, deban entender que nuestras siluetas, esa señal visual tan importante que utilizamos en todo momento para identificar lo que se acerca, son mutables y no fijas. Los perros asustadizos reaccionan con rechazo ante los sombreros, los abrigo muy amplios o los paquetes. Por lo tanto, si tiene un perro que se muestra receloso ante todas las formas extrañas

en las que pueden presentarse los humanos, ayúdelo a superar su problema poniéndose un sombrero para andar por su casa durante un par de semanas. Acostúmbrelo a verle entrar a la casa con una mochila a la espalda o cualquier otra cosa que parezca provocarle inquietud. La mayoría de los perros termina por aprender a hacer caso omiso a nuestra habilidad para mudar de aspecto, pero algunos necesitan un poco de ayuda.

Cómo llamar a su perro

Hace unos años me encontraba con mi

perro Luke, de raza border collie, en medio de la fresca y verde hierba de una colina de Wisconsin aprendiendo a trabajar en equipo para dividir en dos a un pequeño rebaño de ovejas. Esta tarea es la máxima prueba del pastoreo, pues requiere una perfecta sincronización de movimientos y un gran nivel de control y habilidad tanto por parte del perro como de quien lo dirige, más o menos como suele verse en las pruebas olímpicas de baile sobre patines en pareja. Con el rebaño situado entre el humano y el perro, el pastor llama al perro para que separe a algunas de las ovejas y luego le pide que se centre en un grupo

determinado y lo aparte del resto. Puesto que Luke era tan principiante en estas tareas como yo, se equivocó al elegir las ovejas que debía apartar a pesar de la clara señal de mi brazo, hasta que un pastor entendido simplificó las cosas con una observación: «Asegúrese de que sus pies y su cara apuntan también hacia la oveja que quiere que su perro aparte». Y eso fue todo; problema resuelto. En mi condición de primate, señalaba con el brazo la oveja que quería que Luke apartase. Es probable que girase la cabeza y mirase a Luke en un desafortunado intento de influir en lo que el perro hacía a continuación.

Mientras tanto, él observaba en qué dirección apuntaban mis pies y mi cara, y siempre lo hacían hacia el grupo de ovejas equivocado. No se me había ocurrido prestar atención a mis pies y a mi cara y me había mantenido muy concentrada en señalar hacia la oveja que quería que Luke siguiese. Pero Luke no es un primate, es un perro, y como todos los perros, tiende a ir en la dirección hacia la que yo estoy de frente y no hacia donde yo señalo. (¿Alguna vez vio a un perro alzar la pata y señalar con ella?).

Esta observación etológica conduce a un consejo práctico para conseguir que

su perro acuda cuando lo llame. La mejor manera de conseguir que un perro vaya hacia usted consiste en apartarse de él e ir en dirección contraria (que en realidad es «hacia usted» desde el punto de vista del perro). A los humanos esto nos resulta tan antinatural que a veces debo coger a los clientes por la manga y apartarlos de sus perros para impedirles que avancen. Los perros quieren ir hacia donde va su dueño, y para un perro ésa es la dirección hacia la que apuntan su cara y sus pies. Los primates pretendemos pararnos delante del perro y hablar con él sobre lo que queremos que haga. Observe la manera en que nos

desplazamos para acercarnos a otros primates: avanzamos directamente hacia ellos. Pero ésa puede ser una señal inhibidora para un perro. Para su perro usted puede parecerse a un guardia de tráfico deteniendo la circulación cuando avanza directamente hacia él. Por lo tanto, si lo llama diciendo «ven» y avanza, su voz está diciendo «ven hacia aquí» mientras su cuerpo dice «quédate allí». Además, si usted avanza hacia el perro, ¿por qué el animal no debería detenerse y esperar educadamente que usted llegue hasta él? El más sutil de los «acercamientos» puede tener un efecto profundo sobre un perro. Hasta una

ligera inclinación del cuerpo hacia delante puede detener el avance de un perro sensible.

La mejor manera que conozco para «pedirle» visualmente a un perro que venga es inclinarse como si estuviese haciendo una reverencia, apartarse del perro y dar una palmada. Su versión de una reverencia es la señal más cercana que existe en el lenguaje canino para animar a su perro a ir hacia usted. Después de todo, los perros no tienen ninguna señal entre ellos que signifique «ven aquí inmediatamente». Si analiza a los perros domésticos y a los lobos, en los estudios sobre ellos no se describe

nada que signifique «ven ahora mismo». Yo le digo a la gente que lo considere como un truco de circo, no como algo que podemos esperar automáticamente de un buen perro. Los buenos perros no llegan sabiendo salir corriendo cuando usted dice «ven» con la voz pero indica «detente» con el cuerpo. Además, los humanos tampoco tienen una señal para indicar «ven». ¿Usted tira la revista al suelo y cruza a saltos la habitación cuando su pareja pronuncia su nombre? ¿Alguna vez alguien le ha dicho «un momento» cuando usted trataba de atraer su atención? Con toda seguridad, nuestros perros nos dicen

continuamente: «¡Un momento, creo que huelo a una ardilla!», o «¡Un momento, huelo a comida! Enseguida estaré contigo». ¿Existe alguna razón por la cual su perro debería ser naturalmente más obediente que usted?

La brevedad del capítulo no me permite decirle nada que garantice que su perro acuda cada vez que usted lo llame. Yo enseñaba a mis propios perros a acudir cuando los «llamaba» empezando cuando no estaban muy distraídos con alguna otra cosa. (Los buenos maestros siempre ayudan a sus estudiantes comenzando en un nivel de dificultad razonable). Los llamaba con

una señal clara y coherente como «¡Tulip, ven!», mientras daba palmadas, me inclinaba ligeramente hacia delante, giraba el cuerpo a un lado y empezaba a alejarme. En la fracción de segundo en que mi gran pirineo, Tulip, avanzaba hacia mí, comenzaba a decirle suavemente «¡buena chica!, ¡buena chica!», y me alejaba más rápidamente. Esa acción la atraía hacia mi dirección y al mismo tiempo la recompensaba con una de sus actividades favoritas: el juego de la persecución. A los perros pueden gustarles las cosas ricas y los mimos, pero también les encanta correr, y ése parece ser un maravilloso premio

por acudir cuando se los llama. (Si su perro se excita demasiado y empieza a lanzar mordiscos a medida que se acerca a usted, frene su carrera antes de que le alcance, vuélvase hacia él, inclínese hacia delante y dele un regalo).

De esa manera Tulip, a quien le encanta perseguir cosas, aprendió que, si yo la llamaba y ella dejaba de hacer lo que estaba haciendo y venía hacia mí, yo la recompensaba con su juego favorito. Cuando la perra respondía a mi llamada, yo solía tirar detrás de mí una pelota o regalos, con lo cual el juego le resultaba más gratificante. Los años que llevamos repitiendo este juego dieron

sus frutos recientemente cuando Tulip persiguió a un zorro rojo que había entrado abriendo un hueco en el granero. Tulip interrumpió inmediatamente la persecución cuando grité «¡No!» y vino corriendo hacia mí al decirle «¡Ven!». Todavía me siento rebosante de orgullo y gratitud. Es su trabajo proteger a la granja de coyotes y zorros no invitados, pero yo no quería que la perra se alejase de la granja. Sin embargo, una cosa es interrumpir la persecución de un border collie y otra muy distinta es detener a un gran pirineo en mitad de su trabajo. Estos últimos no dominan muy bien las normas de la obediencia: han nacido

para pasarse la vida entre las ovejas, protegiéndolas de los depredadores, y son famosos por su independencia. En cierto modo, son todo lo contrario de un border collie. Los border collies, nacidos para trabajar en armonía con los pastores humanos, reaccionan a las simples señales indicándoles que se sienten como si estuvieran haciendo un ejercicio de una precisión obsesiva. Es como si pensarán: «¿Que me siente? Vale, eso es fácil. ¿Te gustaría que me siente así, un poquito hacia delante o quizá una o dos pulgadas más atrás? Puedo tratar de mover la cola; ¿te parecería bien?». Por su parte, un gran

pirineo tendrá en cuenta la petición del pastor, pero simplemente eso.

Cuando Tulip era adolescente practicábamos este juego con ella cinco veces al día. Yo le decía «ven» con voz alegre pero clara, trataba de animarla a que viniese girándome y alejándome de ella y la recompensaba jugando con ella a la persecución, para terminar lanzándole una pelota o un regalo cuando llegaba hasta mí. El plato fuerte con Tulip era aprovechar el hecho de tener más de un perro. Un par de veces por semana pedía a todos los perros que viniesen y a los tres que aparecían primero les daba un regalo. Como al

principio Tulip siempre era la que más lejos se encontraba cuando yo los llamaba, y la más lenta en responder, seguía llegando en cuarto lugar. Entonces yo le decía: «¡Oh, qué lástima, Tulip! ¡Se me acabaron los regalos! Me parece que la próxima vez tendrás que llegar antes». Y lo hizo, no porque entendiese mis palabras, sino porque aprendió que una rápida respuesta recibía una recompensa.

¿Su perro se aleja en lugar de acudir junto a usted si lo llama mientras está persiguiendo a una ardilla? En estas circunstancias el procedimiento es más complicado, pero si se acuerda de

apartarse de su perro cuando le dice que vaya y lo recompensa jugando con él a la persecución, o con una pelota o un regalo, le garantizo que responderá a su llamada con mayor rapidez de la habitual. (En este caso me parece más útil enseñar a un perro a detenerse ante el primer «No»).

Estuve pensando sobre todo esto recientemente mientras paseaba por el parque con mis border collies. Caminé durante una hora mientras los perros iban tres o cuatro metros por delante de mí, corriendo tranquilamente con su trote canino. En mi deseo de no transgredir las normas del parque,

llamaba a mis perros junto a mí cada vez que veía acercarse a un grupo de personas o a otros perros. Ese día el parque estaba lleno y los debí llamar unas treinta veces. Los perros me escuchaban y respondían a mi llamada, pero me preguntaba qué debían de pensar por el hecho de que los llamase una y otra vez para que acudiesen junto a mí cuando ya habían venido antes. Pobres perros; deben de pensar que estamos locos.

El control del espacio

Las ovejas y los perros pastores me

enseñaron que algunos humanos pueden controlar el comportamiento de un perro simplemente controlando el espacio que lo rodea. Los border collies hacen lo mismo en todo momento: controlan a otros animales, cualesquiera que sea su especie, apoderándose con sus movimientos del espacio que los rodea. Los perros pastores no ponen correas ni collares a sus ovejas o al ganado que vigilan y por ese motivo deben controlarlos de otro modo. Controlan a otros animales bloqueando el camino por donde no quieren que vayan y dejándoles fácil acceso hacia el lugar al cual desean que se dirijan. Es muy

parecido a lo que hace el portero en un partido de fútbol: su trabajo consiste en proteger un espacio determinado, no en modificar el comportamiento de la pelota. Si quiere reproducir esa acción y aprender a controlar el espacio que rodea a su perro, puede dejar de depender de una correa o de un collar para conseguir que el animal haga lo que usted desea. Y algo igualmente importante es que puede dejar de tener que abalanzarse hacia su perro para sujetarlo por el collar. Veo demasiados perros que dan dentelladas o mordiscos cuando sus dueños extienden la mano para sujetarlos por el collar, con

frecuencia porque los animales han aprendido a asociar ese movimiento del brazo con tirones, ahogos o el alejamiento forzoso de algo interesante.

Cuando estoy con mis perros utilizo continuamente señales visuales para controlar el espacio. Por ejemplo, dejo a Tulip en un «sitio» y la perra empieza a levantarse y a investigar las migas de pan que he esparcido sobre el suelo de la cocina. Si avanza en dirección a mí y hacia mi izquierda, contrarresto su movimiento desplazándome hacia delante y dando un paso hacia el costado en el espacio que la perra estaba a punto de ocupar. A esta acción la denomino

«bloqueo corporal». Ese único movimiento de mi parte basta para detener a Tulip, cuyo cuerpo retrocede hasta su posición original. Respondo inclinándome hacia delante, preparada para volver a moverme hacia la derecha o la izquierda si la perra inicia otro avance. Por supuesto, cuanto antes reaccione, mejor. Cuando usted domine esta parte de la actividad, simplemente puede inclinarse hacia delante unos tres o seis centímetros sólo cuando su perro inicia el primer desplazamiento del peso corporal para salir de su sitio. Obtengo los mejores resultados combinando la etología y la teoría básica del

aprendizaje, por lo que, además de utilizar las señales visuales pertinentes, *mientras* los perros permanecen en su sitio les doy regalos. Les ayudo a quedarse en su lugar mientras me acerco con el regalo en la mano derecha manteniendo la izquierda extendida como si fuese un guardia de tráfico. Cuando me pongo delante del perro, con un sutil movimiento de la mano le acerco el regalo a la boca; luego vuelvo a retroceder, sin abandonar la señal de la mano izquierda que indica «no te muevas». Los perros aprenden que «los que se quedan en su sitio reciben regalos» y desarrollan un apego tan

arraigado al sitio que puede resultar difícil vencerlo.

También utilizo bloqueos corporales para impedir que perros no invitados salten a mi regazo, se me suban al pecho o se pongan a bailar sobre mi cabeza, como trató de hacer un doberman de 36 kilos excesivamente cariñoso. Puesto que los perros no usan sus patas para apartar a otros perros, empecé a observar a perros y lobos para comprobar de qué manera controlaban el espacio que los rodeaba. Los etólogos especializados en el comportamiento de los lobos están tan familiarizados con los bloqueos corporales que los han

identificado como acciones diferenciadas: en las manadas de lobos se ven continuamente los «cierres de hombros» y los «cierres de caderas»; en esas acciones el individuo utiliza el torso, el hombro o la cadera para quitarle el espacio a otro individuo. Las hembras que se hallan en la fase previa al celo, decididas a mantener su posición de líderes para asegurarse su derecho a la reproducción, son famosas por ejecutar rápidos movimientos de rechazo con las caderas, como hacen los jugadores de hockey, para mantener a las demás en su sitio. De ninguna manera estoy sugiriendo que se ponga a imitar a

estos animales, pero le resultará mucho más fácil trabajar con perros una vez que tome conciencia del espacio que se extiende alrededor de usted y del animal y de quién está a punto de ocuparlo.

Estos bloqueos corporales se aprenden con facilidad, pero se trata de una habilidad que no surge naturalmente. Lo natural en todos los primates, incluidos nosotros, es apartar a los demás con nuestras manos (o patas delanteras). Pero para un perro una pata levantada puede significar una invitación a jugar o un signo de dominación. En cambio, yo mantengo las manos pegadas al estómago y aparto a

los perros con el hombro o la cadera, utilizando el lenguaje corporal que ellos entienden. Pruébelo la próxima vez que algún perro excesivamente demostrativo trate de abalanzarse sobre su regazo mientras usted intenta relajarse en su sillón. Mucho antes de que el perro lo consiga, llévese las manos al estómago e inclínese hacia delante para bloquearlo con el hombro o el codo y vuelva a erguirse una vez que el animal haya retrocedido. La mayoría de los perros no se rinde enseguida: volverá a intentarlo dos o tres veces más. Después de todo, es probable que tiempo atrás se los haya recompensado por subirse al

regazo de alguien, aunque haya sido por deferencia. También ayuda apartar la cabeza. (Más adelante en este capítulo hablaremos de la importancia de «apartar la mirada»). Lo esencial es que usted ocupe el espacio antes de que lo hagan los perros, de la misma manera que un border collie cuando se mueve velozmente hacia la izquierda para impedir que la oveja atraviese la puerta.

El control del espacio no consiste únicamente en desplazarse de un lado a otro para bloquear la zona; también tiene importancia hasta dónde puede llegar a desplazarse hacia delante o atrás para controlar a otro animal, o cuánta

«presión» puede ejercer sobre su perro.

La sensación de presión

Las tres ovejas de Barbados que hay en mi granja no tienen el mismo aspecto que las otras. De color negro, marrón y blanco, su piel es tan lisa y lustrosa como la de un antílope africano y verlas en medio de mi pequeño campo de pastoreo de verde hierba causa estupefacción. Las ovejas de Barbados tampoco actúan como las demás ovejas. Veloces y ligeras, se desplazan como el mercurio ante el menor indicio de dificultad. Se lanzan a correr, dan

saltos, embisten con ojos despavoridos la cerca o la cabeza de la persona o del perro que ejerza demasiada presión sobre ellas. Tienen reacciones rápidas y a veces peligrosas, pero yo las adoro. Los adictos a la adrenalina (¿y qué adiestrador de perros especializado en agresividad animal no lo es?) de cualquier lugar del mundo no pueden dejar de amarlas porque son tan rápidas que usted y su perro tendrán que ser igualmente veloces o de lo contrario estarán perdidos. En un concurso de perros pastores en el que participaron ovejas de Barbados en lugar de las habituales ovejas de lana

se perdieron cinco que salieron disparadas hacia los campos de maíz sin que nadie volviera a verlas, al menos hasta hace unos meses, cuando una de ellas fue encontrada en el patio ajardinado de un complejo de apartamentos, y otra fue hallada incluso más tarde en el parque, ante la perplejidad de los guardas del zoológico y de los especialistas en fauna salvaje, sorprendidos de que un animal con el aspecto de un antílope africano se apareciese de pronto en un suburbio de Milwaukee.

Las ovejas de Barbados huyeron del campo donde se realizaba la

competición porque son muy susceptibles a la presión, mucho más que la oveja de lana blanca, y los pastores y los perros no estaban acostumbrados a ellas. Si ejerce demasiada presión sobre un rebaño de ovejas de Barbados corre el riesgo de no volver a verlas nunca más. No conozco ningún otro animal que sea más adecuado para ilustrarle sobre el importantísimo concepto de presión, aunque es probable que su perro haya estado intentándolo desde el principio.

La presión también se refiere al espacio

y tiene que ver con lo cerca que es necesario estar de otro animal para comenzar a influir en su comportamiento. Los buenos perros pastores saben cuánta presión es posible ejercer sobre la oveja para conseguir que se mueva. Además de efectuar bloqueos a la derecha y a la izquierda, los perros deben encontrar el sutil límite de la distancia que debe separarlos de la oveja; si lo sobrepasan, obligarán a la oveja a darse la vuelta y luchar o la empujarán a saltar por encima de la cerca. Este trabajo es un continuo reto porque el «punto de presión» cambia según el día, la oveja y la meteorología.

Un buen perro que sea constante y actúe con un sentido innato de la presión vale su peso en oro porque es capaz de conseguir que la oveja o las vacas se muevan sin provocar una pelea o una estampida, empujando suavemente hacia el lugar al que quieren que se dirija. Algunos perros son tan geniales que lo consiguen con aparente facilidad, hasta el punto de que al observarlos hacer su trabajo uno no se da cuenta de lo que sucede. Se trata de algo tan importante para el perro como para la oveja. Los grandes adiestradores de perros dominan perfectamente el tema de la presión, mientras que los malos la

utilizan de manera inadecuada y provocan problemas que podrían haberse evitado.

Usted también sabe cómo funciona la presión cuando interactúa con individuos de su propia especie. La mayoría de los primates humanos sabe cuánta presión puede ejercer sobre el espacio personal de alguien para no inquietar a la otra persona. Todos sabemos lo que se siente en el extremo receptor: si alguien se nos acerca demasiado, en general terminamos por retroceder. No es necesario que la otra persona nos toque para que sintamos su presencia y busquemos apartarnos. La

diferencia entre una distancia social cómoda y otra que resulta molesta puede ser muy pequeña sin llegar a medir más que unos centímetros (o menos). Lo mismo sucede entre usted y su perro y entre un perro pastor y un rebaño de ovejas. Por supuesto, tal como el punto de presión varía de un rebaño a otro y de una persona a otra según la personalidad y los antecedentes culturales, también difiere de un perro a otro.

Los grandes adiestradores de perros saben con exactitud hasta dónde pueden inclinarse hacia delante para ejercer presión sobre cada uno de los perros

con los que trabajan. Volvamos al ejemplo de «quedarse quieto en un sitio». Si Tulip está quieta en un sitio y comienza a levantarse y a avanzar hacia mi izquierda, yo también me desplazaré hacia la izquierda para bloquear su avance. Pero en el instante en que el animal se detiene, yo debería dejar de inclinarme hacia delante y «eliminar la presión» volviendo a erguirme. De la misma manera que es necesario bloquear al perro cuando abandona su sitio, hay que recompensarlo cuando vuelve al mismo en vez de seguir ejerciendo presión sobre el animal. El aprendizaje de esta interacción entre

usted y su perro, esta danza que consiste en desplazar el peso corporal hacia delante y atrás, requiere cierto tiempo, lo mismo que cualquier deporte o paso de baile. En mi consulta se tiene la impresión de que la gente aprende fácilmente a ejercer presión, pero al principio va demasiado lejos y no la elimina con la rapidez necesaria. Puede practicar con personas y perros, pero antes de empezar conscientemente a ejercer presión sobre un animal asegúrese de que lo conoce bien. Cada perro es una combinación única de características genéticas y aprendizaje, pero igual que sucede con los humanos,

la mayoría encaja en categorías genéricas. Algunos perros alocados, totalmente ajenos al comportamiento social, se abalanzarán sobre usted por mucho cuidado que ponga al avanzar hacia ellos en el momento oportuno. En el caso de los perros sensibles y sumisos, bastará con que usted se incline hacia delante, aunque se encuentre a cierta distancia, para que retrocedan. Y seguramente no querrá poner a prueba este experimento con perros irritables con tendencia a la agresividad porque pueden tomarlo como una afrenta y atacarle.

La dirección hacia la cual se

desplaza el cuerpo del perro, ya sea hacia delante o hacia atrás, es una información decisiva para un terapeuta en comportamiento animal. Un perro puede gruñir cuando lo veo en la recepción, pero si su cuerpo se halla desplazado hacia atrás, aunque sea un poquito, me doy cuenta de que está a la defensiva y no dispuesto a atacar. Por mucho que gruña y muestre los dientes, existe poco peligro si no ejerzo presión sobre él. Me preocupa mucho más el perro silencioso y con las patas rígidas que permanece inmóvil, desplazándose hacia delante apenas una fracción de centímetro mientras me mira

directamente a los ojos. Los perros que alternan el desplazamiento del cuerpo hacia delante y el retroceso son ambivalentes y se consumen en la disyuntiva de atacar o huir. Puede llegar a conocer muy bien a un perro aprendiendo a interpretar la manera en que inclina su cuerpo. Una vez que se haya hecho un «modelo» mental, descubrirá que lo observa en todas partes: lo verá en el pequeño sheltie que se inclina apenas un poco hacia atrás cuando usted se olvida de las reglas de educación canina y le pone la mano sobre la cabeza, y lo verá también en el parque cuando dos perros se saludan, y

uno se inclina hacia delante y el otro retrocede. Llega a ser como una señal de neón y usted se preguntará cómo pudo dejar de verla antes.

Por supuesto, nuestros perros están tan ocupados interpretando nuestro comportamiento como nosotros haciendo lo mismo con el suyo. Si aprende a desplazar ligeramente hacia atrás el peso de su cuerpo cuando saluda a un perro desconocido, en general podrá asegurarse de que el animal no percibirá su postura como amenazante. Cuando desplaza ligeramente hacia atrás el peso de su cuerpo, ha descartado lo que los etólogos denominan un «movimiento de

intención» para avanzar y los perros pueden interpretarlo sin ningún problema. No es necesario que sea un desplazamiento notorio; basta con que sea apenas perceptible. Por supuesto, deseará hacer lo contrario cuando trabaje con algún perro estúpido que no presta ninguna atención a sus gestos para interpretarlos. Entonces querrá avanzar deliberadamente, ocupando el espacio y utilizando el torso para indicar su intención de asumir el control antes de pedirle al perro que se «siente».

Lee mis labios

Sandy era un cocker spaniel de pelo rubio y rizado como el de una reina de belleza infantil, tan tierno y aniñado como una muñeca. Pero se plantaba en mi consulta igual que un oficial de caballería, con el rabo rígido e inclinándose hacia delante como si estuviese a punto de entrar en combate. Ese día, cuando miraba fijamente a su dueña en mi consulta, sus ojos tenían una clara expresión de dureza. La mujer había acudido a mi consulta porque Sandy la había mordido, no una sino muchas veces. Las mordeduras eran extensas y profundas y no simples rasguños. En el último incidente, el

peor de todos, Sandy había mordido a su dueña en el antebrazo, con fuerza y repetidamente. La mujer vivía sola y tardó bastante en liberarse del perro. Sufrió una grave herida en el brazo y tenía el corazón destrozado. Amaba a Sandy como a la vida misma y no tenía ninguna duda de que el perro también la quería a ella... casi siempre.

Sospecho que el perro miraba fijamente a su dueña para inducirla a que se levantase y le trajese un juguete de la cesta. Al comienzo de la sesión se había acercado a la cesta de los juguetes, había mirado a su dueña y a continuación había vuelto a dirigir la

mirada hacia un juguete codiciado. La mujer comenzó a levantarse para ir a buscarle el juguete. La cesta de los juguetes era baja, estaba abierta y se accedía a ella fácilmente. Nada impedía a Sandy coger él mismo el juguete, excepto que, según parecía, prefería que se lo trajese su dueña. Sugerí a la dueña que dejase que fuese el perro quien recogiese el juguete. La mujer me explicó que ella siempre le traía los juguetes a Sandy cuando él los pedía. Me volví para observar a Sandy, que permanecía junto a la cesta moviendo lentamente la cola mientras clavaba una dura mirada en su dueña.

La mujer hizo un gesto de negación con la cabeza y con indecisión dijo: «No, Sandy cógelo tú». Mientras la mujer pronunciaba esas palabras con suma delicadeza, las comisuras de la boca del perro se desplazaron hacia delante aproximadamente unos tres milímetros. (¿Parece un movimiento minúsculo? Coja una regla y recorra con un dedo la distancia de tres milímetros. Se sorprenderá al comprobar lo evidente que es el movimiento).

Ese pequeño movimiento fue el equivalente de un letrero de neón parpadeante. Afortunadamente, pude percibir la advertencia y logré arrojar

en dirección a Sandy una bolsa de habas justo a tiempo para impedirle que se abalanzase sobre su dueña. En el momento en que la bolsa golpeó al perro en la frente, sus ojos eran duros y su boca estaba totalmente contraída, mostrando los dientes, listos para morder. Al comprobar cómo adelantaba las comisuras pude prever cuál sería su próximo movimiento y conseguí detenerlo antes de que volviese a atacar a su dueña. En los meses siguientes Sandy se acostumbró a ser paciente y su dueña aprendió a ser una guía benevolente. También desarrolló la habilidad de observar las comisuras

de la boca de Sandy con la precisión visual de un halcón.

Espero que usted no tenga un motivo tan apremiante como el de la dueña de Sandy para aprender a interpretar las señales de su perro, pero las comisuras de la boca del animal pueden darle muchas pistas acerca de lo que pasa por el interior de su peluda cabeza. Y esto no sólo se aplica a los perros. Los humanos retraemos las comisuras cuando sonreímos y, en un sentido muy general, compartimos con los perros un sentimiento cuando lo hacemos. La

retracción de las comisuras en los perros significa sumisión o miedo. A veces tiene un significado similar en los humanos: algunos investigadores creen que las sonrisas humanas son una evolución de las muecas de sumisión observadas en muchas especies de primates. Todos estamos familiarizados con sonrisas felices, pero piense en todas las sonrisas que ha visto que, en alguna medida, estaban relacionadas con el nerviosismo. Tal vez usted, como yo, ha sonreído cuando no deseaba hacerlo, mientras esperaba con ansiedad los resultados de una prueba o buscaba sumisamente granjearse la simpatía de

alguien con poder. Los primates también tienen una expresión similar, un tanto parecida a una «sonrisa» nerviosa o sumisa, denominada «boca abierta mostrando los dientes», que se asocia con el contacto social relajado y cordial. No resulta sorprendente encontrar este tipo de sonrisa con mayor frecuencia en especies con relaciones sociales relativamente relajadas más que en estrictas jerarquías de dominio. Diría que en este sentido una sonrisa podría indicar ambas cosas: la sumisión social raras veces se relaciona con una agresión hostil y de la misma manera una sonrisa puede indicar a un extraño

que usted no tiene ninguna intención de hacerle daño.

También los primates (incluidos los humanos, los chimpancés y los macacos de la India) pueden amenazar a otros adelantando las comisuras, pero igualmente es posible que lo hagamos como expresión de haber recibido una agradable sorpresa. (Imagínese su rostro cuando le «habla» a un bebé o a su perro: levanta las cejas, abre mucho los ojos y frunce los labios adelantando las comisuras como cuando exclama «Oooohhh»). Pero en un perro ésa es normalmente una señal de afrenta y se denomina «fruncimiento agresivo de los

labios». Cualquier perro que me ladra con los labios fruncidos me pone en situación de alerta. No se trata de un perro en actitud defensiva, sino de un animal preparado y dispuesto a cumplir su amenaza; no se muestra temeroso, sino seguro.

Uno de los métodos que empleo para evaluar el temperamento de los perros consiste en darles un juguete relleno de comida y después observarles las comisuras de la boca cuando empiezo a quitárselos. (Ahora lo hago utilizando un brazo postizo gracias a la brillante idea de una adiestradora de perros, Sue Sternberg, asesora de albergues para

animales y conferenciante en seminarios. Después de llevar diez años protegiéndome con mis reflejos y mi habilidad para interpretar las intenciones de los perros, me animaron a dejar de utilizar mi mano y a emplear en cambio una postiza. De todos modos, sigue siendo potencialmente peligroso porque a veces un perro puede pasar del brazo falso a mi propia mano o a mi cara; por eso, tal como dicen en los anuncios: «Las personas que participan en esta escena son profesionales. No intente hacerlo en su casa»).

Cuando observo la boca de un perro, no sólo lo hago para comprobar si tiene

la mandíbula rígida o si me muestra los dientes; la observo para comprobar si las comisuras están adelantadas o retraídas. Las comisuras adelantadas indican que se trata de un perro que busca imponerse y por lo tanto no es la clase de animal adecuada para una familia con tres niños menores de cinco años. Las comisuras retraídas en un rictus defensivo, aunque el perro me gruña y me ladre, indican que el animal se halla en guardia y teme que le quiten la comida o siente miedo por algo que está a punto de suceder. Cualquier perro puede morder, pero es importante saber en qué medida usted puede adivinar las

intenciones de un perro antes de hacer un pronóstico y elaborar un plan de tratamiento. Si tiene un perro que le amenaza de esta manera, sería prudente que se pusiese en contacto con un adiestrador de perros o con un terapeuta en comportamiento animal con experiencia que pueda ayudarle con un plan de tratamiento individualizado.

¿Pelear o no pelear?

Una situación común de mala comunicación visual entre las personas y los perros se produce cuando los dueños hacen que su perro, sujeto con la correa,

conozca a otro. Los humanos suelen mostrarse ansiosos por la manera en que se entenderán los perros; si uno se detiene a observarlos a ellos y no a los animales con frecuencia advertirá que los humanos contienen el aliento con una expresión de «alerta» en los ojos y en la boca. Puesto que en la cultura canina estos comportamientos son expresiones de agresividad ofensiva, sospecho que, sin quererlo, los humanos están dando muestras de sentirse tensos. Si acentúa la tensión tirando de la correa, como hacen muchos dueños de perros, puede conseguir que los animales lleguen a atacarse. Deténgase a pensar: los perros

se hallan en una situación de encuentro social tensa, rodeados por humanos tensos que los miran fijamente y conteniendo la respiración. No sé cuántas veces he visto a un perro ponerse a ladrar al otro perro después de haber dirigido la mirada hacia el rostro contraído de su dueño. Puede evitar muchas peleas entre perros relajando los músculos de la cara, sonriendo con la mirada, respirando lentamente y apartándose de los animales en lugar de inclinarse hacia delante y añadir más tensión.

Volver la cara

Tanto los humanos como los perros desvían la mirada ante la presencia de otro ejemplar de su misma especie por numerosas razones, muchas de las cuales son compartidas entre diferentes especies. Los primates como los humanos, los chimpancés y los gorilas suelen volver la cara para evitar conflictos sociales. El primatólogo Frans de Waal hace hincapié en la importancia que tiene en los humanos y en los chimpancés el hecho de evitar el contacto visual durante los encuentros sociales tensos y de buscarlo en la reconciliación. Shirley Strum describe a los babuinos volviendo la cara para

mantenerse apartados de un conflicto con otro individuo. Un principio importante en las comunicaciones de los primates parece ser el siguiente: «Si no podemos vernos, entonces no podemos iniciar nada». Ese principio parece aplicarse también a los perros.

Todos mis border collies son ayudantes expertos cuando trabajo con casos de agresión perro-perro. Puedo llevarlos sin correa y, debido a su entrenamiento, confío en que se detengan, se sienten, se acuesten, se queden en su sitio, avancen o retrocedan ante una orden mientras yo me concentro en el perro en cuestión. Pero nunca les

enseño a volver la cabeza cuando un perro ladra y se abalanza sobre ellos. Sin embargo, lo hacen y me siento agradecida por ello, puesto que se trata de un método muy efectivo para disipar la tensión. Hace poco trajeron a la granja a un perro de 32 kilos para someterlo a una sesión de tratamiento con el propósito de atenuar su comportamiento violento hacia otros perros. Abby ladraba y se abalanzaba sobre cada perro que veía y por ese motivo estuvimos trabajando en enseñarle una respuesta más educada. Como le pedí, Luke se sentó en silencio junto a la casa y, cuando Abby se

abalanzó hacia él (mantenido a buena distancia por una correa resistente), mi perro volvió lentamente la cabeza hacia un lado, como evitando la energía nerviosa del otro animal. Turid Rugas, un adiestrador de perros noruego, denomina al gesto de volver la cabeza «señal tranquilizadora», y estoy de acuerdo en que ejerce un efecto tranquilizador en el perro que lo observa (aunque no creo que los perros necesariamente lo hagan de manera consciente para relajar al otro animal).

Los humanos pueden hacerlo conscientemente; es lo que los investigadores que se dedican a estudiar

a los lobos llaman «desviar la mirada» volviendo la cabeza hacia un lado cuando saludamos a un perro desconocido o sentimos que empieza a generarse esa tensión. Usted también puede levantar la cabeza, algo que nunca hace un perro en tensión en una situación de alerta ofensiva. Muchos mamíferos levantan la cabeza para recoger más información sobre el entorno y casi siempre lo hacen cuando sienten curiosidad y están relativamente relajados. Al levantar la cabeza está indicando a un perro que se encuentra relajado, lo cual puede contribuir en gran medida a que también lo esté el

perro.

El hecho de volver la cabeza no sólo disipa la tensión. Igual que ocurre con una sonrisa, puede tener muchos significados. Tulip, mi enorme gran pirineo, aparta la mirada todas las noches cuando la sumisa Pip se comporta servilmente para atraer su atención. Pip se acuesta de lado, aporrea el suelo con la cola, mantiene la cabeza gacha y sus labios dibujan una sonrisa sumisa mientras se esfuerza por llamar la atención de la altanera Tulip. Como la matriarca que es, Tulip raramente se digna conceder a Pip la atención que reclama. Tulip levanta ligeramente su

cabezota cuadrada, con expresión desdeñosa, y le gira la cara a Pip. Los perros sumisos buscan interacciones, pero los perros de estatus elevado deciden si conceden o no una audiencia. A veces Tulip se digna girarse hacia Pip y olisquearle la cara (mientras Pip parece derretirse, extasiada), pero la mayoría de las veces Tulip sigue sin prestar atención a Pip hasta que ésta se rinde y se marcha.

Por lo tanto, ¿qué debe pensar su perro si cada vez que se le acerca usted deja inmediatamente lo que está haciendo y le responde con mimos y atenciones? ¿Quién tiene el control del

programa de actividades en el salón de la casa? Es fácil entrenar a su perro para que le pida que le preste atención. Eso es lo que hace usted inconscientemente si responde cada vez que su perro le pide (o le exige) algo. Podría preguntarse qué aprenderá de eso el animal. Tal vez aprenderá que él siempre es más importante que cualquier cosa que usted pueda estar haciendo. Por otra parte, lo que algunos perros *no* aprenden puede provocar el mayor problema. Continuamente veo en la consulta a perros que, como un niño de dos años, no soportan la frustración. Siempre han conseguido lo que querían

pero, igual que cualquier niño, finalmente deben enfrentarse a la frustración, pero no tienen ninguna experiencia en manejarla. La frustración es un motivo frecuente por el cual los perros —o la mayoría de los mamíferos en ese aspecto— se vuelven agresivos. Si quiere que su perro sea una educada mascota doméstica que forme parte de su familia, entonces debe criarlo igual que a cualquier niño y enseñarle a aceptar que no siempre es posible conseguir lo que uno quiere y en el momento en que lo quiere.

Si su perro le molesta pidiéndole que lo mime cuando debe dedicarse a

hacer otra cosa, rompa el contacto visual con el animal. Puede utilizar el torso para apartarlo con un bloqueo corporal (recuerde que no debe usar las manos) o apartar la cabeza (con el mentón levantado) en un gesto de rechazo benevolente pero majestuoso. Resulta sorprendente comprobar con qué rapidez los perros se apartan si uno rompe el contacto visual con ellos. Igualmente sorprendente es observar lo difícil que nos resulta a los humanos comportarnos de esa manera cuando estamos tratando de conseguir que nuestros perros hagan algo. Todos nuestros instintos parecen impulsarnos a

mirar a nuestro perro, igual que hacen los primates cuando tratan de comunicarse directamente con otro integrante del grupo. Pero la mirada que funciona mejor es esa ligeramente arrogante de cuando volvemos la cabeza en señal de rechazo. Funciona con los perros tanto como con los humanos. De veras. Los perros pueden dar por hecho que usted está a su servicio y la mayoría de nosotros detesta que den por sentado que estamos siempre al servicio de alguien. Usted podría aceptarlo de parte de alguna de las personas que conoce, pero no tiene por qué tolerárselo a su perro.

3

HABLANDO UNO
CON OTRO



Cómo los perros y los humanos utilizamos los sonidos y cómo cambiar la manera en que usted los usa para mejorar la comunicación con su perro

Era primavera y mi gran pirineo, Tulip, se sentía extasiada. Su enorme corpachón se estremecía al contemplar la ardilla muerta, bebiendo en los olores que despedían los restos del animal, que ya se encontraban en uno de los procesos de reciclado de la

naturaleza. Embriagada por la variedad de aromas, Tulip debió de haberme oído llamarla porque durante un breve instante volvió la cabeza en mi dirección y después siguió con las cosas importantes de la vida, tratando de que esa maravillosa fragancia impregnase su blanco y largo pelaje. Darse un buen revolcón en los despojos de un animal muerto es algo sumamente placentero para Tulip, tanto como lo es para mí un prolongado baño con espuma de lavanda. Muchísimas veces la he observado echada de espaldas en pleno disfrute, con la cara iluminada por una amplia sonrisa,

aspirando la esencia de una ardilla muerta o de un excremento de vaca, de unos restos de pescado o un pellejo de zorro.

«Tulip», volví a gritar mientras me acercaba más a ella. Esta vez no movió ni una oreja. No dio la más mínima señal de advertir mi existencia. Había gritado más fuerte porque estaba comenzando a enfadarme, irritada ante el hecho de permanecer allí bajo una lluvia torrencial, empapada porque mi enorme gran pirineo no me hacía caso. En poco más de media hora esperaba que llegasen los invitados a una elaborada cena. No quería que la

comida contase con la compañía de un enorme perro empapado y oliendo a carroña. Pero, en realidad, Tulip no había llegado a revolcarse en la ardilla putrefacta porque conseguí entrar en razón y dejar de ser la dueña de un perro para actuar como una adiestradora de animales. «No —dije esta vez tranquilamente pero con el tono de voz más grave que me fue posible. Tulip dejó de olisquear y volvió su cabezota cuadrada para mirarme—. ¡Tulip, ven!». Dije «ven» como si estuviese saludando alegremente a una vecina a la que había invitado a tomar el café. Con una

rápida mirada al tesoro que debía abandonar, Tulip se giró como una bailarina y vino rápidamente hacia mí. Corrimos juntas hasta la casa, donde una vez más permití que los pobres y sufridos suelos quedasen embarrados por nuestras pisadas en dirección a la nevera en busca de las cosas ricas preferidas por Tulip.

Desde el comienzo Tulip había hecho exactamente lo que le había pedido. «¡Tulip!» había dicho la primera vez, queriendo decir «ven»; en cambio, sólo había dicho su nombre esperando que leyese mi pensamiento y adivinase lo que yo quería que hiciese.

El animal aceptó mi presencia educadamente, expresó en versión perruna algo así como: «¡Mira! He encontrado una ardilla muerta, ¡y además tiene gusanos!», y volvió a lo que estaba haciendo cuando yo la interrumpí. El hecho de que yo pronunciase su nombre por segunda vez no le dio más información de la que ya había recibido. Pero cuando le comuniqué claramente lo que quería, la perra hizo exactamente lo que yo le pedí. Tulip ha aprendido que «No» significa «No hagas lo que estás haciendo» y que «Tulip, ven» quiere decir «Por favor, deja de hacer lo que

estás haciendo y ven aquí ahora mismo». Y eso fue lo que la perra hizo en cuanto yo actué como debía y le dije qué era lo que quería de ella. Puesto que soy terapeuta en comportamiento animal, adiestradora profesional de perros y el tema de mi tesis doctoral fue la comunicación acústica entre los adiestradores y los animales con los que trabajan, seguramente piense que hice lo que estoy acostumbrada a hacer. Pero hay un problema: soy un ser humano.

Disculpe, ¿era a mí a quien hablaba?

Si hay algo que define a los humanos como especie es el habla. Durante mucho tiempo los científicos se han preguntado qué es lo que diferencia a los humanos de monos como los chimpancés y los bonobos. En la década de 1800 comenzamos con una larga lista que incluía el uso de herramientas, el altruismo, los sistemas sociopolíticos y el lenguaje, por citar sólo algunos. Cuanto mayor es nuestro conocimiento sobre nuestros parientes más cercanos, más corta se hace la lista. Analicemos lo que escribió John Mitani en su libro *Great Ape Societies* en el año 1996:

La continua investigación en situación de cautiverio y en trabajos de campo ha reducido de manera progresiva una lista de características previamente larga que podría emplearse para diferenciar a los monos africanos de los humanos, y con ello ha llegado a ser cada vez más evidente que la singularidad del género humano puede depender de una única característica: nuestra aptitud para usar el habla y el lenguaje.

Y usamos el habla desde niños. Como si fuésemos ametralladoras verbales, no paramos de hablar a nuestros perros. Hablar a nuestros perros es algo tan compulsivo que yo y todos los demás adiestradores profesionales que conozco incluso hablamos a perros sordos a sabiendas de que no pueden oírnos. El intento de no hablar es un estorbo tan molesto que terminamos por desecharlo. Este uso del lenguaje es tan esencial para nuestra naturaleza que las personas con incapacidades auditivas han creado un lenguaje visual de signos completo, con su gramática y su sintaxis. Los niños que

crecen sin la orientación de ningún adulto crean sus propios lenguajes primitivos. Todos los humanos, sea cual sea su cultura o su aptitud física, parecen impulsados por el deseo de utilizar el lenguaje para comunicarse. En realidad, el habla es tan importante para nosotros que solemos olvidarnos del poder del lenguaje corporal.

Ni siquiera los chimpancés o los bonobos tienen un lenguaje verbal que se aproxime a nuestro complicado uso del sonido. Muchas especies de animales, desde las ballenas hasta los cuervos y las abejas obreras, tienen sofisticados sistemas de comunicación,

pero ninguna especie emplea el sonido con la complejidad de los humanos. Después de muchos años de investigación sabemos que es posible enseñar a los monos a utilizar símbolos visuales para comunicar información relativamente compleja, y un gran loro gris africano llamado Alex aprendió a decir y a responder a decenas de palabras, incluyendo algunas que significan conceptos abstractos como *más grande, diferente o color*.

Aunque sin duda alguna la investigación de la comunicación descubrirá más evidencia de aptitudes e inteligencia lingüística en los animales

no humanos, nuestro sofisticado uso del sonido es único. Y esto hace que resulte aún más sorprendente el hecho de que nos cueste tanto utilizar el lenguaje para comunicarnos con nuestros perros. Piense en mí gritando mecánicamente «¡Tulip!» para lograr que la perra dejase de olisquear los despojos de una ardilla y entrase a la casa. ¿«Tulip» qué? Si alguien pronuncia su nombre mientras usted se halla entregado a alguna actividad fascinante, probablemente diría: «¿Qué?», «¿Sí?» o «Espera un momento». No tendría por qué saber qué es lo que espera de usted la persona que le llama. Sin embargo, continuamente

ponemos a nuestros perros en esa situación pronunciando su nombre y esperando que los animales lean nuestro pensamiento.

Los perros no hablan su idioma y tampoco saben leer sus pensamientos. Si su perro no responde a sus órdenes, podría ser que no lo haga porque está confundido. Por supuesto, los perros pueden aprender el significado de muchas palabras y, como nosotros, están dotados de grandes aptitudes auditivas y son geniales para obtener información sobre el mundo que los rodea a partir de los sonidos. Los perros felices y bien adiestrados entienden una gran cantidad

de información a partir de los sonidos que emiten sus humanos. Los perros aprenden incluso el significado de palabras que no queremos que entiendan, como por ejemplo cuando se esconden debajo de la mesa si usted dice «baño» o se ponen a ladrar si usted le pregunta a su pareja si le gustaría «salir a cenar». Pero cuando me detengo a analizar nuestro comportamiento, a veces pienso que es realmente un milagro que nuestros perros nos entiendan.

Lo mejor de nuestro lenguaje nos convierte en los peores adiestradores

Dedicados a sus nuevos cachorros, John y Linda no podían pasárselo mejor en la clase de adiestramiento de perros. Acudían a las clases con gran entusiasmo, se reían de mis chistes (son buena gente), hacían los deberes y sentían un cariño inmenso por su nueva golden retriever. «¡Ginger, ven!», dijo John llamando a su perra durante un ejercicio de memoria. Pero Ginger acababa de descubrir que en una mesa contigua había trozos de hígado y no

movió ni una oreja. «Aquí, Ginger» repitió John, que concluyó con un: «Vamos, buena chica, ven aquí, hacia aquí». Las enérgicas indicaciones de John sólo sirvieron para dejarlo sin aliento y con un creciente sentimiento de frustración al comprobar que no lograba convencer a Ginger para que dejase los trozos de hígado de encima de la mesa. Pero la perra no ignoraba aquella serie de ruidos interesantes emitidos por su desafortunado dueño. Lo más notable sobre esos ruidos es que eran muy variables. Para quien no conozca el idioma que habla usted, «Ven aquí» no se parece en nada a

«¡Ginger, ven!», pero los humanos parecen decididos a usar tantas palabras como sea posible para la misma orden.

Si se detiene a pensarlo, lo encontrará lógico. Uno de los aspectos más impresionantes de nuestro lenguaje es su flexibilidad. Analice todas las maneras en que podemos decir lo mismo: «Ven aquí», «Hacia aquí», «Vamos, a mi lado», «Ven», «¡Acércate, Ginger!» y muchas más. Este abundante festín de palabras es una bendición para nosotros pero resulta una maldición para nuestros

perros. El aprendizaje de un idioma extranjero ya es lo suficientemente difícil sin necesidad de que la palabra que se está aprendiendo cambie de un minuto a otro. ¿Qué haría usted si la palabra de un idioma extranjero que está tratando de aprender cambiase aleatoriamente? Probablemente haría lo que hacen muchos de nuestros perros, que es simplemente dejar de escuchar.

Casi todos los libros que se han escrito sobre adiestramiento de perros aconsejan a los dueños de los animales elegir órdenes simples y utilizarlas de un modo consistente, y casi todos los dueños de perros del mundo entero

quebrantan esa norma una y otra vez. ¿Cómo puede llegar a ser tan idiota la especie más inteligente del mundo cuando se trata de respetar una norma tan simple? Pienso que, como mínimo, las razones son dos. En primer lugar, los humanos utilizamos continuamente sinónimos y aprender a emplear la misma palabra de un modo consistente para dar una orden es algo que va contra nuestra naturaleza. El intercambio de palabras ofrece grandes ventajas: nos brinda un nivel de matices y refinamiento que nos enriquece. Pero qué reto debe suponer para nuestros pobres perros vivir en el equivalente de

una cultura extranjera y que sus anfitriones utilicen diferentes palabras para la misma cosa. Lo sorprendente es que nuestros perros no salgan pitando hacia las colinas más próximas.

Una segunda razón por la que podemos ser tan ineptos en la elección de una única orden verbal es que casi todas las especies animales, desde las amebas unicelulares hasta los mamíferos complejos, presentan un comportamiento denominado «acostumbramiento». El acostumbramiento se produce cuando un organismo (o incluso una única célula) comienza a pasar por algo que sucede una y otra vez sin ninguna

consecuencia relevante. Esta reacción es considerada como una forma simple de aprendizaje que prácticamente se observa en todos los animales. Por ejemplo, explica por qué uno no oye el tren después de llevar varios meses viviendo junto a las vías. Y a ello se debe también que las parejas que pasan momentos difíciles puedan soportar los continuos reproches que se dirigen mutuamente. Y podría ser la razón por la cual su perro ni siquiera levanta la vista si usted dice «Ven» muchísimas veces y después se aleja impotente ante la falta de respuesta por parte del animal. El animal aprendió que el sonido «Ven» es

como el murmullo del viento en los árboles y él debe prestar atención a ruidos más relevantes, como el de un coche que se acerca por la calzada o el del tintineo de las llaves.

Los animales pueden incluso actuar inconscientemente para evitar el acostumbramiento. Esto podría explicar la razón por la cual algunas especies de aves varían las notas de sus cantos. Y podría ser otro motivo por el que los humanos cambian con tanta facilidad de una palabra a otra. Tal vez inconscientemente abandonamos un sonido (en especial si no funcionó) y tratamos de pasar a otro, ya sea para

evitar el acostumbramiento o con la esperanza de que el nuevo funcione mejor. Ésta es una buena teoría, pero finalmente se nos agotan las palabras y de todas maneras nuestros perros terminan por no hacernos caso. A pesar de la utilización imprecisa de las palabras que dirigimos a nuestros perros, existen muchas cosas que puede hacer para ayudar a su perro a entenderle y la mayoría de ellas no son difíciles ni requieren mucho tiempo.

Empiece por prestar una especial atención a las palabras que usa cuando se dirige a su perro. Incluso podría llegar a tomar nota de las que considere

palabras de indicación. Sea específico acerca de cuáles son las palabras exactas que emplea. ¿Dice «Acuéstate», «Al suelo» o «Abajo» o las tres cosas? Después de todo, palabras tan distintas en cuanto a significado como *abajo* y *trabajo*, por ejemplo, comparten una misma cadena de sonidos, pero para nosotros significan cosas muy diferentes. ¿Cómo se supone que su perro va a saber que «acuéstate» tiene el mismo significado que «suelo»? ¿Lo sabría usted si se lo dijeran en swahili?

Y piense también en *cómo* dice cada una de las palabras que utiliza para hablar con su perro. (Puede decir la

misma palabra de una manera diferente y con un significado diferente, del mismo modo que todos sabemos cuándo susurran nuestro nombre con dulzura o cuándo lo pronuncian a gritos con irritación). Pruebe a determinar la entonación del sonido de cada palabra cuando la dice. ¿Cuando dice «Abajo» eleva la entonación al terminar de pronunciar la palabra (como una pregunta) o desciende (como en la enunciación de un hecho)?

Comience escuchándose y pidiendo a sus familiares y amigos que presten atención a lo que usted realmente le dice a su perro. Al cabo de aproximadamente

un día de realizar este experimento estará preparado para encontrar la solución. Casi todos hablamos a nuestros perros como si estuviésemos utilizando un diccionario de sinónimos, sustituyendo una palabra por otra para la misma orden. Antes de que llegue a rendirse, recuerde que es un ser humano y que eso es lo que hacen los seres humanos. Por otra parte, si advierte que es claro y consistente, entonces mayor será su autoridad, de lo cual puede felicitarse.

Si realmente trabaja en este experimento, grábese en vídeo o en una cinta magnetofónica. Pruebe a grabarse

cuando no es consciente de que está siendo grabado. Lo importante es ser totalmente claro en lo que dice a su perro, preguntándose cuál es el grado de coherencia que mantienen usted y el conjunto de la familia.

Una vez que su cerebro comience a prestar atención a lo que usted dice, con poco esfuerzo empezará a ser más coherente. Un método estándar y probado de modificación del comportamiento es pedir a personas que están siguiendo una dieta, tratando de dejar de fumar, etc., que lleven un registro de cuándo y qué comen o fuman. Sin siquiera intentarlo, la gente

comienza a comer o a fumar menos simplemente porque se centra en su percepción de ese comportamiento en lugar de hacer algo sin pensar en ello. Por lo tanto, límitese a prestar atención y automáticamente llegará a ser más coherente.

En cualquier caso, ¿qué significan todos esos ruidos?

Si ha pensado en las palabras que utiliza para comunicarse con su perro, el próximo paso es anotar cuál es el significado exacto de las mismas. Dicho

de otra manera, ¿qué quiere que haga su perro cuando usted le dice algo? Aunque esto parece muy simple, hasta los adiestradores profesionales se sorprenden cuando se sientan a escribir el diccionario de sus órdenes. Muchos ni siquiera tenemos claro en nuestras mentes lo que esperamos que hagan nuestros perros cuando les damos órdenes; por lo tanto, no debe sorprendernos que tampoco a nuestros perros les resulte claro.

Por ejemplo, muchos decimos «Abajo» para pedirle a nuestro perro que se acueste y diez minutos más tarde decimos «Abajo» para impedirle que

salte sobre la tía Polly. Entonces, ¿qué es lo que quiere que haga su perro cuando le dice «Acuéstate»? ¿Que se acueste boca abajo? ¿Que deje de saltar y se quede quieto en el suelo? ¿Que baje del sofá? Por supuesto, usted sabe que la misma palabra puede tener diferentes significados en distintos contextos, pero se supone que nos proponemos facilitarles las cosas a nuestros perros y no someterlos continuamente a pruebas de inteligencia. La vida de su perro mejorará enormemente si usted aprende a usar una orden diferente para cada comportamiento que espera de parte del animal.

El siguiente es otro ejemplo de la manera en que el lenguaje verbal confunde a nuestros perros. En la actualidad algo muy difundido entre los adiestradores es enseñar a los dueños de perros a pedirles a sus mascotas que se sienten y después elogiarlos diciendo «Siéntate muy bien». Pero analice esas palabras desde la perspectiva del perro. Si «Siéntate» significa «Pon tu trasero sobre el suelo» y usted quiere que su perro lo haga cada vez que le dé esa orden, ¿qué podría interpretar su perro si escucha «Siéntate» después de haberlo hecho? Sé que su perro es inteligente, pero esperar de él que lea

sus pensamientos cuando él sabe que «Siéntate» quiere decir «*Haz algo*», pero usted lo dice para expresar «*No hagas algo, porque ya lo has hecho, y lo has hecho bien*», es excesivo, incluso para el más listo de los canes. La reorganización del orden de las palabras es un cambio *gramatical* y pretender que un perro entienda las reglas de la gramática de los humanos es pedir la luna.

Yo volví locos a mis border collies durante algunas semanas tratando de enseñarles a esperar en grupo en la puerta y después salir uno por uno. Cada uno de los perros podía salir por la

puerta después de que yo dijese su nombre seguido de la palabra *OK*. En cuanto decía «OK», todos los perros se levantaban y avanzaban, fuese cual fuese el nombre que había precedido a la palabra. Sabía que les resultaría difícil, porque individualmente todos habían aprendido que «OK» significaba «adelante». Pero pensé que si era clara y tenía paciencia los perros aprenderían a avanzar sólo si oían «OK» después de escuchar su nombre. Al cabo de dos semanas estaba desesperada y mis perros confusos. Pip estaba tan angustiada que comenzó a lloriquear debido a la tensión. Pip establece la

conexión entre un sonido y una acción con mayor rapidez que cualquiera de los perros que he conocido, pero nunca podría entender que la palabra «OK» sólo se refería a ella si iba precedida por su nombre. Permanecía sentada esperando en la puerta y cuando yo decía «Luke, OK», comenzaba a avanzar y luego retrocedía, evidentemente sin saber con seguridad cómo debía actuar, mirándome a la cara en busca de alguna señal, hasta que comenzó a mostrarse realmente angustiada. Prácticamente se cubría las orejas con las patas. Ahora parece tan evidente que duele recordarlo. Si «OK» significaba que

«todo está bien y ahora puedes levantarte», es lógico que Pip respondiese cuando escuchaba la palabra. Por lo tanto, si su perro Chief puede captar la palabra «Siéntate» en medio de una frase, ¿qué hará cuando escuche «Siéntate muy bien» después de haberse sentado? Con Pip llegué a sorprenderme utilizando las palabras que emplearía si estuviese hablando con un humano y pienso que otros dueños de perros suelen reproducir este error^[10].

El siguiente es otro ejemplo de nuestra notable habilidad para emplear las complejidades del lenguaje para confundir a nuestros perros. Muchísima

gente dice a sus perros «No ladres» para pedirles que dejen de ladrar. Sin duda, «No ladres» suena como algo simple porque no son más que dos palabras cortas. Pero analícelo desde la perspectiva de su perro. En primer lugar, ¿le ha enseñado a su perro qué significa *ladres*? Después de todo, una palabra no es más que un ruido que usted hace y el ruido en sí mismo no tiene ningún significado para su perro hasta que no le ha enseñado qué quiere decir. El único significado intrínseco que podría tener para su perro es que usted se suma al coro de ladridos y, puesto que ladrar es contagioso, lo más

probable es que eso estimule a su perro en lugar de tranquilizarlo.

En segundo lugar, analice el orden de las palabras: si primero dice «no» y después dice «ladres», ¿su perro no se pondría nuevamente a ladrar si supiese el significado de esa palabra? Vuelve a plantearse el mismo problema que se presentaba con la frase «Siéntate muy bien». «¡No ladres!» no es más que otro ejemplo de nuestra expectativa de que los perros entiendan que la primera palabra (*no*) cambia el significado de la siguiente (*ladres*). Conozco a algunos perros que realmente se quedarán en silencio después de que sus dueños les

griten «No ladres», pero decir «No» también habría funcionado.

Aunque sea claro y coherente con las señales, asegúrese de que su perro las define del mismo modo que usted. Por ejemplo, sospecho que muchos perros y dueños de perros definen la simple palabra *siéntate* de manera diferente. Si usted es como la mayoría de los dueños de perro, habrá enseñado a su perro a sentarse pidiéndole que venga, pidiéndole que se siente y respaldando al animal después de haberlo hecho. Para nosotros «sentarse» es una postura. Definimos «sentarse» como una posición en la cual las ancas del perro

están flexionadas, la parte trasera sobre el suelo y los cuartos delanteros rectos con las patas planas sobre el suelo. «Siéntate». Algo muy simple. Y parece que su perro también lo define del mismo modo porque apuesto a que lo hace la mayoría de las veces que usted le dice que se siente. ¿Pero qué hace el perro si está acostado y usted le dice «Siéntate»? A menos que usted le haya enseñado específicamente a *incorporarse*, es probable que siga acostado. ¿Qué pasa si ya está sentado? Muchos perros en realidad se acuestan si se les repite «Siéntate» cuando están sentados. ¿Qué pasa si le pide a su perro

que se siente cuando está a cierta distancia de usted? Si es como la mayoría de los perros, se acercará y se sentará delante de usted, tal como hizo la primera vez que le enseñó a sentarse. Apuesto a que la mayor parte de los perros creen que «Siéntate» significa avanzar hacia las piernas del dueño, pararse delante de él y acostarse parcialmente en el suelo.

Por supuesto, puede enseñar a su perro a sentarse sin acercarse a usted o a incorporarse. Pero la cuestión es que *usted* tiene que enseñarle. A menos que vaya más allá que la mayoría de los dueños de perros, es probable que su

perro defina «Siéntate» de una manera diferente a como lo hace usted. Podría preguntarse con qué otras palabras lo definiría su perro. Recuerdo mi dibujo animado preferido en el que un perro sonriente y bobalicón decía: «¡Hola! Mi nombre es No, No, Perro Malo. ¿Y el tuyo?».

Imagine qué se siente al ser el perro que está en el otro extremo de la correa, tratando continuamente de entender a un animal simpático pero raro: su dueño. Desarrollé una nueva perspectiva acerca de lo que se siente siendo un perro cuando pasé dos años trabajando para el profesor Charles Snowdon en el

Departamento de Psicología de la Universidad de Wisconsin en Madison tratando de traducir las señales de un diminuto animal sudamericano llamado mono tití cabeciblanco. Estos primates del tamaño de una ardilla y sumamente sociables viven en medio de una densa vegetación y han desarrollado un impresionante repertorio de vocalizaciones. Igual que su perro, los científicos sólo pueden suponer lo que realmente significan los ruidos de otras especies valiéndose de lo que sucedió antes y después de los sonidos que emiten como claves para interpretarlos. Pero incluso para un integrante de la

especie más inteligente del planeta la traducción de esos sonidos es una tarea tremendamente difícil. Por ejemplo, los grupos de la familia de los monos títi emiten «largos reclamos» cuando oyen los sonidos de grupos vecinos. ¿Son esos sonidos mensajes para los otros grupos, para su propia familia o para ambos? ¿Qué significan? ¿Cómo lo averiguaría?

No es fácil traducir los ruidos de otras especies y puedo asegurarle que su perro realiza un gran esfuerzo para tratar de descifrar los suyos. ¿«Acuéstate, ACUÉSTATE» significa lo mismo que «Tumbate»? ¿«Ven» significa lo mismo

que «A mi lado»? Sólo el hecho de pensar en la manera en que utiliza las palabras que dirige a su perro le ayudará automáticamente a reforzar su vocabulario.

**Nunca repita una orden.
Nunca repita una orden.
Nunca repita...**

Todos los dueños de perros que han leído un libro sobre adiestramiento han tratado, por lo general sin éxito, de seguir el consejo de no repetir órdenes. Según mi experiencia, una de las tendencias más universales de todos los

seres humanos es repetirnos cuando le hablamos a un perro. Tenemos tanta propensión a la repetición que lo hacemos incluso después de que el perro haya hecho lo que le pedimos. «Siéntate, siéntate, *siéntate*», dice Bob, pero el tercer «siéntate» lo dice después de que Max se haya sentado.

Un ejemplo de esta tendencia a la repetición es mi propio comportamiento la primera vez que me puse a trabajar con perros pastores. Imagine que sale a un gran campo y deja a su perro suelto en medio de animales que son presas fáciles y pueden correr a unos 35 kilómetros por hora. Su trabajo es

impedir que el perro se ponga a perseguir a las ovejas, ni al otro lado ni a este lado del cerco, ni en ningún otro lugar. En algunas situaciones la oveja comenzará a perseguir al perro. Suceda lo que suceda, un perro novato con un adiestrador novato es una garantía de descarga de adrenalina y, en cuanto las cosas comienzan a caldearse, igual que la mayoría de los adiestradores de perros pastores novatos, utilizo con demasiada frecuencia la orden «al suelo» como una especie de muleta para contribuir a frenar la situación mientras trato de resolver qué demonios debo hacer. (El pastoreo puede describirse

como un ajedrez con piezas animadas y sólo fracciones de segundo para decidir y ejecutar la siguiente jugada). Grito «¡Al suelo!», y a continuación repito: «¡AL SUELO!». En muy poco tiempo había enseñado a acostarse a Drift, mi primer border collie, de este modo: «¡Al suelo, al suelo, AL SUELO!». Por lo que sé, el perro esperaba la señal completa para responder, porque no tenía manera de saber cuál era la unidad básica de la orden.

El análisis de los registros de adiestradores de animales de habla no inglesa, cuando trabajé en mi tesis doctoral, me enseñó lo difícil que

resulta determinar la unidad básica de una señal. Si un pastor de ovejas vasco, hablando en euskera, ininteligible para mí, decía tres notas cortas, después hacía una breve pausa y volvía a decir lo mismo, resultaba difícil saber con exactitud cuál era la «señal». ¿Eran las tres o cuatro notas cortas? Si todas las notas sonaban como «grf», no podía decir necesariamente si «grf grf grf» significaba lo mismo que «grf», sólo que repetido tres veces. Me esforcé denodadamente por tratar de averiguar cuáles eran realmente las órdenes de los pastores... y eso que creo pertenecer a la especie de los inteligentes.

La tendencia de los dueños de perros a repetir las señales es apabullante; en cualquier clase de adiestramiento a la que acuda oírás a los dueños de perros diciendo «Ven» o «Siéntate» una y otra vez, mientras los instructores sonríen apretando los dientes después de haberles advertido: «Asegúrese de decir “Siéntate” sólo una vez». «Por favor, por favor, por favor — decimos repetidamente— ¡en esta ocasión trate de evitar decirlo tres o cuatro veces!».

¿Por qué los humanos nos sentimos compelidos a repetirnos, ensartando las palabras unas detrás de las otras como

si fuesen las cuentas de un collar? Los integrantes de una especie que incluye a magos del lenguaje como Dickinson y Shakespeare deberían ser capaces de no caer en un parloteo estúpido. Sin embargo, caemos en ello a menudo y se me ocurre que no es porque seamos idiotas, aunque por la manera en que nos comportamos con nuestros perros a veces lo parezcamos. Con toda seguridad, una tendencia de comportamiento que está tan arraigada y es tan universal debe reflejar algo que es más que una simple obstinación. Para entender mejor esta cuestión podría resultar útil observarnos como primates.

Si ve un vídeo sobre chimpancés comprobará que a nuestros parientes animales más cercanos les encanta repetir notas: «Ooo», dicen. Y luego repiten «Ooo, ooo, ooo». Y no sólo los chimpancés: la mayoría de los primates realiza vocalizaciones en las que repite una y otra vez notas similares. Los monos agitados por la presencia de ardillas llenan el aire con una variedad de gorjeos, parloteos y risas estridentes. Los monos capuchinos emiten *jejs* y *jujs* en rápidas cadencias. Los monos tití cabeciblancos que estudié con Charles Snowdon dicen con voz aguda «iii» cuando ven algo apetitoso como una

larva de escarabajo, pero esa nota única se convierte fácilmente en un aluvión de «iii, iii, iii, iii, iii» a medida que su excitación aumenta.

Si la primera vez no tiene éxito, ¡grite!

No dejamos de repetirnos con nuestros perros. Tendemos a decir cada nota más y más fuerte. No decimos simplemente: «Siéntate, siéntate, siéntate»; decimos: «Siéntate, siéntate, ¡SIÉNTATE!». Y no sólo lo hacemos cuando hablamos con nuestros perros. Los investigadores lingüísticos han descubierto que cuando

hablamos a alguien que no entiende lo que decimos tendemos a repetir exactamente lo que dijimos la primera vez, sólo que más fuerte.

Una estudiante de la Universidad de Wisconsin descubrió que los humanos hacemos exactamente lo mismo con nuestros perros. Para su tesis de diplomatura superior, Susan Murray pidió a los dueños de perros que asistían a las clases de adiestramiento de cachorros que dijese a sus mascotas que se sentasen. Tal como sucede en la comunicación humana, si el perro no se sentaba después de habérselo pedido por primera vez, el dueño repetía la

señal, pero en dos tercios de los casos lo hacía en voz más alta que antes.

Nos comportamos como si el volumen de la voz pudiese generar la energía que necesitamos para estimular a nuestros perros para que respondan. Esta tendencia a levantar la voz parece formar parte de nuestra herencia de primates. No son muchos los animales que pueden competir con un primate excitado cuando comienza a emitir ruidos simples y ensordecedores (bueno, ahora me vienen a la mente los loros, que tampoco se quedan cortos). Los diminutos monos tití cabeciblancos con los que he trabajado eran capaces de

hacer temblar las paredes con sus reclamos colectivos cuando pensaban que alguno de su grupo se encontraba en peligro. El ruido era tan ensordecedor que si uno se hallaba en la misma habitación le resultaba imposible concentrarse en algo. Nuestros parientes más cercanos, los chimpancés y los bonobos, son famosos por el *crescendo* de sus reclamos cuando se sienten emocionalmente agitados. Pero el ruido de los chimpancés no obedece sólo a la excitación. En el seno de un grupo de chimpancés, donde los machos siempre son conscientes de quién detenta el dominio y quién no, la capacidad de

armar alboroto es más eficaz para ascender rápidamente en la escala social que comprarse un BMW. Jane Goodall describe el ascenso meteórico en estatus de Mike, un chimpancé que aprendió a reforzar sus fuertes aullidos durante las exhibiciones de dominio golpeando latas metálicas de queroseno. El alboroto que causaba impresionaba tanto a los otros machos que todos, menos el macho dominante, abandonaban inmediatamente la lealtad al líder que habían respetado hasta ese momento y se acercaban a él en actitud sumisa. Mike terminó siendo el macho dominante y su capacidad para alcanzar niveles de sonido propios de

una banda de rock parece haber jugado un importante papel en su búsqueda de poder.

Nosotros también alzamos la voz más y más si no obtenemos la respuesta que queremos. Es como si tratásemos de lograr que suceda algo sólo con la energía que ponemos en la voz. (Piense en lo mucho que se esfuerza por enseñar a su hijo para que no se quede de pie junto al teléfono gritando «Papá» o «Mamá» cada vez con mayor fuerza en lugar de ir hacia donde está usted). Pero los perros no responden igual que los primates y, aunque un ruido fuerte puede sobresaltarlos y llamarles la atención,

ello no significa necesariamente que sea eficaz para ganarse su respeto.

Los perros que ladran suelen ser perros asustados y, cuanto más fuerte ladran, más asustados están. Tenga presente que el ladrido es relativamente raro en los lobos, en especial en los adultos^[11]. A los lobos adultos, con experiencia y seguros pocas veces se les oye ladrar; los que en algunas ocasiones ladran son los lobos jóvenes, por lo general en respuesta a una situación que su inmadurez les hace percibir como alarmante. En realidad, la tendencia universal a ladrar de los perros domésticos adultos es uno de los muchos

indicadores del comportamiento que indica que los perros adultos son verdaderamente una versión juvenil de los lobos adultos. El ladrido parece ir dirigido hacia dos receptores diferentes. Por supuesto, uno es el intruso («Te estoy viendo. No puedes esconderte de mí. ¡Es mejor que vayas con cuidado!»). El otro es la manada, que acude a toda prisa, respondiendo a la señal de peligro de uno de sus miembros.

Los perros que me producen escalofríos son los que gruñen de modo apenas audible, los que permanecen rígidos e inmóviles con los ojos clavados en mí casi en silencio. Si el

ladrido se relaciona con un estado juvenil y sumiso, entonces es improbable que los perros interpreten nuestras exhibiciones vocales altisonantes como una expresión de dominio o que éstas les causen alguna impresión. En cambio, podrían considerarlas señales de miedo o de falta de control. En cambio, las personas que despiertan la atracción de los perros suelen ser lacónicas y hablan suavemente. Pienso que el hecho de que no «ladren» es percibido como una señal de liderazgo y que los perros se sienten atraídos hacia esas personas a causa de esa sensación de seguridad que

emana de ellas.

«¡Cállate!», gritó él

¿Existe alguien en el mundo que al menos una vez en su vida no le haya gritado a su perro «Cállate»? Por lo general, en el acaloramiento del momento se nos escapa la ironía de esta reacción ineficaz, pero vale la pena detenerse a analizarla. Puesto que el comportamiento natural de los perros es sumarse al ladrido, cuando gritamos «¡Cállate!» nuestras mascotas podrían suponer que también estamos ladrando. Pregunte a los dueños de diferentes

perros y todos le dirán que la respuesta de sus mascotas al ladrido no es quedarse en silencio, sino que también ellos se ponen a ladrar. En mi casa, un ladrido fuerte de Tulip puede despertar a Luke de un sueño profundo. Se levantará arrastrando las patas sobre el suelo de madera y comenzará a ladrar mientras avanza torpemente hacia la puerta delantera antes de llegar a estar totalmente despierto. Francamente, parece un tonto y se lo digo: «Luke, ni siquiera sabes a qué estás ladrando». El animal me mira como si pensase que yo no entiendo nada. Y tal vez esté en lo cierto. Ponerse a ladrar es una actividad

de grupo y no estoy segura de que para Luke tenga alguna importancia saber a qué le está ladrando. Lo importante es que Tulip está ladrando y, por lo tanto, también lo hace Luke.

Si a un perro no se le ha enseñado bien el significado de la palabra *silencio*, probablemente seguirá ladrando. Y aunque se le haya enseñado, si usted se lo dice a gritos es probable que cambie la acústica de la palabra lo suficiente como para que su perro no la reconozca. Y por si esto fuera poco, si gritamos «Silencio» cada vez más fuerte, lo más normal sería que nuestro perro lo interpretara como el ladrido de

otro miembro de la manada, por lo que resulta poco eficaz^[12].

La dificultad de enseñar a las personas a dejar de levantar la voz y aprender otras maneras de conseguir que su perro se quede callado es una fuente de preocupación para los adiestradores que les lleva a sentir frustración. La clave consiste en dar a los primates agitados (lo cual describe a muchos dueños de perros que quieren desesperadamente que sus mascotas se callen) algo que ayude al perro a dejar de ladrar y evite la inútil frustración que provocan los gritos de los dueños. Si tiene un perro ladrador, no trate de

conseguir que se calle gritándole. En cambio, acérquese a él llevándole un regalo apetitoso. Este primer paso parece más fácil de lo que es en realidad. Para todos los adiestradores conseguir que los humanos se acerquen a sus perros en el momento oportuno representa un gran desafío. Por lo tanto, sepa que debe centrarse detenidamente en esta acción porque, aunque parezca trivial, las personas tienden a no hacerlo a pesar de que reciban mis indicaciones con una señal de asentimiento y digan que lo harán.

Esté preparado teniendo a mano cosas apetitosas para el perro. (No sea

tacaño. Dele a su perro un trozo de pollo o de ternera o cualquier otra cosa que le guste, pero cuide que los trozos sean pequeños). En cuanto su perro comience a ladrar, diga «Basta» y después acérquese a él y póngale el «regalo» a pocos centímetros del hocico haciendo ruidos de chasquido o de besuqueo para atraer su atención. Si el «regalo» desprende un olor delicioso y el perro lo tiene muy cerca del hocico, se olvidará de aquello a lo que estaba ladrándole y se pondrá a olisquear esa cosa rica. Pero todavía no le dé el regalo. Sosténgalo en la palma de la mano mientras dice «Buen chico» varias

veces utilizando el regalo para que el perro desvíe la atención de aquello que despertaba sus ladridos. Entonces déle el regalo. Lo que sucedió fue que su perro estaba ladrando, usted dijo la señal para que dejara de hacerlo y mecánicamente creó una situación en la cual el animal cesó los ladridos. Una vez que dejó de ladrar se vio recompensado con un regalo. Primero, el regalo actuó como un señuelo para que dejase de ladrar y después se convirtió en una recompensa por haberse callado. Asegúrese de hacer esto cuando el animal no esté demasiado excitado y pueda concentrarse: no

comience estas sesiones cuando el perro esté fuera de sí porque hay una familia numerosa con dos perros al otro lado de la puerta de calle. Inténtelo en una situación que usted pueda controlar para que a su perro (y a usted) no le resulte muy difícil hacerlo bien. Por ejemplo, pídale a un amigo que llame a la puerta una o dos veces y después deje de hacerlo mientras usted aparta a su perro de la puerta con el regalo en la mano.

Es probable que tenga que acercarse hasta el perro y ponerle el regalo a escasa distancia del hocico para desviar la atención del animal de aquello a lo que estaba ladrándole, pero es normal.

Lo importante es que una y otra vez genere situaciones en las cuales el perro ladra, que diga «Basta» *mientras* elimina el motivo que originaba sus ladridos y que después lo atraiga con el señuelo del regalo. Una vez que el perro se ha alejado de la puerta y permanece en silencio durante unos segundos (al principio no espere demasiado), el perro debe conseguir el regalo. Con el tiempo, espere que los silencios sean más prolongados después de decir «Basta». Esto no es tan sencillo como enseñar a un perro a sentarse porque resulta mucho más difícil para el animal. El ladrido está estrechamente vinculado

a las emociones y a la excitación fisiológica (de la misma manera que las risas, los alaridos y los gritos lo están en los seres humanos de corta edad) y a un perro puede resultarle realmente difícil dejar de ladrar, por lo que deberá tener paciencia. Durante unos meses puede realizar breves sesiones de entrenamiento de cinco a diez veces por semana, pero no debe comenzar cuando el perro esté tan excitado que sea incapaz de escuchar. Sin embargo, el esfuerzo valdrá la pena ante la alegría que experimentará el día que su perro, al oírle decir «Basta», se aleje de la puerta o de la ventana y se acerque a usted en

busca de su regalo. Una vez realizado el aprendizaje no es necesario que le dé el regalo en todas las ocasiones; puede hacerlo en forma intermitente.

Logre que su voz represente lo que usted quiere que haga su perro

Cuando fui a las pistas de carreras en la frontera de Texas a realizar trabajos de investigación para mi tesis doctoral, quise comprobar si los sonidos que se hacen para conseguir que los animales vayan a mayor o menor velocidad son los mismos, sea cual sea el idioma que

se hable. Ya había reunido numerosas grabaciones de adiestradores de perros y caballos de habla inglesa. Ese viaje era mi primer intento de registrar a adiestradores profesionales de animales que hablasen un idioma que no fuese el inglés. Lamentablemente, mi investigación en las pistas de carreras en la frontera de Texas reveló que en esa región no había ningún sistema de apuestas, y eso significaba que allí circulaba poco dinero y que no existían los lujosos establos pintados de blanco y las aceras de ladrillos que suelen verse por televisión. La pista y los establos a los que entré

presentaban un aspecto ruinoso y sucio y se veían sorprendentemente vacíos. No tardé en enterarme de que las carreras habían sido prohibidas debido a que en el último mes se habían producido dos asesinatos. Parece que la pista que había elegido era un avispero de dos tipos de traficantes de drogas: drogas ilegales para los seres humanos y drogas ilegales para los caballos de carrera destinadas a mejorar su rendimiento.

Con absoluta candidez recorrí los establos llevando auestas un costoso equipo de magnetófonos, micrófonos y cámaras, asomándome a las cuadras en

busca de los entrenadores con los que me había puesto en contacto previamente. Lo que más recuerdo son siluetas sorprendidas incorporándose de un salto, cogiendo objetos y alejándose de la puerta en busca de un refugio más seguro. A lo largo del día adquirí experiencia en la identificación de jeringas, pastillas y viales que volaban por el aire en dirección a las sombras que se hallaban detrás de las balas de heno. En todos los deportes, aunque el dinero que se maneja en él sea muy poco, existen entrenadores que quebrantan las normas. En esa pista se habían transgredido las normas y los

extraños con magnetófonos y cámaras no eran bien recibidos.

Yo quería ver cómo los jockeys de habla hispana conseguían que sus caballos corriesen a mayor o menor velocidad. Después los compararía con los entrenadores de caballos y perros que hablaban inglés, vasco, chino, quechua y otros doce idiomas. En ese momento, pues, buscaba jockeys de habla hispana que nunca hubiesen aprendido inglés, pero todos los que encontré dando vueltas por la vieja y ruinosa pista de carreras hablaban únicamente inglés o se expresaban en ambos idiomas.

«Espere a José —me dijeron—. Vendrá un día de estos; conoce a muchos entrenadores y jockeys que no hablan inglés y la conducirá hasta ellos». Era cierto. José los conocía a todos y todos lo conocían a él y, aunque mi presencia en el lugar le causaba tanta perplejidad como a los hombres que encontré en el establo, aceptó llevarme a conocer a los entrenadores y jockeys que sólo hablaban español para que pudiese grabarlos mientras trabajaban con sus caballos. En el camino hacia la zona montañosa del sur de Texas nos detuvimos en un pequeño supermercado

a las afueras de la ciudad. José regresó con seis bolsas (eran las ocho de la mañana). Abrió una lata de cerveza, encendió un canuto del tamaño de un cigarro y dijo: «Bueno, te llevaremos a ver a un montón de tíos que hablan a los animales, ¿vale? ¿Quieres una calada?». No acepté el ofrecimiento y disimuladamente comprobé si tenía a mano mi navaja del ejército suizo.

José cumplió su palabra. Debo haber realizado unas cinco grabaciones estupendas de entrenadores y jockeys que no hablaban inglés. Pronto resultó evidente la razón por la cual José los

conocía a todos y se alegraba de llevarme hasta ellos. Cada vez que llegábamos a un nuevo lugar simulaba no darme cuenta de las abultadas bolsas de plástico rectangulares que subrepticamente pasaban de las manos de José a las de los entrenadores. Yo me ocupaba de mi equipo mientras José llevaba a cabo sus transacciones comerciales y después explicaba a los hombres el motivo por el cual me había llevado hasta allí. Sólo Dios sabe lo que José les decía; mi titubeante castellano no me permitía seguir sus conversaciones. Era evidente que todos pensaban que estaba chiflada, pero a

pesar de ello me recibieron como si fuese una inofensiva y encantadora alienígena.

Y en cierto modo era una alienígena que prestaba atención a los sonidos que los demás dirigen a los animales como si estuviese estudiando otras especies. Me sentía como Jane Goodall, impulsada por la curiosidad de conocer los interesantes ruidos que emitían los chimpancés que me rodeaban, sólo que en este caso los primates eran seres humanos. Lo que aprendí acerca de esos interesantes ruidos ha tenido un

profundo efecto sobre la manera en que me comunico con los perros. Los adiestradores profesionales de animales, que deberían saber mejor que nadie cómo utilizar el sonido para comunicarse con sus animales, se diferencian de los dueños de perros por su capacidad de separar sus propios estados emocionales de los sonidos que emiten haciendo que los mismos provoquen la respuesta que desean en lugar de que representen lo que sienten en su interior

No es algo tan fácil como podría parecer. Las emociones humanas afectan profundamente al modo en que nos

expresamos, no sólo en lo que respecta a las palabras que empleamos, sino también en cuanto a *la manera* en que pronunciamos una palabra determinada. Esto es lo que se denomina el aspecto «prosódico» del lenguaje. Estoy segura de que ha oído la frase: «No es lo que dices, sino la manera en que lo dices». *La manera* en que decimos una palabra a veces comunica mucha más información que la misma palabra, si no más. Preste atención a las diferentes maneras en que puede pronunciar el nombre de su perro. Puede decir «Maggie» con cálida voz aterciopelada mientras la perra le restriega el hocico

por la cara cuando le hace mimos. Y puede gritar asustado «¡Maggie!» al ver que la perra comienza a correr en dirección a la carretera. En la manera en que pronunciamos el nombre de nuestro perro, o cualquier palabra o frase, suele incidir lo que sentimos interiormente: piense en las veces en que al hablar dejó traslucir el miedo o la impaciencia que sentía aunque no quisiera hacerlo.

Hemos hablado acerca de cómo se repiten los primates agitados a medida que su nivel de excitación aumenta. Así, los gritos de los chimpancés se aceleran proporcionalmente a la cantidad de comida que descubren. Cuando

encuentran comida inesperadamente, los monos tití cabeciblancos aumentan el volumen de sus repetidos chillidos hasta alcanzar niveles ensordecedores^[13]. Esta tendencia a producir lo que se denomina vocalizaciones «escalonadas» es tan común en el mundo animal que hace unas décadas los científicos la utilizaron para sugerir que los ruidos que hacen los animales *sólo* reflejan su estado interno. En la actualidad sabemos que eso no es cierto, puesto que varias especies estudiadas a fondo utilizan el sonido simbólicamente para referirse a algo externo a ellas (como diferentes tipos de depredadores). Pero la

tendencia a vincular nuestras emociones internas con los sonidos que producimos está muy arraigada y superarla requeriría una inmensa energía.

Los sonidos que producimos los animales cuando estamos excitados hacen mucho más que indicar nuestro nivel de estimulación emocional. También pueden tener un profundo efecto sobre quien los oye, y eso incluye a los animales no humanos. Recuerdo la ocasión en que un viejo amigo mío, Todd, montó incorrectamente sobre un caballo irritable que no había recibido adiestramiento. Todd repetía desesperadamente «¡juá!, ¡juá!, ¡juá!»,

mientras el aterrorizado caballo aceleraba el galope. Cuanto más se aceleraba el galope del caballo, mayor era la frecuencia con que Todd gritaba «juá». Pero cuanto más rápidamente Todd repetía «juá», más veloz era el galope del caballo. Ambos estaban atrapados en una espiral ascendente en la que es fácil quedar atrapado y de la que resulta difícil salir. Los humanos agitados producen sonidos que reflejan lo que sienten interiormente. Y en lugar de ayudar al animal a hacer lo que uno quiere (o a que deje de hacer algo) esos sonidos suelen excitar al animal que los oye.

No digo esto a la ligera: he dedicado cinco años a investigar este tema para mi tesis doctoral. Durante ese tiempo descubrí que las pautas de sonido que utilizan los adiestradores eran de una consistencia apabullante. El análisis de la actuación de 104 adiestradores de animales en dieciséis idiomas diferentes reveló un uso universal de notas cortas, repetidas rápidamente, para que los animales fuesen a mayor velocidad y una única nota continua para que la disminuyesen o se detuviesen. El tipo de sonido variaba muchísimo, pero la pauta de sonido era siempre la misma: en todos los idiomas los adiestradores

estimulaban a los animales para que aumentasen la velocidad con palmadas, sonidos de besos, chasquidos, palabras o silbidos cortos y repetidos. Todos los *jockeys*, jinetes de rodeos, adiestradores de caballos de tiro y jinetes de domas de exhibición que hablaban inglés, castellano y chino repetían esos sonidos para animar a sus caballos a correr a mayor velocidad. Los adiestradores vascos y quechua de perros pastores usaban palabras y silbidos cortos y repetidos para animar a sus perros a ponerse en movimiento. Los corredores de perros de trineo de habla inglesa emitían gritos cortos y repetidos —

palabras como «*Go! Go! Go!*», «*Hike! Hike!*» y «*Hyah! Hyah!*»— para que sus perros fuesen más aprisa.

Por el contrario, cuando los adiestradores querían que un animal redujese la velocidad o se detuviese utilizaban una nota única y continua. Ningún adiestrador de todos los que integraron la muestra usó nunca chasquidos, palmadas, sonidos de besos o palabras cortas repetidas para poner freno a la actividad del animal, ya fuese un caballo, un perro, un búfalo de agua o un camello de tiro. Las señales comunes en inglés para «aminorar el paso» dirigidas a perros y caballos eran

«*Stay*», «*Whoa*» o «*Easy*». Los adiestradores norteafricanos a los que entrevisté me dijeron que los camellos recibían entrenamiento para que se acostasen al oír sonidos como «*Juush*» o «*Kuush*». Los jinetes quechua usaban tanto un largo «*Schuu*» (también utilizado por los vascos para detener a los burros) y una palabra que suena como «*Ishhhhta*» para detener a sus caballos. Los *jockeys* chinos conseguían que sus caballos aminorasen la velocidad con un sonido parecido a «*Iuuuuuuu*», pronunciado en tono prolongado y descendente. Los silbidos de los adiestradores de perros pastores

eran de una sola nota para detener a un perro, o una nota aguda, oscilante, para detener a un perro en movimiento rápido. A lo largo de todo el estudio se repitió una pauta con dos versiones de una señal de «aminora la velocidad» mediante la utilización de una nota larga y continua para desacelerar o apaciguar a un animal y una nota aguda para detener inmediatamente a un animal en movimiento rápido. Si uno se detiene a pensarlo encuentra lógico que esas señales «inhibidoras» correspondan a dos categorías diferentes, puesto que detenerse o apaciguarse es una respuesta totalmente distinta a reunir la energía

necesaria para frenarse cuando se está acelerado.

Tal vez los entrenadores usaban sonidos parecidos simplemente porque se limitaban a hacer lo que hacen los humanos y los animales aprendían a responder de la manera adecuada. Pero la mayoría de los adiestradores de animales profesionales creen que ciertos tipos de sonidos funcionan mejor que otros cuando se desea estimular a un animal o que vaya más deprisa. Los entrenadores de caballos de carrera a los que entrevisté estaban convencidos del efecto estimulante de ruidos cortos y repetidos como «*Sch, sch, sch*». Me

dijeron que los *jockeys* tenían prohibido decirles «*Sch, sch, sch*» a sus caballos en el punto de salida porque eso los excitaría excesivamente. Los adiestradores de perros pastores emplean exactamente el mismo tipo de ruidos para animar a los perros vacilantes a enfrentarse a un carnero amenazante. Los jinetes de rodeo utilizan un flujo continuo de sonidos para influir en sus caballos: dos o más chasquidos para inducir un trote, sonidos de besos repetidos para que el animal vaya a medio galope o al galope, y una serie de «*Sch, sch, sch*» para que corra a la mayor velocidad posible. En

mis notas de campo encontré diecisiete referencias referidas al rechazo de los entrenadores a repetir demasiado ese ruido «*Sch*», en la creencia de que con ello el caballo estaría excesivamente estimulado y por lo tanto resultaría muy difícil controlarlo durante la grabación.

Los primates no son los únicos animales que intercalan el uso de notas cortas y repetidas con otras largas y continuas. Los caballos, las ovejas y los perros, por mencionar sólo algunas especies, emplean notas breves y repetidas para llamar a sus crías. Los cachorros emiten gañidos agudos, cortos y repetidos para indicar a sus madres

que se sienten desamparados y reclamar sus cuidados. Cuando las ratas macho cortejan a las hembras tienen más éxito en atraer su atención cuanto mayor es la velocidad de repetición de la nota. El reclamo amoroso de los gallos lujuriosos es rápido y repetido: cuanto más rápidamente repiten las notas, más se acercan las gallinas. La investigación con aves como las gaviotas pescadoras y los gorriones ha revelado que los reclamos cortos y repetidos consiguen atraer a otros miembros de la bandada. El hecho de que las gaviotas pescadoras emitan esos reclamos ante la presencia de comida *sólo si hay suficiente para*

compartir indicaría que la función del reclamo es provocar el acercamiento.

Para mi tesis doctoral llevé a cabo un estudio aparte en el cual puse a prueba la hipótesis de que diferentes tipos de sonidos tienen distintos efectos sobre los cachorros que los oyen. Los resultados fueron más que evidentes. Guiándonos por el número de pisadas, descubrimos que los niveles de actividad de los cachorros aumentaban después de cuatro silbidos cortos pero no después de un silbido largo y continuo. Lo más relevante para los amantes de los perros es que cuatro silbidos cortos (comparables a sílabas)

eran más efectivos que un silbido continuo en el entrenamiento para conseguir que cachorros de cinco meses acudiesen al decirles «Ven». Es algo que tiene lógica puesto que el hecho de acudir significa aumentar la actividad.

El uso consistente de sonidos por los adiestradores de animales procedentes de medios tan diversos recuerda otros aspectos universales del lenguaje. Los investigadores han descubierto que las personas tienen una manera similar de hablarle a los perros y a los bebés; asimismo, en todo el mundo la gente le habla a los bebés de un modo similar. El «lenguaje dirigido al niño» es una

manera de hablar en un tono más elevado de lo habitual y con mayor profusión de cambios en la inflexión de la voz que cuando se habla a un adulto. No sólo los bebés están más adaptados al «lenguaje dirigido al niño» sino que, sea cual sea su lengua materna, los padres buscan este «lenguaje» universal para comunicarse con sus hijos pequeños. Algunos aspectos del lenguaje dirigido al niño son útiles cuando se habla a perros (tal como se describe en el siguiente subapartado) e indican una conexión evolutiva universal entre todos los mamíferos. Sin embargo, a veces esta forma de lenguaje no resulta

muy útil. Este modo de hablar tiene escasas probabilidades de dar resultados con un perro excitado porque está persiguiendo a una ardilla; por consiguiente, cuanto más flexible sea en la utilización del lenguaje, más le escuchará su perro. En las páginas siguientes daré ejemplos específicos sobre la manera de utilizar el sonido con la mayor eficacia posible a fin de conseguir que su perro haga lo que usted quiere que haga.

Número de notas

La norma general es utilizar notas cortas

y repetidas para estimular la actividad y una única nota para reducirla. Supongamos que usted quiere que su perro acuda cuando lo llama. Tal vez porque muchos vemos este ejercicio como una demostración de «obediencia» (y una prueba de nuestra autoridad), un número considerable de humanos dice «Ven» a gritos como lo haría un sargento de instrucción de la marina. Si grabase el sonido y lo analizase, se parecería exactamente a los sonidos que se realizan en todo el mundo para detener a los animales. Podría sustituir cualquier combinación de letras y aún así seguiría siendo una única nota corta y aguda que

reproduce el «¡Juá!» y el «Jo» que oí pronunciar en dieciséis grupos de idiomas diferentes para impedir que un animal se moviese. Siempre me divierte escuchar al dueño de un animal gritarle «Ven» con grave voz de mando. Algunos perros acuden, aunque muchos de ellos lo hacen con la cabeza gacha y la cola entre las piernas porque con el entrenamiento adecuado es posible terminar imponiéndose a la biología. ¿Pero por qué trabajar tanto? Utilice un sonido que anime a su perro naturalmente en lugar de desalentarlo y el adiestramiento resultará más eficaz y, lo que es más importante, más divertido.

Si el nombre de su perro es corto, puede pedirle al animal que acuda junto a usted pronunciándolo dos veces y batiendo palmas; también puede probar la señal de «reclamo» de los pastores escoceses: «¡Vamos!». Mientras les enseña una señal de reclamo, trate de animar a los cachorros a acudir dando palmadas mientras se aleja de ellos. Los dueños de perros inteligentes baten palmas, emiten silbidos cortos y repetidos, se dan palmadas en las piernas y a toda costa evitan las notas agudas y únicas que detienen a los perros en su avance. ¿Su perro acude pero no con la suficiente rapidez?

Dígale «Buen perro» mientras avanza pesadamente hacia usted y empiece a batir palmas cuando se aleje del animal.

Podría preguntar por qué le sugiero que se repita en algunas ocasiones y que evite la repetición en otras. La diferencia está en la función de la señal. Si trata de aumentar el nivel de actividad de su perro, use notas cortas y repetidas. Pero si intenta comunicar una acción que inhiba intrínsecamente la actividad de su perro, como «Siéntate» o «Tumbate», pruebe a decir la señal sólo una vez, como hacían los adiestradores a los que entrevisté. Considere la palabra que emplea como

un verbo (¡Haz algo!) y la *manera* en que la dice como un adverbio.

¿Pero qué pasa si su perro se pierde en la maleza persiguiendo a un conejo? No hace mucho tiempo, Tulip permaneció durante días con los ojos bien abiertos y olisqueando el aire y cuando la dejé salir de la casa estuvo a punto de atropellarme. Salió disparada colina arriba persiguiendo a un conejo que dormía en el jardín. Si la hubiese llamado animadamente diciéndole «¡Tulip, Tulip, ven!» batiendo palmas con su habitual señal de reclamo, habría seguido corriendo. Después de todo, dije que las notas repetidas estimulan la

actividad; no indiqué hacia dónde se dirigiría esa actividad. Lo que menos necesitaba Tulip en ese momento eran sonidos destinados a estimularla; cuando regresó estaba tan excitada que tardó diez minutos en recuperar el aliento. Yo quería inhibirla y no estimularla, por eso hice lo mismo que habían hecho los adiestradores de perros ovejeros vascos y los entrenadores de caballos quechua cuando querían detener inmediatamente a un animal en plena marcha. Grité un breve «¡No!». Sólo cuando la perra se detuvo dirigí su energía nuevamente hacia mí batiendo palmas y repitiendo palabras.

Piense en la manera en que utiliza la voz en la clínica veterinaria cuando usted y su perro esperan en la recepción. Una cosa es mantener la calma cuando uno espera a su médico y otra muy distinta hacerlo en la recepción de la clínica veterinaria, una situación nada relajante para el dueño de un perro. ¿Ese san bernardo de 66 kilos que está allí es sociable o lo que oyó fue un gruñido? ¿Su perro se soltará y tratará de perseguir al gato que acaba de entrar? Ésta es su oportunidad de usar una nota larga y continua para calmar a su perro, tal como hacen los adiestradores de todo el mundo. Es en

ese momento cuando quiere decir: «Buen chico, Capitán, buen chico. ¡Qué buen chico eres!». Lo que no resulta eficaz es lo que veo con mayor frecuencia: dueños ligeramente ansiosos que repiten versiones cortas e intermitentes de «Buen chico, buen chico, buen chico» mientras su perro perdiguero tira de la correa con ojos desorbitados. Las palabras suelen ir acompañadas de caricias igualmente intermitentes que excitan aún más al perro. Es en este momento cuando debe aprender a separar su propio estado emocional del que quiere inducir en su perro. Si quiere calmar o desacelerar a

haga su perro y no lo que siente interiormente puede requerir un esfuerzo consciente. Sin embargo, hay una gratificación adicional: hablar de manera pausada y segura también puede contribuir a calmarle a usted. Y no se olvide de respirar. Las respiraciones prolongadas y profundas sirven para desacelerarlo todo, desde su manera de expresarse hasta la respuesta de su perro.

La inflexión de la voz

Todos sabemos intuitivamente la importancia que tiene la inflexión de la

voz cuando uno habla. Los sargentos de instrucción de la marina no gritan las órdenes con voz aguda y chillona. El tono de voz grave y brusco puede atraer la atención de los soldados, pero no sirve para tranquilizar a un niño pequeño asustado. Existen muchísimas razones para creer que la inflexión de la voz es igualmente importante para su perro. Los perros y los humanos comparten la interpretación de los sonidos agudos y graves (igual que muchos otros mamíferos). Un tono de voz grave significa autoridad y seguridad, tanto en los lobos como en los primates. El simple hecho de

pronunciar una indicación con voz más grave puede determinar que su perro le obedezca en lugar de no hacerle caso. Luke no podría ser un ejemplo mejor. El pastoreo de ovejas es lo que más le gusta; es algo que realmente le encanta. Cuando estamos ocupados con las tareas de atender a las ovejas, le llamo dos veces por su nombre, «Luke, Luke», para pedirle que deje a los animales y salga del establo detrás de mí. Su respuesta es tan previsible que me animaría a apostar la granja ante la seguridad de que hará lo que se espera de él: si pronuncio su nombre de la manera habitual, con un tono

relativamente agudo, no me hace el más mínimo caso, no gira la cabeza hacia mí y ni siquiera mueve una oreja, es como si no hubiese escuchado nada; en cambio, si lo llamo pronunciando exactamente las mismas dos palabras, pero esta vez no en un tono más fuerte sino más grave, se gira sobre sus cuartos traseros y corre hasta mí. Es la diferencia entre pedir y decir.

Cuando competía en concursos de perros pastores practicaba durante meses para aprender a decir «Al suelo» en un tono grave, después de haberme dado cuenta de que mi voz tendía a hacerse más aguda cuando me ponía

nerviosa. Cuanto más rápidamente se alejaba mi perro, más ansiosa me sentía y el tono de mi voz se volvía más alto y agudo. Y por supuesto, cuanto más alto y agudo era el tono de mi voz, el perro se alejaba con mayor rapidez. En general, las voces de las mujeres tienden a ser más agudas que las de los hombres, por lo que, igual que mis clientes del sexo femenino, debía practicar empleando un tono de voz bajo y sereno para refrenar a mi perro. En particular, da la impresión de que las voces de las mujeres se vuelven más agudas cuando tratamos de elevar el volumen, mientras que a los hombres se les da mejor

mantener la voz grave y expresarse con energía. Sé que no soy la única mujer que tiende a elevar la voz cuando más la necesito para transmitir autoridad. Por otra parte, algunos hombres deben practicar un tono de voz más agudo para elogiar o animar a sus perros. En casi todas las clases de adiestramiento hay por lo menos un hombre que grita «buen perro» con una voz que paraliza a todos los perros y habitualmente a la mitad de los humanos.

En realidad, la norma es bastante simple y casi universal entre los mamíferos: los sonidos agudos se asocian a la excitación, la inmadurez o

el miedo, mientras que los sonidos graves se relacionan con la autoridad, la amenaza o la agresión. Cuando trabajo con los dueños en las clases y con los clientes en la consulta, compruebo repetidamente la incapacidad de la gente para cambiar el tono de voz cuando es necesario; en particular, observo la incapacidad para bajar el tono de voz cuando piden a sus perros que se refrenen. Por lo tanto, practique decir «¡No!» o «Quietos» en voz baja, y eleve el tono cuando indique a su perro que venga o lo felicite por algo bien hecho. Si su perro no hace caso a sus dulces indicaciones de que venga, pase a decir

«No» con tono grave e irritado y después vuelva a pedirle «Ven» con la misma suavidad de antes.

Modulación del tono de VOZ

Además de ser relativamente agudos o relativamente bajos, los sonidos pueden ascender o descender. Esto se denomina modulación del tono de voz y también es susceptible de tener un enorme efecto sobre su perro. Los entrenadores a los que grabé ejemplificaron una serie de normas simples que desde entonces he incorporado a mi repertorio. En general,

ellos utilizaban un tono firme para tranquilizar o desacelerar a los animales y hacían lo contrario cuando deseaban estimularlos. Y así, esas palabras cortas y repetidas para excitar a los animales solían ir subiendo de tono. Pero las notas únicas utilizadas para detener a los animales en movimiento rápido en general variaban considerablemente de tono, subiendo y bajando como una montaña rusa dentro de una sílaba. «¡Juá!», por ejemplo, comienza en tono elevado y después desciende. Y si uno se detiene a analizarlo, resulta lógico: frenar a un animal que avanza rápidamente requiere un gran esfuerzo

muscular y mucha atención. Los sonidos con gran variación de tono serán intrínsecamente más efectivos para atraer la atención de un animal que un sonido sordo y continuo.

Resumen

La conclusión es simple. Utilice notas cortas y repetidas como batir de palmas, sonidos de besos y palabras cortas y repetidas para estimular la actividad de su perro. Úselas cuando quiera que su perro se acerque a usted o vaya más deprisa. Utilice un sonido sordo y continuo prolongado para tranquilizar o

desacelerar a su perro, por ejemplo cuando trata de apaciguarlo en la consulta del veterinario. Use una nota corta y aguda para conseguir que un perro en movimiento se detenga inmediatamente diciendo «¡No!» cuando quiere que el animal preste atención y deje de perseguir a una ardilla en el patio trasero. Para hacerse una «imagen del sonido», observe los sonogramas en el pliego de fotos del libro para ayudarse a visualizar a qué se asemeja el sonido. Le resultará más fácil utilizar el sonido correctamente cuando sea capaz de representárselo mentalmente.

¿Y realmente todo esto es suficiente

para detener los continuos intentos de su perro por capturar finalmente una ardilla? No. Ni siquiera Pavarotti sería capaz de detener prácticamente a ningún perro cuando un animal se aleja de uno a toda marcha, a menos que se tenga el debido entrenamiento para conseguirlo. Tendrá que mostrar a su perro que existe un motivo para interrumpir la persecución. Pero su voz es una herramienta poderosa. Y como sucede con todas las herramientas, funciona mejor cuando se aprende a usarla correctamente.

Texas, enero de 1985

José y yo regresamos por la tarde. Yo me sentía agotada, aunque aliviada y feliz por haber conseguido tantas buenas grabaciones de entrenadores de caballos de habla hispana. Siempre con una cerveza en la mano y un canuto en la comisura de los labios, José se había comportado como un colaborador infatigable. A lo largo del día había buscado pacientemente a los entrenadores, había hecho de intérprete entre ellos y yo y había ayudado a desplazar el equipo y a manejar a los díscolos caballos. El sol comenzaba a ponerse cuando José indicó que nos detuviésemos y fuésemos hasta un

pequeño lago, donde pudimos aparcar y contemplar el atardecer. Le expliqué que necesitaba regresar cuanto antes para catalogar y organizar las grabaciones. A continuación se produjo la conversación universal entre un mamífero macho sano y joven y una mamífera hembra nada receptiva. José había hecho todo lo posible para atraerme hasta el lago, a la mujer que se había pasado todo el día obsesionada por conseguir grabaciones de sonidos de gran calidad. «Por favor, ven al lago conmigo. Te haré unos ruidos muy bonitos».

Espero que los ruidos que le haga a su perro también sean bonitos, porque son fáciles de identificar y aprender, y resulta divertido responder a ellos.

4

EL PLANETA
HUELE



**Usted tiene más en
común con su perro de lo
que podría imaginar**

Ayla es una gata diminuta, perfecta, que cada noche se queda dormida sobre mi pecho mientras acaricio su pelo suave y sedoso. Antes de que la trajera a la casa, hace tres años, vivía en el granero dedicada a impedir que los ratones se acercasen al grano; allí, en las frías noches de invierno, dormía acurrucada sobre el lomo de alguna de mis ovejas. Una primavera, el esquilador se quedó sorprendido al comprobar el aspecto apelmazado de la lana del lomo de una de las ovejas. Las ovejas como la vieja Martha no suelen tener el pelo apelmazado, pero el calor y la humedad del somnoliento cuerpo

de Ayla habían formado en su lana una bola enmarañada. Resulta muy entrañable llegar a casa una nevada tarde de invierno y encontrarse a la gata acurrucada sobre el lomo de la oveja favorita de una, ambas adornadas con copos de nieve como los árboles de Navidad de las tiendas de todo a cien.

Pero hacía tres días que Ayla había desaparecido. Regresé a mi casa de un viaje de negocios al tercer día de su ausencia. Inmediatamente me puse a registrar todos los rincones de la granja, sin dejar de llamarla. Ese mismo día, mientras buscaba en el

granero a una hora avanzada de la noche, oí un suave maullido. Después, todo volvió a quedar en silencio; el sonido no volvió a repetirse. Podía haber sido Ayla o simplemente un pájaro del bosque mientras se instalaba en su acogedor nido. Volví a la casa a buscar una linterna y me pasé otra hora inspeccionando desordenados montones de desechos de la granja, pero no encontré nada.

A la mañana siguiente temprano reinicié la búsqueda. Esta vez tenía la certeza de que el reclamo sordo que escuché era el de Ayla. Nuevamente maulló una sola vez, pero en esta

ocasión la oí claramente y supe que estaba en el granero, y supe también que no la encontraría, que se moriría, y supe que mis probabilidades de encontrarla en ese viejo granero eran más que escasas.

Busqué unos minutos más y después me senté a llorar. Llevaba horas buscando. Sabía que los gatos heridos suelen esconderse en un lugar seguro y permanecer allí. Raramente maúllan, aunque sus dueños los llamen, guiándose por un primitivo deseo de mantenerse ocultos cuando están heridos. Las probabilidades de encontrar a la gata en medio del caos

de mi viejo granero eran nulas. Este granero no es un simple espacio. Es el piso superior de un enorme y antiguo establo de vacas lecheras con innumerables pasillos en la parte inferior, cuatrocientas balas de heno, pilas de postes y alambre para cercos que llegaban a la altura de la cabeza y el revestimiento exterior enmohecido. Esa fría y silenciosa mañana estaba segura de que nunca podría encontrar a Ayla y que mi dulce y diminuta gata se hallaba muriéndose a escasos pasos de mí.

Pero Ayla y yo no nos encontrábamos solas en el granero. Me

acompañaba mi border collie Pip, olisqueando como siempre los excrementos de las palomas y las huellas de los zorros. Pip no es como los otros border collies. Menea la cola ante las ovejas y es incapaz de conseguir que una oveja empecinada se mueva aunque su vida dependa de ello. Pero aunque sea inútil para pastorear las ovejas, Pip vale su peso en oro como mascota de una terapeuta en comportamiento animal que ha rehabilitado a más de cien perros que descargaban en otros su agresión inducida por el miedo. A Pip le encantan la comida, las pelotas de

tenis y los otros perros, en ese orden. En cuarto lugar, le gusta utilizar su hocico para «leer» el mundo que la rodea como si fuese un periódico escrito con olores.

Recuerdo que mientras lloraba decía: «Oh, Pip, ¿dónde está Ayla? No puedo encontrar a Ayla». Como hacemos muchos dueños de perros, le abría mi corazón al animal sin ninguna expectativa de que se sumase a la búsqueda. Unos minutos más tarde, oí un ruido y, al alzar la mirada, vi a Pip encima de un montón de balas de heno apiladas hasta una altura de dos metros y medio que ocupaban la mitad

del granero. La perra había metido la nariz entre dos balas de heno y gañía mientras escarbaba. Era la primera vez que hacía algo así y en ninguna otra ocasión volvió a hacerlo. Tenía que tratarse de Ayla.

Tuve que derribar cincuenta balas de heno hasta llegar a la gata, que se hallaba directamente debajo del lugar en que Pip había estado escarbando: la gata, deshidratada y hambrienta, era apenas un montoncito que pesaba algo menos de tres kilos. Tenía una pata y el hombro tan hinchados que al principio me costó reconocerla. Parecía muerta. El veterinario dijo que se habría

muerto si hubiésemos tardado unas horas más en encontrarla. La grave herida que tenía en el hombro como consecuencia de una mordedura se le había infectado; la infección había ido avanzando mientras la gata permanecía oculta entre las balas de heno, muriéndose lentamente.

Ahora Ayla está bien. Vive jubilada en la casa, donde puede acurrucarse sobre regazas tan cálidos como los lomos de las ovejas. A veces visita el granero, pero prefiere dormir la siesta dentro de la casa, cerca del tubo de la calefacción. El mes pasado apareció ante ella con un ratón vivo que había

quedado aprisionado en una trampa. La gata se giró y se marchó. Parece que está tomándose la jubilación muy en serio.

Pip le salvó la vida a Ayla y lo hizo con el hocico. Yo también tengo nariz y funciona. Ayer por la noche, mientras recorría el valle, mi nariz recibió el dulce impacto del rico y almizclado olor de las ciruelas silvestres. Duermo entre sábanas que huelen a lavanda y en los viajes de negocios llevo eucalipto para enmascarar los olores desagradables de las habitaciones de los moteles. Puedo oler la orina de un gato sobre una alfombra como nadie,

una habilidad indispensable para una terapeuta en comportamiento animal. Pero nunca se me ocurrió usar mi nariz para tratar de encontrar a Ayla. Por supuesto, mi nariz no es tan buena para reconocer olores como la de Pip y me pregunto si llegué siquiera a considerar la posibilidad de usarla. Pues no, no lo hice. La busqué con los ojos y los oídos. Pip lo hizo con su olfato. Yo soy un ser humano y ella es una perra.

La nariz distingue

Todos sabemos que los perros tienen

muy buen olfato. En los aeropuertos vemos a perros que pueden detectar bombas mediante el olfato y hemos oído hablar de bloodhounds que siguen el rastro de niños perdidos en los bosques. Vemos cómo nuestros perros olisquean debajo de las colas de otros perros y nos preguntamos qué es lo que han llegado a saber unos de otros. Pero desconocemos cuál es el grado de nuestra capacidad olfativa. Nuestras aptitudes en este aspecto no son nada comparadas con las de un beagle, pero el olor es sumamente importante para los humanos, sólo que muy pocas veces parecemos ser conscientes de ello.

Como describe Diane Ackerman en su libro *A Natural History of the Senses*, la investigación sobre la capacidad olfativa de los humanos revela que es verdaderamente asombrosa. Hay personas capaces de saber si una tela determinada fue tejida por un hombre o una mujer sólo con olería, aunque digan que no pueden hacerlo. Las madres pueden identificar sin equivocarse el olor de sus bebés, aunque digan que simplemente han acertado. Los bebés reconocen el olor de sus madres cuando éstas entran en la habitación. Entre varias camisetas usadas las madres pueden distinguir las

que corresponden a sus hijos. Las mujeres pueden incluso identificar la edad de una persona sólo por el olor que desprende, distinguiendo con absoluta precisión entre un bebé, un niño, un adolescente o un adulto. Igual que los perros, somos capaces de saber si un olor determinado corresponde a un hombre o a una mujer. Helen Keller, que quedó ciega y sorda como consecuencia de la escarlatina que sufrió a muy tierna edad, afirmaba que podía decir lo que había estado haciendo la gente por el olfato; por ejemplo, detectaba ese olor a madera o a cocina que persiste en las personas incluso después de haberse

desplazado a otro lugar.

El sentido del olfato comunica más sobre nuestro comportamiento de lo que uno podría imaginar. Las mujeres que viven en estrecha proximidad con otras comienzan a menstruar en sincronía y todo ello debido a olores de los cuales ni siquiera son conscientes^[14]. Los hombres que mantienen relaciones íntimas con mujeres presentan un crecimiento más rápido del vello facial que aquellos que no lo hacen, y las muchachas que crecen en un medio en el que predomina la presencia masculina entran en la pubertad antes que las demás. El sentido del olfato es incluso

un importante componente del placer sexual: la mitad de las personas que han perdido el sentido del olfato en la adultez constatan una disminución del interés sexual. La investigación sobre las feromonas reproductivas (que suelen ser imposibles de detectar de manera consciente, por mucho que se intente) ha conducido al uso de una feromona llamada alpha-androstenol en perfume. No sólo atrae a los integrantes del sexo opuesto (tanto en nuestra especie como en los cerdos; hay que tener cuidado en una granja porcina), sino que a los hombres las fotografías de mujeres les resultan más atractivas si esa hormona

está en el aire, y es más probable que las mujeres inicien interacciones si dicha hormona está presente.

Aunque el olor tenga un efecto profundo sobre nuestro comportamiento, gran parte de nuestra respuesta a los aromas no se produce dentro del ámbito del pensamiento consciente. Los humanos podemos ser amos de animales que tienen conciencia de sí mismos, pero nuestros perros nos llevan una gran ventaja cuando se trata de la percepción de los olores. Incluso resulta difícil referirnos a los olores: pruebe a describir un aroma a alguien que nunca lo olió. En su libro *A Natural History of*

the Senses, Ackerman llama al olfato el «sentido mudo, sin palabras». Ni siquiera reconocemos la falta de olores: tenemos etiquetas para designar a las personas que no pueden oír o ver, pero carecemos de un término de uso generalizado para denominar a quienes están privados de la capacidad olfativa. Sin embargo, la experiencia de vivir sin el sentido del olfato es bastante problemática. Entre otras cosas, resulta peligrosa; imagine que no puede percibir el olor del humo, del gas o de los alimentos en mal estado. Y sin embargo, nunca hablamos de las personas que carecen del sentido del

olfato en términos de que padecen una minusvalía, como si se tratase de algo que no es lo suficientemente importante para merecer nuestro interés.

En realidad, incluso muchos científicos prestan poca atención al sentido del olfato. *El cerebro humano*, publicado por la BBC junto con su conocida serie de televisión, tiene un apartado sobre memoria, lenguaje, visión, movimiento, miedo y conciencia, pero ninguno referido al sentido del olfato. *The Biology of Mind*, de M. Deric Brown, un libro brillante sobre la mente y la conciencia, incluye un sólo párrafo sobre el olfato dentro del

apartado correspondiente a la memoria. Me he pasado horas buscando en el índice de los libros que integran mi biblioteca sobre el comportamiento de los primates y los humanos. Muy pocos de esos libros tenían alguna referencia a los aromas, los olores o el olfato. La mayor excepción la constituye la literatura sobre los insectos, donde se encuentra una enorme cantidad de investigaciones sobre las señales transmitidas por el aire que impulsan gran parte del comportamiento de un insecto. Tal vez nos resulte más fácil asociar un sentido primitivo como el del olfato con animales a los que

consideramos en niveles de desarrollo muy inferiores al nuestro.

Por visuales que seamos en tanto que primates, tenemos una larga lista de respuestas impresionantes a diferentes olores. Las hembras de mono tití cabeciblanco responden a los olores de la ovulación de hembras desconocidas reclamando sexualmente a sus parejas. El olor de su madre basta para inhibir la ovulación en una hembra apareada de mono tití cabeciblanco, aunque esté sola con su nueva pareja. En un estudio reciente se descubrió que los monos ardilla están dotados de sorprendentes aptitudes olfativas y son capaces de

distinguir algunos olores mejor que las ratas o los perros. Muchos primates delimitan sus territorios marcándolos con su olor: los monos ardilla incluso orinan en sus propias patas y después se las pasan por el cuerpo en una especie de baño para dejar a su paso el rastro de un olor intenso. Varios primates tienen en el pecho, la garganta y las muñecas (donde los humanos nos ponemos perfume) estructuras de aromas especializados. Los primates con los que he trabajado, los monos tití cabeciblancos y los monos tití pigmeos, marcan con su olor los barrotes de sus jaulas para comunicarse con los

integrantes de su familia y de otros grupos alojados en el extremo opuesto del pasillo que pueden oír pero no están en condiciones de ver. La conclusión es que todos los primates usan con gran frecuencia el sentido del olfato, pero los humanos no le concedemos importancia.

A lo largo de los años he sucumbido algunas veces a la curiosidad y me he puesto de cuatro patas sobre el suelo olisqueando en el lugar en que lo hacían mis perros como si fuesen aspiradoras eléctricas. En algunas ocasiones fui absolutamente incapaz de oler algo, pero por regla general me quedaba impresionada por algún aroma espeso e

intenso que tenía un olor notoriamente diferente al del mismo suelo a escasos centímetros de distancia. Cuando lo hago, mis perros parecen disfrutar con mi comportamiento más que yo y se ponen a olisquear y menear la cola con más intensidad, lamiéndose unos a otros, y lamiéndome también a mí, como si hubiese sucedido algo notable. Tal vez lo sea. Tal vez no sea ninguna insignificancia que los humanos lleguemos a ser más conscientes de los olores de lo que es habitual en nosotros. El simple hecho de escribir este capítulo ha tenido una influencia sobre la manera en que percibo el mundo.

Después de una hora de investigación para la redacción de este capítulo me puse a olisquear por mi casa como un conejo enloquecido, arrugando la nariz y entrecerrando los ojos. Y aprendí muchas cosas. En primer lugar, que mi casa está más sucia de lo que pensaba. Muchas cosas olían a polvo o a moho, aunque el aire de la casa tiene un olor fresco y delicado. Pero más allá de ese descubrimiento deprimente, existía todo un mundo esperando que yo lo percibiese. Casi cada objeto que olisqueaba tenía su propio olor característico. Nunca pensé que cada libro olía diferente a los demás, pero fue

eso lo que constaté. Los libros en rústica más antiguos olían a moho; los nuevos con tapa dura olían a madera. Una sudadera, usada una sola vez, y una camiseta que me puse en un día fresco desprendían un fuerte olor en las axilas. Las sábanas seguían oliendo a detergente. Un hueso viejo y seco del perro olía a polvo; el mando a distancia del televisor despedía un acre olor a sustancia química.

Probé a seguir olisqueando por toda la casa y el patio teniendo muy presentes algunas cosas que para los perros resultan naturales. En primer lugar, el olor se capta mejor si se olfatea con

aspiraciones cortas en lugar de hacerlo con inhalaciones prolongadas. Existe una razón por la cual los perros olfatean en *staccato*. Olfatee algo con una inhalación larga, quizá de un segundo o poco más, y después huela el mismo objeto con cuatro o seis aspiraciones dentro de la misma estructura temporal. Por lo general, captará mucho mejor los olores con aspiraciones cortas y rápidas. (No aspire con demasiada fuerza; basta con que sean inhalaciones cortas y suaves). En segundo lugar, no dude en poner la nariz directamente sobre el objeto. Los perros pueden percibir tan bien los olores porque no

vacilan en hundir el hocico en cualquier cosa que haya despertado su interés. No se inhiba.

Si sufre alguna alergia seria, vaya con cuidado. De ninguna manera deseo que este experimento le desencadene un ataque de asma. Y sea consciente de lo que llamamos «adaptación olfativa». Todos la conocemos: es la razón por la cual usted sólo puede probar unos pocos perfumes a la vez. Su aparato olfativo tiene que ponerse a cero una vez que se ha saturado; simplemente, no puede discernir diferentes olores de manera eficaz cuando sus fosas nasales ya han sido inundadas por unos cuantos. Por

consiguiente, olfatee unos pocos objetos y antes de pasar a otro espere un tiempo para que su aparato olfativo se recupere.

La mayor sorpresa me la llevé al oler la piel de la parte superior del cuello de mis perros. Pensé que cada animal tendría un olor ligeramente diferente, pero mi sorpresa fue mayúscula cuando comprobé que la diferencia era muy significativa. Pip, que recientemente se había dado un revolcón y a continuación había recibido un baño, olía a champú. Luke tenía un olor casi astringente, mientras que Lassie desprendía un aroma más suave, más afrutado. Tulip recibía más baños

de lo que suele ser habitual para un perro ovejero y menos de lo debido para un perro doméstico. En consecuencia, su olor es muy fuerte, característico y algo agrisado. A mí no me desagrada, pero ese aroma nunca se venderá como perfume. Quien desprendía menos olor era Ayla, la gata que Pip rescató de debajo de la bala de heno gracias a su olfato. Su olor era tan tenue que yo apenas podía percibirlo.

El desconocido planeta de los olores

Un día en que me preparaba para dar un

paseo en bicicleta en compañía de una amiga, cerré bien las ventanas y las puertas y comprobé que no quedase nada de comida en los mostradores de la cocina. Pip puede estar mirándome por la ventana con grandes ojos tristes mientras me marchó, pero en realidad mi ausencia no le produce ningún pesar. Si observa es para asegurarse de que realmente me marchó y dedicarse entonces a buscar cosas comestibles con absoluta libertad. Cuando nos dirigíamos hacia la salida descubrí un trozo de pan sobre el mostrador, que inmediatamente guardé en la alacena. «Oh, lo siento —dijo mi amiga—. No lo

guardé porque pensé que al estar envuelto en plástico los perros no podrían olerlo». Mi amiga no estaba acostumbrada a vivir con hocicos que avergonzarían a los servicios de inteligencia. La envoltura de plástico no serviría para disuadir al hocico de Pip cuando se lanza a la caza de comida. Si alguna vez llego a estar sepultada debajo de una avalancha de nieve, lo único que pido es que Pip esté cerca y en condiciones de usar su hocico. Estoy segura de que me encontrará, a menos que alguien haya enterrado un pastel relleno de crema a unos 20 metros de distancia, en cuyo caso moriría asfixiada

mientras Pip se afana por sacarlo de la nieve.

Los perros tienen aproximadamente 220 millones de receptores de olores, mientras que los humanos sólo podemos alardear de unos 5 millones. Ésa es la razón por la cual algunos han afirmado que los perros pueden oler cuarenta y cuatro veces mejor que los humanos. Pero la recepción de los olores no sólo se debe al número de neuronas que tenemos en la nariz. Como señala Stephen Budiansky en *The Truth About Dogs*, también depende de lo que se esté oliendo en ese momento. Los perros son capaces de detectar algunos olores que

los humanos no pueden percibir hasta que la concentración del aroma es cincuenta veces superior. Otros olores pueden ser percibidos por los perros en concentraciones que deben ser cientos de veces más intensas para que los humanos los perciban. Cada especie tiene combinaciones específicas de olores que percibe mejor que las demás y lo mismo se aplica a los perros.

Los perros están diseñados como máquinas de percibir olores, con fosas nasales móviles (pruebe a mover las suyas hacia la derecha o hacia la izquierda sin hacer ningún gesto con la cabeza); una estructura ósea especial, el

órgano vomeronasal, que se adhiere a las grandes moléculas del olor como el Velcro; y un bulbo olfativo en el cerebro que es proporcionalmente cuatro veces mayor que el nuestro. Los perros pueden detectar el olor humano sobre una superficie de cristal que apenas fue tocada y seguidamente permaneció dos semanas al aire libre o cuatro semanas bajo techo. Para los perros es algo trivial utilizar el olfato para distinguir cuál es el palo que usted tiró ayer entre todos los demás que se encuentran abandonados en el patio. Pueden distinguir las camisetas usadas por gemelos idénticos que ingieren

alimentos diferentes. Los perros de todo el mundo están acostumbrados a encontrar minas explosivas enterradas. No se dispone de un método mejor, ya que en la actualidad las minas son en su mayoría de plástico, con lo cual los detectores metálicos resultan inútiles. Glen Johnson, en su magnífico libro *Tracking Dog: Theory and Methods*, habla de su ovejero alemán, que detectó 150 fugas de gas a lo largo de una tubería de 170 Km de longitud enterrada debajo de una capa de arcilla húmeda. Johnson y su perro fueron el último y desesperado recurso de la empresa suministradora de gas para detectar las

fugas después de haber probado todas las tecnologías disponibles sin que ninguna de ellas diese resultado.

El Cornell Medical Center está investigando el uso de perros para la detección del cáncer después de que un número considerable de pacientes con cáncer acudieran al hospital porque sus perros reaccionaban ante ellos como si percibiesen algo extraño. Stanley Coren, en *How to Speak Dog*, habla de una perra ovejera shetland llamada Tricia que se mostraba inquieta por la aparición de un lunar en la espalda de su dueño. Después de que Tricia tratase de quitárselo de un mordisco, el dueño de

la perra habló finalmente del lunar a su médico, quien lo identificó como un melanoma cancerígeno. Rin Tin Tin no lo hubiera hecho mejor.

Aunque sabemos que los perros tienen muy buen olfato, desconocemos casi por completo qué es lo que huelen. Por ejemplo, no sabemos con seguridad en qué se concentran los perros rastreadores cuando siguen los pasos de alguien. Sabemos que todos los humanos vamos dejando a nuestro paso minúsculas partículas de piel muerta que nos siguen como el humo de un cigarrillo en movimiento. Con cada paso que damos dejamos olores sobre la

tierra y eso les basta a los perros para encontrarnos. Cada pisada humana deja sobre la tierra una media equivalente a la cuarta billonésima parte de un gramo de sudor. Aunque parezca increíble, eso es más que suficiente para un perro.

Pero esos no son más que algunos de los ingredientes de la mezcla de olores que dejamos a nuestro paso. Aplastamos la vegetación, alteramos el suelo y esparcimos partículas de pelo y moléculas de loción para después del afeitado, de desodorante, de perfume. Por lo general, el problema para los perros no es descubrir el olor, sino distinguirlo entre la multitud de olores

que ya estaban antes. Hasta las condiciones meteorológicas inciden en la capacidad olfativa del perro: la humedad, el frío y el viento cambian las condiciones cada vez que su perro pega el hocico al suelo y trata de seguir un rastro.

Para informarse mejor acerca de la manera en que su perro percibe el mundo, pruebe a inscribir a su mascota en una clase de rastreo. En la clase a la que asistí yo los novatos nos unimos rápidamente, sonriendo ante nuestros torpes esfuerzos por controlar la línea de rastreo y riendo a carcajadas al constatar que hasta ese momento no

habíamos reparado en el mundo del rastreo de olores. Cuando comparamos las notas obtenidas en los primeros intentos de fijarles una senda de rastreo a nuestros perros, los resultados fueron igualmente humillantes para todos. Después de atar la correa del perro a un árbol o a un poste que encontramos a mano, nos habíamos puesto a caminar cuidadosamente para dejar un rastro, colocando un pie detrás del otro con suma atención. En las primeras fases del entrenamiento de un perro rastreador es decisivo darle a seguir un rastro claro y simple, sin cruces que confundan, por lo que es necesario poner mucho cuidado

en cada paso. En todas las pisadas colocamos un trozo pequeño de comida como recompensa para los perros por seguir atentamente el olor de nuestros pasos. Pero al menos una vez, cuando los novatos conseguimos llegar al final de la huella de olores que cuidadosamente habíamos dejado, todos suspiramos, deseosos de empezar la prueba, y después regresamos alegremente junto a nuestro perro por el camino más corto. Al hacerlo, caminamos directamente sobre el rastro que acabamos de dejar, con lo cual borramos los olores que con tanto esmero habíamos dejado a nuestro paso.

Éste es un maravilloso ejemplo de lo raro que resulta que los humanos se detengan a pensar en los olores.

La parte de la clase que más me gustaba era aquélla en la cual observaba cómo incidía la brisa en los perros. Un viento que sople desde la izquierda lleva el olor hacia la derecha del rastro. Los perros, entonces, vacilan yendo de un lado a otro, describiendo en su avance una curva sinusoidal, tratando de seguir las moléculas del olor mientras éstas se desplazaban a través del aire, perdiéndolas a medida que se dispersan y después volviendo a la fuente, buscando siempre la mayor

concentración de la molécula a cuya búsqueda están dedicados. El olor es como la bruma, una entidad física con su propia integridad física. Igual que la bruma, el olor se deposita en los huecos, flota en el aire y se desplaza y fluye en el espacio, invisible para nosotros pero clara como una luz brillante para nuestros perros.

Científicos escandinavos se mostraron interesados por averiguar si los perros son capaces de indicar la dirección de desplazamiento de aquello que están rastreando. Puesto que los humanos solemos colocar a los perros en el punto inicial de un rastro, los

animales siguen naturalmente esa dirección. Los investigadores plantearon la siguiente cuestión: si uno coloca a un perro como punto de salida en el medio de un rastro y no le da ninguna información sobre la dirección que debe seguir, ¿el animal decidirá realizar el rastreo en la dirección de desplazamiento de quien dejó el rastro? En realidad, eso es lo que hará el perro, pero sólo en algunas situaciones. Si el rastro consiste en depósitos de olor discontinuos, como son las pisadas, el perro sigue en la dirección que ha tomado la persona, pero si el rastro corresponde a algo que está en continuo

contacto con el suelo, como por ejemplo el neumático de una bicicleta o una bolsa arrastrada, el perro va en ambas direcciones con la misma frecuencia. Posiblemente, un rastro continuo resulta más estable y eso hace que para el perro sea más difícil determinar la dirección de desplazamiento. Un efecto similar se descubrió en uno de los estudios con camisetas realizados con los perros. Los perros no eran capaces de distinguir las camisetas de gemelos idénticos a menos que las mismas estuviesen a cierta distancia. Si estaban una junto a la otra, probablemente las mezclaban, enmascarando las diferencias y

complicando la elección.

Resulta difícil saber cómo interpretar la respuesta de un perro a los rastros de olores teniendo en cuenta lo mucho que desconocemos acerca de la información que los perros recogen. Es evidente que necesitamos más estudios sobre sus aptitudes con los olores. En este mismo momento existen muchos aspectos de la vida de un perro sobre los que sólo podemos hacer conjeturas debido a nuestras primitivas aptitudes olfativas y a la escasez de investigación. Por ejemplo, es común que los gatos domésticos ataquen a sus mejores amigos felinos después de haber

visitado una clínica veterinaria en la que se impregnaron de nuevos olores, y me pregunto si esto podría suceder con los perros. ¿Los perros recién bañados pueden oler mal a otros perros? ¿El mal aliento puede causar aislamiento social a los perros como sucede en nuestra especie? O puesto que a los perros les encantan los olores que a nosotros nos resultan repugnantes, ¿el «mal aliento» puede resultarles agradable?

A menudo me he preguntado por el papel que desempeña el olor en el comportamiento de los perros agresivos. El tipo más común de agresión perro-perro que vemos es el de perros que

ladran, gruñen y arremeten cuando pasan junto a otros perros sujetos con correa. Pero con asombrosa frecuencia se trata de perros que, unos segundos antes, a todo el mundo le da la impresión de que se mueren de ganas de jugar con esa monada de cachorro que está al otro lado de la calle. Por lo general, la fase preliminar se desarrolla sin dificultades; ambos perros adoptan las posturas de saludo amistoso y al cabo de dos o tres segundos el perro en cuestión estalla y ataca al otro. Muchas veces resulta relativamente fácil suprimir las causas corrientes, como señales inadvertidas de los dueños (tensión en la correa,

contención de la respiración...) o respuestas reactivas de parte del otro perro; sin embargo, sigo preguntándome si el olor es un factor importante por lo menos en algunos de estos casos. ¿Tal vez los perros atacados olían igual que otro perro con el cual el agresor había tenido problemas en una ocasión anterior? ¿O quizá el estado hormonal del perro víctima provoca una reacción agresiva?

Hace un tiempo me llevé a casa a un pequeño y asustado pastor australiano tan deteriorado que lo tuve viviendo conmigo durante casi todo el verano. La primera vez que entró al salón se quedó

aterrorizado ante la presencia de mi entonces marido, Patrick, que en ese momento se irguió con sus casi dos metros de estatura. El perro reaccionó horrorizado, ladrando y abalanzándose sobre él, y nunca logró vencer ese miedo. Bastaba con que le restregase por el hocico las llaves de Patrick para que el perro comenzase a gruñir.

Seguramente, el recuerdo de un olor relacionado con una mala experiencia también puede estar vinculado a los enfrentamientos entre perros. Tuve un cliente cuyo perro parecía atacar a algunos visitantes de vez en cuando y al azar, mientras por lo general solía

saludar a la gente en la puerta como si se tratase de viejos amigos. Sin embargo, en raras ocasiones el animal se convertía en un monstruo; había mordido varias veces y la familia que lo tenía a su cargo se desesperaba ante la necesidad de proteger a sus amigos sin tener que abandonar a su perro. Todos nos esforzábamos tratando de rehabilitar al animal, pero necesitábamos encontrar una pauta. ¿Qué características tenían los visitantes a los que había atacado? ¿O no se trataba de los visitantes, sino de alguna otra cosa? No encontrábamos una pauta que nos indicase a qué personas atacaba y cuáles le caían bien:

no se debía a ninguno de los factores habituales como el sexo, la altura, la barba o los sombreros. Finalmente, lo averiguamos. Era la pizza. Al parecer, un repartidor de pizzas lo había golpeado cuando era un cachorro de seis meses, una edad sumamente impresionable para un perro, y si alguien entraba en casa después de haber comido pizza se veía expuesto a serias dificultades. Condicionamos al animal para que asociase a los visitantes que olían a pizza con cosas maravillosas (como que le diesen a comer pizza) y desde entonces no ha vuelto a causar problemas.

Por favor, ¿dónde está el servicio? No lo huelo en ninguna parte

Cuando los humanos salimos a un lugar público y necesitamos ir al servicio, todos nos comportamos de la misma manera. Primero, usamos los ojos para buscar el cartel que diga: SERVICIOS o bien HOMBRES o MUJERES. Si no lo encontramos, preguntamos: «Por favor, ¿dónde está el servicio?». Pero los perros no preguntarían por él con gañidos, ladridos o aullidos. Apoyarían el hocico en el suelo y tratarían de descubrirlo por el olor. Por ese motivo

debe eliminar todo olor a orina o heces en casa si su perro tiene problemas para aprender dónde hacer sus necesidades. A los perros que orinan o defecan en la casa les cuesta resistirse a la «señal» química sobre la alfombra que dice «¡Ven aquí!». El hecho de que esté escrita en olor no la hace menos apremiante. Hasta los perros que fueron entrenados para hacer sus necesidades en el exterior han orinado o defecado en alguna ocasión dentro de la casa porque definen «casa» de una manera distinta a como lo hacen sus dueños. Nuestra definición de «casa» es un espacio limitado por paredes; en cambio, la

mayoría de los perros parece definir «casa» como el lugar en el que usted pasa el tiempo y, por consiguiente, donde el olor del grupo es más fuerte. Por eso, muchos de los perros de mis clientes iban a hacer sus necesidades a la habitación de huéspedes, un lugar sin los olores conocidos de la familia. En la mayoría de esos casos basta con eliminar el olor a orina y luego marcar la zona con un aroma diferente para conseguir que el perro entienda que ese espacio no es el lavabo. Una vez que la zona está limpia y libre de olores, siéntese en la alfombra con su perro y un periódico y pase unos minutos cada día

en ese sitio. Al cabo de unos días, ese lugar olerá como el salón de la casa y no como el servicio de su cachorro.

También resulta muy útil darle al perro un regalo cada vez que sale al exterior, pero hay que hacerlo justo cuando sale y no cuando regresa a la casa. Siempre me quedo sorprendida ante la resistencia de muchos dueños a seguir esta indicación tan sencilla. Una vez que nuestros perros han dejado de ser cachorros, parece que tenemos cierto derecho a que los animales adultos hagan sus necesidades fuera de la casa. Y si usan algún rincón de la casa para hacer sus necesidades, usted puede

enfadarse y asumir una actitud amenazante como haría cualquier primate agitado —aterrorizando a su perro— o puede darle un regalo para que vaya fuera. Le aseguro que la segunda opción da resultados mucho mejores.

¿Todo huele en todo momento?

De la misma manera que con frecuencia no somos capaces de participar en el asombroso mundo de olores en el que viven nuestros perros, tampoco somos conscientes de sus limitaciones. Parece

simplista señalar que no todos los perros tienen las mismas aptitudes olfativas, pero a veces tendemos a agruparlos en la misma categoría de «perros portentosos». Sus habilidades y aptitudes varían y tanto la genética como la experiencia desempeñan papeles importantes. Los perros de algunas razas tienen mayores probabilidades que otros de estar dotados de un buen olfato. En el libro *Dog Behaviour: The Genetic Basis*, de John Paul Scott y John L. Fuller, los investigadores describen la experiencia de poner a beagles, fox terriers y scotties sin adiestrar en un campo con una superficie de unos 40

metros cuadrados en el cual soltaron un ratón. Los beagles tardaron aproximadamente un minuto para encontrar al ratón: los terriers, quince minutos, y los scotties... no lo encontraron. Pero la genética no lo es todo. La experiencia es tan importante en el trabajo con el olfato como en cualquier otra tarea que emprendamos. A veces, la variedad de olores es tan grande que para identificarlos el perro debe contar con una gran experiencia. En otras ocasiones, el olor que el animal sigue es tan tenue que apenas resulta perceptible, incluso para un perro.

Lo mismo nos sucede a nosotros

continuamente, tal como nos pasa en general con el sonido o la visión. A mí me sucedió en la región de ranchos de ovejas de Wyoming, donde cualquier zona del desierto que en los dos últimos años haya tenido huellas de neumáticos es una «carretera hacia los ranchos». Después de haber recorrido unos 50 kilómetros por una de esas «carreteras» a una hora avanzada de la tarde, llegué al final (de hecho, la camioneta y el remolque dejaron de funcionar a unos dos kilómetros del rancho, por lo que en realidad no puedo decir que llegué al final) con los ojos agotados por el esfuerzo de tratar de distinguir entre las

huellas dejadas por los neumáticos y los surcos formados por cualquier otra cosa. A veces, los perros deben enfrentarse a los mismos retos olfativos y sólo los diligentes y experimentados persisten tanto en las duras como en las maduras. Por cierto, este temperamento decidido, una cualidad valorada en los perros rastreadores, puede resultarle útil a un animal amante de los desafíos. Cuando los beagles y los bloodhound pegan los hocicos al suelo creo que se olvidan del resto del mundo. Si desea hacerse una idea de lo que quiero decir, piense en los adolescentes «enchufados» a los auriculares escuchando la música que

les gusta.

¿Se acuerda de cuando era pequeño e imaginaba que los adultos tenían un poder infinito? Con toda seguridad, alguien que era capaz de conducir el coche, abrir el envase de zumo y llegar al fregadero podía conseguir que dejase de llover. Pienso que ésa es la misma expectativa que tenemos con respecto a nuestros perros y su capacidad olfativa. Puesto que son tan buenos utilizando sus hocicos, suponemos que pueden olerlo todo y en cualquier momento. Pero los perros también usan otros sentidos; además, tanto en los humanos como en los perros el cerebro tiende a

concentrarse sólo en un sentido a la vez. Más de una dueña fue recibida por su perro con un mordisco al regresar a casa con un peinado distinto al habitual o un nuevo abrigo. Sorprendidos por la visión de una silueta desconocida que irrumpía en la casa, los perros reaccionaron de ese modo porque utilizaron los ojos en lugar del hocico. El olfato de los perros puede llegar a ser asombroso, pero no siempre lo tienen activado.

Aunque quisieran, los perros no pueden oler algo a menos que el aire transporte hasta su hocico las partículas volátiles. Los perros son capaces de

oler una pizca de cocaína en un almacén lleno de granos de café, pero no pueden oler nada en absoluto a menos que entren en contacto físico con algunas de sus moléculas transportadas por el aire. Si el viento aleja las partículas del aroma del hocico del perro, el animal no puede olerle a usted mejor que su vecino.

Diferencias en la preferencia de olores

Todos los años, una zorra acostumbraba criar a su prole en un cubil detrás del granero, pero esa

primavera no apareció. Su ausencia se debía probablemente a una muerte intempestiva provocada por la sarna. El año anterior una epidemia de sarna había diezmado a los zorros, los coyotes y los lobos de Wisconsin. Lo más probable era que el animal fuese uno de los tres zorros que a lo largo del verano fueron perdiendo peso lentamente, a la vez que se les caía el pelo, hasta que terminaron por morir, hambrientos y sucios, en mi granero. Por supuesto, los ácaros de la sarna también llegaron a la granja, dispuestos a saltar a las ovejas a la primera oportunidad que se les

presentase de encontrar un anfitrión vivo. Tulip fue la primera en contraer la sarna después de correr orgullosa por el techo del granero con el flácido cuerpo muerto de un zorro colgando de sus fauces. Después se contagió Luke y su caso fue serio. En algunas partes del cuerpo se le cayó por completo el pelo y la sarna comenzó a extenderse. Empezó a parecerse a ese personaje de dibujos animados que camina encorvado, con los pantalones demasiado bajos. Resulta difícil para un perro ofrecer un aspecto noble cuando debe exhibir la parte trasera del cuerpo casi pelada.

Me puse a investigar aceleradamente sobre los ácaros de la sarna y todo tipo de tratamientos. A nadie le resulta agradable que sus perros contraigan la sarna, pero imagine la gravedad de la situación cuando los perros forman parte del trabajo profesional de uno. Todos mis perros trabajan duro para ganarnos la vida; son de un valor incalculable en los casos de agresión perro-perro y constituyen el principal atractivo en las conferencias y en los actos de firma de libros. A pesar de ello, los perros y la granja estuvieron en cuarentena durante meses.

Aún así, tengo sentimientos encontrados acerca de la desaparición de mi zorra ausente. Durante este verano, cada vez que veía un zorro me asaltaba la preocupación de que volvería a traer la sarna. Pero antes de la epidemia, que viene y se va como la mayoría de los ciclos de la naturaleza, disfruté con su presencia. Cada primavera la observaba criar a su carnada entre la carretera y una cuesta empinada cubierta de árboles, a sólo cincuenta metros del granero. Me encantaba ver a sus crías en esas tardes mágicas jugando sobre el césped, saltando alrededor de las

matas de peonías rosas y blancas. Me agradaba oír su ladrido bronco y contemplarla por la mañana temprano cuando cruzaba decididamente la carretera principal llevando comida a sus crías.

Pero incluso antes de que se declarase la sarna la zorra había traído con ella algo que no me gustaba nada: un olor sumamente intenso y desagradable, capaz de provocar el vómito. Si se lo hubiese guardado para ella, las cosas habrían sido distintas. Pero no era así. A conciencia, cada noche marcaba con su olor la granja, dejando montoncitos de excrementos en

el porche delantero. Los montoncitos de excrementos no eran el problema. El problema eran mis perros, que se revolcaban sobre los excrementos con verdadera pasión y se ensuciaban con ellos los collares como si se tratase de algo de un valor incalculable. Si nunca ha olido a un perro que se ha revolcado sobre las heces de un zorro, entonces su vida es ligeramente mejor que la mía, porque es un olor horrible, repulsivo, y se adhiere al pelo del perro como si fuese un erizo.

Nunca pretendí entender lo que pasaba

por el cerebro de mis perros cuando se revolcaban sobre los excrementos de zorro. Y por supuesto, no sólo las heces de los zorros atraían la atención de mis perros. A todos los perros, cuanto más hediondo es el olor que desprenden, más atractivo les resulta el objeto, incluidos los peces muertos, los excrementos frescos de las vacas (cuanto más líquidos, mejor) y los cuerpos parcialmente putrefactos de las ardillas. En la economía canina los gusanos son un activo, un bien con valor añadido. Es imposible no imaginar que los perros disfrutan cuando se revuelcan en el fango. Los ojos les brillan y en sus

bocas se dibuja una sonrisa relajada cuando agachan los hombros y revuelcan el lomo sobre alguna porquería infecta y maloliente. Una vez satisfechos después de haberse untado bien, corren hacia la casa con la cabeza erguida, con el paso seguro que podríamos adoptar cuando la vida nos sonríe y somos dueños de nuestro destino.

Existen muchísimas teorías que tratan de explicar la razón por la cual los perros se revuelcan sobre las cosas malolientes, pero no son más que conjeturas. Una de las más conocidas es la que sostiene que los perros lo hacen para dejar su propio olor sobre el

«bien» poniéndole su marca de propiedad. Esta teoría no termina de convencerme, puesto que los perros dejan su olor como marca continuamente orinando y defecando por todas partes. (Tulip, que se crió comiendo fuera de la casa, ocasionalmente sigue defecando en el lugar en el que se come el último bocado de la cena en el porche). También dicen que tal vez los perros se revuelcan sobre cosas que más tarde desearían llevarse a la boca; por eso se revuelcan en ellas en lugar de orinar encima. Sin embargo, he visto a tantos perros lamer la orina que soy escéptica (pero sin prejuicios) acerca de esta

posibilidad. Otros han sugerido que, como los depredadores, los perros tratan de camuflar su olor para despistar a los animales de presa con un perfume que no es el suyo. Tengo la sospecha de que lo único que consiguen es oler como un perro o un lobo que se ha revolcado en algo hediondo. Además, si yo fuese un animal de presa vulnerable y oliese a una ardilla muerta de 32 kilos avanzando hacia mí, probablemente me pondría algo nerviosa. Pero, fundamentalmente, no me adhiero a la teoría del «camuflaje del olor» debido al comportamiento de los propios animales de presa. El trabajo con border

collies en el pastoreo de ovejas permite hacerse una buena idea acerca de la manera en que los animales, con excepción de los ungulados, prestan atención al mundo que los rodea. Las ovejas, los ciervos y los caballos son igualmente visuales y siempre están buscando indicios de la presencia de depredadores. Ésa es una de las razones por las cuales tienen los ojos en las partes laterales de la cabeza, lo que les permite «vigilar» incluso cuando bajan la cabeza para pastar. Sin ninguna duda, en algunas especies el olor es importante en la detección de depredadores, pero con toda seguridad

la visión de un lobo que se acerca tendrá un considerable efecto sobre una manada de ciervos, aunque el lobo huela como un conejo muerto.

Mi teoría favorita es la que denomino hipótesis del «tío ostentoso» y se basa en la manera en que los perros y otros caninos obtienen el sustento. Los perros y los lobos no son cazadores, sino animales carroñeros, y los carroñeros no pueden ser demasiado exigentes a la hora de conseguir alimento. Comen lo que tienen a su disposición, y más aún, quieren vivir en un territorio en el que haya abundancia de alimentos a su alcance. Se ha

sugerido que tal vez los perros se revuelcan en animales muertos o excrementos hediondos como una manera de decir a los demás perros: «Eh, miradme, vivo en un distrito de renta elevada con abundancia de cosas ricas». Ésta es la teoría que a mí me parece más plausible.

Pero quizá haya algo más. Quizá, sólo quizá, también lo hacen por la misma razón por la cual nosotros nos perfumamos. Les gusta oler. Y del mismo modo en que nosotros podríamos perfumarnos para atraer a otros, también lo hacemos para complacernos. Quizá con ello los perros consiguen oler bien,

para sí mismos y para los demás. Stanley Coren planteó la misma teoría en su libro *How to Speak Dog*. Me encanta el apartado en el que Coren afirma que el hecho de revolcarse en cosas que desprenden un olor detestable (al menos para nosotros) es el equivalente del «mismo sentido de la estética que lleva a los seres humanos a ponerse coloridas y chillonas camisas hawaianas». A partir de ahora, cuando esté bañando a otro perro sucio y maloliente, me servirá de ayuda imaginármelo vestido con una camisa con estampado de flores en fucsia y naranja.

Pero basta de hablar de los perros. ¿Y nosotros qué? Los humanos también nos ponemos en el cuerpo olores extraños, sólo que tenemos gustos diferentes. ¿Qué deben de pensar los perros de una especie que tritura la grasa del vientre de los ciervos (almizcle), un líquido espeso procedente del esperma de las ballenas (ámbar gris), secreciones de glándulas anales (algalia) y los órganos genitales de las plantas (las flores son pura y simplemente los órganos reproductores) para untarnos con ellos el cuerpo? Nos encantan estas cosas tanto como a los perros el cadáver de una ardilla. El

perfume es una industria que genera unos ingresos de 5 mil millones de dólares al año. Las nuevas fragancias se desarrollan en investigaciones secretas tan bien custodiadas como el desarrollo de las armas biológicas. Por ese motivo, los perfumes y los productos con fragancias agradables como los aceites de baño son el socorrido regalo genérico que se hace en Navidad o para los cumpleaños. A casi todos nos gusta oler bien y oler cosas agradables. Somos muy conscientes de ese aspecto del mundo de los olores. Notamos si el aire tiene un olor agradable y fresco o si por el contrario es pesado y fétido. El

mal aliento puede estropear una conversación y convertirse en una pesadilla social para quien lo padece. Algunas personas echan en falta su perfume favorito con la misma avidez con que desean un alimento vital. Casi todos los productos que compramos están aromatizados, nos demos cuenta de ello o no. Por ejemplo, los fabricantes saben que el brillo para muebles con un olor agradable es considerado más eficaz que el mismo producto sin perfume añadido.

Nuestra obsesión por los olores agradables no es algo nuevo. En la antigüedad los atletas de la isla de Creta

se frotaban el cuerpo con aceites perfumados. Alejandro Magno adoraba el perfume y el incienso, igual que todos los hombres de la antigüedad. Los sirios, los babilonios, los romanos y los egipcios se perfumaban con la fragancia de las flores, del sándalo y del azafrán. En realidad, el primer regalo que recibió Jesús fue incienso. Por lo tanto, aunque durante gran parte de nuestra vida no concedamos importancia al sentido del olfato, compartimos con los perros el deseo sensual de ungirnos con fragancias que nos resultan agradables a nosotros y también a los demás.

Lo que no compartimos con ellos es

el criterio según el cual un olor es «agradable» o «desagradable». No somos los únicos que nos quedamos asombrados ante los intereses olfativos del animal que se halla al otro extremo de la correa. ¿Alguna vez se puso su loción para después del afeitado o su perfume favorito y le permitió a su perro que lo oliera? Cuando yo me pongo sobre la muñeca sólo unas gotas de Chanel N.º 5, un verdadero clásico de perfume de jazmín y otras fragancias florales, y le pido a mis perros que lo huelan, Luke y Lassie olfatean, vuelven la cabeza (¿asqueados?) y retroceden, y Tulip y Pip insisten en ignorar mi

muñeca y olfatean para comprobar si dentro de mi puño hay algo para comer, hasta que, convencidos de que no escondo nada comestible en el puño, olfatean mi muñeca y arrugan el hocico. Sospecho que si pudiesen me sacarían de la casa, me pondrían debajo de la manguera y comenzarían a frotarme para quitarme de encima ese olor repugnante mientras murmuran algo así como: «No me culpes a mí por este baño. No haberte untado con esa cosa repugnante».

Es lógico que nos sintamos atraídos por diferentes tipos de olores. Los omnívoros como nuestros ancestros

primates siempre estaban buscando frutos carnosos y con mucho jugo y esa herencia impulsa nuestra atracción por los olores afrutados y florales. Los perros son cazadores y carroñeros que sienten atracción por el olor de los cadáveres putrefactos. En el orden general de las cosas, una atracción no tiene más lógica que la otra. Si se detiene a analizarlo, impregnarse con el olor de los órganos reproductores de las plantas o la grasa de las ballenas no es en realidad algo intrínsecamente mejor que revolcarse en los excrementos de las vacas. Esa perspectiva me ayuda un poco cuando no actúo con la suficiente

rapidez para impedir que uno de mis perros se revuelque feliz en alguna porquería maloliente. Pero teniendo en cuenta el poder del olor para atraer —o en este caso, para repeler—, francamente, no me sirve de mucho. Creo que la próxima vez que Tulip venga a casa sonriente y apestando a heces de zorro voy a sumergirla en un cubo lleno de Chanel N.º 5 para que escarmiente.

5

DIVERSIÓN Y
JUEGO



Por qué los perros y los humanos juegan toda la vida como niños y cómo garantizar que jugar con perros sea tan seguro como divertido

Tulip era un cachorro de gran pirineo que por las peculiaridades de su carácter no me convenía. Separada por una puerta que le impedía jugar con los demás cachorros de la misma carnada, era la única bola de pelo blanco que sufría rabietas. Sus hermanos permanecían mansamente

sentados, resignados a contemplar los alegres retozos de los demás. Tulip saltaba, ladraba y hacía todo lo que podía para manifestar su protesta, menos aferrarse a la puerta y sacudirla como hacen los reclusos en las malas películas de tema carcelario. Yo observaba la carnada con el propósito de elegir el cachorro adecuado para mí y para la granja. Bo Peep, mi primer gran pirineo, había muerto repentinamente de cáncer y su fallecimiento había dejado un espacio vacío en la granja como en un rompecabezas al que le falta una pieza. Mis ovejas se hallaban indefensas sin

la protección de ese perro guardián, corpulento y de pelo blanco, cuyos ladridos resonaban como los disparos de un cañón. Echaba en falta el suave hocico de Bo Peep descansando en mi regazo cuando me tendía en los pastos altos, con la espalda contra la tierra, mientras a nuestro alrededor las ovejas arrancaban la hierba bajo el sol.

Por eso había ido a ese lugar en busca de un nuevo perro guardián de ovejas y fui recibida en tropel por un grupo de cachorros de gran pirineo. ¿Pero cuál era el que más me convenía? Bo Peep había sido el perro perfecto para mí y para la granja.

Bueno como el pan de campo con las personas, noble y manso con las ovejas, Bo Peep compensaba su minusvalía siendo tan hermoso como un niño de anuncio publicitario. Le faltaba una pata trasera y la que tenía era enclenque e inestable. Nacido con las rótulas desplazadas hacia un lado, durante años nos mantuvo ocupados a mí y a los veterinarios con intervenciones quirúrgicas y prolongados tratamientos de rehabilitación. Fue posible recuperarle una pata, que nunca llegó a funcionar con normalidad, y finalmente tuvimos que amputarle la otra. Podía caminar

erguido sólo unos pasos, pero la mayor parte del tiempo arrastraba enérgicamente sus cuartos traseros con sus robustas patas delanteras. Con movimientos más de foca que de perro, aún así Bo Peep nos retribuía todos los esfuerzos dedicados a su rehabilitación. Durante nueve años trabajó como perro guardián de las ovejas y de los patos; nada le impedía cumplir con sus obligaciones. La mayor parte del tiempo los perros guardianes de ganado protegen indirectamente a los animales que están bajo su custodia ladrando y dejando la marca de su olor, lo cual no

es lo mismo que pasarse toda la noche a la intemperie peleando con osos. Aquí, en el sur de Wisconsin, los depredadores de ovejas son los coyotes y los perros vagabundos, que tienden a evitar las granjas protegidas por perros de gran tamaño. Pero en raras ocasiones se requiere mayor protección por parte de los perros guardianes. Bo Peep se ganó un lugar en el Paseo de la Fama de los perros guardianes al coger a un perro vagabundo de 24 kilos en el momento en que salía del patio llevándose en la boca a Burt, «el pato semental». Bo Peep, moviéndose con asombrosa rapidez, en pocos segundos

alcanzó al perro y lo cogió por el cogote hasta conseguir que soltase a Burt; seguidamente, volvió a llevar al pato a la seguridad del granero. Pero Bo Peep nos había dejado y en su ausencia mis animales necesitaban protección, y a mí me hacía falta un perro de cabeza desafiante y mirada de foca para que llenase el vacío que su pérdida había dejado en mi corazón.

Resultaba difícil encontrar el sustituto de un perro que era único entre un millón. Quería un perro como Bo Peep, que fuese dócil pero no miedoso, para poder confiarle a mis hijos, y que tratase a las ovejas con

serenidad y ternura. Los perros guardianes de ovejas suelen decepcionar porque son demasiado juguetones; pueden ponerse a jugar con alguno de los animales confiados a su cuidado hasta causarles la muerte. A los corderitos que pesan poco menos de medio kilo y a los perros de 40 kilos les encanta retozar, pero no son los mejores compañeros de juego. Los perros se lo pasan mejor. Por eso, cuando suavemente puse a Tulip de espaldas y la sujeté contra el suelo poniendo mi mano sobre su pecho, buscaba un perro que se retorciese un poco, que me lamiese la mano y

después mostrase una serena aceptación.

Pero las palabras «serena aceptación» no figuran en el vocabulario de Tulip. Mientras se retorció como un pez bajo mis manos en señal de protesta, Tulip me miraba directamente a los ojos. Pero no con la mirada fría que hiela la sangre que había visto en algunos cachorros. Sus ojos brillaban como las bengalas del 4 de Julio, resplandecientes de alegría y jubiloso espíritu juguetón. Nos miramos profundamente a los ojos y en ese instante sentí el flechazo. Como una tonta adolescente, dejé que Tulip

me robase el corazón en menos de un segundo.

Y dicho sea en mi honor, a pesar de ello comuniqué a los criadores que no era el cachorro apropiado para mí. Con criterio sensato, buscaba un cachorro manso, pasivo. Pero ese cachorro murió antes de que pudiese llevármelo a casa y los criadores decidieron reservarme otro como segunda opción. En cambio, terminé por llevarme a casa una tercera opción, rechazando a Tulip por ser demasiado briosa, una característica no muy adecuada para un perro guardián de ovejas.

Los cachorros de gran pirineo se parecen mucho, por eso sospechaba que el que me llevé a casa no era el que yo pensaba. Y en cuanto llegamos, estuve segura de ello. El montón de pelo, patas y ojos brillantes que sonreía junto a mí no era otra que mi juguetona e incorregible amiga. Al cabo de algunas llamadas telefónicas al criador en las que me confirmaron que, en efecto, se había producido un cambio accidental, terminé por aceptar mi inevitable destino.

Tulip está en la casa mientras escribo estas líneas, vigilando a los corderitos recién nacidos desde el sofá.

Ahora, con siete años, Tulip es una hembra madura y hace tiempo que ha superado la edad en que la mayoría de los mamíferos son juguetones. Pero sigue teniendo los ojos brillantes y salta y da vueltas como un cachorro mientras retoza conmigo y los border collies subiendo por la colina. Hace unos años la encontré acostada en la cresta de la colina, muy lejos del rebaño. No se levantó cuando la llamé, algo inusual en ella. Al acercarme me encontré con un corderito de una semana acunado entre sus blancas y recias patas. La gratitud me embargó al comprobar que mi perro guardián

protegía lo que me pareció un corderito enfermo. Pero pronto me di cuenta de que ese pensamiento no era más que una fantasía mía al constatar que el corderito gozaba de perfecta salud y trataba de incorporarse para regresar junto a su mamá. Tulip observó al cordero alejarse unos metros y después, con los ojos brillantes, lo persiguió como si fuese una pelota de fútbol, lo cogió delicadamente con sus enormes mandíbulas y lo tendió a su lado sobre la hierba. Tulip no estaba protegiendo al corderito; simplemente jugaba con él de la misma manera en que mis otros perros juegan con las pelotas de tenis.

A pesar de su edad, cada primavera Tulip dejaba de lado sus obligaciones como perro guardián hasta que los corderitos se hacían mayores. También juega conmigo y con los juguetes para perros que son más apropiados que los corderitos recién nacidos. Y en este momento acaba de acercarse a mí para posar su cálido hocico sobre mi regazo.

La eterna juventud de las personas y de los perros

Los perros y las personas no son mamíferos normales. La mayoría de los mamíferos son muy juguetones durante

sus primeros años de vida y con el paso del tiempo se vuelven más sosegados. Y no es sólo porque los animales mayores estén demasiado ocupados en mantenerse con vida y buscar con qué alimentarse. Mis ovejas adultas, que reciben comida, agua y protección, no juegan como los corderos. Los terneros de mi vecino corren en amplios círculos alrededor de sus pasivas madres. Con toda seguridad, los animales adultos podrían permitirse un breve jugueteo al atardecer; el único peligro que los acecha son los coyotes, que podrían tratar de hacer una incursión a la medianoche para atacar a un becerro

recién nacido. Pero las vacas adultas raras veces juegan. Se dedican a comer, a rumiar su bolo alimenticio y de vez en cuando se tienden para descansar. Como sucede con la mayoría de las especies animales, los adultos no son muy juguetones.

Existen algunos animales, además de los perros y los humanos, que también son sumamente juguetones de adultos. Si quiere reírse con ganas, consiga un vídeo de nutrias de río deslizándose por las orillas fangosas o bien observe a un grupo de loros de Kea entretenidos en desmontar un coche en Nueva Zelanda. Una vez contemplé asombrada cómo un

grupo de cuervos, uno por uno, arrojaba la nieve de sus perchas en lo alto de los postes de la luz sobre un transeúnte que pasaba por debajo. Cada cuervo se hallaba situado en un poste diferente, a una distancia de unos nueve metros entre uno y otro, y a medida que el hombre iba pasando por debajo de los sucesivos postes los cuervos dejaban caer la nieve sobre él. Cuando el hombre miró a su alrededor, sorprendido por la nieve que caía sobre su cabeza, todos los cuervos estallaron en una cacofonía de graznidos. No voy a presumir de que sé lo que esos cuervos estaban haciendo realmente, aunque la mejor explicación

que se me ocurre es decir que «estaban jugando». Pero los animales como los cuervos, las nutrias, los humanos y los perros no son en absoluto típicos. La mayoría de los animales adultos son poco juguetones.

¿Y qué pasa con los perros? Mis border collies de mediana edad viven esperando la señal de que estoy a punto de coger una pelota. Tulip, que tiene siete años, prefiere jugar sola con su propia pelota, tirándola y persiguiéndola con la misma desenvoltura de un cachorro. El nivel de euforia de Tulip puede ser extremo, pero a la mayoría de los perros adultos sigue encantándoles

jugar hasta bien entrada la madurez. Y yo me mantengo en la brecha, tan feliz de jugar como ellos. A los cincuenta y tres años ya no soy ninguna jovencita, pero sigue gustándome jugar. Y lo mismo les sucede a mis amigos y a toda la comunidad global de humanos y perros. Nuestra especie está obsesionada con el juego, ya sea como participantes o en calidad de observadores. Convertimos cada invento nuevo en un juguete. Por ejemplo, los ordenadores —máquinas diseñadas para el procesamiento de datos de alto nivel, la más aburrida y seria de todas las tareas— se han convertido en una

industria de juegos informáticos multimillonaria. La cuestión es que seguimos obsesionados con el juego mucho después de superar la etapa adulta.

Por supuesto, jugamos menos a medida que vamos dejando de ser jóvenes. Casi todos los mamíferos jóvenes juegan, hasta el punto de que en gran medida ese juego define a la juventud más que cualquier otra actividad. Los corderitos saltan desde un alto dando una voltereta en el aire. La visión de un grupo de corderitos dando volteretas en el aire alternativamente se asemeja a la que ofrecen los copos de

maíz al estallar. Las crías de antílope se divierten peleando con los cuernos en luchas que en realidad son un juego. Los felinos de todo tipo, desde los garitos hasta los cachorros de tigre, juegan a boxear con todo lo que tienen al alcance de las patas, desde hojas y mariposas hasta una pelota de papel. Las ratas de laboratorio jóvenes se persiguen y se abalanzan unas sobre otras entregándose a un juego que a todo el mundo le daría la impresión de que están haciéndose cosquillas. Los chimpancés de dos a tres años hacen poco más que comer y jugar. A veces juegan en solitario columpiándose en los árboles y girando

en círculos, pero es más frecuente verlos retozar en compañía, persiguiéndose, abalanzándose unos sobre otros, jugando a la pelea y a la lucha.

La mayoría de los animales, a medida que envejece, disminuye la frecuencia de sus juegos, hasta que desaparecen por completo. Pero las especies Peter Pan, como los humanos y los perros, conservan su naturaleza juguetona en la etapa adulta. No deseo simplificar excesivamente este aspecto: animales adultos como los lobos y los chimpancés siguen jugando, pero no con la misma intensidad que se observa en los perros y en los humanos. Esta

tendencia a seguir entregándose al juego con euforia en la edad adulta es uno de los factores que conduce a la mayor parte de los científicos a considerar a los perros y a los humanos como «paedomórficos» o versiones juveniles de sus parientes más «crecidos». El paedomorfismo consiste en la conservación de características juveniles en la madurez sexual, que por lo general desaparecen cuando el animal va haciéndose mayor. En esos animales el proceso de desarrollo normal se retrasa durante tanto tiempo que en ciertos aspectos no llegan a madurar nunca. Casi todos los animales, por

simples que sean, en la fase inicial de su desarrollo tienen características diferentes a las que presentan más adelante en la madurez. A veces esas características son físicas; por ejemplo, en su fase juvenil algunos insectos tienen formas físicas muy diferentes a las que presentan cuando son adultos. Todos conocemos el caso de las orugas que se transforman en mariposas. Los insectos «juvenilizados» han evolucionado tanto que nunca se transformarán en su forma adulta ancestral; llegan a ser adultos sin perder el aspecto que tenían de jóvenes. Pero a veces esas características son conductuales. Suele existir una relación

entre anatomía, fisiología y comportamiento, y hay animales que no sólo tienen el mismo aspecto de sus ancestros juveniles, sino que a veces también actúan como ellos, a pesar de que hayan alcanzado la adultez. El paedomorfismo es un fenómeno evolutivo fascinante al que temo no poder hacer justicia en esta breve exposición. Lo importante en nuestra investigación sobre los humanos y los perros es de qué manera los cambios en el proceso de desarrollo pueden generar animales adultos que, como la mayoría de los mamíferos juveniles, siguen siendo extraordinariamente juguetones

incluso cuando envejecen.

Los cambios en los procesos de desarrollo resultan muy ilustrativos acerca de cómo y por qué los perros pueden ser tan diferentes de los lobos y sin embargo pertenecer a la misma especie. Un científico ruso llamado Dmitri Belyaev se interesó por la manera en que el proceso de domesticación dio como resultado animales que son menos agresivos que sus ancestros. De un grupo de zorros procedentes de granjas peleteras rusas Belyaev crió selectivamente sólo a los animales más dóciles. Tuvo que realizar la selección con sumo cuidado, puesto

que la mayoría de los zorros con los que trabajó no se prestaron amablemente al experimento. De cada carnada crió sólo a los zorros con menor probabilidad de escapar o morder y más propensos a lamer la mano tendida de la persona que realizaba el experimento y acercarse voluntariamente a ella. En sólo diez generaciones, el 18 por ciento de los zorros nacidos eran lo que el científico ruso clasificó como la «élite domesticada», deseosa de establecer contacto con extraños, gimoteando y lamiendo la cara de quienes realizaban el experimento, como si fuesen cachorros de perro. Hacia la vigésima

generación, el 35 por ciento de los animales buscaba ansiosamente las caricias en lugar de tratar de huir o de morder como haría la mayoría de los zorros adultos.

Lo que hace interesante a este estudio, y le confiere importancia desde el punto de vista científico, es que cuando el investigador realizó la selección basándose sólo en una característica, la de la docilidad, se produjeron cambios en muchos otros aspectos del comportamiento, de la anatomía y de la fisiología de los zorros. Las orejas flexibles de los cachorros caninos se mantenían en la fase adulta de

los zorros. La «élite domesticada» adulta continuaba actuando como cachorros aun cuando llegaba a la madurez, mostrando menos temor a las cosas desconocidas y reaccionando sumisamente ante los extraños alzando las patas, gimoteando y meneando todo el cuerpo como hacen los cachorros caninos. Y lo sorprendente es que les aparecieron manchas blancas en el pelo, como sucede con muchos de nuestros animales domesticados^[15].

Los zorros también desarrollaron problemas como la mandíbula superior más corta o más larga que la inferior (igual que sucede con los perros

domésticos), colas rizadas en lugar de las rectas de los lobos y los zorros adultos, pelo rizado u ondulado, disminución de la producción de adrenalina y niveles más elevados de producción de serotonina. Estos dos últimos cambios fisiológicos están relacionados con el nivel general de estrés de un animal; en los individuos que se estresan menos ante las cosas desconocidas y son más receptivos al cambio se observan menores niveles de producción de corticosteroides por las suprarrenales y mayores niveles de serotonina. En su libro sobre la evolución de los perros, *Dogs*, Raymond

y Lorna Coppinger exponen un sólido razonamiento según el cual todo guarda relación con la «distancia de huida» o la probabilidad de que un individuo esté alerta ante el acercamiento de algo desconocido. Los animales adultos son más cautelosos que sus crías. Después de todo, parte de la alegría que se experimenta al observar a los hijos y a los cachorros se debe a su cándida inocencia acerca de los peligros del mundo que los rodea. A los adultos les resulta estimulante liberarse transitoriamente de la carga de estar «en alerta». Tal vez sea ésta una de las razones por las cuales las actividades

lúdicas nos resultan tan saludables.

El factor común en todas estas características de los zorros de Belyaev es el paedomorfismo, o la conservación de atributos juveniles en la forma adulta, que también se reproduce en los perros domésticos: el comportamiento de los perros adultos se parece mucho más al de los lobos jóvenes que al de los adultos. En el caso de los perros, esta selección de las características juveniles puede atribuirse a dos explicaciones diferentes. El razonamiento tradicional sugiere que los perros domésticos evolucionaron de los lobos debido a la selección artificial

por medio de la cual los humanos conservaron y criaron selectivamente a los lobos más dóciles. Otro argumento es el de la docilidad desarrollada a través de un proceso de selección natural por el cual los perros con distancias de huida más cortas comenzaron a reunirse en torno a los asentamientos humanos para alimentarse de sus desperdicios. A mí me gusta la perspectiva de la selección natural, aunque propondría que ambos procesos pudieron haberse producido simultáneamente. Lo importante para quienes nos encontramos en nuestro extremo de la correa es que los perros,

por la razón que sea, tienen una serie de características asociadas a los cánidos juveniles, incluso después de haber alcanzado la adultez, y entre ellas está la de ser notablemente juguetones.

Y los humanos, juguetones e infantiles en nuestra vejez, retozamos con nuestros perros hasta que ninguno de los dos está en condiciones de abandonar el sofá. Esta tendencia ha conducido a sugerir que los humanos son primates paedomórficos. No se trata necesariamente de una hipótesis nueva—John Fiske siguió esta línea de razonamiento ya en 1884—, pero continúa siendo lógica. Existen muchos

más indicios aparte de nuestra naturaleza juguetona que sugieren que la eterna juventud ha intervenido en nuestra evolución. Una de las características que definen a los humanos es la creatividad y la disposición a probar cosas nuevas y nuevas maneras de interactuar con su entorno, atributos normalmente asociados a la juventud.

En general, las crías de nuestra especie, y las crías de la mayoría de los mamíferos, aceptan mucho más rápidamente el cambio que sus mayores. En un experimento que se ha hecho famoso, los investigadores introdujeron el boniato en la dieta de un grupo de

macacos japoneses. Los jóvenes, no los adultos, comenzaron a ingerir el nuevo alimento, aunque algunos de los adultos de menor edad finalmente los siguieron. Una emprendedora hembra de dos años llamada Imo aprendió a ir hasta el mar para lavar el boniato y quitarle la arena. Más adelante, esta misma hembra inventó una técnica similar en la cual recogía puñados de granos de trigo de la arena y los dejaba caer sobre la superficie del agua. La arena se hundía y los granos quedaban flotando, ahora limpios, frescos, deliciosamente sazonados con la sal del agua y listos para cogerlos y comerlos sin sentir en la

boca la desagradable aspereza de la arenilla. Este comportamiento terminó por extenderse a todo el grupo, con excepción de los más pequeños, que carecían de las habilidades motoras necesarias, y de los adultos mayores, que parecían no tener ningún interés en las ideas raras de los jóvenes.

Pero aunque los humanos se muestran más receptivos y flexibles cuando son jóvenes, desde una perspectiva comparativa amplia los humanos adultos son sorprendentemente flexibles comparados con los adultos de otras especies. Podría argumentarse que parte de nuestro asombroso éxito como

especie está relacionada con nuestra aptitud para encontrar nuevas maneras de interactuar con nuestro entorno. Nuestra inclinación al juego va asociada a esa flexibilidad y es una de las características que definen nuestro vínculo con los perros. A ambos nos encanta encontrar nuevas maneras de compartir juegos, especialmente con esos extraños objetos redondos llamados pelotas.

¡Juega a la pelota!

Dos zorros rojos jóvenes, nacidos en un cubil detrás de mi granero, entraron

una tarde al patio delantero y me llamaron la atención porque se pusieron a jugar al salto de la rana sobre un seto y alrededor del mismo. Mientras la hembra arremetía hacia la derecha del seto, el macho se agazapaba al otro lado en una postura acechante y saltaba hacia delante cuando aparecía la hembra. A veces el acosador no podía o no quería esperar y saltaba por encima del seto cayendo sobre su compañera de juegos. Esto convertía momentáneamente el juego en una lucha simulada, pero pronto volvían a la versión inicial. Jugaron de esa manera durante un largo rato

mientras yo, respirando apenas, permanecía inmóvil observándolos por la ventana. En un momento dado distinguí una pelota de tenis a una distancia de poco más de cuatro metros del lugar en que jugaban los zorros. Recuerdo claramente que me pregunté qué harían con ella si la encontraban. Supuse que si descubrían la pelota no harían gran cosa con ella. No tenían ninguna experiencia con las pelotas como objetos de juego y, además, estaban muy ocupados con otras actividades lúdicas. Pero en el mismo momento en que me preguntaba: «¿No sería maravilloso que uno de ellos la

recogiera?»), uno de los animales lo hizo. Cogió la pelota sin vacilación y, agachando la cabeza y girándola hacia los lados preparándose para el lanzamiento, la arrojó describiendo un arco alto, a unos cinco metros por encima del suelo. Cuando la pelota cayó al suelo, se abalanzó hacia ella, la cogió y volvió a lanzarla por el aire. Después se volvió hacia su compañera y de la misma manera abrupta en que habían entrado, salieron decididamente del patio en dirección al camino.

Yo estaba fascinada. Pero lo que me

impactó más tarde, más allá del simple deleite de ver a los zorros juguetones, fue el extraordinario atractivo de las pelotas. Nuestro mutuo amor por esos objetos redondos llamados pelotas es verdaderamente asombroso. Conocí un golden retriever llamado Max que prácticamente vivía y respiraba con una pelota de tenis de color amarillo en la boca. Hay perros de todas las razas que harían casi cualquier cosa con tal de ir a recoger una pelota más. Katie, la labrador retriever de mi amiga Deb, está tan obsesionada con las pelotas que las busca por todas partes. También las encuentra en todas partes, incluido un

coto vedado desértico en las Rocosas, a pesar de que Deb había dejado intencionadamente sus propias pelotas de tenis en casa para ver si, por una vez, podía dar un paseo normal en compañía de la perra en lugar de tener que dedicarse a lanzarle pelotas una y otra vez. Luke, mi border collie, por lo general de modales suaves, solía atacar a su prima Pip despiadadamente si llegaba primero a la pelota. Y en cuanto a los humanos, si enciende el televisor en este preciso momento podrá ver quince juegos de todo el mundo que implican a esos extraños objetos redondos.

Debo confesar que no domino las reglas de los juegos de pelota, lo cual me convierte en una especie de mutante en Wisconsin, donde todos los días las noticias sobre la suerte de las pelotas de fútbol americano, las pelotas de golf, las pelotas de béisbol, las pelotas de baloncesto, las pelotas de fútbol inglés y las pelotas de tenis ocupan los titulares. En la escuela primaria, durante la práctica obligatoria del *softball*, una variante del béisbol que se juega con pelota blanda, solía pararme a la derecha del campo musitando entre dientes: «Por favor, que no me tiren la pelota a mí; por favor, que no me tiren la

pelota a mí». Pero, por supuesto, lo hacían conociendo mi tendencia a huir de los duros y veloces misiles cuyo objetivo era mi cabeza. Me consuela saber que no soy la única. A muchos perros les ocurre lo mismo. Mi border collie Mist nunca ha girado la cabeza hacia una pelota en movimiento; en cambio, guía a mis border collies retriever como si fuesen ovejas, corriendo en amplios círculos a su alrededor, deteniéndose cuando lo hacen ellos, avanzando hacia ellos con gran vehemencia mientras ellos esperan que yo les arroje la pelota. Pero tanto Mist como yo somos las excepciones,

superados abrumadoramente por la mayoría de los humanos y perros, que lanzan, patean, golpean, persiguen y recuperan algo que rueda.

Por más generalizado que esté el juego de pelota o el «juego con un objeto» entre las personas y los perros, no se trata de un comportamiento común en la mayoría de los integrantes del reino animal. Incluso en las crías, el juego en solitario o en compañía de alguien que no sea un hermano sólo puede verse en algunas especies de aves (en particular, loros y córvidos como los grajos y los cuervos) y algunos mamíferos (la mayoría de las especies

de primates y carnívoros, cabras, ciervo rojo, delfines nariz de botella y mustélidos como las nutrias), pero nunca en insectos, peces o anfibios^[16]. Resulta bastante lógico que se haya descubierto el juego con un objeto principalmente en especies que son generalistas cuyo método para la obtención de alimentos implica abundantes tareas de manipulación y procesamiento. Esto se aplica a los primates, todos los cuales juegan en alguna medida con objetos. Los chimpancés son en la jungla los maestros de la manipulación de objetos, con la utilización de palos modificados para cazar termitas y herramientas

cuidadosamente seleccionadas para romper nueces^[17]. Estos animales también convierten determinados tipos de hojas en esponjas y las utilizan para absorber el agua de las grietas. Asimismo, los orangutanes en cautiverio son famosos por su habilidad para manipular objetos, siendo especialmente aptos para coger mechones de pelo.

El juego orientado hacia objetos es prácticamente el mismo en todos los primates, humanos y no humanos, durante el primer año de vida. Hasta los doce meses la mayoría de los primates humanos y no humanos interactúan con objetos presentes en su entorno

investigándolos: los huelen, los tocan y especialmente se llevan a la boca todo lo que pueden. Pero sólo se ha visto a los simios (chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes) y a una especie de mono (capuchinos) entregándose a juegos que incluyen lanzar al aire un objeto. Debería decir sólo los simios, los capuchinos y los humanos, porque nuestros propios hijos son maestros en el arte de arrojar objetos, por lo general al suelo de la cocina e inevitablemente justo antes de que lleguen las visitas. Hasta los ocho o nueve meses las crías humanas no comienzan a tirar objetos al suelo deliberadamente o a lanzarlos por

el aire, y entonces, como muchos padres saben, hay que estar preparado para esquivarlos.

Esta tendencia de los humanos y los perros a jugar con objetos como pelotas está sólidamente asentada en nuestra historia natural como primates y cánidos. Pero como siempre, la «naturaleza» (nuestra huella genética) brinda un fundamento que se desarrolla según el entorno. La manera en que crecemos incide en el modo en que jugamos, con objetos o sin ellos. Los perros rescatados de entornos sumamente estériles no suelen jugar con ninguna clase de juguete. En uno de mis

casos más tristes tuve que evaluar a un grupo de perros que habían permanecido toda su vida atados con una cadena corta dentro de un granero oscuro. Si hubiese conocido a esos perros se le habría destrozado el corazón. Después de un año de trabajos de rehabilitación en la Fox Valley Humane Association (no era posible colocar a los perros hasta que no se resolviesen las cuestiones legales), los perros seguían sintiéndose tan aterrorizados ante la presencia de personas extrañas que algunos defecaban de miedo cuando yo entraba en la habitación. Además de su absoluto terror a los extraños, el comportamiento

más notable de estos perros era su total desinterés por los juguetes. No jugaban con pelotas ni mordisqueaban un trozo de cuero y, después de un rápido olfateo, dejaban de prestar atención a cualquier objeto que se les dejase en las casetas.

Esta falta de interés en retozar con juguetes es casi universal en perros criados en entornos depauperados y no es lo mismo que la apatía de mi Mist, que simplemente no disfruta con las pelotas. A diferencia de los perros que sufren daños permanentes en caso de malos tratos, Mist era feliz royendo un buen juguete masticable y tenía algunos juguetes que le encantaban. Los perros

criados con ausencia absoluta de cualquier estímulo medioambiental, como muchos perros en las granjas de cachorros, suelen convertirse en adultos que nunca juegan con ningún objeto, ni con pelotas, huesos de cuero o *frisbees*. Tal vez exista un «periodo decisivo» para el juego con objetos, lo mismo que lo hay para la socialización, en el cual se condiciona a los perros para que aprendan a jugar y a servirse de los juguetes.

Esta influencia del entorno en el juego no es exclusiva de los perros. Aunque las formas básicas de la manera en que los niños juegan con objetos son

universales, la frecuencia y complejidad de sus juegos parece estar influenciada por las oportunidades que se les ofrecen. En las sociedades de cazadores-recolectores las mujeres no cuentan con una guardería a pocos metros de su casa, a pesar de lo cual deben seguir realizando innumerables tareas que requieren dos manos y mucha concentración. Por necesidad, algunos niños pasan la mayor parte de los primeros años de su vida atados a sus madres, sujetos a su espalda o a su pecho en una especie de cabestrillo. La práctica de llevar a los niños sujetos a su cuerpo no sólo permite a las madres

realizar sus tareas, sino que también mantiene a los bebés libres del peligro. Para estos niños que crecen sujetos al cuerpo de sus madres las oportunidades de jugar con los objetos del entorno son limitadas y por ello más adelante presentan una disminución predecible en la frecuencia y la complejidad de sus juegos relacionados con objetos. Una estupenda excepción son los niños de la cultura !Kung, que permanecen todo el día atados a sus madres pero pueden jugar con los elaborados collares con que se adornan sus progenitoras.

Mis conocimientos sobre la rehabilitación de niños de entornos

depauperados son escasos, pero sé que los perros que pasan los primeros años de su vida encerrados en una caseta vacía o atados al extremo de una cadena a veces pueden aprender a jugar con objetos. Es posible que sean necesarios uno o dos años de práctica, pero si se utilizan juguetes huecos y se rellenan con comida los perros pueden aprender en primer lugar que los objetos son interesantes porque contienen alimento y, por último, que los objetos son intrínsecamente interesantes en sí mismos. (Esto funciona también con algunos perros que en sus primeros años pueden haber tenido una vida

maravillosa pero no muestran ningún interés por las pelotas. Los dueños que están decididos a jugar a la pelota con perros que no se sienten atraídos por esta actividad pueden vaciar pelotas de tenis y rellenarlas con comida; a veces consiguen que su perro llegue a estar tan obsesionado con los juegos con pelotas como ellos).

Píllame si puedes

No sólo compartimos con los perros la afición a los juegos con pelotas; también compartimos la tendencia a entregarnos a los mismos juegos. Las variantes del

«píllame si puedes» son tan conocidas entre los perros como entre los niños. Algunos de mis clientes se sienten dolidos cuando su perro no les devuelve la pelota. ¿Pero por qué deberían los perros devolver la pelota cuando pueden entregarse a un juego mucho más apasionante llamado «¡píllame (y quítame la pelota) si puedes!»? Puedo asegurar que a los perros les encanta este juego. Los perros parecen sentirse en la gloria al ser el que «gana» un objeto y lo mantiene alejado de los demás, especialmente si los demás también quieren la pelota. Son maestros en mantenerse a la distancia suficiente

para que no sea posible pillarlos, pero lo bastante cerca como para que sus dueños sigan involucrados en el juego. No lo hacen para martirizar a sus dueños, aunque pueda dar la impresión de que ésa es su intención. Simplemente se entregan a un juego que practican con otros perros y que les gustaría practicar con sus dueños. Y debido a nuestra manera de ser, los humanos no podemos resistirnos a seguirles el juego. Víctimas indefensas de nuestra propia obsesión con las pelotas, ¿no podemos soportar la idea de lanzar la pelota y que *no nos la devuelvan!* Después de todo, si no estuviésemos tan chiflados por las

pelotas, no habríamos sido los primeros en comenzar toda esta historia.

Los chimpancés también juegan al «píllame si puedes». Jane Goodall describió el acercamiento de chimpancés jóvenes a otros sujetando un juguete en una actitud que parecía invitar al juego. Si otro chimpancé pretendía coger el juguete, el iniciador del juego se apartaba rápidamente sin dejar de mirar al otro por encima del hombro. Si no hay otro que quiera lo que uno ha conseguido el juego no ofrece ninguna diversión, al menos para los chimpancés o los perros.

Algunos perros van un poco más

lejos. Luke no se conforma con coger la pelota y salir corriendo con ella. Cuando ha cogido la pelota, corre hacia los otros perros en un intento de atraer su atención, sosteniendo la pelota en lo alto como si un atleta olímpico alzase la bandera de su país dando la vuelta triunfal. Si en este lenguaje corporal no se advierte cierto elemento de provocación, entonces me retiraré de la labor con los perros y me dedicaré a trabajar con las moscas de la fruta.

En realidad, no resulta demasiado difícil conseguir que un perro devuelva la pelota una vez que se le ha enseñado a hacerlo. Es útil comenzar por entender

que los perros sólo tratan de enseñarle a practicar su juego mientras que usted intenta enseñarles el suyo. Quién termine enseñando a quién depende de usted. Tenga en cuenta que los perros son genuinos entrenadores de animales, mientras que los humanos no, por lo que es mejor que se mantenga alerta cuando comience a poner a prueba la capacidad para traer las pelotas de un perro novato. Pero si es capaz de seguir algunas pocas reglas tendrá un perro mucho más inclinado a devolver la pelota que a no hacerlo. Empiece lanzándole la pelota a una distancia corta. La mayoría de la gente arroja la

pelota demasiado lejos para que el perro se mantenga concentrado en ella. Al principio tampoco lance la pelota con mucha frecuencia; basta con que lo haga dos o tres veces. Mi perro Luke, ahora un animal de diez años obsesionado con las pelotas, llegó a mi casa con doce meses y no mostraba ningún interés por ellas. Al cabo de unos meses llegó a perseguir una pelota y recorrer parte del camino de regreso, pero sólo ocasionalmente. Después perdía el interés y centraba su atención en otra cosa. Por eso interrumpía el juego antes de que el animal perdiese el interés, después de dos o tres

lanzamientos. Poco a poco fue manteniendo el interés más y más tiempo hasta que ahora sólo interrumpe el juego cuando se queda sin aliento o si a mí me preocupa que se acalore demasiado.

Después de lanzar la pelota, espere hasta que el perro la tenga en la boca. Una vez que el perro haya hecho esto, su trabajo consiste en conseguir que deje de concentrarse en la pelota, batiendo palmas y chasqueando la lengua para atraer al animal en su dirección. Si usted avanza hacia el perro, habrá iniciado un juego de persecución, pero en la dirección equivocada. Después de todo, el perro tiene la pelota y capta su

atención y es usted quien avanza hacia él. ¿Qué es lo que hará cualquier perro? Se apartará porque usted ha iniciado los primeros pasos del «corre que te pillo» al correr hacia él. Pero si usted es capaz de superar su propia tendencia natural a quedar atrapado en la versión del perro de «píllame si puedes», está en condiciones de dejarlo descolocado e impulsarlo a perseguirle. Alguien tiene que perseguir a otro: ésa es la regla que ambas especies comparten. Está en sus manos decidir quién persigue a quién.

A continuación, en lugar de ponerse frente al perro batiendo palmas y chasqueando la lengua, apártese unos

pasos del animal para que comience a perseguirle. ¡Ahora usted es el perseguido! Si tiene suerte, el perro llegará hasta usted y soltará la pelota, pero no lo dé por descontado. Lo más probable es que el perro se acerque unos pasos y suelte la pelota a un metro y medio de usted. O que suelte la pelota en el instante en que usted lo llama y llegue corriendo hasta usted con la boca vacía. Otra variante común es que el perro recorra parte del camino hacia usted con la pelota en la boca y cuando está a cierta distancia se gire esperando que lo persiga. Su trabajo es «modelar» el comportamiento del perro, para lo

cual debe recompensar las sucesivas aproximaciones de lo que usted espera del animal. Si la primera vez el perro avanza tres pasos y suelta la pelota a tres metros de usted, está bien. Acérquese lentamente a la pelota (tal vez avanzando de lado para que el animal no salga disparado), cójala y vuelva a lanzarla. También puede lanzar una segunda pelota en cuanto el perro suelte la primera. Pero en la siguiente ocasión trate de conseguir que el perro se aproxime un poco más a usted alejándose de él a medida que él se acerca. Espere que vaya acercándose cada vez más hasta que termine por

llegar hasta usted.

Si el perro suelta la pelota antes de regresar hacia usted, trate de mantenerse más sereno cuando lo llame o espere a estar seguro de que la tiene bien cogida. Si eso no sirve, coja la pelota y póngasela delante de la cara para conseguir que el perro vuelva a interesarse por ella y después láncela a una distancia corta, de treinta a sesenta centímetros. Por otra parte, si el animal empieza a acercarse a usted para devolverle la pelota pero cuando está aproximándose cambia de rumbo, sígale el juego. La próxima vez, antes de que el perro se gire, sea usted quien corra en

otra dirección, haciendo que al perro le resulte difícil alcanzarle.

¿Pero qué sucede si el perro llega hasta usted con la pelota en la boca pero no la suelta? No se ponga a acechar la boca abierta de su perro ni se muestre enfadado por ello. Piense en los niños pequeños que reciben a los adultos en la puerta con su nuevo tesoro en las manos y de ninguna manera quieren soltarlo, ni siquiera por un instante. Usted no se enfurecería con un niño de tres años que no quiere darle el juguete que lleva en la mano; le enseñaría pacientemente que si se lo entrega no pasará nada. Igual que los niños, la mayoría de los perros

deben aprender que si entregan la pelota no serán los perdedores y usted es el único que puede enseñárselo. Existen diversas maneras de enseñar a un perro que es divertido soltar la pelota. En primer lugar, asegúrese de que en cuanto el perro suelte la pelota usted volverá a lanzarla inmediatamente. Y debe ser en ese mismo instante, no dos segundos después de haberla cogido diciendo: «¡Buen perro! ¡Qué buen perro eres!». En ese momento lo que menos quiere el perro son sus elogios o sus mimos. (¿Cree que su hijo agradecería recibir una caricia en la nuca en medio de un partido de fútbol con sus amigos?). El

perro quiere la pelota. ¡Désela *rápidamente!*

Sólo con aprender a entregar o volver a lanzar el balón en el instante en que el perro lo suelta se resuelven aproximadamente la mitad de los problemas que tiene la gente para que sus perros cojan la pelota y se la devuelvan a su dueño. La mayor parte de los demás problemas se resuelven cuando la gente aprende a alejarse de su perro para animarlo a coger la pelota en lugar de avanzar hacia el animal. Sobre todo, recuerde que tanto a los chimpancés como a los perros sólo les divierte coger la pelota si su compañero

de juego también la quiere. Si su perro no deja de provocarle con la pelota, apártese de él, crúcese de brazos, mire hacia otro lado y no le preste atención. Yo solía girarme y dirigirme abruptamente hacia la casa cuando Luke comenzaba a mostrarse reacio a soltar la pelota. Funciona como por encanto. Son incontables los perros cuyos dueños decían que les resultaba imposible conseguir que les devolviesen la pelota a los que he visto literalmente dejarla a mis pies si me esforzaba en lograrlo. Sólo tiene que acordarse de lanzar la pelota en la fracción de segundo en que la coge. (Trate de resistirse al impulso

de decir: «¡Ajajá, he conseguido la pelota!»).

El juego puede ser peligroso

Los humanos y los perros comparten otra manera de jugar, pero a diferencia del juego con la pelota, este entretenimiento puede causarnos problemas a ambos. Tanto a los perros como a nosotros nos encanta entregarnos a lo que los primatólogos llaman «juegos bruscos» o jugar a la lucha. No es necesario detenerse en mayores descripciones porque el nombre es ya

una definición: todos podemos evocar fácilmente la imagen de perros o niños revolcándose en la alfombra mientras se divierten jugando a la lucha. Pero aunque este comportamiento es compartido por ambas especies, resulta más común en los primates machos que en las hembras. Los primates machos no sólo juegan a la lucha con mayor frecuencia que las hembras, sino que lo hacen de un modo más brusco e impetuoso. En realidad, las hembras de casi todas las especies de primates evitan jugar a la lucha con los machos. No se entregan a esta práctica con la misma frecuencia que los machos, pero

cuando juegan a la lucha lo hacen con otras hembras. En los humanos y otros primates las luchas como diversión suelen ser entre individuos de la misma edad, el mismo sexo y con aptitudes físicas similares.

Pero con los perros no ocurre lo mismo: a los machos y a las hembras parece encantarles por igual revolcarse por el suelo enzarzados en algo parecido a un combate pugilístico de entrenamiento. Marc Bekoff, destacado investigador del juego en los animales, no detectó ninguna diferencia en el juego de la lucha en los lobos grises, los coyotes, los perros salvajes y los zorros.

En observaciones menos científicas, nunca he advertido ninguna diferencia evidente entre sexos en la frecuencia o la intensidad de los juegos bruscos en ninguno de mis cachorros, en ninguno de mis perros adultos ni en ninguno de los perros de mis clientes. Nunca he visto ni oído a nadie que sugiera que los perros macho juegan a la lucha más que las hembras^[18].

Los humanos podemos jugar con perros en lugar de hacerlo con chimpancés, pero la manera en que jugamos a la lucha se parece más al modo en que lo hacen nuestros parientes primates que al de los perros. Como la

mayoría de los primates, entre nosotros se observan importantes diferencias en la manera de jugar de las hembras y de los machos. Incluso en nuestra especie, el juego de la lucha es principalmente una cosa de chicos. Si a uno de los integrantes de una pareja que acude a mi consulta le gusta jugar a la lucha con el perro, seguro que siempre se trata del hombre. Sólo recuerdo dos casos en trece años, sobre un total de casi cuatrocientos, en los cuales a la mujer le encantaba jugar a la lucha con sus perros y no al hombre. Pero a todos los perros les encanta y a las personas que juegan a la lucha con sus perros parece gustarles

tanto como a algunos nos gusta disfrutar de una buena comida en un ambiente agradable. Por lo tanto, no actúo con ligereza cuando aconsejo a determinados dueños de perros que dejen de practicar con ellos juegos bruscos. Me disgusta mi trabajo cuando observo la expresión de tristeza que aparece en el rostro de algún hombre simpático y feliz al que acabo de hacerle semejante advertencia; es como si le hubiese privado de su diversión preferida. Deben entender que de ninguna manera lo haría para fastidiar a quienes disfrutan con ese juego.

Pero en determinados casos hago esa

sugerencia porque he visto mucho sufrimiento relacionado con el juego de la lucha entre personas y perros. Sé que existen cientos de miles, sino millones, de perros y humanos que juegan a la lucha toda su vida sin ningún problema. Pero también se da el caso del perro que siempre se había comportado maravillosamente con los niños hasta que un día los juegos bruscos se convierten en una pesadilla. En uno de esos trágicos ejemplos, el dueño de un golden retriever dijo en una entrevista: «Al menos no le mordió en la cara; sólo lo hizo en la nuca». En medio de un eufórico juego de la lucha con un niño

de diez años, hijo de un vecino, de repente el perro dejó de mostrarse juguetón y su expresión se volvió adusta. Lo encontraron gruñendo, aplastando al niño contra el suelo y con los dientes clavados en la nuca del pequeño hasta que el dueño pudo separarlo. Se me heló la sangre cuando escuché el relato de lo sucedido. Esa mordedura podría haber sido fatal, pero afortunadamente el niño seguía con vida. Todavía recuerdo el rostro del dueño del perro, dirigiéndome una mirada desolada e inerte mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando hablamos de la posibilidad de practicar la eutanasia a su mejor amigo.

(Lo aceptó, aunque le destrozó el corazón. Decidió que no podía correr el riesgo de que volviese a ocurrir otro desgraciado accidente).

Por suerte, la mayor parte de los problemas no son graves ni dramáticos. Los casos que se presentan más comúnmente son como el del perro cruce de collie y labrador que todas las tardes jugaba alegremente a la lucha con Bob, que pesa 92 kilos, y a lo largo del día no dejaba de arañar y mordisquear a Julie, de sólo 44 kilos. Cuando la conocí, Julie tenía los brazos cubiertos de rasguños y magulladuras, y daba la impresión de que hubiesen abusado de

ella. Bob y el perro lo consideraban una diversión, pero Julie y yo no pensábamos lo mismo. No deseo exagerar a este respecto: el juego de la lucha no siempre genera problemas. Pero si quiere evitarlos, o si los dientes de su perro ya han sido motivo de disgustos, entonces deténgase a analizar la manera en que juega con él.

Mientras lo piensa, recuerde que los animales salvajes juegan a la lucha sólo con contrincantes en igualdad de condiciones, con peso y aptitudes físicas similares. Esta igualdad de condiciones puede darse entre una persona como Bob que pesa 92 kilos y su perro

labrador de 34 kilos (Bob pesa más, pero el perro es más rápido); pero un perro de 34 kilos, todo músculo y dientes, con independencia de lo rápido y bravo que sea, lleva todas las de ganar con alguien que pesa 44 kilos. Si Bob y Julie tuviesen un hijo que pesase 14 kilos, el desequilibrio en la relación sería incluso mayor. Hay motivos para que quienes participen en el juego de la lucha estén equilibrados en tamaño, edad y aptitud física, porque incluso así a veces uno de los dos sufre algún daño, como un esguince de rodilla o una rotura de ligamentos.

Además, en este juego los errores

son diferentes cuando los humanos luchan con perros. Los humanos apresamos con las manos, mientras que los perros lo hacen con los dientes. La mayor diferencia entre la estructura del juego de la lucha en los humanos y en otros animales es que los humanos no muerden cuando atacan, pero los perros sí lo hacen^[19]. Quienes investigan el comportamiento en el juego han descubierto que en general los humanos luchan por alcanzar una posición superior sobre su compañero de juego, mientras que los perros lo hacen para darse mordiscos reprimidos. Algunos podemos tener manos muy fuertes, pero

no nos sirven de nada cuando se trata de contener los afilados dientes de los perros. Nosotros usamos las manos y ellos utilizan los dientes, pero sus dientes están diseñados para desgarrar la dura piel de un ciervo o de un alce. Si tuviese que abrir su bolso de cuero con los dientes en lugar de hacerlo con la cremallera, no podría. Pero un perro puede hacerlo en un instante. Y en un instante la consecuencia del más mínimo error de su perro puede ser una profunda herida en el antebrazo o la mejilla de su hijo. Errores como estos no son comunes, porque los perros y las personas saben moderar su fuerza

cuando juegan con alguien más débil y de menor tamaño que ellos. La capacidad de un perro para controlar la presión de sus mandíbulas, por muy frenético que esté, es verdaderamente asombrosa. Pero aún así existe la probabilidad de que se cometan errores que pueden llegar a ser tan graves como para que no valga pena correr riesgos.

Otro problema común con el juego de la lucha, que según mi experiencia es el que causa la mayoría de los disgustos, es que, como los niños en los recreos, los perros pueden perder los estribos en mitad de un juego. ¿Por qué no deberían hacerlo? Somos la especie con mayor

control intelectual de nuestras acciones y emociones y a pesar de ello nos enfurecemos en todo tipo de situaciones. En el patio de recreo el juego bullicioso puede convertirse en una pelea en tan sólo un segundo. Por eso los maestros deben salir al patio a controlar durante los recreos: el juego es excitante —eso explica en parte por qué nos gusta tanto a los humanos, que somos adictos al drama— pero la excitación emocional puede conducir al desenfreno, y no sólo en los niños. Observe lo que sucede durante y después de acontecimientos deportivos populares. Después de partidos de fútbol, béisbol, hockey o

rugby, miles de personas causan alborotos en las calles, y eso aunque su equipo haya ganado. El chiste «Fui a una pelea y estalló un partido de hockey» resulta gracioso porque tiene mucho de verdad. La única vez en mi vida que asistí a un partido de hockey profesional me pasé una buena parte del tiempo esquivando vasos de gaseosa y puñetazos lanzados con igual desenfreno por parte de los aficionados que me rodeaban. Los perros también sienten esa excitación, pero no pueden gritarle al árbitro y no son muy buenos en el lanzamiento de objetos. Puesto que sólo cuentan con sus dientes, hay que estar

agradecidos por el hecho de que no participen en deportes organizados.

A veces los problemas no surgen como consecuencia de la excitación o de un ataque de cólera, sino de lo que los perros consideran un correctivo apropiado. En una ocasión Luke reprendió a su hermana de dos años, Lassie, en medio de un juego desenfrenado consistente en revolcones, arremetidas y mordiscos simulados. No recuerdo con seguridad cuál fue la acción de Lassie que motivó la reprimenda de Luke, pero la sancionó con un gruñido y un mordisco en el hocico que fue tan rápido que mi

cerebro no lo procesó hasta que se había consumado. No pareció deberse a la excitación emocional, al menos no por parte de Luke, porque el incidente duró apenas un segundo, y Luke se mostraba tranquilo y sereno. Aunque los roles de dominación suelen invertirse durante el juego, sospecho que existen normas en el juego entre perros, y los más jóvenes pueden ser reprendidos por no respetarlas. Muchos de los juegos de lucha entre animales salvajes terminan porque un individuo se vuelve demasiado violento. El juego de Lassie a esa edad podía llegar a volverse frenético y supongo que Luke pretendía

recordarle que debía aprender a controlar su nivel de excitación, por apasionante que fuese el juego. Probablemente, uno de los mordiscos fingidos de Lassie no fue tan fingido y Luke le advertía que se había excedido.

Es probable que ésa sea una razón por la cual muchos perros muerden a los niños en la cara, aunque seguramente también incide el hecho de que el rostro de los pequeños está justo a la altura de los canes. Los perros benévoloos y bien educados como Luke son cuidadosos con sus dientes y cuando reprenden a los más jóvenes no los muerden con la suficiente fuerza como para hacerles

daño. Pero la piel del rostro de un niño de cinco años no es igual a la de un perro; la presión de un mordisco dirigido a llamarle la atención a un cachorro bastará para dejar una herida en la mejilla de un niño.

En términos ideales, el juego es algo alegre e inocente, un ejercicio sano física y psicológicamente tanto para las personas como para los perros. Los psicólogos y los consejeros personales nos recomiendan a todos que incorporemos a nuestras vidas más juegos inocentes. Me parece un estupendo consejo: el juego es bueno para el espíritu, para el cuerpo y para la

mente. Tanto a los perros como a los humanos nos enseña a coordinar nuestros esfuerzos con los de otros, a aprender a refrenarnos cuando estamos excitados y a compartir la pelota aun cuando nuestro deseo sea quedarnos con ella. Por consiguiente, le ruego que no interprete mis palabras como una sugerencia a que deje de jugar con su perro. Mis perros y yo jugamos todos los días. Les lanzo pelotas para que jueguen mientras yo me entretengo pintando.

Pero el hecho de que algo sea inocente y alegre no significa que se trate de una cosa trivial, puesto que la

manera en que juega con su perro tiene serias implicaciones. La forma más segura de jugar con su perro consiste en jugar a coger la pelota juntos, practicar juegos mentales como «esconder y buscar» (un método estupendo para mantener ocupado a un perro adolescente mientras uno prepara la comida), practicar juegos de diferenciación («Ve a coger tu juguete *grande*») y enseñarle a su perros trucos fáciles y divertidos. Deje el juego de la lucha para los individuos de la misma especie en igualdad de condiciones para que las sesiones de entretenimiento con su perro terminen siempre con alegría y

risas en lugar hacerlo con lágrimas y disgustos.

La noche pasada vino de visita Edgar, un perro dachshund de pelo áspero. En veinte segundos su hocico localizó la pelota de tenis debajo del sofá y el animal se puso a escarbar el suelo y a gimotear, desesperado por apoderarse de la peluda esfera dorada. Le mostramos huesos, juguetes masticables, juguetes de trapo, juguetes de goma interactivos y un montón de cosas más, pero el perro sólo quería la pelota. Más tarde, esa

misma noche, encendí el televisor para ver las noticias locales y pude comprobar que dedicaban el mismo tiempo a los resultados de los partidos de golf, béisbol y baloncesto que a temas como la paz mundial, el hambre en el mundo y las epidemias médicas. No me extraña que nos gusten tanto los perros. Nadie puede entender mejor que ellos nuestra obsesión por las pelotas.

6

COMPAÑEROS



La naturaleza social de los humanos y los perros

Calvin, una bolita de pelo blanco acurrucada sobre el regazo de mi

cliente, había llegado a casa de Mary desde la tienda de mascotas domésticas cuando estaba a punto de cumplir siete meses. Se había pasado las seis primeras semanas de su vida en una granja de cachorros. Después de haber nacido junto con sus compañeros de carnada en una diminuta jaula de alambre, de la cual no salió hasta que fue entregado a la tienda de mascotas, se pasó los cinco meses siguientes en otra jaula, aunque ésta la limpiaban a diario. Protegido de los gérmenes por un cristal que lo separaba de la gente, en muy raras ocasiones interactuaba con alguien que no fuese el personal de

la tienda y los únicos perros que conoció fueron un hermano y una hermana que lo habían acompañado desde la granja. A veces, pero no con regularidad, un empleado amante de los animales lo dejaba salir de la jaula para jugar después de haber cerrado la tienda. Puesto que sus compañeros de carnada habían sido vendidos, cuando mi cliente lo descubrió era un perrito solitario, acurrucado en su jaula, con grandes ojos marrones hundidos en una mata de pelo.

En cuanto lo vio, Mary sintió que el perro estaba predestinado a ella. Después de su reciente divorcio, se

sentía sola y cansada, y ver al pequeño Calvin, una auténtica monada que necesitaba desesperadamente que lo rescatasen, la conmovió. Mary necesitaba algo que rescatar porque necesitaba rescatarse a sí misma; quería algo para dedicarle mimos y cuidados. Calvin necesitaba huir de su triste y solitaria existencia. Podría pensarse que se trataba de un regalo caído del cielo, pero en este caso se convirtió en un infierno en vida.

Siempre pregunto a los clientes cuál es el problema principal por el que recurren a mis servicios profesionales, pero a la dueña de

Calvin le resultaba difícil mencionar sólo uno. A los tres años su encantador perrito orinaba y defecaba en su cesto, encima de la cama y por toda la casa. Cada día, cuando Mary regresaba a su casa después de una dura jornada de trabajo, tenía que bañar a Calvin y lavar el cesto del animal, que olía a orina y excrementos. Pero ése era sólo uno de los problemas. A Calvin también le aterrizaraban los extraños y no dejaba de ladrar cuando venían visitas. A medida que fue creciendo, sus ladridos se hicieron más amenazantes y el mes pasado había mordido en el tobillo a la vecina de Mary. En aquella

ocasión no fue una mordedura seria, pero la semana pasada había vuelto a agredir a la vecina y esta vez le había producido algo más que un rasguño.

El comportamiento del animal era tan molesto que últimamente Mary recibía muy pocas visitas y gradualmente sus contactos sociales empezaban a quedar restringidos a su perro. Pero Mary comenzaba a echar en falta la compañía de sus amigos humanos y además, para empeorar las cosas, Calvin también empezaba a mostrarse agresivo con ella. Hacía un tiempo que para evitar incidentes había comenzado a coger al perro en

sus brazas cuando abría la puerta a las contadas personas que iban a visitarla, pero la última vez el perro la había mordido. El perro dormía en la cama de Mary y había comenzado a gruñirle cuando ella se deslizaba hacia él sin darse cuenta en medio de la noche. En una ocasión le había mordido un pie mientras ella estaba profundamente dormida.

Al principio a Calvin le daban mucho miedo los otros perros, hasta el punto de que Mary tuvo que sacarlo de las clases de obediencia. Pero más adelante el miedo de Calvin se transformó en embestidas y ladridos,

con lo cual los paseos de Mary por el barrio llegaron a ser una pesadilla y la obligaron a mantenerlo alejado tanto de los demás perros como de la gente. Y sin embargo, por harta y frustrada que se sintiese, Mary seguía adorando a Calvin y era evidente que el perro también la adoraba a ella. Eran inseparables. El perro la recibía con infinita alegría cuando Mary volvía del trabajo, la seguía como una sombra por toda la casa y le encantaba acurrucarse en el sofá junto a ella. En mi consulta Calvin observaba todos los movimientos de Mary y ella no podía soltarlo.

Cuando traté de interactuar con Calvin, el perro dejó bien claro que no quería tener nada que ver conmigo. Feliz sólo en el regazo de Mary, se ponía rígido y contenía la respiración cuando yo le hablaba. No aceptaba los regalos que le ofrecía, ni siquiera los especiales que le arrojaba al suelo para que él pudiese mantenerse alejado de mí. Cuando Mary lo dejaba sobre la alfombra, Calvin era presa del pánico y comenzaba a respirar aceleradamente hasta que ella volvía a subirlo a su regazo. Mary buscaba ayuda desesperadamente. Quería mucho a Calvin, pero no podía seguir viviendo

con él de esa manera. Me preguntó qué podía hacer para que el perro cambiase. Yo le pregunté si disponía de tiempo.

En primer lugar, le comuniqué las buenas noticias: eran muchas las cosas que podía hacer para mejorar su vida y la de Calvin, y existía la posibilidad de comenzar inmediatamente. Pero también le dije las malas noticias: Calvin nunca superaría del todo lo que había pasado en la primera etapa de su vida. Como los humanos, los perros son una especie sumamente social cuyo desarrollo normal requiere interacciones sociales en momentos

específicos de la etapa inicial de su existencia. Calvin podía aprender a sentirse más a gusto en presencia de personas desconocidas, pero nunca llegaría a ser el perro bien adaptado que habría sido si se hubiese criado en un entorno normal. Mi pronóstico en cuanto al entrenamiento doméstico de Calvin era cauteloso porque resulta particularmente difícil cambiar los hábitos de perros adultos que se han acostumbrado a hacer sus necesidades en el lugar en que duermen desde muy temprana edad. La solución del problema requería que Mary dejase de ver a Calvin como a un bebé y lo

tratase como el animal crecido y maduro que era. Era como si Mary tuviese viviendo en su casa a un hijo de veinticinco años que reclama atención, comida y masajes gratis sólo porque es mono. Para revertir esa situación no era necesario que Mary fuese dura con él o dejase de quererlo; lo único que debía hacer era admitir que, a pesar de su dulce carita, Calvin no era un bebé necesitado que precisaba cuidados y protección en todo momento.

Seis meses más tarde, el trabajo de Mary ha empezado a dar resultados. Calvin ha comenzado a asociar a las visitas con regalos maravillosos y ha

dejado de ladrarles y morderles. Prefiere que las visitas no lo acaricien, pero ya no las ve como alienígenas invasores. Calvin continúa adorando a Mary, pero ha comenzado a aprender algunos comportamientos sociales y ya no le dan rabietas cuando se irrita. Costó mucho enseñarle a llevarse bien con otros perros, pero ahora Calvin puede andar por el barrio sin ladrar ni morder a los otros canes que pasan a su lado. Nunca llegará a ser un perro totalmente acostumbrado a hacer sus necesidades fuera de la casa, pero ha mejorado mucho en ese aspecto. Durante el día se le permite estar fuera

de su cesto y Mary ya no tiene que lavar a un perro asqueroso cada noche cuando llega a casa del trabajo^[20]. Ahora, cuando Mary se va de casa, el perro hace sus necesidades en una cajita destinada a ese fin en una habitación trasera. No es lo ideal, pero a Mary le parece suficiente y al perro le encanta. Calvin es sólo uno de los millones de animales condenados a sufrir una limitación permanente debido a que hay gente que se dedica a producir y comercializar perros como si fuesen bolsas de patatas fritas.

Establecer vínculos sociales

Lo más triste en esta historia es que los problemas de Calvin son evitables en la mayoría de los casos. Igual que las personas, los perros tienen ciertas etapas en su desarrollo mental en las cuales aprenden a conocer el mundo que los rodea; una de esas etapas se denomina «periodo crítico» de socialización. La investigación exhaustiva sobre el comportamiento de los perros descubrió que los cachorros que estuvieron aislados del contacto humano entre las primeras cinco a doce

semanas de vida nunca fueron capaces de reaccionar normalmente ante la presencia de personas en los años siguientes. Esas primeras semanas, llamadas en la actualidad «periodo sensible» porque no parecen ser tan determinantes como se creyó en un principio, tienen un profundo efecto sobre el comportamiento de un perro adulto. Durante ese tiempo, los cachorros de perros —y de sus primos los lobos— conceden prioridad a adquirir información sobre quiénes son sus compañeros sociales. Es algo tan importante que los cachorros de lobo del Parque de los Lobos, un centro de

investigación y educación con sede en Indiana, son separados de sus madres a partir de los diez días de su nacimiento y criados exclusivamente por humanos hasta que más adelante vuelven a vivir con su grupo. Sin esas interacciones durante esa importante fase del desarrollo, los lobos adultos nunca aceptarían a los humanos en sus rediles. Más adelante, en la vida de un cánido no existe ninguna etapa equivalente a este periodo; no es posible recuperar más tarde el tiempo perdido. Si brindase la misma cantidad de contacto durante la misma cantidad de tiempo a un lobo adulto, tendría menos efecto. Y lo mismo

se aplica a los perros. Por esa razón es tan importante tener conocimiento del efecto del desarrollo en la primera etapa de su vida sobre el comportamiento de un perro adulto. Una vez que el perro ha crecido, no es posible volver atrás. Como con Calvin, es posible alcanzar avances significativos, pero no se puede conseguir más de lo que se ha logrado.

La falta de socialización durante los meses importantes de la primera etapa del desarrollo lleva a algunos perros a temer la presencia de personas desconocidas, especialmente en los animales que también tienen tendencia a la timidez. A partir de las cuatro o cinco

primeras semanas de vida, mientras todavía están con el criador, los perros necesitan conocer gente y aprender que las personas de todos los tamaños y formas son parte de lo que es normal en el mundo. Una vez que van a sus nuevos hogares, los cachorros deben pasar tiempo no sólo con sus nuevas familias, sino también con las visitas, y en cuanto sea seguro, deberían salir a la calle y conocer al cajero del banco y a los vecinos del barrio. No puedo decirle la edad exacta en la cual debería comenzar a sacar a su cachorro a la calle. Todos los dueños deben decidirlo por su cuenta, porque existen riesgos de los que

debe ser consciente. Por ejemplo, antes de que el cachorro esté totalmente inmunizado, hacia la semana dieciséis de vida, debe reducir al mínimo la exposición del animal a patógenos como el parvovirus. Pero el primer y más importante periodo de socialización es entre las doce y trece semanas, de modo que es necesario equilibrar los riesgos médicos con los riesgos de comportamiento. Lamentablemente, esos dos riesgos generan un conflicto. Muchos dueños resuelven este dilema intentando que el cachorro conozca mucha gente nueva en casa y vaya a numerosos lugares seguros (como el

patio trasero vallado del vecino) hasta que ha recibido dos series de vacunaciones. Por lo general, eso ocurre alrededor de las nueve o diez semanas. Evite los lugares potencialmente problemáticos que pueden transmitir enfermedades infecciosas (como los parques para perros) hasta que el cachorro esté totalmente inmunizado, pero durante ese tiempo procure que el animal continúe aprendiendo que las personas y los perros que no pertenecen a su familia forman parte de su grupo social extenso.

Se requieren un entorno social y cierto tiempo

No se detenga a las trece semanas. La investigación ha demostrado que los límites de esos periodos no son inamovibles e, igual que sucede con los niños, los cachorros no se desarrollan exactamente a la misma velocidad. Además, existen otros periodos importantes en el desarrollo social de un perro, lo cual no resulta sorprendente si se tiene en cuenta la experiencia que se requiere para conseguir el favor social en una especie con relaciones complicadas. Los perros parecen

atravesar un importante periodo de desarrollo en la fase inicial de la adolescencia, en términos generales desde aproximadamente los seis hasta los once meses, por lo que debe asegurarse de continuar con la educación social de su perro durante al menos el primer año de su vida.

Pip, una de mis border collies, es un buen ejemplo de esto. Siendo el cachorro de una terapeuta en comportamiento animal y adiestradora de perros, tuvo una vida social muy activa. Durante los primeros siete meses de su vida conoció una gran variedad de personas y perros en las clases de

adiestramiento y en las visitas a los amigos. Pero un día, a los ocho meses de edad, se ocultó detrás de mis piernas cuando un hombre desconocido se le acercó, como si nunca hubiese visto a un hombre. Por haber advertido cierta cautela en esta edad en algunos de los perros de mis clientes, actué inmediatamente antes de que se produjese algún incidente. Durante unos meses pedí a todos los hombres que pude que lanzasen una pelota de tenis a Pip manteniéndose a una distancia de unos cuatro metros. (Recientemente, mientras explicaba este proceso en un seminario, dije: «Y durante tres meses

todos los hombres que conoció fueron precedidos por pelotas». Me gustaría ser tan graciosa a sabiendas como puedo llegar a serlo sin pretenderlo). Ahora Pip adora a los hombres y da por sentado que todos los que conoce han venido a jugar con ella.

He conocido tantos cachorros confiados que de adolescentes se volvieron asustadizos que finalmente llegué a darle un nombre a esta tendencia, «ataque juvenil de timidez», de modo que estoy en condiciones de hablar al respecto. Este comportamiento no es el natural «periodo de miedo» inicial de los cánidos jóvenes. Ocurre

en cachorros que son relativamente confiados hasta que tropiezan con algún escollo importante en su proceso de desarrollo y se vuelven cautelosos^[21]. Puesto que en algunos perros esta cautela puede conducir a la agresión relacionada con el miedo, sería necesario mantener bien socializados a todos los perros durante (al menos) su primer año de vida.

Su cachorro también necesita alternar con otros perros y con otras personas, además de usted. No basta con que usted tenga otro perro en casa ni que el perro del vecino juegue con su nuevo cachorro cada día. Los animales

sociales como los perros y los humanos tienen un fuerte sentido de lo «conocido» y lo «desconocido», y los perros necesitan aprender que parte de lo normal y habitual en la vida es encontrarse con personas y perros desconocidos. Como terapeuta del comportamiento, en una ocasión me puse a pensar en la manera en que los perros clasificarían al mundo en «conocido» frente a «desconocido» y ello me permitió entender mucho mejor su comportamiento. Consideremos el caso del pobre Calvin, por ejemplo. Creció privado de toda experiencia de interacción con otros perros que no

fuesen los de su carnada hasta casi los doce meses, cuando Mary lo compró en la tienda de mascotas. Y a continuación lo sacaron del tranquilo apartamento en que vivía para llevarlo a una pequeña habitación donde compartía las clases de obediencia con doce perros que no paraban de ladrar y meter bulla. El animal se sintió aterrorizado y cuando se hizo mayor recurrió a los gestos amenazantes para mantener a distancia a los demás perros.

Mientras estaba ocupada estudiando el comportamiento de los perros como parte de mi investigación para mi tesis doctoral, mucho antes de impartir clases

sobre adiestramiento de perros, llegué a darme cuenta de la importancia de la distinción entre lo conocido y lo desconocido. Acababa de adquirir un nuevo cachorro de border collie, llamado Mist, pero me sentía agobiada por las exigencias de la universidad y por ese motivo no llevé al animal a las clases de socialización ni a los lugares donde hubiera podido relacionarse con perros desconocidos y amigables de todos los tamaños y formas. El cachorro conoció a muchísima gente y era más digno de confianza en su relación con los niños pequeños que ninguno de los perros que he tenido. Pero mis labores

de investigación implicaban el trabajo con perros de doce a catorce horas diarias y, ante la falta de tiempo, daba por sentado que la compañía de los otros cinco perros de mi granja bastaría para socializarlo. En esa época tenía a Bo Peep, mi primer gran pirineo, y otros cuatro border collies. Era un grupo sensacional y Mist era feliz con ellos, jugando y durmiendo en la casa. Pero durante ese primer año de su vida se encontró con pocos perros desconocidos. Cuando se hizo mayor, Mist se mostró agresivo con los perros que no conocía. El comportamiento de Mist no se debía únicamente al entorno

en que había estado en la primera etapa de su vida: el comportamiento en los perros y los humanos es siempre una interacción compleja entre la genética y el entorno, y Mist había nacido con tendencias que empeoraban aún más el problema. Como pueden hacer muchos dueños de perros, encontré maneras de mejorar significativamente su comportamiento y, en la medida en que fui capaz de controlar sus encuentros con otros perros, Mist podía permanecer confiado en compañía de ellos. Pero no habría tenido que esforzarme tanto si entonces hubiese sabido lo que sé ahora. Igual que las personas, los perros

necesitan la exposición a muchos humanos y perros nuevos para aprender a sentirse cómodos en presencia de extraños. Fundamentalmente, los perros necesitan aprender que los desconocidos no son extraños. De lo contrario, podrían terminar convertidos en el equivalente a un ermitaño lanudo que desde la ventana de la cabaña en la que vive recluido amenaza a los visitantes apuntándoles con una escopeta.

Social hasta la médula

Los humanos también necesitan interacción social durante el proceso de

desarrollo para llegar a ser individuos normales. Igual que los primates de laboratorio aislados de los demás, los bebés humanos que no reciben una interacción social y un contacto físico estrecho y estimulante por parte de los adultos comienzan a abrazarse a sí mismos y a mecerse solos a medida que van creciendo. Si consiguen madurar, la mayoría de ellos se muestra incapaz de mostrar empatía por los demás ni de establecer vínculos importantes más adelante en su vida.

Pero cuando nos criamos normalmente, los humanos somos los antihermitaños del mundo animal,

buscando siempre compañía e interacción social. Algunos podemos preferir más los momentos de privacidad que otros y probablemente lleguemos a cansarnos de tanta gente y tantas llamadas telefónicas, pero en raras ocasiones perseguimos la soledad absoluta durante un tiempo prolongado. En realidad, el castigo más severo en la cárcel es el confinamiento solitario. En la actualidad, utilizamos el «tiempo fuera de juego» como una consecuencia por el mal comportamiento de los niños, pero la idea no es nueva. El «rechazo» se emplea en todo el mundo en respuesta a la conducta inadecuada. En algunas

culturas el rechazo se extiende incluso a familias enteras debido a los pecados sociales de uno de sus integrantes. La cultura americana nativa cheyenne excluía a familias enteras para castigar las transgresiones sociales de uno de sus miembros, aunque hubiesen arriesgado sus vidas en el combate y matado a muchos enemigos. Pero a pesar de su valentía, el consejo tribal se negaba a reconocer o a recompensar sus acciones. Puesto que quedaban excluidos, funcionalmente no existían y la negación del reconocimiento se consideraba como el más grave de todos los castigos posibles, peor que la muerte o la tortura

física.

La soledad impuesta como un castigo extremo es un excelente ejemplo de la importancia de la interacción social para nuestra especie. Si no lo fuese, la separación de los demás no tendría un efecto tan eficaz. Esta dependencia de la compañía de los demás no es una característica de todos los animales. Muchos animales llevan una vida solitaria en la etapa adulta, desde los osos pardos hasta los tigres. Numerosas especies, como los peces y las mariposas, pasan mucho tiempo en grupos, pero ello no significa que sus interacciones sociales sean abundantes.

Las mariposas, por ejemplo, se congregan alrededor de un recurso valioso, como los minerales presentes en un charco en un camino de grava, pero actúan atraídas por cosas similares que les resultan indispensables y no porque busquen la compañía de las demás.

Los primates, que por lo demás constituyen un grupo notablemente diverso, son consecuentes en su elevado grado de sociabilidad. Las relaciones sociales de los primates tienden a ser complejas; implican relaciones que difieren en el grado de familiaridad y de intensidad con una diversidad de

individuos. Los chimpancés machos establecen vínculos sociales tan estrechos que ningún macho adulto puede alcanzar o mantener el dominio sin el apoyo de una coalición formada por otros machos. Frans de Waal tituló su libro sobre esas coaliciones *Chimpanzee Politics* por una buena razón: los chimpancés machos que buscan un estatus de predominio ponen en práctica un complicado juego que implica hacer la pelota a los agentes del poder sin dejar de evaluar la posibilidad de ser absorbidos por otro grupo. Algunos individuos se esfuerzan por quedar bien con ambos bandos,

manteniendo buenas relaciones con quienes detentan el poder, pero estando siempre dispuestos a cambiar de alianzas según les convenga. Si un chimpancé fuese elegido para la Cámara de Diputados, tendría problemas con el uso del lenguaje y de los conceptos abstractos, pero entendería las luchas por el poder tan bien como cualquiera de sus integrantes^[22].

Se ha planteado la hipótesis de que el neocórtex (lóbulo frontal del cerebro) de la mayoría de los primates es el resultado de nuestra necesidad de controlar las relaciones sociales complejas. Sin una gran capacidad

mental usted no puede llevar un registro de los numerosos individuos que integran su grupo social (y si la comida es abundante, es posible que sean cientos de individuos), los cuales mantienen entre sí relaciones en continuo cambio. Nuestras interacciones sociales no son producto del azar. Todas las culturas humanas, desde la de los cazadores-recolectores hasta la de los urbanitas, comparten ciertas características universales en lo que respecta a las maneras en que, como primates, interactuamos unos con otros. Este destino social tiene una profunda influencia sobre el modo en que nos

relacionamos con nuestros perros. A veces podemos vernos envueltos (y también nuestros perros) en un montón de problemas cuando nuestro comportamiento social de primates entra en conflicto con el comportamiento natural de los perros. Gran parte del resto de este capítulo describe cuáles son algunos de esos problemas y la manera de evitarlos. Irónicamente, incluso algunos de los aspectos compartidos del comportamiento social de los humanos y los perros pueden ocasionar problemas.

Intimidad social

Podemos diferenciarnos de los perros en las señales visuales que empleamos cuando saludamos a los integrantes de nuestros grupos sociales, como se describe en el Capítulo 1, pero en ciertos aspectos no somos distintos en absoluto. Ambas especies comparten la percepción del espacio personal y la importancia de compaginar la intimidad física con la intimidad social. ¿Recuerda la manera en que el tipo saludaba a la que sería su esposa en el programa de televisión «Quién quiere casarse con un multimillonario»? El hombre avanzaba directamente hacia una mujer a la que nunca había visto en su vida, le cogía la

cabeza con las manos y le daba un beso en la boca introduciéndole la lengua hasta la garganta. Ni siquiera puedo escribir sobre ello sin sentir una cierta repugnancia. Desde luego, una mujer que se pone en semejante situación se lo ha buscado, pero habría sido la primera en apoyarla si hubiese mordido al hombre por un comportamiento tan inadecuado que resultaba agresivo. Los perros no son muy diferentes: ambas especies son siempre conscientes del nivel de intimidad que se considera adecuado. ¿Cómo se sentiría si, de adulto, se espera de usted que permita a cualquier extraño que le coja la cabeza y pegue su

cara a la suya? Por supuesto, los humanos diferimos en cuanto a nuestro grado de aceptación del contacto físico. A algunas personas les encanta abrazar a extraños, mientras que otras raramente abrazan a sus propios hijos. Los perros también difieren en sus reacciones: desde el típico labrador feliz que supone que a todos los humanos les encanta el contacto físico tanto como a él hasta el altivo akita que expresa afecto poniéndose a los pies del otro en actitud contemplativa. Por lo tanto, le ruego que tenga en cuenta tanto las diferencias como las similitudes entre los primates y los caninos cuando distinga a un perro

adorable avanzando por la calle. Quizá, sólo quizá, el perro le vea como a esa persona avasalladora que en una fiesta se apresura a atosigar a los demás, despertando en ellos deseos de huir. Imagínese lo que sentiría usted si estuviese atado a una correa y no pudiese escapar.

¿Un poco del otro lado?

El acicalamiento es otro comportamiento que los humanos compartimos con muchos de nuestros parientes primates. En la mayoría de las especies el acicalamiento implica

separarse cuidadosamente el pelo y quitarse la suciedad y los parásitos. Pero la limpieza no es la única función del acicalamiento, que desempeña un importante papel en las relaciones sociales de la mayoría de las especies de primates al actuar como un elemento de cohesión entre los individuos y aliviar las tensiones sociales. Ésa es probablemente la razón por la cual la mayoría de los primates dedica gran cantidad de tiempo a acicalarse unos a otros. El macaco rabón dedica el 19 por ciento de sus actividades en estado de vigilia al acicalamiento. Los macacos de la India, los gruñones del mundo de los

primates, dedican sólo el 9 por ciento de su tiempo al acicalamiento, pero aún así es demasiado a lo largo de un día que se les va principalmente en la búsqueda de alimento. La mayoría de las actividades que ocupan el tiempo de las hembras de los babuinos consiste en acicalar a los machos. Los chimpancés y los bonobos se consagran disciplinadamente a acicalar a otros y pueden llegar a pasarse una hora separando el pelo de todo el cuerpo de alguno de los integrantes de su grupo. El receptor de los cuidados suele mostrarse tan beatíficamente relajado como nosotros cuando nos dan un buen masaje.

Esta tendencia a responder al contacto relajándose no es común a todos los animales. Para muchas especies ser «sociable» significa estar físicamente próximo a otros individuos y mantener algún tipo de interacción social con ellos, pero esa interacción no incluye intrínsecamente establecer contacto físico durante gran parte del día. Sin embargo, en todas las etapas de la vida nuestros parientes animales más cercanos pasan gran parte de su tiempo tocándose unos a otros y relacionando el contacto físico con sentirse gratamente relajados o retozones. En la jungla, los chimpancés y los bonobos sienten una

infatigable inclinación por el contacto físico, al que dedican mucho más tiempo que la mayoría de las especies. Los chimpancés y los bonobos bebés están en contacto casi continuo con sus madres. Cuando crecen se pasan horas dedicados a juegos físicos con sus amigos, que incluyen una abundante cantidad de contacto físico. A medida que van haciéndose mayores y juegan menos dedican más tiempo a acicalarse.

Los primates asustados, incluso los adultos, se pegan como erizos a otros si están lo suficientemente atemorizados. Esto se aplica tanto a nuestra especie como a otros primates. Resulta

sobrecogedoramente fácil encontrar fotos de humanos asustados, ya sean víctimas de algún desastre natural o de la tragedia de la guerra, abrazados con fuerza a otro ser humano. Esas imágenes son casi réplicas exactas de los chimpancés presas del terror o de la consternación fuertemente aferrados unos a otros en busca de consuelo. La mayoría de los animales no salta sobre otro y lo abraza cuando está asustado; simplemente corre como alma que lleva el diablo. Cuando las ovejas y los caballos sienten miedo lo que quieren es huir y no abrazarse. Las aves y los gatos asustados normalmente no desean

recibir mimos; quieren que los dejen en paz para ocultarse, incluso de sus compañeros. La conclusión es que nuestra especie, como otros primates, es sensible al contacto físico y el énfasis que ponemos en ello es en gran medida parte de nuestra herencia genética. Ya sea con un miembro de la familia o incluso con un extraño que sufre una crisis, la necesidad de establecer contacto físico, tanto en los buenos momentos como en los malos, está profundamente arraigada en nosotros. El tacto puede ser el más importante de nuestros sentidos. Por difícil que resulte, muchas personas aprenden a

arreglárselas cuando pierden el sentido de la vista, del oído o del olfato y siguen llevando una vida plena y satisfactoria. Pero la pérdida del sentido del tacto desconecta inmediatamente del mundo de una manera prácticamente inimaginable para la mayoría de nosotros. Tal vez esto explica por qué a veces no podemos dejar de acariciar a nuestros perros.

Hasta en los mejores momentos, cuando no estamos estresados o necesitados, muchos disfrutamos mimando a nuestros perros. Y ésta no es una necesidad trivial. Las caricias suaves pueden cambiar

significativamente la fisiología del cuerpo disminuyendo el ritmo cardíaco y la presión sanguínea. Liberan opiáceos endógenos, es decir, sustancias químicas internas que nos calman y nos serenamos y desempeñan un importante papel en el buen estado de salud. Afortunadamente para nosotros, a la mayoría de nuestros perros les encanta el contacto físico. Prácticamente a todos los perros normales y bien educados les gusta mucho que les acaricien el vientre, les den masajes en la cabeza y les rasquen los cuartos traseros. A muchos perros les gusta tanto que les cepillen el pelo que llegan a tomarse el trabajo de dar

zarpazos en el suelo o de ponerse a ladrar cuando necesitan recordarle a su humano que no deje de hacerlo.

Pero así como a muchos humanos no les gusta permanecer abrazados toda la noche, algunos perros no disfrutan con el contacto físico excesivo y en cambio prefieren acostarse sobre la alfombra junto a sus dueños en lugar de acurrucarse contra ellos. Se dan casos de perros y dueños de perros mal emparejados en los que el dueño tiene inclinación por los abrazos mientras el perro se muestra esquivo o viceversa. A veces, esos casos llegan a ser graves cuando el perro termina por estallar

después de pasarse años tratando de comunicar a sus dueños que dejen de acariciarlo; el animal pierde el control y entonces le hace daño a alguien. A otros perros les encanta que los acaricien, excepto cuando están cansados, y se ponen a gruñir si los acarician por la noche cuando les gusta que lo hagan por la mañana^[23]. Es triste cuando un perro que anhela las caricias y el contacto vive con un dueño no muy inclinado a prodigar mimos, lo cual recuerda a una pareja humana con necesidades físicas tan diferentes que ninguno de los dos recibe realmente lo que desea.

Por más que a los primates nos guste

el contacto físico, también tenemos momentos en los que el acicalamiento y las caricias nos parecen inadecuados o nos resultan molestos. Una cosa es que un amigo cariñoso le dé un beso en la frente cuando está solo y otra completamente diferente que lo haga si usted se encuentra en un concesionario de coches discutiendo el precio de un automóvil. Creo que lo mismo se aplica a los perros. Probablemente, el uso inapropiado más común de los mimos es cuando los dueños acarician a sus perros en la cabeza por acudir a una llamada difícil de atender. Supongamos que Spike, un pointer alemán de pelo

corto, está jugando con otros tres perros amigos y su dueña lo llama. Spike está concentrado en el duro partido que está jugando con un grupo de amigos competitivos, de la misma edad y el mismo sexo, pero como es un buen chico y está bien adiestrado, sale disparado hacia el lugar en que se encuentra su dueña para ver qué quiere. «¡Oh, buen chico!», dice la dueña, inclinando la cabeza hacia el perro de esa manera brusca que caracteriza a los humanos, y le da palmaditas en la cabeza. Si Spike es como los miles de perros que he visto en ese contexto, mirará a su dueña con una expresión que es el equivalente

canino de «Venga, mamá, ya está bien». Spike está concentrado en el juego y en cierto modo compite con los demás perros y quizá, sólo quizá, realmente no quiere que lo acaricien en ese preciso momento. «Oh, pero a él le encanta que lo acaricien», me dice su dueña. A mí también, pero no mientras estoy practicando un deporte.

Recurro a la utilización de ejemplos antropomórficos para que se entienda lo que quiero decir, aunque existe el peligro de malinterpretar el comportamiento del perro poniéndose en su lugar. El dueño de un perro que supone que el animal defecó en el salón

porque está «furioso» con él por haberlo dejado solo durante el día olvida que a los perros les fascinan las heces. Los perros pasan largos periodos de tiempo buscando excrementos en el exterior, olfateándolos y a veces comiéndoselos. La palabra navajo para decir *perro* suena parecido a «thlee shaw» y significa «el que come excrementos de caballo». No sería lógico que su perro le ofrezca un regalo tan maravilloso si estuviese «furioso» con usted. Algunas personas piensan que su perro defeca sobre la alfombra por rencor hacia ellas y por eso le gritan al animal y tal vez le restriegan el hocico sobre los

excrementos o, peor aún, lo castiguen físicamente. Los perros que reciben semejante tratamiento se esconden aterrorizados (no por sentimiento de culpa) cuando sus dueños regresan a casa, aunque es mucho más probable que defequen sobre la alfombra por nerviosismo o por miedo, porque quién sabe qué harán los maniáticos de sus amos cuando vuelvan a casa.

Por eso, algunas veces imaginarnos en el lugar del perro puede causar problemas, pero posiblemente otras resulte útil. En el caso de los mimos pienso que es útil porque permite explicar el hecho de que algunos perros

vengan *menos a menudo* si la «recompensa» por acudir es que les den palmaditas en la cabeza. Pero en esa circunstancia, para muchos perros más que una recompensa es un castigo. Debería ver la cara de esos perros en las clases de adiestramiento cuando sus dueños les acarician la cabeza: vuelven la cara con expresión de asco como un humano que acaba de oler huevos podridos. No quieren que les hagan caricias, no en ese preciso momento; estaban jugando con sus amigos y querían seguir haciéndolo. Lo que les gusta a estos perros atléticos y retozones es que sus dueños les proporcionen más

juego, tal vez que les lancen una pelota cuando se acercan a ellos en lugar de pasar a una sesión de masaje. A veces sólo decir «Bien, juega» y dejar al perro que vuelva a jugar con sus amigos es una manera estupenda para conseguir que después venga contento. Parece impresionarles: «¿Puedo jugar un rato más? ¡Eres tan guay!». Ahora Spike vendrá contento y es más probable que vuelva a hacerlo la próxima vez que su dueña lo llame. Con esta clase de perro activo resérvese los masajes para más tarde, cuando estén acurrucados viendo televisión juntos. Por supuesto, si tiene un perro que haría cualquier cosa por

oír su arrullo mientras le masajea el pecho, funciona mucho mejor mimar y elogiar al animal cuando vuelve de una sesión de juego. Pero igual que usted, es probable que su perro quiera cosas diferentes en momentos diferentes y tal vez no le guste que le hagan mimos cuando está jugando a la pelota.

Otro momento para evitar los mimos es cuando el perro está muy excitado o inquieto. Los perros y los humanos compartimos una categoría de umbral de excitación, un nivel de apasionamiento emocional que cambia nuestra respuesta al contacto físico. Por debajo de ese umbral, el contacto físico tranquiliza,

como sucede cuando el perro está ligeramente ansioso en la consulta del veterinario o cuando usted se pone nervioso en la consulta del dentista. En esos casos los «mimos» resultan tranquilizadores y útiles.

A los primates nos resulta natural tranquilizar a un animal poniéndole una mano sobre el cuerpo, pero no siempre pensamos en el receptor. Jane Goodall presentaba el ejemplo de que en momentos de agitación los chimpancés que observaba no sólo se mostraban altruistas cuando trataban de serenar a otros, sino que intentaban que las cosas se calmasen por su propio bien. Goodall

sugería que a los chimpancés, como a los humanos, les resulta desquiciante ver a otros en un estado de agitación emocional. Por ese motivo, el acicalamiento, que parece tener una función muy importante para disipar la tensión social, puede resultar tan beneficioso para el que proporciona los cuidados como para quien los recibe. Las peleas entre chimpancés casi siempre son seguidas por intensas sesiones de acicalamiento. El primatólogo Frans de Waal incluso observó que los chimpancés que él estudió mostraban mayores niveles de acicalamiento cuando eran confinados a

una pequeña instalación interior, donde con toda probabilidad las tensiones serían más intensas que al aire libre. En un espacio tan pequeño, las relaciones forzadas podrían tener graves consecuencias, puesto que los individuos no tenían posibilidades de escapar para ponerse a salvo de los otros; por ese motivo, los animales compensaban la tensión de la situación dedicando más tiempo a tranquilizarse y calmarse unos a otros mediante el acicalamiento. Parece algo muy natural poner una mano sobre alguien para tratar de que se tranquilice. Tal vez también nosotros acariciamos a los perros no

sólo para calmarlos a ellos sino para impedir que su angustia nos angustie.

Pero el contacto físico no siempre tranquiliza a quien lo recibe, especialmente si está nervioso y agitado. He visto a varios dueños de perros que fueron mordidos por su mascota después de que intentasen acariciar al animal para calmarlo cuando estaba nervioso o excitado. Los dueños de perros suelen decirme que tienen la certeza de que su perro no quería morderle, que cuando sintió que lo tocaban el animal debió de pensar que se trataba de otro perro que lo atacaba. Algunas veces tengo la sospecha de que esto es cierto y otras en

cambio estoy absolutamente segura de que no lo es. Cuando nos sentimos emocionalmente excitados y frustrados los humanos podemos volvernos contra las personas a las que amamos, llegando a apartar de nuestro lado a amigos bien intencionados, y a veces de mala manera. Ese tipo de agresión «reorientada» es común en muchas especies, desde las aves hasta los roedores, y no existe ninguna razón por la cual debería resultar sorprendente en los perros.

Sin embargo, si su perro no está demasiado excitado puede contribuir a calmarlo mediante el empleo de

caricias, pero es importante que sea consciente de la manera en que lo hace. Los dueños ansiosos suelen acariciar a sus perros con palmaditas cortas y rápidas en la cabeza y el cuello. Pruebe a darse palmadas como éstas y compruebe si lo tranquilizan. (A mí no mucho, la verdad). De la misma manera en que es importante que el tono de su voz no deje traslucir sus emociones internas cuando trata de influir sobre su perro, también lo es que aprenda a masajearlo con caricias largas y lentas si se propone calmarlo, aunque usted esté nervioso. Es todo lo que puedo hacer en la recepción de mi veterinario

para contenerme y no retirar con delicadeza la mano de alguien dando rápidas palmaditas en la cabeza de su perro. Cuanto más rápidas son las palmaditas, más se excita el perro. Y por supuesto, cuanto más ansioso está el perro, mayor es la ansiedad del dueño. Cuando finalmente me llaman pidiendo ayuda, yo misma estoy nerviosa sólo de observarlos.

Aunque es fácil quedar atrapado en esa espiral emocional, también lo es revertir la situación. Una vez que se da cuenta de lo que está haciendo es relativamente fácil serenarse de manera consciente. Nada me ayuda más a

relajarme que centrarme en mi respiración durante un rato y aspirar hondo. Es bueno tanto para usted como para su perro, e incluso podría relajar a otros dueños de perros y a sus animales en la recepción de la clínica veterinaria.

Un último comentario sobre los mimos: no todos los perros disfrutan al ser aporreados como tambores. A algunos perros les gustan las caricias enérgicas y estimulantes, así como a algunos chavales les encantan los puñetazos en los bíceps, pero otros canes prefieren un contacto físico más cuidadoso. Nosotros mismos, en tanto que animales sociales, aprendemos a

modificar el contacto físico según con quién estemos. No muchos hombres adultos saludarían a sus esposas con un puñetazo en el brazo, pero podrían hacerlo con sus amigos del bar. Las preferencias de los perros en lo que respecta a caricias no parecen estar relacionadas con el sexo, pero los perros son tan distintos como las personas en cuanto al modo en que les gusta ser acariciados. Parte de esas diferencias tienen que ver con la raza: los duros perros perdigueros criados en el campo se sumergen en las zarzas y en el agua helada cuando buscan un ave y por eso suelen gustarles las palmadas

viriles en las posaderas. Los sighthound se crían para correr por las arenas del desierto y pueden ser tan sensibles al tacto como la princesa y su guisante. Cada individuo es diferente y, si presta atención a su reacción, cada perro le hará saber qué es lo que le gusta y qué es lo que le desagrada.

La moraleja de esta historia es que se debe ser cuidadoso acerca de cómo y cuándo acariciar a un perro. El hecho de que a su perro le «encanten los mimos» no quiere decir que sus caricias sean recibidas como un precioso regalo en todo momento. Vaya con cuidado cuando usted se sienta muy necesitado de cariño

y comience a acariciar a su perro más de lo habitual. A algunos perros les encanta, pero otros se sentirán abrumados. Otros perros comenzarán a aprovecharse de usted (véase el capítulo siguiente) y a volverse cada vez más exigentes. Y el hecho de que se trate de un perro y no de un niño no significa que pueda darle golpes en las costillas y fuertes palmadas en la cabeza y que el animal los recibirá encantado.

¡Ah, mira! ¡Un cachorro!

Los humanos nos ponemos como tontos con los cachorros. Nos derretimos como

la mantequilla al sol en cuanto vemos uno. Salga a la calle con un cachorro y se verá rodeado por humanos sonrientes que sólo desean acariciarlo. Hablarán y sonreirán al animal como si fuese un bebé y se mostrarán tiernos y simpáticos aunque un minuto antes pareciesen estar ocupados y se mantuvieran distantes. Por supuesto, no sólo nos ponemos como tontos con los cachorros de perro, sino que también lo hacemos con cualquier cría de mamífero, desde los garitos hasta los bebés elefantes.

Existe una razón para este comportamiento y deriva de nuestra naturaleza en tanto que animales

sociales totalmente dependientes de los adultos para nuestra subsistencia. Indefensos en el momento de nacer, no tenemos ninguna posibilidad de continuar en el mundo sin los intensivos y prolongados cuidados parentales. Ese largo periodo de desarrollo con cuidados parentales es una característica de los primates y nos diferencia de muchos otros animales. Veamos el caso de los potros, los corderos y los antílopes jóvenes: todos nacen aptos para correr junto a sus madres al cabo de pocas horas de venir al mundo. Pero muchos animales inteligentes y muy sociales —como los primates, los

elefantes, los lobos y los perros domésticos— nacen necesitados e indefensos y requieren cuidados parentales no sólo inmediatamente después de haber venido al mundo, sino durante mucho tiempo después. En ese sentido, los primates nos parecemos más a los perros que a la mayoría de los demás animales.

Aunque los cachorros nacen tan indefensos como los bebés humanos, los perros maduran mucho antes que nosotros^[24]. Hacia las tres semanas, los cachorros empiezan a dar sus primeros pasos vacilantes (aunque debe admitirse que generalmente son hacia atrás). Al

año, un perro tal vez no esté maduro físicamente, pero es fuerte y rápido y puede realizar alguna tarea importante. Los perros de un año destacan en deportes propios de caninos como el juego con pelotas y el *frisbee* (aunque la práctica excesiva de estas actividades puede resultar perjudicial), y un perro pastor de un año es lo suficientemente veloz como para ganarle a la más rápida de las ovejas. Pero un niño de un año está a punto de aprender a caminar y de ninguna manera podría recibir lecciones de tenis. Comparado con el de los corderos, el desarrollo de los perros es lento, pero comparados con los perros,

los humanos maduramos a paso de tortuga.

Este lento desarrollo tiene un objetivo. Se requiere mucho aprendizaje y gran experiencia para desenvolverse en una sociedad tan compleja como la de los primates. Si se trata de un chimpancé, un bonobo, un gorila o un humano, se requieren décadas. Durante este proceso de lento desarrollo los niños pueden ser dependientes, pero no carecen de poder. Los niños están equipados con una serie de señales visuales con las que pueden dominar a un adulto. El dulce rostro de grandes ojos de un niño de dos años tiene el

poder de ablandar al adulto más rudo. Nuestras crías no están diseñadas como una versión en miniatura de los adultos. Tienen características anatómicas que suscitan el cuidado por parte de los adultos de la misma manera que la luz atrae el revoloteo de las mariposas nocturnas. En relación con el resto de sus cuerpos, los niños tienen cabezas y ojos proporcionalmente más grandes que los de los adultos, sus frentes y sus «patas» también son de un tamaño mayor y sus ojos están más separados. Este conjunto de proporciones que se da en los bebés suscita una reacción predeterminada. «¡Ah!», exclamamos al

ver la foto de un bebé, respondiendo con cálidos sentimientos que nos impulsan a brindarle cuidados y protección. La reacción es tan universal que los psicólogos lo llaman el «fenómeno ah». Muestre sobre una pantalla la diapositiva de un adorable bebé y de los presentes surgirá un audible «¡ah!». Esta respuesta no es absurda ni trivial: es biológicamente importante. Si los adultos no responden a esas señales entonces no serán buenos padres. Si no son buenos padres, no conseguirán transmitir sus propios genes. Así, la selección natural ha creado una especie que se pone sensibilera cuando ve bebés

y rasgos aññados. Después de todo, si los niños de dos años no tuviesen un aspecto tan exquisitamente adorable, ¿cuántos de ellos habrían llegado a cumplir los tres? A todo recién nacido, ya sea humano o chimpancé, que requiera tanta dedicación de parte de sus padres más le vale estar equipado con armas eficaces porque va a necesitarlas para mantener a sus sufridos padres consagrados a él durante los largos años de su desarrollo.

Prácticamente cualquier mamífero con la cabeza y las patas demasiado grandes para su cuerpo tiende a provocar la misma respuesta de cuidado

y protección. Los cachorros de perro, de gato y de oso provocan la misma respuesta en la mayoría de los humanos porque todos tienen un conjunto universal de características aññadas que impactan directamente en nuestro corazón. Es como si no pudiésemos evitar responder a ese particular tipo de señales visuales sin sentir deseos de brindar cuidados a algo. Funciona incluso en los roedores: Mickey Mouse se dio a conocer a finales de la década de 1920 con un aspecto más de rata adulta que el del «adorable» ratoncito de grandes ojos, gran cabeza y grandes manos que es en la actualidad. Un

experto en biología evolutiva, Stephen Jay Gould, escribió un artículo sobre nuestra atracción por los rasgos infantiles que incluía mediciones comparativas de Mickey mostrando cómo el personaje de dibujos animados había aumentado su popularidad al parecerse más a un niño.

Otras especies también son esclavas de los rasgos infantiles. Tal vez el ejemplo más famoso es el de la gorila Koko que adoptó a All Ball, un gatito al que crió hasta que el animalito murió en un accidente. A pesar de su colosal tamaño, Koko llevaba delicadamente en sus brazos al diminuto garito y lo

cuidaba como si fuese su propio hijo. Aparentemente, quedó destrozada cuando All Ball murió: al principio se mostró apática y después comenzó a gemir como hacen los gorilas para expresar su aflicción. No sólo los primates reaccionan ante los rasgos aññados: algunas aves pueden ser engañadas por el pez que abre la boca como los pichones. Una boca abierta es el rasgo que suscita el comportamiento parental en las aves, el equivalente aviar de la cabeza grande y los grandes ojos, y por eso las pobres aves se zambullen y llenan de comida las bocas de los peces en lugar de alimentar a sus crías.

Los humanos reaccionamos ante los cachorros de perro igual que con los niños pequeños porque también ellos tienen cabezas, frentes, «pies» y «manos» desproporcionadamente grandes. Los ojos grandes y las patas torpes han llevado a millones de perros a salones alfombrados y con calefacción y a acolchadas camas para perros. Probablemente, estas características jugaron un papel significativo en el proceso de traer a los perros a nuestras casas, cuando los que vivimos en pueblos no pudimos resistirnos a adoptar a algún cachorrito de grandes ojos. Pero nuestra atracción por los

rasgos infantiles también tiene su lado oscuro. Muchas personas responden a esos rasgos infantiles y se llevan a su casa un perro cuando en realidad no lo quieren. Ven un cachorro y sienten deseos de cuidarlo, pero los perros sólo son cachorros durante unos meses. Al cabo de cinco meses un cachorro comienza a convertirse en un adolescente larguirucho, característica física que se completa con una actitud y una tendencia a no hacer caso a sus mayores. Las asociaciones protectoras y los albergues pueden colocar tantos cachorros como reciben, pero deben esforzarse por encontrar casas para la

multitud de adolescentes abandonados que atestan sus perreras. Cuando los perros dejan de contar con su «factor adorable» pierden uno de los atractivos que justificaban el trabajo que requiere criarlos. Lamentablemente para ellos, igual que los adolescentes humanos, a esa edad siguen necesitando que se les dedique tiempo y energía, pero a los adultos no siempre les resulta gratificante brindárselos. Con independencia de que los adolescentes tengan dos o cuatro patas, igualmente requieren los esforzados cuidados de alguien que los aguante durante esa etapa de su desarrollo en la que tienen

dificultades porque han dejado de ser adorables.

La tragedia de las fábricas de perros

Una de las más trágicas consecuencias de nuestra reacción ante el encanto de los cachorros es el apoyo inadvertido que con ello se presta a las granjas de perros. Las granjas de perros son fábricas de perros, líneas de montaje de cachorros donde se crían machos y hembras en condiciones repugnantes. Las granjas de perros están en todas partes. Son uno de los secretos mejor

guardados en la sociedad americana y provocan un enorme sufrimiento a innumerables animales. En la última que visité, las carnadas se criaban en pequeñas jaulas colgantes. Se supone que la orina y las heces caen al suelo, excepto la mayor parte de los desperdicios que quedan en la jaula y sirven de entretenimiento a los cachorros ante la falta de otra cosa con la cual jugar. (Que tengan suerte los que deban ocuparse de adiestrar a esos cachorros para que hagan sus necesidades fuera de la casa). Las perras que habían parido permanecían encerradas junto con sus crías durante

las primeras siete semanas de desarrollo de los animales, hasta que los cachorros eran enviados a las tiendas de mascotas. Mantener a un perro encerrado en una jaula diminuta durante siete semanas es abusivo, pero no permitir que una perra que ha parido se separe de sus cachorros ni siquiera unos minutos es una absoluta crueldad. La granja de perros que visité tenía más de trescientos perros adultos y un solo cuidador. No existía el más mínimo intento de trabajar con algún perro en particular y por lo tanto resultaba prácticamente imposible evaluar el temperamento de los perros que criaban.

El dueño de la granja me dijo que «por supuesto, todos los perros son mansos hasta el punto de que los hijos del cuidador pueden entrar a las perreras».

Pero no es posible predecir el comportamiento de un perro criado en una de estas granjas una vez que pase a formar parte de una familia típica. Cuando visité la granja observé una gran diversidad de temperamentos, desde perros tímidos y asustadizos hasta exigentes y agresivos. Un grupo de perros atacaba continuamente a otro perro dentro de la misma jaula cada vez que nos acercábamos. El perro estaba atrapado dentro de una jaula junto con

una pandilla que lo atacaba diariamente sólo por el gusto de hacerlo. Muchos de los perros tenían graves deformidades físicas, como por ejemplo la mandíbula superior más corta o más larga que la inferior. Esos problemas pueden ser serios y se transmiten genéticamente, por lo que ningún criador responsable debería tener este tipo de animales. En esta granja, decenas de perros estaban cubiertos por una maraña de pelo, que crecía prácticamente en cada centímetro de su piel. Lo más deprimente para mí es que esta granja de perros (que, por cierto, sigue siendo un negocio sólido) no es la peor de todas. Recorrí otra en la

cual las jaulas permanentes se hallaban apiladas en tres alturas, de modo que los perros que estaban en la parte superior orinaban y defecaban sobre los de abajo. Los perros del nivel inferior vivían sobre un amasijo de orina y heces comprimidas y tenían llagas. Los repugnantes platos con agua estaban igualmente llenos de desperdicios, con el toque de color verde que aportaba la espuma sucia de las algas^[25].

Ocultos a la vista, estos campos de concentración para perros suministran millones de cachorros a las tiendas de mascotas y a los «agentes^[26]», donde los amantes de los perros, ignorantes de

la procedencia de los animales, eligen de un vistazo a la primorosa bolita peluda acurrucada en un rincón y se la llevan a su casa. Incluso la gente que conoce estos hechos no puede resistirse a rescatar al pobre cachorrito: después de todo, ¿qué será de ese pobre animalito si alguien no se lo lleva a su casa? Una vez que el animal deja de ser cachorro pierde gran parte de su valor^[27]. Las tiendas no pueden apilar a los perros en un estante trasero hasta que lleguen las rebajas. Y esto no es sólo un problema para la tienda; es una crisis potencial para el cachorro. La permanencia en la tienda durante más de

una semana puede incidir negativamente en el desarrollo de un cachorro. Los «cachorros» de las tiendas de mascotas (léase «adolescentes») aprenden a hacer sus necesidades en el lugar en que duermen y a menudo no es posible adiestrarlos para que se conviertan en perros domésticos. Otros están tan dañados socialmente que son infelices en el mejor de los casos y peligrosos en la hipótesis más pesimista. Al comprar ese adorable cachorrito está apoyando a las granjas de perros permitiéndoles que continúen criando animales poco saludables, hijos de padres infelices y esclavizados.

Fuentes responsables para cachorros

No compre un cachorro si no quiere un perro. Porque en poco menos de tres meses se convertirá en un adolescente larguirucho que necesita vacunas, adiestramiento, socialización, ejercicio, juguetes y cuidados. La lista continúa e irá ampliándose durante muchos años. Todo esto requiere una gran cantidad de tiempo y dinero que deberá invertir casi íntegramente en el perro, no en el cachorro. Los perros pueden vivir de diez a veinte años y ese breve periodo de tres meses durante el cual el animal

es un adorable cachorro no será más que un bello y vago recuerdo cuando tenga que limpiar las paredes manchadas por su perro adolescente como consecuencia de la diarrea que sufrió después de una incursión a la basura. No trato de quitarle las ganas de comprarse un cachorro si se ha decidido seriamente a criar a un perro. Pero es importante enfrentarse a la realidad y recordar que es mejor describir la adquisición de un cachorro como la compra de un «futuro perro».

En segundo lugar, si compra un cachorro, hágalo en el lugar adecuado. Los tres lugares responsables para

comprar un cachorro son un criador responsable, una asociación protectora (albergue de animales) o una organización de rescate. Al decir «criador responsable» no me refiero a alguien que presenta a sus perros en exhibiciones y publica muchos anuncios publicitarios en las revistas. Me refiero a alguien que se toma en serio la crianza de perros que sean sanos física y mentalmente y se ocupa con la misma seriedad de buscar buenos hogares permanentes para las vidas que han creado. De acuerdo con mi definición, los criadores responsables se ocupan de sus cachorros durante todo ese periodo

inicial de su vida. Hace dos años recibí la devolución de un perro que había vendido siendo cachorro nueve meses antes a una granja lechera. Los dueños se marcharon de la granja y me devolvieron al animal cuando no quisieron seguir teniéndolo, tal como yo les había pedido que hicieran cuando se lo vendí. Me sentí agradecida porque me lo hubiesen devuelto, aunque en ese momento lo que menos necesitaba era otro perro. Pero las demás responsabilidades pasan a segundo plano cuando se trata de un perro que yo he criado. A los criadores responsables les espanta la idea de que sus cachorros

puedan terminar amontonados en un albergue de animales vaya a saber dónde, y mueven cielo y tierra para seguir el rastro de sus cachorros a lo largo de toda su vida. Si piensa comprarle un perro a alguien que no aceptaría la devolución del cachorro en un momento determinado por la razón que sea (o a quien le resultaría embarazoso devolverle el cachorro), lo mejor que puede hacer es darle las gracias y dirigirse a otro sitio.

Los otros lugares responsables para conseguir un perro son las asociaciones protectoras y los grupos de rescate: existen millones de perros que sólo

necesitan una segunda oportunidad y un albergue o un grupo de rescate es un sitio maravilloso para encontrarlos. Tendrán más perros adolescentes o adultos que cachorros, pero esos animales necesitan un hogar tanto o más que los cachorros. Suelo escuchar a la gente diciendo: «¡Oh, ni siquiera pude entrar al albergue! ¡Me angustió tanto!». Pero muchos albergues son lugares aceptables y alegres donde se analiza el temperamento de los perros. Asimismo, cuentan con la colaboración de grupos de voluntarios que los entrenan, los adiestran y juegan con ellos; estas asociaciones necesitan su ayuda para

que su trabajo llegue a buen término. Si se considera capaz de brindar cuidados y protección, tal vez podría utilizar esa energía para ayudar a esos animales a salir de los albergues. Los grupos de rescate para perros también necesitan ayuda para encontrar hogares dispuestos a realojarlos o recibirlos en acogida temporal. Los grupos de rescate suelen especializarse en una raza determinada y sus integrantes dedican enormes cantidades de tiempo, energía y dinero para establecer la relación entre los perros necesitados de dicha raza y los hogares en los que recibirán un buen trato. Suelen tener abundante

información sobre los perros que acogen, lo cual le permitirá adoptar el perro que mejor se adapte a su casa y a la situación de su familia.

Sea cual sea la solución que elija, no se deje seducir por las tiendas de mascotas, los «agentes» o los supuestos «albergues humanitarios» que a fin de cuentas resulta que crían diez carnadas por año. Tenga cuidado con las largas historias de personas que ponen anuncios en los periódicos: «Mi hermana se ha quedado con la madre, pero yo pensé que si me llevaba los cachorros le hacía un favor». La historia real es que «la hermana» en realidad es

la propietaria de una granja de perros y tiene un grupo de agentes que venden los cachorros casa por casa al público confiado.

Resulta difícil tomar una decisión sensata cuando tiene ante usted a los cachorros más adorables que ha visto en su vida. Los rasgos infantiles ejercen un efecto tan poderoso sobre los humanos que sólo con mirar a un cachorro puede producirse un cambio en nuestro equilibrio hormonal. No es posible liberarse de esas hormonas; son poderosas fuerzas internas que pueden tener una profunda influencia en lo que hacemos. Por eso, cuando esté

observando cachorros, acuérdesse de las aves que no podían dejar de dar de comer a los peces en lugar de alimentar a sus propias crías y pregúntese qué es lo que impulsa su decisión de llevarse a casa a ese cachorrito de grandes ojos que está mirando, ¿el «fenómeno ah» o la decisión ponderada de que le gustaría disfrutar de la compañía de un perro durante los próximos quince años? En su lugar, no me pondría a observar a una carnada de cachorros antes de haber decidido si me gustan los padres del animal, porque, una vez que me siento en medio de un grupo de dulces perritos de pelo sedoso, estoy perdida. En una

ocasión en que fui a ver una carnada de cachorros de gran pirineo la criadora me pidió que permaneciese afuera mientras ella apartaba a la perra porque era «protectora con sus crías». Las perras que no se fían de los extraños que rondan a sus cachorros no tienen los genes que yo busco, así que le di las gracias y me marché. La criadora, que criaba perros ovejeros verdaderamente estupendos, no podía creer que ni siquiera hubiese entrado a ver a los cachorros, pero yo sabía que si lo hacía terminaría escuchando a mis hormonas y me llevaría a casa un animal que no me convenía.

A pesar de todas estas advertencias, si se encuentra en una tienda de mascotas (o en cualquier otro sitio) que vende cachorros y tiene muchas ganas de llevarse uno a su casa, pregunte al vendedor cuál es la procedencia del animal e insista en que le lleven a ver el lugar. El personal de todas las tiendas de mascotas que conozco afirmará que ellos nunca venderían cachorros procedentes de una granja de perros, pero tal vez ya se habrá dado cuenta de que muchos simpáticos vendedores de muchas tiendas bonitas le dirán un montón de lindezas que no siempre son totalmente ciertas. Insisto en que

conozca a los padres del cachorro y a la gente que lo crió. Pida que le muestren dónde mantienen a la madre mientras está criando a sus cachorros. Hable directamente con el veterinario que inspecciona a los perros. Si todo está en orden, entonces compre el cachorro. En caso contrario, quéjese a la tienda de mascotas, llame a una asociación protectora y deje que alguien que no esté tan informado como usted compre el cachorro. Trate de rescatar a los padres del cachorro y sáquelos de ese lugar infernal. El hecho de que hayan dejado de ser cachorros adorables no significa que no necesiten su ayuda.

¡Es tan mono!

El otro problema de nuestra atracción por las características infantiles es la tendencia relativamente reciente a la crianza de perros con rostros aniñados. Además de tener algunas partes del cuerpo desproporcionadas, el rostro chato es otro rasgo de los mamíferos jóvenes. Al principio, todos los cachorros tienen la cara chata, lo cual les confiere un aspecto muy parecido al de un camión sin morro en miniatura, con la cara cuadrada como la de un boxeador y la frente plana. A medida que los perros crecen, sus hocicos se

extienden para adoptar la forma que les permite coger carne y comerla. Muchas de las actuales razas de perros (gran cantidad de ellas sorprendentemente nuevas, con una antigüedad aproximada de sólo cien años) son el resultado de nuestros esfuerzos por crear perros con rasgos de osos de peluche: ojos grandes, frentes amplias y hocicos planos como los de los cachorros. Pero el hecho de que sus rostros chatos nos resulten agradables no significa que sean adecuados para los perros. La cara de un perro adorable con la nariz aplastada, como un bulldog o un pug, es el resultado de un acortamiento anormal de

los huesos faciales que recibe el nombre de braquicefalia. Considerada una minusvalía grave en los humanos, la braquicefalia es causada por una mutación que dificulta los procesos vitales básicos: la respiración y el mantenimiento del cerebro a la temperatura adecuada. Esto puede resultarles muy atractivo a algunas personas, pero incide negativamente en el bienestar de los perros. Los perros como los bulldogs simplemente no pueden respirar o resoplar con normalidad, como están en condiciones de atestiguar los dueños que han escuchado sus ronquidos por la noche o

que trataron de hacer *jogging* con ellos. Al acortarles el hocico, se han creado conductos nasales que no pueden cumplir su función y unas mandíbulas que apenas les sostienen la dentadura.

No deseo ponerme a criticar a una raza en particular^[28] porque nuestra propensión tan humana a sentirnos atraídos por los rasgos juveniles no es la única tendencia susceptible de crear problemas a los perros. A los humanos también nos atraen las cosas que son diferentes: tienden a gustarnos los animales que son más llamativos, más grandes o más pequeños que los demás. Por ejemplo, puede señalarse la

preferencia de los indios de las llanuras americanas por los caballos moteados frente a los que son de un solo color. Durante la misma época, ha sido sorprendente el efecto de los criadores de perros europeos sobre el tamaño de las razas. Si se los deja crecer independientemente de los humanos, los perros pesan entre 10 y 14 kilos, pero muchas de las razas desarrolladas en el último siglo pesan desde poco menos de medio kilo a más de 80 kilos.

Tal vez nuestro impulso a crear formas y tamaños extremos guarda relación con nuestra tendencia a ser eternamente infantiles y curiosos,

sintiéndonos atraídos por la «novedad» y el espectáculo como la mayoría de los jóvenes en lugar de preferir la estabilidad. El hecho de ser curiosos y de sentirnos atraídos por las cosas diferentes puede resultarnos muy útil de muchas maneras: es muy posible que los humanos tengamos tanto éxito debido a nuestra aptitud para enfrentarnos a entornos nuevos. En la actualidad, la conservación de la curiosidad juvenil en la adultez conduce a avances en todos los aspectos de nuestras vidas: desde descubrimientos de nuevas fuentes de alimentos hasta difíciles intervenciones quirúrgicas que salvan vidas. Pero este

interés por las cosas nuevas y diferentes no siempre mejora la vida de nuestros perros, sobre todo cuando criamos animales tan grandes que sólo viven nueve o diez años o tan pequeños que únicamente pueden alumbrar a sus crías con cirugía mayor o tan incapacitados físicamente que no pueden respirar bien. Es fácil culpar a algunos criadores y clubes de criadores, como ha llegado a ser una práctica extendida en determinados círculos, pero la inculpación no tiene ninguna utilidad. En lugar de poner a los amantes de los perros a la defensiva, resulta más útil para nuestros perros comenzar por

entender *por qué* hacemos lo que hacemos y después tomar decisiones razonadas acerca de las acciones futuras que es necesario emprender.

No es que esas personas que crían perros excesivamente grandes, excesivamente pequeños o con caras achatadas no amen a los perros. Me paso la vida entre personas que viven, crían y compiten con perros de todas las razas y puedo asegurarle que le gustaría ser tan amado como esos animales. Pero todas las virtudes, en determinados contextos, pueden llegar a generar dificultades. Nuestro interés por criar perros con ese fascinante nuevo color de

pelo o con esa carita adorable es tentador y puede conducir a características anatómicas extremas que no son convenientes para los perros. «Todo con moderación» es un buen consejo también para los criadores. Recuerdo el refrán que dice: «Nuestros vicios son los excesos de nuestras virtudes». Los perros tienen la conformación física que tienen por alguna razón y nuestra tendencia a manipular su anatomía puede ser una virtud si es moderada, pero es susceptible de incidir negativamente en el bienestar de los animales si se vuelve excesiva. Sé que esta observación

resulta dolorosa. Pero cuando estamos jugando a ser Dios, como hemos hecho durante siglos con los perros domésticos, es necesario asegurarnos de que nuestro poder no se imponga a nuestro sentido común. Después de todo, ¿no deberíamos ser sus «mejores amigos»?

7

LA VERDAD SOBRE
EL DOMINIO



Cómo se relaciona el estatus social con el comportamiento tanto en los humanos como en los perros

Los machos de la raza de perdigueros de la bahía de Chesapeake tienden a ser perros fornidos y de pecho prominente, de esos que disfrutan si los miman golpeándoles las costillas. Criados para romper el hielo para que puedan avanzar los cazadores de patos en el clima glacial de la bahía de Chesapeake, son famosos por ser

resistentes, autónomos y algo tozudos. Aunque trato de no caer en el estereotipo de las razas a fin de no enmascarar la verdadera naturaleza del perro con el que estoy trabajando, cuando Chester entró a mi consulta se parecía al clásico macho que aparece en los dibujos animados. Tenía la enorme cabeza cuadrada que se relaciona con el exceso de testosterona, tanto en los perros como en los humanos. (Piense en la estructura de la mandíbula de un hombre guapo de acuerdo con los cánones clásicos en comparación con la delicada barbilla de una mujer hermosa). Tenía la

aparición musculosa de un levantador de pesas, con la fuerza de un toro pequeño.

Yo me erguí un poco más en mi asiento, aspiré y pregunté cuál era el problema. «Agresión de dominio», me dijo John, el dueño del perro, según había diagnosticado el veterinario. Según parecía, Chester no aceptaba amablemente los correctivos de John. Cuando John le decía a Chester «No» dentro de la casa, el perro se iba corriendo al dormitorio, saltaba sobre la cama, esperaba a que John fuese tras él y entonces, mirando directamente a su dueño, alzaba la pata

y meaba encima de la almohada.

Después de conversar durante varios minutos con John inicié mi evaluación habitual, en la cual interactúo con el perro para ver qué puedo llegar a saber de él. Una de las cosas que me interesa comprobar es si un perro responderá al trato que recibe mirándome fría y duramente a los ojos. Una mirada fría es una de las demostraciones visuales que los perros de estatus elevado dirigirán a otro como una advertencia. «Retrocede, tío, o seguiré amenazándote» no sería una mala traducción de lo que el animal pretende decir con esa mirada. No es

necesario tener un doctorado para saber que uno puede crearse problemas si un perro del tamaño de Chester se mantiene inmóvil y te clava una mirada fría y dura. Aunque dé escalofríos, esa mirada directa es una señal visual útil que contribuye a explicar por qué un perro se comporta como lo hace, así que me puse a trabajar con Chester para ver si lograba que me mirase de esa manera.

A pocos perros, ya sean machos o hembras, que buscan estatus o sumisión parecen gustarles las personas que les tocan las patas. En esto son muy diferentes a nosotros: a

los humanos nos gusta estrecharnos las manos, que nos den masajes en ellas y nos hagan la manicura. Algunos perros macho se resisten especialmente a que les toquen las patas traseras y es mucho lo que se puede llegar a saber de un perro sólo con cogerle suavemente una de sus extremidades posteriores. Algunos perros lamen la mano de quien les coge la pata; otros se estremecen ansiosamente, con las comisuras de la boca retraídas en una mueca de miedo; otros se ponen rígidos y miran fijamente con ojos fríos y duros como el acero. La mayoría de los perros nunca mira de esa manera: a

menos que sea un adiestrador profesional o tenga un perro particularmente difícil, es probable que no haya visto nunca algo semejante. Yo lo vi en los ojos de un híbrido de lobo y perro que se tomó tiempo para mirarme directamente a los ojos de esa manera antes de clavarme los dientes en la mano. (Yo había arrojado un trozo de carne a un metro y medio de distancia del hueso que el animal estaba masticando. Cogí el hueso mientras el animal comía la carne y después volví a dárselo, todo ello para enseñarle a no preocuparse si alguien cogía sus «tesoros»). En menos de medio segundo,

el animal cogió el hueso de mi mano, lo escupió mientras me dirigía una mirada furiosa directamente a los ojos y después me mordió con fuerza la otra mano).

Por lo general, la mirada es una verdadera advertencia y da tiempo a actuar, dentro de no más de un cuarto de segundo, antes de ser atacado. En cuanto actúo, el perro no tiene ninguna necesidad de seguir con su amenaza y existe poco peligro. De ninguna manera provoco insensatamente a un perro hasta que no le queda otra opción que reaccionar. Mientras le toco suavemente la pata trasera,

observo su cara por el rabillo del ojo. También lo pongo aprueba tendiendo la mano hacia él cuando tiene un hueso en la boca para comprobar si su expresión cambia o si me dejará cogerle ligeramente la pata delantera después de haber tratado de retirarla. En todas estas pruebas llego a saber muchas cosas sobre el perro: cómo reacciona ante algo levemente desagradable, qué hace cuando comienza a quitarle su tesoro. Una de las maneras en que puede reaccionar un perro es quedándose inmóvil y endureciendo la mirada, una mirada relacionada con la simple agresión

ofensiva, no con la agresión defensiva motivada por el miedo, la sumisión o la indefensión pasiva. Lo veo en los perros que no están dispuestos a ceder ni un palmo y que manifiestan su voluntad de repetir la amenaza que acaban de hacer. Lo veo en los pocos perros que, en mi opinión, pueden describirse exactamente como «agresivos dominantes», igual que el híbrido de lobo y perro cuya mirada interpreté como «Ni se te ocurra volver a hacerlo» y que me escarmentó con un fuerte mordisco para que me quedase claro el mensaje.

Mientras deslizaba la mano por la

pata trasera de Chester y llegaba a levantarle la zarpa, estaba preparada para actuar en caso de que de repente el perro dejase de comportarse amistosamente y reaccionase como un perro agresivo dominante^[29]. Los ojos de Chester no cambiaron en lo más mínimo y su mirada siguió siendo blanda y líquida. Continuó meneando todo el cuerpo desde los hombros hacia atrás. Mantenía la boca abierta y relajada, con la cola baja y flexible mientras me lamía la cara. Le pedí que se acostase. El animal lo hizo, meneando tanto la cola que zarandeaba todo el cuerpo al hacerlo.

Deslicé suavemente las manos por todo su cuerpo y él me las lamió con su enorme lengua. Dejé que se incorporase, le di un hueso relleno de queso y después extendí el brazo para quitárselo. El perro alzó la mirada, me lamió la mano y seguidamente volvió a dedicarse a su hueso. Volví a extender el brazo y a quitárselo. El animal aguantaba con la boca ligeramente contraída en un rictus y me dejó hacerlo.

Chester puede haberse forjado como un luchador profesional, pero en mi consulta no actuó como un perro dominante y tampoco parecía hacerlo

en su casa. John me informó que podía acariciar a Chester en cualquier momento, acicalarlo, sacarle los cardos espinosos de la cola, quitarle los juguetes y el recipiente de la comida y echarlo de la cama sin ningún problema. A Chester le encantaban las visitas; permitía que los niños jugasen con sus juguetes, lo abrazasen efusivamente y se subiesen a él como si fuese un poni. En realidad, el único problema que tenía John con Chester era cuando pronunciaba la palabra no.

Nada de esto resultaba muy lógico. Volví a las cuestiones esenciales y pedí a John que me explicase nuevamente

cuál era el problema. John expuso que le habían advertido que los chesapeakees pueden ser muy tozudos y que era necesario dominarlos de inmediato. La primera vez que Chester se puso en cuclillas para orinar, con sólo siete semanas de vida y recién llegado a la casa, John estuvo seguro de darle un eficaz y magistral correctivo. Gritó «No» y corrió hacia Chester, lo cogió por el cogote como le había enseñado el criador y lo zarandeó con fuerza. Esto sucedió varias veces en los días siguientes y en cada una de ellas la potencia sonora del «No» fue más fuerte y mayor la

intensidad del zarandeo. Por muy cachorro que fuese ese duro perro de caza, no recibió ningún mimo. Al segundo día, Chester se orinó, como suelen hacer los perros sumisos que están asustados, y seguidamente John gritó «No» extendiendo el brazo hacia el animal. Pero cuando Chester bajó las orejas, se acurrucó y orinó, John se dio cuenta de que se había excedido en su correctivo e inmediatamente dejó de acosar al animal. Esta misma escena se repitió varias veces a lo largo de las dos semanas siguientes.

A partir de aquí es posible relacionar los hechos. Chester

aprendió que si orinaba cuando John decía «No», éste interrumpía su carga ofensiva. Más adelante Chester aprendió a combinar la acción de orinar con un divertido juego de «píllame si puedes» que consiguió enseñar a John y terminó por convertirse en retozos encima de la cama que finalizaban cuando el perro alzaba la pata sobre la almohada. La mirada que el perro dirigía a John desde la cama probablemente no era una amenaza fría. Apostaría que Chester simplemente observaba a John para ver qué haría a continuación. Sospecho que a Chester, como a

muchos adolescentes, le encantaba observar a sus mayores desesperados por la frustración y había descubierto la tecla que debía pulsar para sacar a John de sus casillas. En esta situación Chester no era exactamente una víctima indefensa: había asimilado lo aprendido y lo utilizaba para desesperar a John, pero eso dista mucho de la agresión de dominio. Después de todo, ¿cuál era la agresión? Chester ni siquiera le había gruñido a John en ninguna ocasión, por mucho que él se esforzase en dominarlo. Fue posible darle la vuelta al comportamiento cambiando la

palabra de corrección de John, que pasó a ser «Mal» en lugar de «No». Chester aprendió que si interrumpía lo que estaba haciendo al escuchar «Mal» le esperaba algo bueno. En adelante se mostró encantado con el nuevo juego y las últimas noticias que tuve de ellos eran que John no tuvo que cambiar las sábanas de su cama por culpa del perro.

¿Dominio?

El comportamiento de Chester tenía poco que ver con la agresión de dominio. Era una respuesta de un perro

listo que había aprendido a manipular un correctivo inadecuadamente agresivo por parte de su dueño. En ese caso ello no condujo a un problema real porque el dueño del perro fue lo suficientemente sensato como para buscar ayuda antes de hacer caso a un diagnóstico incorrecto y seguir algunos consejos equivocados de sus amigos. Pero el diagnóstico erróneo de agresión de dominio y los consejos equivocados para que «domine a su perro» crean muchos problemas y a veces los resultados pueden destrozarle el corazón.

Nunca me olvidaré de la cinta de vídeo en la que aparecía Scooter, un

cachorro de golden retriever de dieciséis semanas. En cuanto uno veía a Scooter con sus grandes ojos, su suave pelo dorado, su carita de cachorro y sus patas desproporcionadamente grandes sentía deseos de llevárselo a casa y prodigarle mimos. Lamentablemente, el perro está muerto. Se le practicó la eutanasia a los cuatro meses de edad por agresión de dominio como consecuencia de los horrorosos consejos que los adiestradores de perros habían dado a sus bienintencionados dueños. Scooter, igual que la mayoría de los perdigueros, estaba obsesionado con los objetos. Adoraba los juguetes. El día que llegó a

la casa de sus dueños la recorrió orgulloso sin encontrar nada que pudiese llevarse a la boca. Los dueños responsables llevaron a Scooter a las clases para cachorros y preguntaron a los entrenadores qué debían hacer cuando el perro robaba calcetines de la colada, cogía el mando a distancia de la mesita del salón (siempre es la favorita de los perros) o se apoderaba de los zapatos del armario. «¡Debe hacer lo que hacen los lobos! —dijeron los adiestradores—. Coja al perro por el cogote y dele un zarandeo. Grite “No” con voz bien fuerte y enérgica. El perro debe entender inmediatamente que la

situación está bajo su control, que usted es el dominante y que él no puede marcharse con las cosas robadas».

Los dueños obedecieron: pude comprobar sus esfuerzos en la cinta de vídeo. Scooter, en las primeras fases de este tratamiento, se veía confundido y asustado. El perro daba un respingo cuando su dueña (que tenía un aspecto tan desdichado como el suyo) lo sorprendía llevando en la boca un juguete del niño; seguidamente lo cogía por la piel del codo y lo zarandeaba mientras repetía «no» una y otra vez. Pero Scooter no soltaba el juguete. Pienso que ni se le ocurría hacerlo.

Todo lo que Scooter sabía era que su dueña lo atacaba. El animal tensaba los músculos, cerraba los ojos, trataba de adoptar una postura de apaciguamiento y esperaba a que su dueña se marchase. Pero por supuesto, como no había soltado el juguete, su dueña gritaba más fuerte, con el rostro a escasos centímetros de la cara del perro, y volvía a zarandearlo. A medida que la cinta continúa, Scooter empieza a gruñir cuando su dueña lo zarandea con la cara casi pegada a la suya, hasta que el perro termina por abalanzarse sobre la mujer.

La última escena es realmente espeluznante. En ella Scooter, con ojos

desorbitados, se abalanza gruñendo sobre su desafortunada dueña cuando la mujer extiende el brazo para recoger el juguete caído a sus pies. Todavía me siento mal cuando pienso en la muerte del animal. Sin embargo, Scooter no era un angelito. Su sentido de posesión de los objetos era extremado y por mi parte nunca lo habría confiado a una casa con niños pequeños. Pero hablé con la técnica veterinaria a la que recurrieron en la última etapa y la mujer dijo que el cachorro nunca había gruñido en ningún otro contexto, que adoraba a los hijos pequeños de la familia y que su comportamiento en las clases de

obediencia era modélico. Por supuesto, muchos perros no responden agresivamente a las amenazas y los duros castigos, pero el consejo que recibieron los dueños de Scooter para resolver el problema del exagerado sentido de posesión del perro empeoró mucho las cosas, hasta que desembocaron en la muerte del animal. Lo más triste de este caso es que los perros que se muestran posesivos con los objetos pero son dóciles en todos los demás contextos responden positivamente y con gran rapidez al tratamiento, y que es posible enseñar a los cachorros de tres meses a entregar

mansamente lo que llevan entre los dientes. Si los perros se enteran de que van a obtener una recompensa maravillosa cuando el dueño extiende el brazo para quitarles su «tesoro», rápidamente aprenden a ceder lo que han conseguido a cambio de lo que van a recibir. Al cabo de unos meses de adiestramiento, mediante la utilización del refuerzo positivo en lugar de la violencia, casi todos los perros soltarán el objeto cuando se lo pidan tranquilamente, aunque el dueño no tenga un regalo en la mano. En una ocasión recompensé a un cachorro de border collie de cinco meses por

entregarme un cadáver de conejo putrefacto, que después le devolví y le permití tener durante unos minutos. La gente que observaba estaba horrorizada, pero el animal quedó marcado por esta experiencia y desde entonces confía absolutamente en mí.

Me gustaría que historias como las de Scooter y Chester fuesen poco frecuentes, pero no es así. De la misma manera que a la gente se le enseña que «la letra con sangre entra», durante años se ha aconsejado a los dueños de mascotas «imponer su dominio sobre el perro», y a menudo imponer el dominio significa actuar con agresividad. Hasta

en el libro *How to Be Your Dogs Best Friend*, que ha sido un ejemplo para mí y para un millón más de personas como mínimo, se aconsejaba a los dueños de perros emplear métodos de una cierta dureza para llegar a dominar a los animales. El método consiste en arrojar a los animales al suelo y hacerlos rodar sobre sus lomos para asegurarse de que sus perros los acepten como líderes. El autor principal del libro, Job Michael Evans, dijo más tarde que lamentaba profundamente haber dado ese consejo.

Los perros sanos y bien socializados no fuerzan a otros perros a echarse al suelo. Los individuos sumisos inician

esa postura por su cuenta. La postura es una señal de demostración de un animal a otro, una señal de apaciguamiento, no el resultado de un movimiento de la lucha cuerpo a cuerpo. Obligar a los perros a la «sumisión» y gritarles en la cara es una manera estupenda de provocar una agresión defensiva. En semejante situación es lógico que el perro muerda o que al menos amenace. Dentro de su esquema social, usted actúa de un modo inconcebible, absolutamente irracional. Porque un lobo maduro nunca atacaría a un cachorro que ya tiene algo en la boca. Podría gruñirle para que desista de

coger un objeto situado entre ambos, pero una vez que el cachorro tiene el objeto entre los dientes el lobo adulto no se lo quitaría. Los lobos maduros son sorprendentemente tolerantes con los cachorros, y hasta les permiten que les roben los juguetes, les mordisqueen la cola y los acosen incansablemente. Además, los lobos hacen muchas cosas que no tenemos por qué imitar, desde comerse la placenta de los recién nacidos hasta matar a los visitantes de otras manadas. Por lo tanto, recomendar a los humanos que hagan algo simplemente porque se supone que lo hacen los lobos no es precisamente un

argumento convincente. Por otra parte, los perros no reproducen el comportamiento de los lobos. Y ésta es la cuarta razón por la cual no debe utilizar un método agresivo con su perro: en primer lugar, los perros no son réplicas de los lobos; los lobos no utilizan el método de empujar a los otros lobos y hacerlos rodar por el suelo para disciplinarlos; la acción provoca una reacción defensiva y, a veces, agresiva, y le enseña a su perro a desconfiar de usted.

El consejo de utilizar amenazas para imponer su dominio sobre su perro se ha generalizado hasta límites increíbles. En

todas partes los dueños y los adiestradores de perros lo han aceptado, igual que lo han hecho los veterinarios, los adiestradores de la policía y el vecino que vive unas casas más abajo. Pienso que conviene preguntarse por qué personas que nunca pegarían a sus hijos aceptan con tanta rapidez, incluso contra sus instintos, el consejo de «expertos» que recomiendan maltratar físicamente a sus perros para conseguir «dominarlos». Sospecho que se basa, aunque sin excesivo rigor y de manera incorrecta, en una verdad esencial que todo ser humano entiende intrínsecamente: el estatus social es importante, tanto para

las personas como para los perros, y todos lo sabemos.

Cualquier humano, incluso el más carente de aptitudes sociales, puede entrar en una habitación llena de extraños y reconocer rápidamente a la persona con un estatus más elevado. Los demás se agruparán alrededor de esa persona convirtiéndola en el centro de atención. Dicha persona tendrá más probabilidades de que los demás le sirvan comida y bebidas, le abran la puerta y traten de atraer su atención. También puede detenerse a observar quién toca a quién: cuanto más elevado es el estatus social de una persona,

menos probable es que los demás la toquemos sin su permiso. Piense en cómo reaccionaría si conociese a algún personaje de la realeza y en la probabilidad de acercársele rápidamente para darle un abrazo. ¿Se acuerda de aquella ocasión en que la reina de Inglaterra visitó Estados Unidos y unas mujeres de Nueva Jersey le dieron un efusivo abrazo? La británica se quedó espantada. Pero si la reina hubiese querido, habría iniciado ella el abrazo y nadie hubiese hecho ningún comentario^[30].

La gente puede alcanzar un estatus elevado de diferentes maneras, pero sea

cual sea el modo en que lo ha conseguido y sin tener en cuenta si se considera justo o no, los individuos con un estatus social muy elevado pueden hacer cosas que a los demás les están vedadas. Erik Zimen, uno de los más destacados investigadores acerca del comportamiento de los lobos, una especie con una profunda conciencia del estatus, lo expresa así en el libro *Wolves of the World*: «La relación de dominación entre dos animales se expresa por el grado de libertad social que cada uno de ellos se permite durante un encuentro». Sin duda, siguen existiendo limitaciones sociales en

aquellos que detentan el poder en nuestra especie y en otras, pero esas limitaciones son menores en quienes tienen poder que en los demás. Recientemente vi al gobernador de Minnesota alardeando en la televisión de que superaba el límite de velocidad cuando le daba la gana conduciendo a 270 kilómetros por hora sin exponerse en ningún momento a que le pusiesen una multa. Tenía la certeza de que su estatus social como gobernador le confería libertades que los demás no gozamos. Con independencia de que el exceso de velocidad (y alardear al respecto) le parezca objetable o no, todos

entendemos que el estatus social del gobernador es más elevado que el de los demás. Es algo generalmente aceptado. (Por cierto, ahora me vienen a la memoria las conferencias en la Sociedad de Comportamiento Animal, en las cuales los científicos de renombre pueden ir vestidos con ropa informal y hacer chistes que los estudiantes de licenciatura nunca harían).

La importancia del estatus social es tan evidente en las interacciones entre perros que nos recuerda diariamente lo importante que resulta para ellos. Igual que los chimpancés, que utilizan cada ceremonia de saludo para dejar claro su

rango, los perros emplean posturas similares para comunicar su estatus social cada vez que se encuentran. Observe las colas de dos perros mientras se saludan y podrá hacerse una buena idea de la importancia que se atribuye cada uno de ellos en relación con el otro. Obsérvelos y compruebe cuál de los dos levanta la base de la cola y quién mantiene la cola baja (la base de la cola es la parte importante, no la punta). En algunos casos las diferencias son extremas: mientras uno de los perros mantiene la cola elevada como si fuese una bandera, el otro la baja sumisamente. En otros casos las

diferencias en la postura de la cola podrían ser más sutiles, pero todas las posturas corporales contienen también señales; uno de los perros podría inclinarse más hacia delante que el otro, tal vez irguiendo más el cuerpo, con las orejas caídas hacia delante en lugar de hacia atrás: ése es el perro con estatus social más elevado. Si ambos perros parecen el espejo uno del otro, con la cola en alto y el cuerpo erguido y tieso, entonces lo conveniente sería distraerlos para que desvíen su atención hacia otra cosa. Ambos perros están comunicando que les gustaría ostentar el rango social más elevado y raramente resulta nada

bueno del encuentro entre dos trepadores sociales.

Los perros también ponen de manifiesto la importancia que conceden a la jerarquía al orinar siguiendo un orden específico: los perros de estatus más elevado «sobremarcan» la orina de los demás. Lo veo en mi casa por la noche. Antes de que subamos las escaleras para irnos a la cama, saco a los perros para que hagan el último pipí del día. Cuando iniciamos esta rutina, Pip, la última en la escala jerárquica, era la primera en orinar, mientras que Lassie y Tulip esperaban a que terminase para mear encima del pis de

Pip; Lassie lo hacía en segundo lugar, seguida por Tulip. Ése es el orden que se observa entre los lobos, en el cual los individuos de estatus más elevado sobremarcan la marca de orina de los sujetos de estatus más bajo. Si tiene un grupo de perros, especialmente del mismo sexo, deténgase a observarlos para comprobar si existe un orden en el acto de orinar y si uno de los animales sobremarca la orina de los demás. Últimamente se ha producido un cambio en la rutina de mis perros porque el invierno pasado me cansé de salir a coger frío a las diez de la noche mientras los cuatro perros se ponían a

olfatear en busca de rastros de ardillas. Empecé a darles regalos en cuanto terminaban para que se diesen más prisa (¡funciona de maravilla!). Ahora tienden a prestar un poco menos de atención al orden en que orinan para centrarse más en el regalo, pero aún así he visto a Pip orinar sobre el charco dejado por Lassie, y con toda seguridad Luke esperará a que Pip se haya ido para poder orinar encima de ese charco.

El estatus social también es evidente en el juego y, a pesar de que en ese contexto se pasan por alto muchas diferencias sociales (lo mismo que sucede en nuestra especie), dichas

diferencias no son irrelevantes. Tulip cogerá la pelota de Pip, pero Pip se mostrará respetuosa con Tulip aunque pueda conseguir la pelota primero. Nunca he tenido un perro al que le gustase tanto jugar a la pelota como a Pip, pero la reina Tulip goza de mayor prestigio social que Pip y eso significa que coge la pelota si así lo desea. A veces no la quiere porque, igual que las demás reinas, Tulip tiene el privilegio de decidir qué es importante y cuándo.

Los humanos y los perros están predispuestos a tener sistemas sociales jerárquicos porque ambas especies necesitan maneras de resolver los

conflictos que surgen inevitablemente en la vida en grupo. Estos conflictos potenciales pueden incluir quién acude a la puerta primero, quién consigue el mejor lugar para dormir o quién es amigo de quién. Como los humanos sabemos bien, uno de los modos de resolver estos conflictos es mediante la pelea. Pero la pelea no es la mejor solución cuando los conflictos se producen repetidamente a lo largo del día: se requiere muchísima energía y resulta peligroso. Los individuos pueden evitar la pelea cada vez que surge un conflicto con un sistema de jerarquías sociales en el cual a cada uno le

corresponde un rango determinado dentro del grupo. Ésta debe ser una solución razonablemente aceptable para resolver los inevitables conflictos que surgen de la vida en grupo porque es omnipresente en el mundo de los animales sociales. El rango de un individuo puede variar y en las sociedades igualitarias es sumamente cambiante, pero la posición de cada individuo es tan real, en todo momento, como su presencia física.

Analizándolo con perspectiva

Debo admitir que preferiría evitar este tema del estatus social porque está convirtiéndose en algo tan polémico y con tanta carga emocional en el mundo del adiestramiento de perros que me arriesgo a recibir un correctivo equivalente a un collar de descargas eléctricas por el hecho de plantearlo. En lugar de analizar el concepto global de estatus social, en el adiestramiento de perros se ha puesto el acento en el «dominio» y en perjuicio de nuestros perros con frecuencia se ha equiparado el dominio con la agresión, a pesar de que son cosas muy diferentes. Pero confundir el dominio con la agresión es

algo tan común que en algunos círculos toda alusión al dominio es políticamente incorrecta. Algunos doctores en comportamiento animal, veterinarios especializados en comportamiento animal y adiestradores se oponen rotundamente incluso a la utilización de la palabra *dominio*. En un encuentro profesional, la palabra llegó a tener tal carga que Wayne Hunthausen, un veterinario especializado en comportamiento animal, y yo comenzamos a llamarla jocosamente «el concepto anteriormente llamado dominio», completándola con su propio icono, tal como hizo el cantante Prince.

Sin embargo, estoy de acuerdo con quienes objetan el empleo de esta palabra, pues ha sido usada de manera tan inadecuada que dan ganas de suprimirla de nuestro vocabulario.

Pero no podemos eludir el hecho de que los humanos y los perros proceden de animales que viven dentro de un sistema social escrupulosamente organizado. Nuestra relación con los perros será más provechosa si tratamos de entender la manera en que se organizan los sistemas sociales en ambas especies a fin de determinar el modo en que ese conocimiento podría incidir en nuestro comportamiento con

los perros.

Para obtener cierta perspectiva sobre esta compleja cuestión conviene analizar la manera en que diferentes especies se relacionan unas con otras. Un buen punto de partida es comenzar por nuestros parientes más cercanos, los chimpancés y los bonobos. En la sociedad de los chimpancés se dedica muchísima energía social a la jerarquización, principalmente por parte de los machos. En la sociedad de los chimpancés el dominio lo ejercen los machos y los machos con un estatus elevado tienen más libertad social que las hembras. Los chimpancés macho alfa

tienen acceso a los mejores alimentos y pueden mantener relaciones sexuales con las hembras cuando éstas tienen mayores probabilidades de concebir^[31]. Cuando los machos de rango superior van de un lado a otro reciben mayores atenciones y cuidados y un trato más respetuoso. Son saludados por los miembros de rango inferior con demostraciones de sumisión que todos reconoceríamos inmediatamente. El individuo de rango inferior puede tender una mano, inclinarse hacia el suelo, agacharse en actitud sumisa con la mirada baja o mostrar los genitales.

El estatus en los chimpancés macho

es particularmente interesante porque se basa en la formación de coaliciones, en las cuales ningún macho individual puede conseguir y mantener el poder sin contar con un grupo de apoyo. Las hembras también pueden participar en esos cambios de poder fundamentalmente masculinos. En su libro *Chimpanzee Politics*, Frans de Waal describe a un macho recientemente ascendido que sufría el hostigamiento de otros que todavía no habían aceptado totalmente su liderazgo. El grupo se abalanzó sobre el animal (los chimpancés tienen enormes dientes y pueden hacer mucho daño), que logró

subirse a la copa de un árbol, desde donde empezó a chillar y a expresar su miedo con elocuentes muecas. La hembra de más edad y mayor rango trepó al árbol, le dio un beso y lo acompañó en el descenso, manteniéndose a su lado para concederle la aceptación de su posición. El animal terminó por asumir el mando de la colonia, pero sólo con el respaldo de una coalición de machos que le dio su apoyo y gracias a ulteriores intervenciones de la hembra mayor. Las hembras mayores de la colonia desempeñan un papel sumamente importante como mediadoras en los

conflictos entre los machos. En muchos casos, una hembra mayor hará posible una reconciliación entre dos machos rivales, calmando a uno con besos, acicalándolo y después cogiéndolo de la mano para llevarlo a sentarse junto a su rival; ella se sentará entre ambos hasta que las tensiones se hayan disipado lo suficiente como para dejarlos interactuar directamente. Este papel de las hembras en apoyo de determinados machos y alentando las reconciliaciones entre machos rivales es común en las sociedades de chimpancés. (Y no sólo en éstas... ¿A usted le resulta familiar?).

Los bonobos también concentran

mucha energía en el estatus social, pero se diferencian de los chimpancés en dos aspectos muy importantes. Los chimpancés suelen emplear demostraciones de amenaza en las que abundan los movimientos de los brazos blandiendo ramas, los gritos, los golpes y a veces serias peleas motivadas por las luchas por el poder. A Shakespeare le hubiesen encantado los chimpancés, pero el canal de Playboy preferiría a los bonobos. En televisión no se ven tantos documentales sobre bonobos como de chimpancés porque los bonobos no son considerados aptos por las emisoras americanas para mostrarlos en los

horarios de mayor audiencia. A diferencia de los chimpancés, los bonobos resuelven los conflictos con el sexo^[32]. Los bonobos, la especie que practica «todo el sexo posible en todo momento», mantienen relaciones sexuales unos con otros con la misma libertad con que nosotros nos estrechamos las manos (aunque, igual que nosotros, evitan el incesto). Mantienen relaciones heterosexuales y homosexuales, y practican el sexo frontal, el sexo oral y el sexo a cambio de una manzana. Y eso es antes del desayuno. Los bonobos personifican el lema «Haz el amor, no la guerra»,

porque resuelven las tensiones y los conflictos sociales con el sexo en lugar de hacerlo con las amenazas y la agresión. (En los momentos más frívolos, cuando me asombro de nuestra propia especie —cosa que me sucede casi continuamente— me pregunto si los humanos no ejemplificamos los extremos de los chimpancés y de los bonobos: respondemos rápidamente con agresividad si nos amenazan y estamos obsesionados con el sexo). Igual que los chimpancés, los bonobos tienen un profundo sentido de la jerarquía social, pero en los bonobos la jerarquía principal aparece entre las hembras y no

en los machos.

Este énfasis en el rango social no se limita a los primates^[33]. Se ha encontrado en un gran número de especies en las que existe la posibilidad de competición interna por los recursos. Las avispas, las hienas e incluso mi propio y reducido rebaño de ovejas tienen un líder evidente y una jerarquía social^[34]. Mi Harriet es una oveja vieja y sabia que parece salida de la película *Babe* y es la que toma todas las decisiones sobre cuándo y adónde debe desplazarse el rebaño. También las vacas tienen una jerarquía, como muchos lecheros novatos han llegado a saber

cuando trataron de distribuir las en el establo en el orden «incorrecto». Las mismas vacas deciden cuál va primero y un granjero sensato entiende la importancia de las convenciones sociales entre sus vacas y las deja actuar por su cuenta. Las ovejas y las vacas conceden tanta importancia a la jerarquía que los perros pastores pueden reconocer a la líder de un grupo en cuestión de segundos, aunque sea la primera vez que se enfrenten al rebaño. Cuando un border collie con experiencia corre en un círculo amplio para que las ovejas lo sigan, volverá la cabeza cada pocos segundos para observar al

rebaño. Los adiestradores de border collies (yo incluida) creen que sus perros están comprobando la respuesta de las ovejas a sus movimientos y se giran para ver cuál detenta el liderazgo. Ésa es la oveja en la que debe centrarse el perro cuando comienza a acecharlas porque es la que tiene el poder de decidir cuándo y adónde desplazarse.

Algunos perros se centrarán en la oveja que ejerce el liderazgo con tanta intensidad que prácticamente dejarán de ver al resto del rebaño. De vez en cuando Lassie, mi border collie de ocho años, sigue descuidándose y permite que las rezagadas se desvíen del rumbo

mientras ella no pierde de vista a la oveja líder. Puesto que el resultado es que me trae de vuelta una oveja en lugar de treinta, debo recordarle que en realidad yo necesito a *todas* las ovejas. Entonces la perra se detiene, mira alrededor, recupera a las ovejas que van detrás y después vuelve a girarse hacia la oveja líder. No sé qué es lo que piensa, pero imagino que debe de ser algo así como: «Sí, sí, ya sé que las quieres todas, ¡pero ésta es la importante!».

«La importante» es un concepto que los humanos también entendemos intuitivamente debido a nuestra

percepción, consciente o no, del estatus social.

Somos lo que comemos

Recientemente se ha producido cierta confusión en el mundo del adiestramiento de perros acerca del papel que tienen el estatus y la jerarquía en el comportamiento canino. Algunas personas sostienen que las jerarquías de la manada al estilo de los lobos no tienen relación con los perros, porque nuestros perros domésticos probablemente proceden de los perros carroñeros de las aldeas, que no vivían

en manadas como los lobos. Es probable que la imagen histórica de perros alimentándose de residuos de los humanos, como hacen las palomas y las ratas, no resulte muy romántica, pero es un excelente argumento y merece atención^[35]. Estos perros de aldea, o perros «parias», se encuentran en los alrededores de los asentamientos prácticamente en todo el mundo. Son más pequeños que los lobos (pesan de 12 a 14 kilos), se muestran menos huraños ante las cosas novedosas que los lobos y la característica más importante para nuestra investigación es que no necesariamente viven en

compactas formaciones de manadas como los lobos. El número limitado de observaciones que tenemos sobre los perros de aldea indica que viven solos o en grupos pequeños con escasa organización. Los lobos cazan principalmente grandes presas como alces y ciervos y dependen de su cohesivo sistema de manada para coordinar la cacería y eliminar las continuas peleas por el botín. Cada lobo individual tiene su propio estatus social en relación con los demás.

Puesto que las relaciones sociales de los perros carroñeros de las aldeas parecen ser diferentes a la estructura

social de las manadas de lobos, algunos adiestradores de perros sostienen que el estatus social y la jerarquía son irrelevantes para nuestros perros mascota. Pero dicha afirmación da la impresión de no ajustarse a la lógica, teniendo en cuenta lo que sabemos sobre el comportamiento de nuestros perros; además, no incluye la comprensión de la interacción que se produce entre el comportamiento y el entorno. Aunque la investigación científica dirigida a analizar la estructura social de los perros domésticos es notablemente escasa, es mucho lo que sabemos acerca de la formación de la estructura social

en los animales salvajes y podemos utilizar ese conocimiento para informarnos sobre las relaciones que mantenemos con nuestros perros.

Como muchas especies intrínsecamente sociales, los cánidos presentan una enorme flexibilidad en la manera en que estructuran sus interacciones. Por ejemplo, los coyotes de Wyoming viven en manadas durante el invierno, cuando se alimentan principalmente de alces. En otras épocas, cuando no disponen de alimento de alta calidad en una localidad cercana, los coyotes se separan y pasan a alimentarse de mamíferos pequeños,

lagartos y bayas. Vivir juntos no aporta ninguna ventaja cuando el escaso alimento disponible se halla disperso por todas partes. Cambios similares en la estructura social se producen en muchas especies, incluidos los primates, cuando se altera la distribución de los alimentos. Muchas especies, llamadas «especies facultativamente sociales», se separan cuando la comida es insuficiente, pero vuelven a vivir en grupos en cuanto la disponibilidad de alimento lo permite. La distribución uniforme de un alimento de baja calidad (como lagartos y bayas para los coyotes y desperdicios para los perros de aldea)

por lo general conduce a una estructura social relativamente inarticulada. No existe ninguna ventaja en buscar comida como grupo en un vertedero de basura y no hay motivos para pelear por los huesos desechados y las latas de sopa vacías si es posible encontrar alimentos similares dispersos por todo el entorno. Pero si esos mismos individuos abandonan ese tipo de fuente de alimentos y comienzan a vivir en un entorno en el cual la comida es de alta calidad pero distribuida de una manera menos uniforme, tendrán más éxito si se organizan en grupos, y los grupos necesitan ciertos mecanismos sociales

para evitar conflictos serios por el botín.

Este carácter variable de la sociabilidad puede explicar por qué los perros domésticos se comportan como si concediesen importancia a la jerarquía social, aunque procedan de los perros carroñeros de las aldeas que podrían tener menor interés en mantenerse al corriente de las categorías sociales. En verano los perros carroñeros que viven de la basura y las sobras están en un nicho ecológico similar al de los coyotes. Pero si se coloca a esos mismos perros en una situación de vida en grupo en la que disponen de

alimentos sumamente apetitosos procedentes de un único lugar central, entonces todo cambia. He visto varios perros callejeros «rescatados» que, después de andar por las casas con aire acondicionado de sus dueños y de alimentarse con comida orgánica para perros preparada con pollo y cordero, empezaron a entender las ventajas de asumir una jerarquía. A diferencia de los perros que no tienen más alternativa que buscar en la basura envases de alimentos vacíos y heces humanas, nuestros perros domésticos se hallan sentados sobre una verdadera mina de oro de recursos, desde alimentos para

gastrónomos hasta masajes gratis cada noche. Si eso no es algo por lo que vale la pena competir, entonces no sé cuáles serían las cosas que lo justificarían.

Una hipótesis aceptable es que aunque el estatus social es sumamente relevante para los perros, están mucho menos obsesionados con él que los lobos. Los perros se parecen más a los lobos jóvenes que a los adultos, y los lobos jóvenes se interesan menos por las jerarquías sociales que los adultos. El estudio de Erik Zimen sobre los lobos (en *Wolves of the World*) mostraba que «las diferencias de categoría son más acentuadas entre los lobos de rango más

elevado, menos claras entre los lobos de rangos inferiores y los jóvenes e inexistentes entre los cachorros». Aunque, por supuesto, en los humanos es mucho más complicado, esto también se aplica a nuestra especie. Los niños pequeños no son en absoluto conscientes del estatus, pero a medida que maduramos debemos aprender que algunas personas son más iguales que otras.

Incluso dentro de la categoría de los perros domésticos, sospecho que, cuando finalmente lleguemos a realizar alguna investigación aceptable y rigurosa sobre el sistema social,

encontraremos que se asignan diferentes niveles de importancia al estatus en función de la manera en que viven los perros. Veo muchos más problemas de comportamiento relacionados con el estatus en perros alojados en las casas que en perros que viven en casetas o atados en los patios. Por lo tanto, debemos ser cuidadosos cuando hablemos del comportamiento social de los «perros», porque el mismo perro puede actuar de manera diferente de acuerdo con el entorno en que viva.

La verdad sobre el dominio

La comprensión del estatus social adquiere especial relevancia porque la mala interpretación de lo que significa el «dominio» ha conducido a un comportamiento escandalosamente abusivo, hasta tal punto que el tradicional adiestramiento de obediencia podría sintetizarse en la siguiente frase: «Hazlo porque te lo digo yo y si no lo haces, te castigaré». La presunción parecía ser que los perros deberían hacer lo que decimos porque lo decimos nosotros: después de todo, nosotros somos los humanos y ellos los perros, y sin lugar a dudas los humanos tienen un estatus social más elevado que los

perros. Si un perro no obedece está desafiando al estatus social de su dueño, por lo cual es necesario disciplinarlo a la fuerza para mantenerlo en su sitio. Por desgracia, la actitud de que debemos imponer nuestro dominio sobre nuestros perros mediante la fuerza física funciona en ciertos casos, en particular con los perros bonachones y relativamente curtidos como los de algunas razas de cazadores. Criados para ser resistentes y adoptar la actitud de «no rendirse nunca», muchos de estos perros aceptan con calma los rudos correctivos y las «demostraciones de dominio». Pero este enfoque aterroriza a muchos perros y les

lleva a temer a sus dueños o a volverse defensivamente agresivos porque perciben que pueden ser atacados en cualquier momento.

Hace unos años tuve como clientes a dos mujeres que me dijeron que su perro, una cruce de perro ganadero, era desobediente y muy dominante. Cuando les pregunté por qué creían que el animal era dominante, respondieron: «Porque ofrece mucha resistencia a tumbarse de espaldas». Les pedí que me lo demostrasen para que pudiese observar al perro. Una de las mujeres, una persona aparentemente amable y afectuosa, cogió al perro por el cogote,

le dio una vuelta en el aire y lo dejó caer en suelo sobre el lomo. Tal como le había enseñado un adiestrador de su zona, seguidamente se puso encima del jadeante animal y le gruñó en la cara. Todo sucedió con tanta rapidez que no pude detenerla una vez que empezó. No podía dejar de pensar en lo que estaría sintiendo el pobre animal. Me había quedado estupefacta y era incapaz de reaccionar. Felizmente, las dueñas del perro estuvieron encantadas con la indicación de eliminar esos métodos de su repertorio. Detestaban ponerlos en práctica, pero se sentían obligadas a hacer lo que les habían aconsejado.

Ese desdichado perro ganadero es sólo un ejemplo de los millones de perros sometidos a maltrato físico bajo la apariencia de adiestramiento en todo el mundo cada año. Muchos humanos equiparan «dominio» con «agresión» y se adhieren rápidamente al uso de la agresión para conseguir lo que quieren. La ironía es que el dominio es realmente un supuesto social diseñado para disminuir la agresión y no para propiciarla. Un sistema social jerárquico permite a los individuos resolver los conflictos sin tener que pelear. Todo individuo que goce verdaderamente de un estatus social

elevado dispone del poder suficiente como para no tener que recurrir al uso de la fuerza. Puede afirmarse que la fuerza refleja realmente la ausencia de poder real, porque cuando se tiene auténtico poder no es necesario apelar a ella. Yo podría decirle que se «siente y no se mueva» de su silla y, si mi estatus social estuviese muy por encima del suyo, mis palabras tendrían el poder de conseguir que usted me obedeciera. Pero si yo no tengo suficiente poder relacionado con el estatus, tendría que amenazarle con un revólver o, peor aún, con mandarle a mis cuatro perros a su casa durante una semana. En otras

palabras, si yo descubriera la manera de ejercer la fuerza suficiente podría conseguir que usted me obedezca, pero sólo necesitaría esa fuerza si no tuviese bastante poder como para lograrlo.

«Estatus», «dominio» y «agresión» son cosas completamente diferentes y no es nada bueno para nuestros perros que las confundamos. El estatus es una posición o un rango en el seno de una sociedad, mientras que el dominio describe una relación entre individuos en la que uno tiene un estatus más elevado que otros en un contexto determinado. *La agresión no es necesariamente un componente del*

dominio. La agresión, según la definen los biólogos, es una acción que se propone causar daño, mientras que el dominio es una posición dentro de una jerarquía. Una revuelta sangrienta en la que resulta muerto un monarca es un ejemplo de agresión humana, no un ejemplo de jerarquía social. Ese monarca, presidente o líder de la manada podría haber sido escogido sin violencia, tal vez a través de relaciones familiares con anteriores monarcas o mediante una elección. Así, la agresión o la amenaza de agresión pueden usarse para alcanzar un estatus social más elevado, pero no suelen ser necesarios.

Mi amiga Beth Miller, adiestradora de perros, dice que Luke es un «alfa natural». Luke es un perro tranquilo y confiado, que está seguro del lugar que ocupa en el mundo y no parece sentir ninguna necesidad de demostrarlo. Saluda a los perros visitantes con una seguridad afable, irguiendo la cola y las orejas, como si fuese el Único Perro Macho de la granja^[36]. Sin embargo, Luke ha tenido muchísimas oportunidades de mostrar agresión. Trabaja conmigo en las sesiones semanales en las que trato los casos de agresión perro-perro y ha tenido innumerables ocasiones de hacerlo

cuando otros perros han tratado de crearle problemas. (No se preocupe, que no le hago correr el riesgo de sufrir lesiones físicas). Pero el hecho de que Luke sea un perro con un estatus social elevado, «dominante» sobre los demás perros, no significa que sea agresivo. Si un perro le ladra y se abalanza sobre él, Luke se limita a girar la cabeza, desviando la tensión, y no le da al otro perro ninguna razón para que pueda usarla contra él. El único comportamiento que Luke no toleraría es ser montado por otro macho. A menos que un perro esté excitado, montar a otro perro es una afirmación del estatus

social y no tiene que ver con el sexo. Si un perro comienza a montar a Luke, éste dirigirá al animal un breve gruñido, a veces acompañado de una embestida, dejándole claro que puede defenderse y que lo hará si lo desafían. Los perros aceptan esa demostración de estatus y lo respetan sin que se produzcan incidentes^[37].

El concepto anteriormente llamado dominio

Si el dominio no es lo mismo que la agresión, ¿entonces qué es? Tal como se

utilizaba hace unas décadas en el estudio del comportamiento animal, el término *dominio* describía una relación entre dos animales. Se definía dominio como «el acceso prioritario a recursos preferidos y limitados», ni más ni menos. El dominio hace referencia, por ejemplo, a quién consigue imponer su deseo en una situación en la que hay un hueso en el suelo que es codiciado por dos individuos. O a cuál es el macho que consigue reproducirse con la chimpancé hembra cuando son dos los machos que aspiran a hacerlo. Es el acceso prioritario (yo lo consigo primero) a recursos (el mejor alimento,

el mejor lugar para dormir, el mejor despacho, etc.) preferidos (yo *realmente* lo quiero) y limitados (no hay suficientes para todos).

El aspecto del dominio que es importante para los dueños de perros es la libertad social que lleva aparejada. Algunos perros no dejarán de acosarle hasta conseguir que les haga mimos, pero más tarde le gruñirán si quiere acariciarlos cuando están acostados en sus cestos. Los perros que buscan tener estatus y se ven ocupando un lugar destacado en el orden social consideran que gozan de libertad para solicitarle mimos cuando les dé la gana, pero le

advertirán claramente que no pretenda permitirse con ellos semejantes libertades sociales^[38]. En el siguiente capítulo me referiré a las implicaciones prácticas de las interacciones relacionadas con el estatus que mantenemos con nuestros perros, pero de momento es conveniente que nos centremos en la etología de las jerarquías sociales.

A veces la gente confunde estatus social con dominio porque se tiene la impresión de que los perros son inconsecuentes: un determinado perro será el que siempre consiga el hueso primero, mientras que otro será el que

salga primero por la puerta. Pero el dominio, como el estatus social elevado, no significa que un individuo consiga siempre todo lo que quiere en el momento en que lo desea. Los individuos dominantes no necesariamente consiguen ser los primeros en acceder a todo. Sin ninguna duda, Tulip es el perro con el estatus más elevado entre todos los de mi granja. A ninguno de los border collies se le ocurriría tratar de apoderarse de un hueso o de un conejo muerto tendido a los pies de Tulip. Pero existen otras cosas que no son tan importantes para Tulip y por ese motivo Pip, un perro de

un rango inferior, puede dormir en el sofá sin perturbar el orden social, porque aunque a Tulip también le guste dormir allí, el sofá no le interesa tanto como el premio de un hueso. Los individuos dominantes consiguen comunicar cuáles son las cosas que les resultan importantes como parte de la libertad social de la que disfrutan.

El estatus social no siempre se relaciona con el hecho de que el individuo más poderoso asuma el liderazgo, ya que la cuestión de las jerarquías es algo más complicada. Los individuos con un estatus elevado suelen depender del apoyo de otros integrantes

del grupo, sin los cuales no pueden mantener su posición. El chimpancé macho dominante mantiene su posición sólo si cuenta con el respaldo de una coalición de seguidores. Los lobos dominantes despóticos pueden ser derrocados por la acción de un grupo que forme parte de la manada. Como todos sabemos, hasta los humanos de estatus elevado pueden extralimitarse y, como consecuencia de ello, perder su poder.

También es importante reconocer que en los animales con una jerarquía social el grupo no está compuesto por un individuo «dominante» y «el resto del

grupo». Una jerarquía social típica comprende tres categorías principales de individuos: el individuo alfa, o dominante; un grupo de individuos «beta», buscadores de estatus que siempre están al acecho de una oportunidad para mejorar su posición, y un tercer grupo «omega» de individuos que sencillamente están excluidos de la competición. En los lobos, por ejemplo, el grupo omega siempre incluye a los cachorros y a los más jóvenes, pero también puede comprender a los adultos maduros que no pertenecen al tipo que quiere convertirse en líder. La posición de líder, en cualquier especie animal,

implica responsabilidades y riesgos, tal como sucede entre nosotros. Todas las evidencias de que disponemos hasta la fecha indican que los animales individuales de numerosas especies presentan enormes diferencias en su deseo de ostentar el liderazgo. Sin duda, no todos los perros quieren ser el dominante, aunque algunos adiestradores lo den por sentado. Es verdad que muchos perros, igual que algunas personas, son trepadores sociales y siempre buscan destacar por encima de los demás y ser reconocidos por ello. La mayoría de esos perros hacen todo lo posible por mejorar su posición en la

vida, pero terminan por aceptar el lugar que ocupan en la manada. Sin embargo, he conocido algunos perros que estaban obsesionados con alcanzar la libertad social absoluta. Estos perros son raros, pero resultan muy peligrosos porque están dispuestos a pagar cualquier precio para conseguir lo que quieren sin importarles perjudicar a otros.

A otros individuos, tanto humanos como caninos, no parece importarles. No todos quieren cargar con el peso del grupo sobre sus hombros. Todos conocemos personas que dedican una gran cantidad de energía a mejorar su posición en la vida y a otras que parecen

más que felices trabajando de nueve a cinco, disfrutando con su jardín y sus hijos, y dejando que los demás compitan por el protagonismo y el poder que confiere el estatus. Ninguna de las dos perspectivas es correcta o incorrecta. Las sociedades como la nuestra probablemente necesitan esa diversidad a fin de funcionar sin problemas. Si cada humano aspirara desesperadamente a ser el director de la comisión o a convertirse en el presidente de la empresa viviríamos sumidos en un gran desorden, y ese principio general se aplica tanto a los perros como a las personas.

Sin embargo, no hay que dejarse engañar por los perros (o las personas) que a veces presentan versiones extremas de actitudes sumisas. El hecho de que un perro sea rápido para indicar sumisión no indica que no sea un buscador de estatus. He visto a muchos perros (especialmente hembras) que presentan versiones extremas de actitudes sumisas en determinados contextos, pero luego, a medida que pasa el tiempo o cuando cambia la composición de la manada, se convierten en el animal con mayores probabilidades de hacerse con el liderazgo. Tal vez los demás perros

saben muy bien que estos perros sólo esperan que les llegue el momento, que aparezca la oportunidad, como a menudo podemos decir de los trepadores sociales. A veces las personas que más se esfuerzan por mostrarse sumisas son las más conscientes del estatus y las que tienen mayor interés en ocupar nuestro lugar. Una vez tuve un alumno en la universidad que, menos besarme el dobladillo de la falda, hacía todo lo que podía para congraciarse conmigo, alabando cada perla de sabiduría que yo hubiese dicho ese día en clase. Mientras me envolvía en sumisas palabras conciliadoras, avanzaba cada vez más,

hasta exigir una atención especial que iba mucho más allá de lo que los demás alumnos se atreverían a demandar. (Quería que me reuniese con él después de cada clase y le repitiese lo que había dicho, palabra por palabra). Su comportamiento era una combinación tan sorprendente de sumisión y exigencia que acuñé una nueva expresión para describirla, *agresivamente obsequioso*, que ahora también utilizo para describir a los perros.

Tenía una perra border collie, Bess, que saludaba a los nuevos perros que llegaban a la granja en una clásica postura indicadora de un estatus

elevado: con todo el cuerpo, desde las orejas hasta la cola, erguido y hacia delante. Se mantenía con la cabeza bien alta, como estirando el cuerpo hacia arriba, y avanzaba decididamente y segura de sí misma hacia los recién llegados. Los perros que acababan de llegar inmediatamente daban señales de que aceptaban estar visitando su territorio y que ella disfrutaba de derechos que ellos no tenían. Bajaban la cabeza y la cola, echaban el cuerpo hacia atrás y dejaban que Bess los olfateara cuando quisiera. Pero un día vino de visita una robusta perra husky y esa vez Bess encontró la horma de su

zapato. Cuando la perra avanzó decidida para saludar a la visitante, la husky se mantuvo inmóvil en la misma postura que ella, es decir, con la cola y la cabeza bien erguidas, y le respondió con una mezcla de ladrido y gruñido cuando Bess quiso olfatearla debajo de la pata. En menos de una fracción de segundo, Bess se aplastó contra el suelo, con las patas traseras extendidas en lo que se denomina «presentación inguinal» y la cabeza vuelta hacia un lado. Esta vez la visitante fue la que olfateó a Bess y a lo largo de ese fin de semana mi perra trató a la husky como si fuese un personaje de la realeza. Jugaron, retozaron y cazaron

conejos juntas; durmieron una al lado de la otra sobre la alfombra del salón y Bess dejó de esforzarse por demostrar su estatus superior para pasar a comportarse con un servilismo obsequioso: continuamente le lamía el hocico a la reina husky, le hacía reverencias y le pasaba la pata por el cuerpo en reconocimiento de la superioridad de su rango. Una mañana me quedé junto a los otros perros observando el servilismo de Bess. Al cabo de unos minutos los perros y yo intercambiamos miradas cómplices, como suelen hacer los humanos amigos cuando se percatan de algo que todavía

nadie ha dicho. No puedo saber qué pasaba por sus cabezas, pero sigo preguntándome si los perros se divertían tanto como yo. Si alguien hubiese visto la manera en que Bess se comportaba con la husky la habría descrito como una de las perras más sumisas que había conocido. Por eso recuerdo a Bess y a la husky y no doy por sentado que todos los perros que se comportan sumisamente quieren ser subordinados el resto de sus vidas, ni tampoco que las personas agresivamente obsequiosas deseen mantenerse en la última posición de la jerarquía social.

Aspirantes a alfa

Es importante saber si un individuo busca conquistar un estatus elevado, porque la mayor parte de las agresiones relativas a jerarquías sociales en muchas especies se produce entre los miembros del grupo beta, los individuos buscadores de estatus que no han logrado el dominio pero intentan conseguirlo. Por ejemplo, los lobos macho dominantes raramente participan cuando los lobos de rango medio de la manada atacan a la víctima propiciatoria del grupo. Esta intimidación es común en una manada de lobos y por lo general

la inicia el «macho beta», que ocupa la segunda categoría detrás de los alfa. El investigador Erik Zimen informó que los lobos macho que ocupan la posición alfa siempre «mostraban un grado inusual de tolerancia». (Descubrió que las agresiones por parte de los machos beta triplicaban a las de cualquier otra posición de la manada).

La agresión dentro de la categoría beta de estatus social es común en muchas especies con una jerarquía social, incluidos los humanos. Cualquier sociólogo dirá que la tensión más común y la agresión declarada en el seno de una empresa se producen entre los

cuadros medios, y los primatólogos que estudian a los simios y a los monos afirmarán lo mismo. Con toda seguridad, esto adquiere sentido cuando se piensa en el comportamiento de los humanos que compiten por el poder. La ciudad de Washington no está constituida por el presidente y un grupo de seguidores sin estatus. Existe un amplio grupo de personas beta que compite continuamente por el poder y la posición y, como puede verse en los informativos, la lucha puede llegar a ser bastante encarnizada. Muchas personas quieren ocupar la posición superior de la categoría beta para estar en contacto

directo con el individuo dominante, y desean disfrutar de libre acceso al trono, ya sea que esté ocupado por un macho alfa o por el presidente de Estados Unidos. Denomino a esto el *fenómeno Kissinger*, y compruebo que se da continuamente entre los perros.

La importancia del estatus depende también de la jerarquización de los individuos. En los lobos, por ejemplo, las diferencias de rango son más acentuadas entre los que tienen un estatus elevado y menos perceptibles entre los de rango inferior. Y también en nuestra especie ocurre lo mismo. ¿Qué diferencia es más importante: la

diferencia entre ganar la medalla de oro o la de plata en los Juegos Olímpicos, o la de llegar en el puesto vigésimo tercero o vigésimo cuarto en la misma competición? Si gané la medalla de oro y alguien me felicita por haber obtenido la medalla de plata, le corregiré. Pero si la diferencia fuese entre el puesto vigésimo tercero o el vigésimo cuarto, no estoy segura de lo que hiciera. El valor de la competición también cuenta. Las mismas personas que he visto pasar por alto amablemente un error de puntuación que les hizo perder el primer puesto en un concurso de perros pastores de escasa relevancia no vacilan

en ponerse a protestar a gritos si consideran que han perdido el primer premio de una competición importante.

¿Pueden dos especies estar en el mismo grupo?

Puesto que el rango es importante tanto en los humanos como en los perros, ¿de qué manera incide en las interacciones entre unos y otros? No está completamente claro que individuos de dos especies diferentes, como los humanos y los perros, puedan fusionarse en una unidad social y mantener diferentes posiciones en una jerarquía.

Esta cuestión merece concitar la atención de los científicos, los adiestradores de perros y los amantes de estos animales. Una noche, mientras nos tomábamos unas copas, disfruté debatiendo con John Wright, especialista en comportamiento animal aplicado, si los perros consideraban que los humanos formamos parte de su jerarquía social. John sostenía que no y yo afirmaba que sí, y cuando íbamos por el segundo gin tonic ambos pensábamos que daba igual quién tuviese la razón; lo indudable era que no se trataba de una cuestión de suma importancia. Mi opinión es que los perros y los humanos

pueden coexistir dentro de una jerarquía social debido a las definiciones de dominio y estatus social. Si el dominio es «el acceso prioritario a los recursos» y confiere más libertad social a un individuo que a los demás, entonces parece lógico que los individuos que viven juntos en una casa llena de recursos compartan los mismos problemas, igual que los animales que viven en grupo en cualquier parte.

Con mucha frecuencia observo a perros que desafían a integrantes de la familia a los que probablemente perciben como personas de rango inferior (en especial a las hembras de

baja estatura y voz suave que asumen la tarea de brindar cuidados y protección), pero en ningún momento desafían a los miembros autoritarios de la familia. Además, los perros saludan a los humanos con las mismas señales visuales que utilizan para recibir a los integrantes de su propia especie: bajan o alzan la cabeza, mueven la cola o la mantienen rígida. La mayoría de los perros no se acercan a individuos de otra especie de ese modo: los olfatean como si fuesen objetos de interés, juegan con ellos como juguetes (igual que hace Tulip con los corderitos) o los amenazan como presas potenciales. Por supuesto,

hay excepciones, pero es relativamente raro que los perros saluden a animales que no sean los humanos como compañeros sociales a menos que vivan en la casa con ellos. Los perros se comportan como si considerasen que formamos parte de su círculo social y a mí me parece lógico que lo hagan. Aunque somos dos especies diferentes, vivimos juntos, dormimos juntos, comemos juntos y juntos tenemos conflictos por los recursos.

Aunque muchos de los casos graves que he visto en los cuales un perro ha gruñido o mordido tienen poco que ver con la agresión de dominio, existen

otros en los que el estatus social parece ser uno de los factores que desencadenaron el problema. El perro puede no haber sido dominante, pero eso no significa que el estatus social no tuviese importancia. Supongo que muchas de las peleas entre perros de una misma casa son provocadas por el estatus y pienso que algunos de los casos de mordeduras a dueños se deben a conflictos relacionados con el orden social. Las peleas de perros dentro de una casa son más frecuentes (y más perjudiciales) entre individuos del mismo sexo (cada sexo suele tener su propio orden jerárquico, como sucede

en los lobos, las ovejas, los caballos y muchas especies de primates). Por lo general, las peleas se producen cuando un adolescente llega a la etapa adulta, con lo cual el estatus comienza a adquirir importancia, y los enfrentamientos suelen ser por recursos como la comida, el espacio o la atención. Pero la percepción del rango social resulta complicada en una casa que incluye a humanos y perros, porque hasta el perro más malcriado debe esperar a que su humano abra la puerta, saque la comida para perros o le ponga la correa. Sospecho que la mayoría de los perros buscadores de estatus se ven

ocupando una posición elevada en la categoría beta o participando en una negociación complicada y variable con su dueño por la posición alfa. Si tiene un perro como ése, en el siguiente capítulo le daré algunas ideas para convertirse en un líder benévolo mientras su perro aprende a ser paciente y educado.

Los humildes (y los listos) heredarán la tierra

Quienes viven con perros necesitan entender otro aspecto de la estructura social, y Pip lo ejemplifica muy bien. Sin ninguna duda, Pip ocupa la posición

más baja en el orden social que existe en mi granja y es la que más teme a los conflictos. Ni aunque estuviese hambrienta se enfrentaría a Tulip por un hueso. Pero ayer por la noche, cuando todos los perros se hallaban tendidos a mi alrededor en el salón, Pip consiguió quedarse con el hueso masticable de Tulip. Mientras Tulip se hallaba concentrada en roer su hueso echada en el centro del salón, desde una distancia de tres metros Pip la miraba aporreando el suelo con la cola. Con la cabeza baja y los labios contraídos sumisamente, comenzó a arrastrarse lentamente y sin descanso por el suelo acercándose cada

vez más a Tulip hasta terminar junto a ella. Entonces se puso a lamerle los labios, siempre con la cabeza gacha y la cola aporreando el suelo. Este tipo de comportamiento, llamado sumisión activa, es una demostración de contemporización que inhibe la agresión en la sociedad de perros educados; Tulip no gruñó a Pip, sino que siguió mascando su hueso y tratando de pasar por alto las caricias de su larga y húmeda lengua. Pip siguió lamiendo la boca de Tulip, cada vez más rápidamente, hasta que ésta terminó por cerrar los ojos y volver la cabeza, adoptando la misma expresión de los

humanos cuando queremos que algo o alguien deje de molestarnos. Pero que Pip sea sumisa no significa que no tenga resistencia. Persistió en su sumiso acoso a la reina Tulip hasta que ésta finalmente se incorporó y se marchó. Victoriosa, Pip se dedicó a mascar el hueso con toda tranquilidad, mientras yo, boquiabierta, me asombraba una vez más ante la habilidad de Pip para conseguir lo que quiere a pesar de ocupar un rango inferior en la jerarquía.

Como pone de relieve el éxito de Pip, el estatus social no es la única vía para conseguir lo que uno quiere: a veces la resistencia y la sumisión

también dan resultado. El comportamiento de Pip es un buen recordatorio de dos importantes principios que todos los dueños de perros deberían comprender. Primero, el estatus social es relevante en nuestras relaciones con los perros, pero es sólo uno de los numerosos aspectos de nuestras interacciones con ellos. Con algunos perros, en particular con los buscadores de estatus, la atención que se ha concedido al dominio no guarda relación con su importancia real. Segundo, en el caso de los perros que conceden tanta importancia al estatus social lo último que deben hacer los

dueños es utilizar técnicas de adiestramiento severas, orientadas al castigo. Estas técnicas raramente son necesarias y deberían considerarse inaceptables, de la misma manera que ya no se considera admisible pegarle a un hijo. Recuerde que existen básicamente tres tipos de casas en las que un perro puede vivir: una casa en la cual los humanos emplean la fuerza y la intimidación para conseguir que el perro sea obediente; una casa en la cual el perro tiene todo el control social y consigue lo quiere y cuando quiere, y un grupo familiar pacífico y armonioso en el que usted es un líder ponderado y

benévolo. A usted le toca elegir;
recuerde que el perro no puede hacerlo.

8

PERROS
PACIENTES Y
HUMANOS
SENSATOS



Su perro será más feliz si le enseña a ser paciente y educado y si usted se comporta como un líder benévolo

Domino, un perro de raza border collie, entró a mi despacho, se acercó educadamente a olerme la mano y después se dedicó a olfatear por la habitación. Mientras lo hacía, Beth y yo hablábamos del motivo por el cual había venido, aunque los moratones que se veían en sus brazos eran un indicio. El perro la había mordido, no

una vez sino en repetidas ocasiones. A pesar de que las mordeduras no eran profundas y de que las heridas se le curaron pronto, la confianza que al principio había tenido en su perro se había resquebrajado. La semana pasada, Domino no le hizo caso a Beth cuando trató de que dejara de ladrar frente a la ventana. Sus ladridos se volvían cada vez más agresivos cuando la gente pasaba junto a la casa con sus propios perros. El perro se mostraba tan agitado que Beth temía que saltase por la ventana. (Su preocupación no es disparatada; le sucedió a dos de mis clientes). Cuando Beth trató de alzar la

voz para conseguir que Domino dejase de ladrar ante la ventana, el perro no le hizo el más mínimo caso, de modo que lo cogió por el collar y comenzó a apartarlo de allí. En un instante, el perro se giró y la mordió, no una sino tres veces, y después volvió a ponerse a ladrar ante la ventana. Beth estaba tan impresionada como dolida. Había tenido perros toda su vida y ninguno la había atacado nunca. Domino había sido un cachorro adorable y durante más de un año su comportamiento fue irreprochable. Pero a medida que iba convirtiéndose en un hermoso perro adolescente, Beth le tenía más miedo

cada día. Varias veces se había vuelto con intención de atacarla cuando ella lo había cogido por el collar, pero ahora la había mordido. La noche anterior le había gruñido cuando ella había tratado de sacarlo del sofá. Beth se sentía traicionada y atemorizada por el comportamiento del perro que había sido su mejor amigo.

En el momento en que estábamos concluyendo la entrevista, alguien pasó junto a la ventana del despacho llevando un basset hound. Domino se mantuvo alerta un instante y después estalló en ladridos ensordecedores frente a la ventana. Beth retrocedió

ligeramente. Al ver a Domino en acción no pude por menos que exclamar: «¡Oh, Dios mío!». Me acerqué a él manteniendo las manos a los lados y me dediqué a observarlo mientras descargaba su furia frente a la ventana. Beth no había exagerado: Domino estaba realmente «fuera de control». Y no sólo estaba fuera del control de su dueña, sino que había alcanzado tal estado de excitación que estaba incluso fuera de su propio control. No me cabía ninguna duda de que, si lo hubiese cogido por el collar, se habría girado violentamente y me habría mordido el brazo como había hecho con Beth la

semana anterior. Tenía los ojos desorbitados y las pupilas dilatadas. El pelo se le había erizado desde los hombros hasta la rabadilla, un signo indudable de gran excitación en un perro. Tenía la boca bien abierta, respiraba aguadamente y su cuerpo parecía moverse al menos en tres direcciones al mismo tiempo. Observarlo resultaba agotador. Lo dejé continuar, con la curiosidad de comprobar cuánto tardaría en calmarse después de que el transeúnte se hubiese alejado. Tardó un minuto en dejar de ladrar y al menos cinco minutos en recuperar la respiración normal.

Pregúntese cómo describiría a Domino. Alguien le había dicho a Beth que el hecho de que la mordiera en el brazo era un claro ejemplo de «agresión de dominio». Pero sólo porque los perros muerdan no quiere decir que sean «dominantes», como espero haber dejado bien claro en el capítulo anterior. Otro amigo le había sugerido que Domino podía tener un serio problema de agresión a otros perros, puesto que sólo ladraba histéricamente cuando un perro pasaba junto a la casa. Pero Domino jugaba sin problemas en el parque para perros y tenía muchos amigos entre los perros

del barrio. Beth nunca lo había oído gruñir a otro perro, a menos que estuviesen uno a cada lado de la ventana. Domino fue el perro más fácil de adiestrar de todos los que tuvo Beth y el mejor en las clases de obediencia. Parecía adorar a Beth; la seguía a todas partes y respondía a todos sus mimos con el mismo afecto que ponía ella al prodigárselos. Como necesitaba más información para llegar a una conclusión, comencé a trabajar directamente con Domino.

Cuando Domino se calmó, cogí una pelota de tenis e inmediatamente Domino adoptó la clásica postura

acechante de los border collies y jugó conmigo un intenso partido durante unos minutos. A continuación, escondí adrede la pelota y dejé de prestar atención al perro para ponerme a conversar con Beth. Sin embargo, Domino no tenía ninguna intención de abandonar el juego. Se acercó a mí y me tocó el brazo. Con absoluta deliberación, no le hice caso. El perro volvió a tocarme el brazo y seguidamente ladró. Continué conversando con Beth advirtiéndole que no se moviese e ignorase a Domino. Entonces el perro comenzó a ladrar repetidamente. Se puso delante

de mí mirándome de frente y dirigiéndome ladridos cortos y repetidos, como hacen los perros cuando tratan de atraer la atención de alguien. Lo dejé continuar porque no estaba adiestrándolo sino simplemente evaluándolo y quería comprobar qué sucedería si no intervenía. Los ladridos de Domino se hicieron más rápidos y graves, mientras no dejaba de mirarme fijamente. No puedo saber qué es lo que pasa por la mente de un perro (ni de una persona), pero en ese momento Domino parecía enloquecido. Por otra parte, Beth se veía nerviosa y seguía pidiéndome que le tirase la pelota al

perro. Domino quería desesperadamente jugar y Beth quería contentarle desesperadamente. Beth me explicó que la única manera en que conseguía que el perro hiciese ejercicio era arrojándole la pelota dentro de casa, algo que podía hacer mientras miraba televisión, trabajaba en el ordenador o hablaba por teléfono. Cuando el perro comenzaba a ladrarle para que le lanzase la pelota, Beth no podía conseguir que se callara, pero aprendió que podía serenarlo tirándole la pelota. La consecuencia de ello era que en casa de Beth se dejaba de jugar a la pelota sólo cuando Domino se

cansaba. Los border collies sanos de un año no entienden muy bien la palabra «cansancio», por lo que Beth tenía el brazo como el de un lanzador de la liga de campeones y Domino jugaba a la pelota cuando le apetecía, que casi siempre era por la noche.

Domino no sólo conseguía jugar a la pelota cuando le daba la gana; también obtenía mimos sólo con tocar a Beth con la pata y lograba cosas ricas poniéndose a ladrar delante del armario de la cocina. Domino me recordaba al niño que en un restaurante reclama lloriqueando el postre antes de la comida hasta que los

atribulados padres terminan por ceder a su capricho sólo para conseguir que se calle. Domino había aprendido que demandar atención con un comportamiento brusco e insistente daba resultado y en caso de no tener éxito en el primer intento, terminaba por conseguir lo que quería si se mostraba persistente. Por consiguiente, Domino creció consiguiendo prácticamente todo lo quería y en el momento en que lo quería.

Golpeando a la máquina expendedora de palomitas

Cualquier individuo —humano o canino — que crece consiguiendo prácticamente todo lo que quiere en el momento en que lo quiere se convierte en un adulto que no tolera la frustración. Después de todo, la frustración proviene de las expectativas. Cuando no estamos seguros de obtener recompensa cada vez que intentamos algo, como en una máquina tragaperras, no nos sentimos frustrados si nuestros esfuerzos no tienen respuesta. Pero si esperamos una

respuesta, como cuando ponemos una moneda en la máquina expendedora de bebidas, nos sentimos frustrados si no pasa nada. Hace unos años leí en un periódico que alguien había desenfundado su revólver y había disparado a una máquina expendedora de bebidas gaseosas porque, después de poner las monedas, la máquina no le había entregado la bebida por la que había pagado. También he visto a personas golpeando a una máquina expendedora de palomitas y en una o dos ocasiones también yo he tenido ganas de hacerlo. (Está bien, reconozco que yo también lo hice una vez). La

frustración propicia la agresión; basta con que se lo pregunte a alguien que trabaja en el tema de malos tratos en el seno de las familias. Aunque la mayoría de las personas no se vuelven violentas al llegar a la etapa adulta, la frustración muy próxima a la agresión es una emoción conocida.

Lo mismo se aplica a Domino, cuyos ladridos histéricos frente a la ventana estaban totalmente relacionados con la frustración. Domino no quería atacar a los otros perros cuando los veía al otro lado de la ventana; quería salir a jugar con ellos. Pero como no podía, se ponía a ladrar para conseguir lo que quería.

Pero por mucho que ladrarse seguía sin conseguir lo que quería y eso era algo que simplemente no podía soportar. Era como si Domino estuviese dándole patadas a la máquina expendedora de palomitas y Beth se interpusiese en su rabieta.

La aceptación de la pérdida de control sobre las propias emociones por parte de los humanos y los perros depende de la edad de los mismos. No resulta preocupante ver a un niño de dos años llorando a gritos en medio de una pataleta porque se le cayó el helado a la acera. Pero a medida que los niños crecen esperamos que aprendan a

enfrentarse a las emociones de la frustración y la decepción. Si ve a un niño de doce años reaccionando con una rabieta como un chiquillo de dos, será mejor que le preste mucha atención, y si se trata de un hombre de treinta años, es mejor que coja bien a sus niños y se meta en el coche. Pueden asaltarnos ganas de dar puñetazos cuando nos sentimos frustrados, pero la mayoría de nosotros no lo hacemos porque aprendimos a controlar las emociones a medida que fuimos creciendo. Si los perros van a vivir como miembros de la familia también deben aprender a hacerlo. Los perros que viven

independientemente de los humanos no tienen ningún problema en aprender a enfrentarse al hecho de que no consiguen lo que quieren: las dificultades de la vida se encargan de enseñarles a aceptarlo. Pero en algunas personas el amor por sus perros los lleva a mimarlos tanto que los animales no aprenden nunca a tolerar la frustración.

La manera en que un perro responde a nuestros cuidados depende de su naturaleza como individuo. Los perros, como las personas, tienen su personalidad y algunos de ellos necesitan aprender a tolerar la frustración más que otros. Hay perros

que pueden ser mimados toda su vida y siempre se muestran dulces y pacientes. Pero también puede darse el caso de un dueño de perros sensato y con experiencia que nunca había tenido ningún problema con un animal hasta que apareció Charlie, un perro que acepta tan mal la frustración que ha llegado a amargarle la vida a todos, incluido él mismo. Por lo tanto, tenga presente que algunos perros pueden ser consentidos sin dar problemas, pero, igual que sucede con las personas, la mayoría de los perros debe aprender a enfrentarse a la frustración.

La tarea de enseñar a los perros a

aceptar la decepción no siempre resulta grata a los dueños, de la misma manera que educar un niño es un trabajo difícil. Muchos de mis clientes han criado, o están criando, a sus propios hijos y quieren que sus perros sean el equivalente de los nietos, dulces criaturas objeto de amor y mimos sin el duro trabajo de fijar límites e imponer normas. Es mucho más difícil decir no a un perro implorante, que nos mira con sus ojos llorosos y su irresistible carita peluda. El impulso básico de brindar protección que despiertan en nosotros los perros hace que nos resulte particularmente difícil rechazarlos

cuando imploran atención. Además de tener todas las características visuales que nos llevan a mostrarnos protectores, los perros que viven en nuestras casas dependen de nosotros para su subsistencia y no están en condiciones de usar palabras para comunicarse. Como los niños pequeños, no sólo requieren cuidados constantes, sino que también nos necesitan a nosotros para resolver qué es lo que les hace falta y para que se lo suministremos. Pero cuando nuestros hijos se hacen mayores dejan de necesitar nuestros cuidados continuos y lo mismo sucede con nuestros perros... aunque algunas

personas satisfacen todos los deseos de su perro adulto como si el animal no hubiese dejado de ser un cachorro: lo miman cuando lo solicita, no paran de darle regalos y le prestan atención siempre que el perro da muestras de requerirla. La mayoría de esas personas nunca trataría a sus hijos de esa manera; por el contrario, se esfuerzan por enseñar a sus niños a ser miembros educados del grupo familiar. Si usted no es el tipo de persona a la que le encanta satisfacer todos los caprichos de su perro, podría sentir la tentación de reírse de quienes lo hacen. Sin embargo, nuestra tendencia a ser protectores tiene

su función; sin ella estaríamos en peligro de extinción. No obstante, como sucede con todo, si es excesiva o se orienta de modo inadecuado puede crear problemas.

Es mucho más fácil dejar de satisfacer todos los caprichos de su perro cuando usted toma conciencia de que, una vez cumplidos los tres años, ya es un adulto con la madurez suficiente para haber alcanzado el control emocional necesario en todos los animales sociales. El estupor de una de mis clientes fue tan grande cuando le dije que el perro lhasa apso al que había consentido durante años era el

equivalente de un hombre de treinta y cinco años que se aprovechaba de ella que no pudo evitar levantarse bruscamente de la silla. El perro, un animal de mediana edad que había permanecido arrellanado en el regazo de su dueña durante la consulta, se cayó al suelo, indignado pero ileso. Había mordido a su dueña cuando la mujer lo cogió por el collar para apartarlo de un envoltorio de comida que había encontrado en el patio trasero. El animal se sintió frustrado y perdió los estribos cuando no pudo conseguir lo que quería. Los perros tienen sus propios modos de expresar la frustración, arremetiendo

con sus dientes cuando son incapaces de controlar la ira que los arrebató. Los niños pequeños usan las manos de la misma manera que los perros utilizan la boca. Por suerte para nosotros, esas manos no tienen dientes.

Si ayuda a su perro a que aprenda a enfrentarse a la frustración y al desengaño no hará más que ayudar al animal. Cada vez que su perro se le acerque para implorarle comida o atención, imagínese que es una persona mayor amiga suya que se le aproxima diciendo: «¡Eh, humano, míname, *ahora mismo!*!». De ninguna manera estoy afirmando que no debería brindar a su

perro atención o cosas apetecibles cuando él las demanda. Yo mimo a mis perros en numerosas ocasiones a lo largo del día cuando se me acercan en busca de caricias. Pero no lo haga porque considera que no tiene otra opción. Usted tiene otra opción y a veces es necesario que la ponga en práctica con su perro. Piense en lo que usted ha tenido que aprender para convertirse en un adulto. No bastaba con querer un helado para conseguirlo. No bastaba con que le apeteciese recibir un masaje en ese preciso momento para que una persona amiga dejase todo lo que estaba haciendo y se apresurase a

satisfacer su deseo. Por lo tanto, no se sienta culpable si no le apetece ponerse a mimar a su perro en ese momento. Le aseguro que el perro puede soportarlo. Y si no es capaz de soportarlo, entonces lo que menos necesita son más mimos.

La manera en que responde a su perro depende en parte de la edad del animal. Igual que las personas, los perros más jóvenes no han aprendido todavía a controlar sus emociones y deseos y a nosotros nos corresponde ayudarlos. Muchos perros jóvenes, más que mimos o atención, lo que quieren es actividad y se acercan a sus dueños para incitarlos a jugar con ellos. Por

supuesto, en esas ocasiones muchos nos ponemos a mimar a nuestros perros en lugar de salir a jugar con ellos. Estamos cansados y cuando finalmente tenemos la oportunidad de sentarnos no nos apetece levantarnos en ese preciso momento. Por consiguiente, nos ponemos a mimar a nuestro perro en lugar de enseñarle poco a poco que, si bien en ese momento no puede satisfacer sus deseos de hacer ejercicio, por lo menos obtendrá un buen masaje. La solución aquí es simple, aunque no necesariamente fácil. Si tiene un perro joven y sano, en especial uno de esos que se pasan el día durmiendo en su cesto, entonces no tendrá más

remedio que salir a jugar con él o encontrar a alguien que lo haga por usted.

Digo esto porque un gran número de problemas del comportamiento que observo tiene su origen en el aburrimiento. Lo irónico es que el problema se ha agravado a medida que prestamos más atención a nuestros perros y dejamos de permitirles que corran libremente. En mis años de infancia, en los años cincuenta, para que nuestro perro Fudge hiciese ejercicio le abríamos la puerta de la casa por la mañana. Fudge correteaba por las casas de los vecinos y se reunía con un collie

de pelo áspero. Juntos se iban a buscar a otro perro y después los tres se pasaban la mañana supervisando la recogida de los niños por el autobús escolar, asustando a los basureros, persiguiendo conejos y lagartijas, y haciendo un montón de cosas más. Cuando Fudge volvía a casa por la tarde no era necesario discutir para decidir a quién le tocaba sacar a pasear al perro porque él ya lo había hecho por su cuenta. Como es de esperar, había peleas entre los perros e incluso se produjo la trágica muerte de uno de ellos atropellado por un coche. Por ese motivo, en la actualidad no le abriría la

puerta a mi perro para que salga a corretear por una zona residencial de las afueras, como tampoco lo haría con un niño. Es demasiado peligroso para el perro y no resulta respetuoso para las demás personas y sus propiedades. Pero no podemos esperar que los perros se comporten bien si se pasan la mayor parte del día y de la noche en un cesto, con la única distracción de un paseo de quince minutos atados a una correa^[39]. Por lo tanto, lo primero es lo primero. Si quiere que su perro deje de incordiarle, dele lo que necesita *antes* de que llegue a ponerse pesado pidiéndoselo. Pero con independencia

de la cantidad de ejercicio que necesite su perro, a todos les hace bien aprender a enfrentarse a la frustración. A continuación sugiero una manera benévola para ayudar a los perros a conseguir cierto grado de control emocional.

Cuando digo basta, es basta

Todos mis perros conocen la palabra «basta», que significa que dejen de hacer lo que hacen (como pedirme mimos o fastidiarme con la pelota) y no me molesten más. Es algo fácil de

enseñar y es una manera estupenda para hacer saber a su perro que, por mucho que usted le quiera, las decisiones que usted toma en su vida diaria le siguen perteneciendo a usted. Todo lo que debe hacer es decirle al perro «Basta» en voz baja y serena y después darle un par de palmaditas rápidas en la cabeza. Si el perro no se va (como haría la mayoría de los perros las primeras veces que ponga en práctica este método), levántese y apártelo del sofá utilizando sus habilidades de bloqueo corporal para conseguir que retroceda. Crúcese de brazos y gire la cabeza hacia un lado mientras vuelve a sentarse. Si el perro

se acerca nuevamente cuando usted se sienta, repita las palmaditas en la cabeza y el bloqueo corporal para alejarlo. Cuando el perro regrese, asegúrese de desviar la mirada para no establecer contacto visual con él. (Siempre me resulta divertido observar que los humanos suelen decir a sus perros que se vayan y sin embargo continúan manteniendo contacto visual con ellos. Mientras tanto, el perro mira desesperadamente el rostro de su dueño tratando de encontrar una pista que le indique qué diablos trata de comunicarle. Si gira la cabeza y desvía la mirada está diciendo que la

interacción ha terminado y muchos perros aparentemente lo entienden y se marchan. Si sigue mirando al perro y diciéndole que se vaya, el animal continuará mirándole con la certeza de que usted trata de comunicarle algo importante con la mirada y se desesperará por tratar de averiguar qué es observando su rostro).

Esas dos palmaditas que sugiero son una parte importante de la señal. Cuando recibo visitas que vienen a mi casa por primera vez y se encuentran con cuatro hocicos enormes pegados a su regazo les recomiendo poner en práctica esta acción, que con toda seguridad esas

personas podrán usar sin ninguna dificultad. He probado otros métodos para que mis huéspedes indiquen «Basta», pero ninguno funcionó demasiado bien. Los perros aprendían las señales, pero las visitas no las utilizaban por mucho que quisieran que los perros se marchasen. Hasta que terminé por darme cuenta de que todas mis visitas se sentían cómodas diciendo «Basta» y dando palmaditas en la cabeza de mis perros cuando estaban cansadas de resistir al acoso de los animales. Hasta los perros en las clases de adiestramiento se apartan cuando sus dueños les dan palmaditas en la cabeza,

aunque los desventurados dueños por lo general tratan con esto de alabar al perro por haber hecho algo bien.

En esta ocasión nuestra tendencia a actuar como primates dando palmaditas en la cabeza de los perros tiene un resultado práctico que debemos aprovechar. Es la situación perfecta: los humanos son rápidos para dar palmaditas a los perros en la cabeza, pero es algo que a los perros realmente no les gusta (recuerde que dar palmaditas no es lo mismo que acariciar: a la mayoría de los perros les encanta que les hagan caricias semejantes a los masajes que hacemos

los humanos). Una adiestradora de lobos reforzó la utilidad de esta técnica cuando me dijo que ella y otros adiestradores conseguían que los lobos dejasen de fastidiarles dándoles dos o tres palmaditas en la cabeza. No es algo agresivo o amenazante, sólo levemente desagradable, por lo que tanto los perros como los lobos deciden irse a otro sitio (¡seguramente a molestar a la persona que se halla sentada junto a usted!).

Mis sobrinas llaman a estas palmaditas «palmadas de abeja». Acuñaron la frase después de haber venido a ver la grabación de *Petline*, un

programa de asesoramiento sobre el comportamiento de los animales que se emite en Animal Planet y que patrocino en colaboración con mi exmarido Doug McConnell. Se hallaban recorriendo el estudio cuando de pronto se quedaron horrorizadas al ver entrar precipitadamente a una veterinaria invitada ataviada como una corista de Las Vegas, con un ajustado vestido amarillo y negro que le valió el apodo de «la abeja exterminadora». La veterinaria dejó su diminuto perro sobre la alfombra y, mientras ella se retocaba el maquillaje, el animalito no tardó en hacer pis y defecar encima de la

alfombra, además de atacar a un cockatiel que estaba de visita, por lo que la veterinaria me pidió que le prestase a mi perro Luke para una demostración sobre cómo había que cepillarle los dientes a un perro. Luke tenía que permanecer sentado encima de una mesa mientras los directores, cuatro cámaras y el habitual grupo de asistentes iban de un lado a otro para conseguir que la cinta estuviese lista. Finalmente llegó el momento de empezar a rodar. Nuestra veterinaria invitada explicó a la audiencia la importancia del cepillado de los dientes de un perro y entonces, sin dedicarle a Luke ni una palabra

amistosa ni una caricia, lo cogió por la boca y se la abrió como si estuviese abriendo el bolso en un día ajetreado en el que no puedes encontrar el monedero. Luke me miraba con ojos desorbitados mientras yo, situada detrás de la cámara, articulaba en silencio «Buen chico, buen chico», y extendía la mano en la señal que indica «Quieto». Después de maltratar la boca de Luke durante un par de minutos (¡yo habría mordido a mi dentista si me hubiese tratado de esa manera!), la veterinaria se volvió hacia Luke y le dio dos palmadas en la cabeza en señal de agradecimiento. La mujer ignoraba que acabábamos de grabar una

parte del programa en la cual se explicaba que la mayoría de los perros detestan que les den palmadas en la cabeza tal como había hecho ella. Todo el equipo de filmación estalló en carcajadas y fue necesario repetir la grabación (menos las palmadas). Pobre Luke, benditos sean su paciencia y su benevolente corazón.

Eso es precisamente lo que nunca debería hacer con un perro al que no conoce o que podría tener miedo de la gente; recuerde que los perros tímidos se asustan mucho cuando la gente les toca la cabeza. Pero si desea un rato de descanso, adopte una expresión

amistosa, diga «Basta» en voz baja y dé al perro unas palmaditas en la parte superior de la cabeza. Quizá deba acompañar el gesto con unos bloqueos corporales y un giro de la cabeza, pero suele funcionar mejor que todos los demás métodos que he probado.

Le ruego que no piense que estoy sugiriendo que deje de brindar atención a su perro. Yo colmo de atenciones a mis cuatro perros. Pero soy yo quien decide cuándo y no refuerzo el comportamiento violento y agresivo mimándolos mecánicamente cuando me presionan el brazo con sus hocicos. No es fácil, porque Luke es un profesional

cuando se trata de solicitar la atención que le encanta recibir. Los acontecimientos favoritos de Luke son los banquetes, porque en ellos consigue fisgonear por el salón y conseguir un poco de pollo y algunos masajes en cada mesa con su caballeresco comportamiento y la elegante melena blanca que se le riza en el pecho. Tiene cierto parecido a Rhett Butler en un baile y encaja muy bien en los banquetes selectos. No tardó en aprender que podía seguir recibiendo masajes rozando a los comensales con su hocico cuando dejaban de hacerle mimos. Si esa técnica no le daba resultado, metía

el hocico debajo del brazo de alguien y se lo empujaba rápidamente hacia arriba, con lo cual se derramaban las bebidas o los cubiertos saltaban por los aires. Es difícil comer sin cubiertos, por lo cual los comensales renunciaban a su porción de pollo y volvían a acariciar a Luke.

Luke trató de aplicar esta técnica en casa, pero de ninguna manera deseó alentarlos. Luke tiene ya once años y por lo tanto es un macho maduro al que no le corresponde comportarse como un cachorro. Pero sería mucho más fácil si yo no fuese un humano, es decir un primate predeterminado para brindar

infatigablemente cuidados y atención a los demás y para buscar el contacto físico como las mariposas nocturnas buscan la luz. Igual que a muchas personas, me encanta mimar a mis perros. Además de ser un primate, me muestro especialmente complaciente en ese aspecto. Me duermo con mi gata Ayla ronroneando sobre mi pecho. Por la tarde me siento en el suelo y les doy de comer a todos mis perros, estableciendo con ellos todo el contacto corporal posible. Me encanta ver películas entrelazando mis manos con las de alguien. Pero no necesito un perro que obtiene lo que quiere con

comportamientos agresivos. Ni tampoco necesito tratar a Luke como si fuese un frágil bebé que requiere atención cuando la reclama. Por lo tanto, no mimo a Luke cuando él me presiona. Tengo el cuidado de brindarle mimos cuando se comporta educadamente en lugar de mostrarse agresivo. A veces, cuando me toca con el hocico pidiéndome masajes, giro la cabeza y me esfuerzo por mostrarme desdeñosa. Cuando realmente me apetece acariciarlo pero él está fastidiándome, le pido que haga algo, como «Siéntate» o «Saluda», para poder mimarlo en una actitud de refuerzo ante su buen comportamiento.

También puede ayudar a que su perro aprenda a dejar de fastidiarle y a entretenerse por su cuenta dándole un juguete hueco relleno de comida una vez que se calma. No se apresure a darle un juguete masticable en cuanto se acerca implorante. Con eso sólo le enseña que la actitud implorante es incluso más efectiva de lo que pensaba. En cambio, diga «Basta» cuando le rasque la pierna (o cualquiera que sea su versión de realizar demandas) y apártelo mediante el bloqueo corporal. Una vez que el perro se ha echado tranquilamente en el suelo, levántese (en silencio; no es necesario hablar) y déle el juguete

relleno con cosas apetecibles que guarda en la cocina para ocasiones como ésta. Deje el juguete donde el perro se había sentado, aunque se haya levantado para seguirle a usted. Ahora su perro ha aprendido que sentarse en el suelo en lugar de molestarle tiene su recompensa, como en las máquinas tragaperras. Esta técnica resulta especialmente útil en el caso de los perros jóvenes que apenas logran contenerse; sería el equivalente de dar a un niño pequeño algo para mantener ocupadas las manos mientras usted termina de comer en un restaurante. Los padres inteligentes no esperan a que se

produzca la situación problemática; se anticipan a ella ocupando a sus hijos en algo adecuado en lugar de esperar a que éstos atraigan su atención haciendo algo indebido. Usted puede hacer lo mismo con su perro a fin de disponer de más tiempo para relajarse.

Cuidado con tu comportamiento en la puerta

Si va de visita a una casa y al abrirse la puerta es empujada por los niños que salen atropelladamente a recibirle es indudable que se sentiría horrorizado.

Sin embargo, muchos dueños de perros permiten que sus animales se comporten precisamente de esa manera. No es que me desagraden los recibimientos efusivos; por el contrario, me gustan. Pero así como enseñamos a nuestros hijos que hay un tiempo y un lugar para cada cosa, resulta lógico que esperemos lo mismo de nuestros perros. Si los perros van a formar parte de nuestra «familia», entonces debemos enseñarles a ser educados^[40]. El hecho de que se trate de perros y no de niños no es ningún motivo para pensar que resulta agradable verlos enloquecidos. Si van a vivir con nosotros, los perros deben

aprender a controlar sus impulsos y a demostrar cierta paciencia complaciente al estilo tradicional. Si viviesen en estado salvaje su propia familia les enseñaría a comportarse; por lo tanto, no renuncie a la responsabilidad que le corresponde en su calidad de persona mayor y no anime a su perro a actuar como un bebé cuando ya es un animal adulto.

Sin embargo, tenga en cuenta que la importancia de este ejercicio depende en gran medida de la personalidad del perro. A algunos perros tiernos o sumamente sumisos ni se les ocurriría recibirle en la puerta con ladridos. Si su

perro es uno de éstos, deje de leer este libro un momento y vaya a decirle que es un animal especial. Pero hablando con franqueza, no todos los perros son como él. Otros perros disfrutan ejemplificando con su conducta por qué el bloqueo por la espalda es ilegal en el rugby: muchos de mis clientes han resultado seriamente lesionados después de que sus perros les hiciesen un bloqueo por la espalda mientras embestían hacia la puerta. (Creo que en total las lesiones han sido tres cirugías de rodilla, dos grupos de huesos rotos y una conmoción cerebral). He tenido más casos en los cuales los perros se han

enzarzado en horribles peleas ante la puerta, igual que los aficionados excesivamente excitados en un partido de fútbol. Conozco a muchos perros que en cuanto se abre la puerta salen disparados y desaparecen durante horas o días. Algunos de esos perros terminan muriendo atropellados por los coches o siendo objeto de desagradables procesos judiciales, por lo que el buen comportamiento en la puerta no es una cuestión trivial ni para los perros ni para los humanos que aman a los perros.

Resulta relativamente fácil enseñar a los perros a comportarse educadamente en la puerta. Una de las razones por las

cuales pienso que las puertas de entrada tienen cierta importancia especial para los perros es que parecen captar rápidamente cómo deben comportarse en esa situación, mientras que ejercicios como el *heeling* requieren meses de trabajo. Para este adiestramiento no es necesario utilizar alimentos o juguetes porque el acceso a las puertas exteriores es su propia recompensa. Si el perro se comporta educadamente, consigue salir al exterior, que es lo que quería desde el principio. Si no lo hace, no lo consigue. Es bastante simple y lo simple siempre es bueno cuando los humanos y los perros intentan aprender algo nuevo.

Empiece por decidir qué señal utilizará para pedirle a su perro que se detenga ante la puerta. En nuestras clases de adiestramiento usamos «Espera», pero yo utilizo «Cuidado» (como abreviatura de «Cuidado con tu comportamiento») porque «Espera» se parece demasiado a una de las señales que empleo para los perros pastores. Simplemente elija una palabra que no se parezca a otras señales que utiliza y sea consecuente. Recuerde que debe hablar en voz baja y serena y pronunciar la palabra como si fuese una afirmación más que una pregunta. (Si dijese «¿Espera?» como una interrogación

transmitiría algo parecido a: «¿Te importaría esperar? Esta vez harás caso, ¿vale?, ¿quizá?, ¿por favor?»)»).

Por razones de seguridad, si la puerta que utilizará para el adiestramiento da a una zona sin vallar asegúrese de que el perro esté sujeto con la correa. Sin embargo, no use la correa para apartar al perro de la puerta porque de esa manera lo único que conseguirá es que el animal se esfuerce más por abalanzarse hacia ella. Los músculos de todos los mamíferos trabajan contra fuerzas contrarias; por eso, si tira de la correa del perro hacia adelante, conseguirá que el animal se

eche automáticamente hacia atrás. Si tira firmemente de la correa hacia atrás, no está adiestrando a su perro para que deje de embestir sino que está animándolo a que lo haga. Por lo tanto, mientras realiza el adiestramiento ante la puerta mantenga la correa floja, aunque será la primera en advertirle que no siempre es fácil. Nos resulta tan tentador tirar de la correa cuando la sujetamos con nuestras manos que es mejor que se la confíe a otra persona mientras usted se ocupa de practicar el ejercicio «Espera» en la puerta. También puede atar la correa a una baranda o a su cinturón si se trata de un

perro pequeño, a fin de no usarla para tratar de apartar al animal de la puerta. Debería ser su cuerpo y no la correa lo que le impida al perro salir disparado hacia la puerta.

Una vez que llegue a la salida, colóquese delante del perro interponiéndose entre él y la puerta. Póngase frente al perro, con la espalda contra la puerta, para estar en condiciones de observar el comportamiento del animal y actuar en consecuencia. Si el perro consiguió acercarse a la puerta (algo que la mayoría de los perros hace), apártelo avanzando directamente hacia él,

guiándolo con bloqueos corporales para alejarlo de allí. Actúe en silencio y con serenidad, avanzando con pasos cortos y controlados para que el perro no tenga más opción que retroceder. Si el animal trata de esquivarle, muévase rápidamente hacia la derecha o la izquierda para bloquearle el paso con su cuerpo. Imagine que es un portero cuyo trabajo consiste en impedir que la pelota entre en la portería. Una vez que, de manera silenciosa y tranquila, ha logrado que el perro se aleje aproximadamente un metro de la puerta, vuelva a dirigirse usted hacia la puerta y déle al animal una señal como

«Cuidado» o «Espera» en voz baja y calma, y después abra la puerta, pero no del todo.

Lo que usted haga a continuación depende del comportamiento de su perro. La mayoría de los perros se lanza hacia delante cuando ve la puerta abierta (o incluso cuando usted vuelve a avanzar hacia la puerta), por lo que debe estar preparado para usar su cuerpo para cerrarle el paso. Concéntrese en no repetir su señal verbal (como es natural, al principio esto requiere cierta práctica) y en utilizar su cuerpo para impedirle avanzar. Algunas personas prefieren cerrarle la puerta a un perro

que puede escaparse por ella en lugar de utilizar su cuerpo para impedirse. De esta manera se le enseña al perro que, si intenta escaparse, la puerta se cerrará antes de que consiga llegar hasta ella, pero si se sienta y espera pacientemente, la puerta se abrirá. Si usa este método, asegúrese de no darle al perro un portazo en las narices. He visto hacerlo, por eso prefiero utilizar mi cuerpo para bloquear su paso, pero ambos métodos funcionan. Una vez que el perro se ha detenido (dejando de avanzar o, preferiblemente, deteniéndose y mirándole a usted), aunque sea durante una fracción de segundo, diga «Bien» y

permítale llegar a la puerta. En este ejercicio la sincronización es lo más importante. Es fundamental reforzar al perro cuando empieza a dejar de presionar para llegar a la puerta, por lo que debe observar atentamente y estar preparado para abrir la puerta en cuanto el animal hace una pausa, por pequeña que sea. Con el tiempo el perro irá aprendiendo a ser más paciente, pero al principio le ayudará a conseguirlo que usted esté atento y preparado para soltarlo en cuanto no hace nada aunque se acerque al lugar que quiere.

Mientras trabaja en la práctica de este método, resístase al impulso tan

humano de colocarse delante de la puerta para protegerla. Usted quiere que su perro aprenda a decidir por su cuenta: necesita saber cuáles son las consecuencias de esperar o de tratar de hacer una pausa para conseguirlo. Deje despejado el camino que conduce a la puerta, pero manténgase junto a la misma y prepárese para llegar hasta ella en caso de que sea necesario. Si el perro elige esperar («¡Buen chico!»), esté listo para soltarlo pronunciando su nombre con un tono de voz alegre o diga la palabra que suele emplear cuando lo suelta: «Vale» o «A la calle». Si el perro trata de salir por la puerta, use su

cuerpo para impedirselo y después déle otra oportunidad de hacer una pausa. La mayoría de los perros lo capta con una rapidez increíble porque aprenden que si esperan educadamente consiguen salir afuera; en cambio, si tratan de abalanzarse se les cierra el paso.

Ahora permítame unas advertencias sobre los errores más comunes que comete la gente a fin de que trate de evitarlos:

- La repetición de la señal verbal (acuérdesse del chimpancé). Concéntrese en decirla una sola vez y después deje que su cuerpo haga

el resto.

- La utilización de la correa para detener al perro en lugar de emplear el cuerpo (una vez más, otro impulso muy propio de los humanos: es casi imposible no hacer algo cuando se tiene una correa en la mano). Use su cuerpo, no la correa.
- Acercarse al perro o inclinarse hacia él cuando el animal se ha detenido en su avance hacia la puerta. Recuerde que los bloqueos corporales son señales visuales muy eficaces y en la fracción de segundo en que su perro deja de

inclinarse hacia delante o de empujar en dirección a la puerta (puede sentirlo aunque no esté tocando al perro) debería responder deteniendo su propio movimiento hacia delante. Si continúa avanzando o inclinándose hacia delante ejercerá excesiva presión sobre su perro y creará un problema.

No confunda el uso de «espera» con «quieto». «Quietos» significa que el perro debe permanecer en un lugar exacto hasta que lo suelten, mientras que «espera» quiere decir que el perro no

puede avanzar hasta que lo suelten. Si dice «espera» y el perro se aleja completamente de la puerta, es estupendo. «Espera» básicamente significa: «No avances hasta que no recibas nuevas instrucciones». Sin duda, si lo prefiere puede utilizar «quieto» delante de la puerta, pero es un concepto diferente («No te muevas hasta que te lo diga»). En este contexto prefiero enseñar «espera» porque considero que es bueno que los perros aprendan a inhibir sus impulsos por sí mismos en lugar de dejar que seamos nosotros quienes tomemos las decisiones por ellos.

¡Oh, es tan cariñoso!

No debe permitir que su perro haga lo que le viene en gana. Si le gusta que su perro lo salude saltando no hay nada malo en ello, pero de ninguna manera debe ser tan irrespetuoso como para llegar a tirarle al suelo. A otros perros nunca se les permitiría un comportamiento tan grosero y usted tampoco debería tolerarlo. Uno de los primeros perros con los que he trabajado fue Duke, un doberman pinscher de enormes y peludas orejas cuya dueña, Edith, una señora de edad, lo tenía en casa para su protección.

Duke pasó el primer año de vida recibiendo mucho amor pero sin que le fijaran ningún límite. La primera vez que lo vi en la puerta de entrada a la casa dio un salto y seguidamente apoyó sus enormes patas en mis hombros. Después de estar a punto de tirarme al suelo (cosa que había hecho con varios amigos mayores de Edith), Duke comenzó a correr por el salón saltando sobre mesas y sillas, derribando lámparas y libros en un alocado frenesí hasta terminar instalado sobre mi regazo en el sofá, para volver a ponerme las patas sobre los hombros mientras me daba lametazos en la cara. Entretanto,

Edith lloraba de la risa y me dijo que le encantaba que Duke fuese tan cariñoso. Pero si Duke hubiese utilizado esa rutina de saludo con los perros del parque en pocos segundos se habría convertido en un paria social. Los perros mayores enseñan a los atolondrados cachorros que es de mala educación saltar encima de los demás y que es necesario tener presente su espacio personal. No existe ningún motivo por el cual los perros no deberían respetar también el espacio personal de sus dueños.

No me gustaría ver que obligan a un perro a sentarse o a quedarse quieto cada vez que saluda a un humano, de la

misma manera que no me agrada ver a los niños haciendo reverencias cuando los adultos entran a la habitación. Pero todos los animales sociales son conscientes del espacio personal alrededor de los demás y cuando se hacen adultos aprenden a no entrometerse en el mismo aunque estén excitados. En realidad, es muy fácil enseñar a los perros a ser educados cuando saludan a su dueño o si quieren acurrucarse junto a él en el sofá. Para ello es necesario dejar de actuar como un humano y aprender a moverse como un perro. En lugar de retroceder cuando un perro cariñoso pero maleducado

arremete hacia usted utilice los bloqueos corporales que hemos comentado en el Capítulo 2 para proteger el espacio personal a su alrededor. Supongamos que usted está sentado en una silla y Duke cruza la habitación a la velocidad de la luz. Es evidente que con tres zancadas se habrá instalado en su regazo. En lugar de reaccionar como se hace naturalmente, que es inclinarse hacia atrás para eludir el impacto del misil cubierto de pelo (con lo cual crea un espacio para que el perro se mueva dentro de él), incline el pecho y los hombros hacia delante y ataje al perro antes de que haya llegado a la mitad del

trayecto. Aparte la cara, mantenga las manos sobre el vientre y use los hombros y el torso para impedir que el perro entre en el círculo de espacio que se extiende a su alrededor.

Una vez que le ha impedido saltar sobre su regazo, refuerce al perro con mimos, elogios, regalos o juegos, pero hágalo cuando el animal tenga las cuatro patas en el suelo. Por lo general, es necesario repetir los bloqueos corporales unas pocas veces hasta conseguir que el perro tenga las cuatro patas apoyadas en el suelo, pero lo sorprendente es la cantidad de perros que eliminan de su repertorio la

costumbre de saltar sobre su dueño. Algunas personas se sienten culpables por dejar de permitirles a sus perros que salten sobre ellas. No debería ser así, a menos que estas personas permitan a los humanos adultos que arremetan contra su cabeza o sus hombros cuando les da la gana. Si le gusta que su perro salte para saludarle, adelante, déjelo que lo haga, pero no permita que se comporte como si pudiese abalanzarse sobre los humanos sin ninguna consideración por su seguridad o su espacio personal. Un perro que actúa de esa manera no es cariñoso; simplemente es un maleducado^[41].

El sonido del silencio

Otra cosa que podemos hacer para ayudar a nuestros perros a comportarse como miembros educados de nuestra familia prácticamente no implica ningún tipo de adiestramiento. Si usted es como la mayoría de nosotros, tal vez deba aprender algo, aunque resulta más difícil adiestrar a las personas que a los perros. Sin embargo, se trata de algo verdaderamente simple y consiste en lo siguiente: cállese.

Vale, quizá sea un poco brusco, pero el hecho es que tendemos a hablarles tanto a nuestros perros que no sólo los

confundimos, sino que los estimulamos excesivamente y a veces los asustamos. Para que no piense que soy grosera, le informo que me incluyo a mí misma en la categoría de personas a las que les convendría hablarles menos a sus perros. Los humanos somos primates infatigablemente verbales y hay veces en que converso con mis perros como una tonta. Y lo peor es que en algunas ocasiones elevo la voz cada vez más si mis perros no hacen lo que yo quiero, hasta que me refreno y comienzo a actuar como una buena adiestradora de perros. Sin duda, cada año consigo mejorar la técnica de hablar a mis

perros con voz serena y actualmente es muy raro que alce la voz cuando no debo. Pero cada tanto lo hago, porque es muy humano alzar la voz cuando uno se siente frustrado; además, como vimos en el Capítulo 1, parece ser una característica que compartimos con nuestros parientes los chimpancés. Pero aunque el chimpancé Mike pudo haber alcanzado el dominio gracias al aumento gradual del volumen del sonido metálico que conseguía con las latas, los gritos no servirán de mucho para enseñar a su perro a ser paciente y educado.

He mencionado anteriormente la importancia de mantenerse sereno y

hablar en tono bajo cuando se desea que el perro responda, pero aquí quiero referirme al efecto de los gritos sobre la percepción que el perro tiene de usted. Si se pone a gritar puede conseguir que su perro le preste atención, igual que sucedería con los alumnos en clase, pero ¿qué mensaje sobre usted le transmiten los gritos a su perro? Cuando grita da la impresión de ser una persona asustada que ha perdido el control. Tal vez consiga que su perro le preste atención, pero no por ello transmitirá la imagen de un líder sereno y dueño de sí mismo ni reflejará el comportamiento que espera de parte del animal. Es probable que a

corto plazo empeore el comportamiento de su perro y que a largo plazo le haga perder la confianza en usted. Hablo por experiencia. Como dije antes, cuando comencé a trabajar con perros pastores me ponía ansiosa en cuanto sentía que las cosas escapaban a mi control, lo cual sucedía el 95 por ciento de las veces. Mi tono de voz nervioso y agudo desencadenaba el mismo efecto que echar gasolina a un incendio, y sólo conseguía que Drift, mi primer border collie, apretase los dientes y corriese aún más hacia las ovejas. Me pasé todo el verano aprendiendo a utilizar un tono de voz sereno en los momentos de mayor

agitación de las tareas de pastoreo. Ahora soy capaz de lograrlo el 90 por ciento de las veces, quizá un poco más, pero algunos adiestradores pueden hablar tranquilamente a los perros incluso cuando las ovejas están totalmente descontroladas, el perro parece a punto de abalanzarse sobre una de ellas para comérsela y en la transitada autopista cercana hay un atasco monumental. Esas personas me parecen de otro mundo y trato de pasar todo el tiempo que puedo junto a ellas con la esperanza de que sus habilidades se me contagien.

A los perros parecen gustarles las

personas tranquilas, sosegadas y dueñas de sí mismas y prefieren sentarse a su lado en lugar de hacerlo junto a otras. A los humanos también nos atraen esas personas que muestran un sentido digno y sereno del autocontrol. Una de las personas que conozco que posee ese aura es Julie Simpson, la primera mujer que ganó el campeonato de la Sociedad Internacional de Perros Pastores en Gran Bretaña. Julie Simpson habla poco a los perros y cuando lo hace suele ser con suavidad, pero irradia una sensación de paz interior y seguridad en sí misma. En las clases de adiestramiento los perros la escuchaban aunque estuviese a una

distancia de 100 metros y hablando quedamente. Es probable que usted no esté en condiciones de conseguir hacerse respetar como lo hacía Julie, pero puede lograr que su perro le preste más atención si irradia aplomo y serenidad en lugar de vociferar en todo momento.

Pero tenga cuidado con lo que le dice a su perro y aprenda a acercarse a él para conseguir que le preste atención en lugar de gritarle desde lejos. Piense en Ghandi y en el Dalai Lama. Sonría. Igual que los buenos maestros, siéntase seguro a la hora de establecer límites. Que su perro lo respete como un líder

sereno y seguro de sí mismo en el que puede confiar es una sensación maravillosa, tan estupenda como que el animal sienta afecto por usted. Los que hemos conseguido ganarnos el respeto y el cariño de nuestros perros somos afortunados y parte de ello se lo debemos simplemente al hecho de haber aprendido a hablar menos en lugar de más.

Líder benévolo

La palabra *líder* es otro término que tiene una carga especial en el adiestramiento de perros. El concepto

de dominio se ha utilizado e interpretado tan mal que hasta la palabra *liderazgo* ha caído en desgracia en algunos círculos, lo cual es una vergüenza porque la mayoría de los animales sociales se benefician de la sabiduría de un líder sensato. El adiestramiento de los perros para que sean pacientes y educados sin que usted deje de ser un líder cariñoso y benévolo ha ayudado a cientos de mis clientes que tenían dificultades con sus mascotas. No sé si los problemas entre algunos de ellos y sus perros se debían a sus relaciones sociales o a que los perros no tenían ninguna tolerancia a la frustración, pero

las indicaciones que se ofrecen en este capítulo pueden incidir positivamente en ambos aspectos. Tal vez el dueño comience a actuar más como un líder benévolo y esa acción, igual que sucede con los adolescentes problemáticos que terminan por encontrar un mentor viejo y sabio, se traduzca en un mejor comportamiento por parte del animal. O tal vez los perros lleguen a darse cuenta de que pueden conseguir lo que quieren siendo pacientes y educados en lugar de mostrarse violentos y agresivos, y aprendan a enfrentarse a la frustración sin mostrarse hostiles o descontrolados.

Afirmaría que depende del perro.

Cada perro es diferente: algunos son verdaderamente buscadores de estatus y se comportan peor cuando ven comprometida su posición; otros no pueden contener sus emociones ni tienen ningún control sobre sus impulsos y por lo tanto deben aprender a ser pacientes. Los perros más problemáticos que veo en la consulta son una combinación de ambas cosas: perros fácilmente irritables sin ningún control emocional que reaccionan ante cualquier desafío percibido como un peligro para su posición social. Por otra parte, algunos perros son tan benévoloos que no podríamos conseguir que cambien para

mal aunque nos lo propusiésemos. Si tiene un perro de éstos, lea el resto del capítulo como un ejercicio intelectual interesante y dedíquenos una sonrisa desconcertada a los demás, que tenemos perros normales.

Pero ¿quién es el dueño de casa?

Aunque en el pasado los adiestradores de perros han exagerado la importancia del estatus social, en algunos casos sigue siendo relevante. He tenido clientes cuyos perros controlaban todas las interacciones sociales: ladraban

cuando los dueños hablaban por teléfono; exigían atención en cuanto aparecía otro perro, y decidían cuándo había que jugar con ellos, cuándo debían recibir mimos y cuándo querían comer. La manera y el momento en que su perro reclama atención no siempre tienen que ver con el aprendizaje de la paciencia y la aceptación de la frustración. También es un aspecto importante de las relaciones sociales, porque el hecho de conseguir que le presten atención en el momento en que lo exige depende del rango que cada uno ocupa en la jerarquía social. Los chimpancés, los bonobos, los humanos y los lobos de

estatus elevado, por citar algunas especies, son siempre el centro de la atención visual del grupo. Los individuos de rango elevado están en condiciones de decidir si aceptan o no la solicitud de contacto social de un subordinado. Los subordinados pueden iniciar el contacto con mayor frecuencia, pero quien decide si la interacción va a llevarse a cabo y cuándo lo hará es el individuo con un rango superior. Mi perra Pip, que ocupa un rango inferior, se esfuerza continuamente para que la reina Tulip le haga caso, y para ello le lame el hocico y se pone servilmente a sus pies. La mayoría de las veces Tulip

mira hacia otro lado, negándose a conceder a Pip el equivalente canino de lo que sería prestarle atención. (Mi amiga Beth Miller me recordó que la misma situación puede verse en los patios de recreo de todo el país). Piense en la manera en que esas interacciones sociales asimétricas se reproducen en su casa. Si su perro es el principal centro de atención y controla todas las interacciones, entonces es posible que el animal interprete que con su comportamiento usted le brinda su apoyo por ser el miembro del grupo con un estatus elevado. Algunos perros insisten en controlar quién toca a quién y

cuándo. Algunos de esos perros no muestran ningún respeto por el espacio personal de sus dueños al saltar sobre sus regazos y ponerse «delante de sus narices» cuando les da la gana. También suelen decidir cuándo y dónde es posible tocarlos y se ponen a gruñir si son sus dueños quienes inician el contacto. Volvamos a analizar las interacciones de acicalamiento en distintas especies. En la mayoría de las especies sociales los animales de estatus inferior acicalan al de estatus superior, mientras que no se observa lo contrario.

Los perros buscadores de estatus

pueden llegar a adueñarse de todos los objetos que hay en la casa, incluida la cama, una de las cosas más valoradas tanto por los humanos como los perros. Hasta que comencé a trabajar como terapeuta del comportamiento animal no tenía la más mínima idea acerca de la cantidad de personas que no pueden volver a meterse en su cama después de haberse levantado para ir al baño. ¿Quién habría imaginado que el país está lleno de hombres que se pasan la noche dando vueltas por la casa porque el perro de su esposa no les permite volver a la cama después de haberse levantado para ir a hacer pipí? En cierto

modo, parece una escena propia de un tebeo, pero deja de resultar divertida cuando las amenazas se convierten en mordeduras. (Algunas personas siguen pensando que es divertido. Nunca olvidaré la mirada que vi en el rostro de un hombre mientras su esposa se reía a carcajadas por la última mordedura que había recibido de su lhasa apso. La mujer pensaba que había sido una reacción histérica del animal, aunque el brazo del hombre tenía el aspecto de una albóndiga. El hombre y yo no nos mostrábamos tan divertidos. Mi primera sugerencia contemplaba la consulta a un consejero matrimonial).

Aunque considero que la agresión de dominio es por lo general una descripción incorrecta de lo que sucede con un perro, hay casos en los que el estatus social es relevante. Algunos de los problemas que veo en mi consulta no se refieren tanto a perros «dominantes» como a perros que simplemente viven en un estado de confusión acerca de quién es quién. A veces estos perros dan la impresión de disfrutar de la mayor libertad social, mientras que en otras ocasiones parecen ser los humanos quienes gozan de la misma. En caso de que sea así, si en algunos hogares no hay un líder evidente, entonces no carece de

sentido aclarar la relación social entre el humano y el perro. Si los perros viven en un mundo en el cual se perciben ocupando un estatus elevado pero dentro de esa categoría «beta» cargada de tensión, entonces, según lo que sabemos sobre las jerarquías sociales, es más probable que estén obsesionados con el estatus y traten de prosperar.

Mi método favorito para trabajar con los perros buscadores de estatus consiste en enseñarles que el estatus social no es tan importante en la casa en que viven porque pueden conseguir lo que quieren siendo pacientes y educados en lugar de comportarse agresivamente y

estar tan pendientes de la posición que ocupan. Si los dueños son capaces de recordar que ni los humanos ni los perros necesitan tener estatus social para sentirse amados, entonces pueden crear un entorno doméstico más armonioso en el cual sus perros se sientan queridos sin tratar de mejorar su posición en la jerarquía. Esta situación es algo que resulta muy estresante; por lo tanto, hágale un favor a estos perros y no los confunda con mensajes contradictorios. Recuerde que esto sólo se aplica a los perros buscadores de estatus y que son muchos los perros que no tratarán de ascender en la escala

social si usted los educa adecuadamente. Si presta atención a las indicaciones que se incluyen en este capítulo y espera que su perro aprenda a ser paciente y educado cuando madure, se evitará muchos de los problemas que pueden crear los perros buscadores de estatus.

No recurra a los castigos y tenga un perro mejor

No es necesario que use la fuerza física para impresionar a su perro. Si lo hace, transmite el mensaje de que no tiene ningún poder real ni ninguna otra alternativa que no sea la violencia y la

intimidación. Es triste que se haya tardado tanto en eliminar del repertorio del adiestramiento la amenaza de la agresión física, sea cual sea la especie. Es probable que consiga que un perro le obedezca amenazándolo, pero fundamentalmente lo que logrará es que su perro le tenga miedo. Y con demasiada frecuencia lo que se consigue es que el perro aprenda a defenderse devolviendo la agresión. La agresión conduce a más agresión y muchas de las mordeduras de perros que veo en mi consulta obedecen a una reacción de autodefensa. Sin embargo, existen otros perros a los que les gusta una buena

pelea y no pueden esperar a que usted les brinde la oportunidad. Usted puede ganar la batalla con estos perros, pero no ganará la guerra, y de todos modos, ¿a quién le interesa que el salón de su casa se convierta en un campo de batalla?

No está nada bien que utilicemos una violencia innecesaria en el adiestramiento y además se trata de algo que resulta especialmente problemático porque nuestros perros no lo perciben como un castigo. Los perros son castigados por sus mayores con un mordisco rápido y contenido en el hocico, un comportamiento que sugiero

encarecidamente *no* reproducir. Créame: nunca conseguirá ser lo bastante rápido, ni tampoco podrá hacerlo con la intensidad con que lo haría otro perro y terminaría por hacerse morder. A lo sumo conseguirá un bocado de pelo del perro. Los perros no castigan a otros perros mordiéndolos en el cogote: los mordiscos en esa zona son desafíos a la jerarquía o equivalen a las reyertas de las tabernas. Es posible reprender a algunos perros de manera eficaz cogiéndolos del pescuezo y zarandeándolos, pero eso no quiere decir que usted deba hacerlo. Cuándo y dónde emplear un castigo físico en un

perro es una de las cosas más difíciles de aprender en el adiestramiento de estos animales y es lo último que deberían intentar las personas que carecen de preparación al respecto.

Muchas personas utilizan la fuerza debido al mito que existe acerca de que es necesario «imponerse» a los perros. Pero gritarle a un perro, cogerlo por el collar y zarandearlo es un comportamiento muy propio de los primates y no algo que el animal entenderá naturalmente. Con esa actitud podría conseguir que el perro le tenga miedo y que le preste atención, pero no le permitirá saber qué es lo que usted

quiere que haga. Zarandear a un perro cogiéndolo por el collar es como pegarle a un niño en las manos cuando no acierta en la respuesta. Puede lograr que el niño tema cometer un error, pero no le enseña la respuesta correcta. Puesto que la agresión funciona en ciertos perros en determinados casos, algunas personas apelan a esos éxitos para justificar el tratamiento brutal a todos los perros en cualquier circunstancia. Pero el hecho de que algo que está mal y es cruel a veces dé resultados no es ningún motivo para recomendarlo. Usted puede torturar e intimidar a las personas para imponerles

su voluntad y si emplea la fuerza y el control suficientes, lo conseguirá, pero eso no quiere decir que sus métodos sean aceptables.

Cómo reprender a su perro

Según mi experiencia, por lo general la gente castiga físicamente a sus perros cuando los animales hacen algo «malo». La mayoría de mis clientes que golpean o zarandean a sus perros francamente no sabían qué otra cosa podían hacer. No está bien decirle a la gente que no sea severa con sus perros y después no

ofrecerles ninguna alternativa, por eso incluyo aquí una opción que funciona en casi todos los perros y en casi todas las personas^[42].

Si su perro está haciendo algo que usted no quiere que haga, su tarea consistiría en realizar dos cosas. En primer lugar, impídale que haga lo que está haciendo dándole un sobresalto. No es necesario que le haga daño o que lo aterrice; basta con que lo interrumpa haciendo un ruido que provoque lo que se denomina la respuesta de sobresalto de los mamíferos. Si da una palmada en la pared o sobre la mesa, deja caer un libro o agita una caja vacía de palomitas

de maíz en la que ha puesto unas monedas, el perro debería alzar la vista inmediatamente para averiguar qué es ese ruido. Con la velocidad del rayo, usted debe aprovechar que el perro ha dejado lo que estaba haciendo y reorientarlo para que haga lo que usted *quiere* que haga. Por ejemplo, supongamos que su perro labrador de ocho meses está mordisqueando la mesita del salón. Su tarea consiste en interrumpir ese comportamiento y reorientar inmediatamente al perro para que haga algo adecuado, como mordisquear ese juguete masticable que le costó una fortuna. Diga «No» en voz

baja y *serena*, e inmediatamente haga algún sonido para sobresaltarlo. En la fracción de segundo en que el perro alza la vista, diga «Buen chico» para elogiarlo por dejar lo que estaba haciendo, chasquee la lengua para que le preste atención y luego reoriente la atención del animal hacia algo más apropiado.

La clave consiste en estar preparado para aprovechar ese medio segundo (o menos) de atención que le prestará el perro cuando alce la vista para mirarle. No durará más y la mayoría de los principiantes desaprovechan el momento devolviéndole la mirada al perro

mientras deciden lo que harán a continuación. En ese caso, el perro se imagina que no sucederá nada interesante y entonces volverá a dedicarse a mordisquear la pata de la mesa. Debe estar preparado para actuar en la fracción de segundo en que el perro alce la vista y comprobará que el truco funciona como por encanto. Parece simple, pero igual que sucede con todo lo relacionado con el adiestramiento de perros, requiere cierta práctica puesto que sus respuestas deben estar sincronizadas con el comportamiento del animal. Ejercítese en responder a las acciones de su perro con la mayor

rapidez posible. Aunque no consiga una marca olímpica, logrará ganar el partido si recuerda lo fundamental: interrumpir el comportamiento problemático e inmediatamente reorientarlo hacia alguna otra cosa.

Sin embargo, si el perro se halla completamente entregado a lo que está haciendo —por ejemplo, ladrar ante la ventana cuando pasa el perro del vecino, al que le encanta provocarlo— entonces es probable que no exista ningún sonido capaz de atraer su atención. En esos casos renuncie a gritarle cada vez más fuerte desde el extremo opuesto de la habitación y acérquese al perro. A mí

me gusta apartar a los perros de situaciones como éstas mediante el recurso de atraerlos poniéndoles delante de las narices un regalo apetecible, como al burro con la zanahoria, y una vez que dejan de estar excitados les pido que hagan alguna otra cosa. En algunos casos los perros están tan excitados que para serenarlos es conveniente ponerles la correa y recurrir a un señuelo para conseguir apartarlos de aquello en lo se centraba su atención. A continuación diga al perro: «Siéntate, guapo», «Coge la pelota» o «Sube a despertar a» (complete el espacio en blanco con el nombre de esa otra

persona de la casa que siempre le deja despertarla para sacar al perro). Una vez que el perro aprende que su voz anuncia algo incluso más divertido que aquello que está haciendo, el animal cambiará de actitud.

Estas sugerencias no sustituyen a un manual de adiestramiento de perros, ni a un buen vídeo, ni, mejor aún, a una buena clase de adiestramiento canino en la que contará con la ayuda de un entrenador. Pero si puede impedir que su perro haga lo que usted *no* quiere que haga y simplemente lo reorienta hacia lo que *quiere* que haga, tanto usted como el animal serán más felices. La tendencia a

obsesionarnos con lo negativo parece una actitud muy humana: la exclamación «¡no!» sale de nuestras bocas con la misma facilidad que el aire que expulsamos de nuestros pulmones. Pero decir «no» no le enseña a un perro qué es lo que *debe* hacer manteniendo su atención centrada únicamente en eso. Si digo: «Deja de pensar en el rojo. Ahora lo ordeno: ¡no pienses en el rojo!», ¿sería fácil? Pero si digo: «No pienses en el rojo; piensa en el azul, un hermoso color. ¡Piensa en el azul!», ¿no sería más fácil dejar de pensar en...? ¿Cuál era el otro color? La cantidad de cosas incorrectas que puede hacer su perro es

infinita, pero sólo puede hacer algunas cosas correctas. ¿Por qué no simplifica las cosas y le enseña a su perro qué es lo correcto en lugar de estar diciéndole continuamente que no cuando hace lo que no debe?

Por lo tanto, cuando su perro esté haciendo algo incorrecto, diga «No» tranquilamente y utilice otro sonido para sorprenderle y atraer su atención; a continuación, reoriente la atención del animal hacia algo que debería hacer. No piense en castigarlo físicamente; piense en enseñarle. Sustituya la agresión violenta del adiestramiento de perros tradicional por la benevolencia serena y

sosegada del cielo azul. Es un color
precioso.

9

PERSONALIDADES



**Cada perro es diferente,
pero algunos perros son
más diferentes que otros**

Escribo esto diez minutos después de

que Luke haya estado a punto de morir. Me siento abrumada por la angustia que me ha producido lo que acaba de ocurrir y a la vez me consuela pensar en lo que no ha sucedido. Apenas puedo pulsar las teclas; siento los dedos rígidos y empiezo a temblar. No puedo soportar la idea de ver a Luke muerto y saber que ha estado a punto de sufrir una muerte trágica hace unos minutos me ha dejado aturdida, como si me hubiese estrellado contra una pared.

Han sido mis vecinos quienes han traído a Luke a casa después de haberlo encontrado a unos quinientos metros de la granja caminando por el

centro del carril derecho de la carretera principal que pasa junto a la finca. Estaba en lo alto de una empinada colina que aparece inmediatamente después de una curva pronunciada. El límite de velocidad es de 100 kilómetros por hora, pero la gente es como es y muchos de mis vecinos circulan a una velocidad mucho mayor. En ese tramo de la carretera la visibilidad es mala y cuatro o cinco veces al año la gente atropella a un ciervo y después llama a mi puerta a las dos de la madrugada para telefonar al sheriff, mientras yo miro por la ventana siguiendo los

fuertes ladridos de Luke y Tulip. Esa mañana el tráfico en la carretera era especialmente intenso; como cada día, los coches debían evitar el desfile de los camiones de grava que iban y venían de una obra en construcción.

Luke tiene once años. Ni él ni ninguno de mis otros border collies ha estado nunca en la carretera. Puedo dejar a Luke, Lassie o Pip sueltos fuera de la casa durante horas (aunque no lo hago) y ellos se limitan a quedarse acurrucados en el porche. Han sido adiestrados esmeradamente para mantenerse alejados de la carretera y gracias a ello y a las características de

su personalidad nunca la han pisado. Si un ciervo atraviesa precipitadamente mi jardín, los perros podrán lanzarse a perseguirlo pero se detendrán al llegar a la carretera. Ignoran a los ciclistas, a los que practican jogging y a los coches, aunque en una ocasión ladraron con ojos desorbitados al paso de un caballo y su jinete. Hasta Tulip se mantendrá alejada de la carretera, si bien debo admitir que tardé años en adiestrarla: es una gran pirineos destinada a trabajar con independencia y particularmente testaruda, pero, siempre y cuando yo esté fuera con

ella, Tulip se detendrá al borde de la carretera, aunque esté persiguiendo a un ciervo. Sin embargo, nunca dejaría a Tulip suelta fuera de la casa y sola porque terminaría yéndose por ahí y pienso que no vale la pena correr el riesgo.

A diferencia de los gran pirineos, los border collies proceden de una estirpe de perros de granja acostumbrados a permanecer cerca de la casa en espera de las tareas que tienen asignadas. Hasta esta mañana, en que, por lo que sé, Luke se ha escapado de casa. Como de costumbre, Luke y los otros border collies han

estado afuera, donde los dejo salir cada mañana a hacer sus necesidades antes de ir al establo a ocuparnos de las ovejas. En el momento en que llegó la camioneta con la cuadrilla de trabajadores que venían a terminar las obras destinadas a cambiar el tejado, me encontraba hablando por teléfono en el despacho. Todos padecíamos el ruido y el polvo que provocaban los trabajos en el tejado. Los golpes continuos que debíamos soportar durante ocho horas todos los días resultaban particularmente molestos porque venían desde la cubierta de la casa. Para empeorar aún más las

cosas, estábamos sufriendo una horrorosa ola de calor, con temperaturas muy elevadas y una humedad de más del 90%. Uno de mis corderos había muerto a causa del intenso calor, por lo que no era posible dejar a los perros ni en el coche ni en el establo. Ante las escasas alternativas que se me presentaban, he decidido trabajar en casa y ver si podíamos arreglarnos de alguna manera.

Cuando han comenzado los golpes, les he lanzado la pelota a los perros para que se entretuvieran y les he dado juguetes rellenos con cosas

apetecibles. Era evidente que les disgustaba el ruido, pero parecían menos afectados de lo que había pensado. Tal vez Luke y Pip estaban más pendientes de los ruidos por la noche, pero durante la ruidosa mañana se mantenían pegados a mis pies. Pensé que Luke lo soportaba bien, pero me equivoqué y estuvo a punto de morir.

Luke debe de haber salido del patio cuando llegó la cuadrilla de trabajadores para continuar con los golpes. Yo estaba hablando por teléfono cuando mis vecinos, John y Connie Mudore, aparecieron con Luke unos minutos más tarde. Es un milagro

que no lo hayan matado, porque nunca había visto tanto tráfico en la carretera.

Amo tanto a todos mis perros que a veces ese cariño me hace sufrir. Pero por mucho que los quiera a todos, con Luke es diferente. Me enamoré de Luke en cuanto lo traje a casa y todavía sigo perdidamente enamorada de él. Luke es ese perro único entre un millón que la mayoría de la gente nunca consigue tener, ni siquiera los adiestradores y los criadores de perros, que han visto tantos. De vez en cuando aparece alguien en un seminario y empieza a hablar de un animal equivalente a

Luke, un perro tan especial que no pueden referirse a él sin que las lágrimas asomen a sus ojos. Quizá usted también haya tenido alguna vez un perro así, dotado de tantas virtudes que el corazón se le inflama de orgullo al pensar en él. Quizá tenga un perro como ése ahora. Espero que así sea.

Luke es el perro más guapo que he visto en mi vida, aunque he trabajado con muchos perros que eran maravillosos pero problemáticos. Luke se parece al guapo Rhet Butler en Lo que el viento se llevó, pero se comporta como el bueno, afable y ético Ashley, con quien Scarlett se habría casado si

hubiese tenido un coeficiente intelectual mayor al tamaño de su cintura. Luke es noble, puro y poco complicado. Le encanta la gente, pero en lugar de atosigarla con su entusiasmo prefiere sentarse a su lado, como si se sintiese respetuosamente complacido por estar en su compañía. Luke es un perro zen, siempre en el presente, irradiando continuamente algo que podría llamarse paz espiritual, como si fuese el Dalai Lama de los perros. Luke es amable con los otros perros y su comportamiento con los niños es incondicionalmente correcto. Es un magnífico perro pastor,

atlético, disciplinado y listo. Tiene una gran intuición con las ovejas y sabe mejor que yo lo que las ovejas están a punto de hacer mucho antes de que lo hagan. Luke es quien se convierte en una ayuda indispensable cuando hay que subir las ovejas al camión para llevarlas al mercado. Luke es quien me acompaña siempre que voy a la dehesa donde hay carneros agresivos.

Y fue Luke quien en una ocasión arriesgó su propia vida para salvar la mía. Colleen, una oveja astada enloquecida que parecía dispuesta a matarme, me había acorralado en un rincón del establo. Era una irritable

oveja astada^[43] escocesa de cara negra que acababa de parir un cordero y yo había ido al establo a llevarle grano y agua fresca. Pero su protector instinto animal se convirtió en una furia desatada que la llevó a tratar de embestirme repetidamente acorralándome contra la pared de cemento. Cada vez que la oveja arremetía, yo esquivaba el ataque y el animal terminaba por estrellarse contra la pared en lugar de ensartarme a mí. Los impactos hacían temblar las paredes del establo y provocaban la caída de la pintura de las vigas. En un momento determinado conseguí

hacerme con una tabla suelta, que utilicé para golpear la cabeza y los cuernos de la oveja con la esperanza de conseguir que el animal retrocediese y me diese tiempo a llegar hasta la puerta. Pero la tabla se hizo pedazos contra su cráneo huesudo y resistente y sus esquirlas cayeron sobre mis hombros. La oveja ni siquiera pareció advertirlo y creo que tampoco se daba cuenta de gran cosa. No se trataba de un ataque premeditado. Colleen estaba fuera de sí; era el mismo tipo de furia que observo en los perros agresivos completamente descontrolados. La enloquecida Colleen continuó

embistiéndome y acorralándome contra la pared y los trozos de pintura seguían cayendo de las vigas mientras yo esquivaba sus arremetidas desplazándome hacia la izquierda primero y hacia la derecha después. Mi irritación se convirtió en miedo cuando se me cansaron las piernas y empezaron a temblarme las rodillas. Parecía absurdo que no pudiese salir. Trabajo con perros agresivos, de todos los tamaños, perros que han atacado a personas y que quieren atacarme a mí. A mi consulta han acudido perros de todo tipo, mostrando los dientes con mirada hostil. He tenido ovejas durante

años, incluyendo un carnero tan agresivo que hizo saltar por los aires a un amigo mío que mide casi dos metros. Pero esto era diferente. No tenía ninguna ventaja en este juego y no podía escapar de él. Colleen, armada con sus cuernos, me había acorralado en un rincón y allí estaba yo, cansada y sola en una granja en medio de la nada. Era un sábado por la mañana y no tenía que volver al trabajo hasta el lunes a primera hora del día. Sería mucho tiempo si debía esperar a recibir ayuda en caso de que la oveja consiguiese hacerme daño. Se suponía que iba a pasar la mañana disfrutando

con las tareas de la granja y sonriendo a los corderos y no acorralada por un oveja enloquecida que vaya a saber por qué demonios trataba de matarme. Finalmente, logró hacerme una profunda herida en el muslo derecho.

Recuerdo que todo el incidente se desarrolló en medio de un extraño silencio, interrumpido únicamente por el pesado impacto de cada embestida de Colleen. Tal vez ésa es la razón por la cual el sonido de las patas de Luke golpeando la parte superior de la puerta de madera resuene hoy con tanta claridad en mi mente como si acabase de oírlo. Las patas delanteras

de Luke golpearon el portón superior hasta abrirlo y, antes de darme tiempo a pensar nada, el perro se interpuso entre mi cuerpo y el de la oveja abalanzándose como una borrosa bala de rayas blancas y negras hacia la cabeza del animal. Colleen se volvió hacia el perro con el hocico apuntando hacia su propia cola, de modo que la cabeza miraba hacia atrás y sólo la zona ósea entre los cuernos quedaba frente a él. Ahora la oveja intentaba aplastar al perro contra la pared. Luke pesa 20 kilos y, si la oveja conseguía aplastarlo contra la pared de cemento, lo mataría de una sola embestida. Pero

Luke es veloz como el rayo y mucho más capaz de enfrentarse a un animal agresivo que yo, de modo que actuando juntos no tardamos en abrirnos paso hasta la puerta del redil poniéndonos a salvo. Jadeantes, ambos nos dejamos caer sobre la paja del establo. Los flancos de Luke subían y bajaban rítmicamente y la falta de oxígeno le obligaba a contraer las comisuras en una mueca. Manaba sangre de dos de sus dientes partidos a la altura de la encía. Entonces me di cuenta de que al saltar al redil Luke había arriesgado su vida. Estoy segura de que era consciente del peligro al que se

exponía. Luke tenía años de experiencia con las ovejas y los perros pastores aprenden rápidamente a distinguir las situaciones peligrosas de las que no lo son. Luke había rodado bajo pesadas pezuñas y se había apretado contra las paredes para protegerse en bastantes ocasiones como para entender el peligro físico que entraña. Nunca había dado indicios de que tuviese miedo a resultar herido. Y ello no se debe a que es un border collie, sino a que es Luke.

Pip también es una border collie, pero nunca se hubiese enfrentado a Colleen, ni aunque le hubiesen ofrecido

chuletas de ternera para la cena durante el resto de su vida. Le aterroriza el sufrimiento físico y su máxima muestra de heroísmo consiste en dejarse cortar las uñas. Lassie, la hija de Luke, se habría enfrentado a Colleen, aunque creo que se hubiese sentido realmente asustada y dudo de que hubiese podido actuar con la fuerza y determinación demostrada por su padre esa mañana. Si Tulip hubiese estado allí, se habría lanzado a atacar como una osa enfurecida. Estoy segura de ello porque lo hizo en una ocasión en que Beavis, el carnero, me tenía atrapada entre el suelo y una valla y ni

los repetidos ataques que Luke le lanzaba a la cabeza conseguían detenerlo^[44]. Tulip apareció rugiendo como un tren, gruñendo y mostrando los dientes hasta conseguir que el carnero se alejase al trote como un caballo asustado. A pesar de lo apacible que es, basta con que alguien esté siendo atacado para que Tulip se convierta en una perfecta guerrera. Tero incluso teniendo en cuenta las tendencias pacificadoras de Tulip y el deseo de Lassie de hacer lo que considera justo, no creo que ninguno de mis perros, con excepción de Luke, hubiese sido capaz de saltar una pared

de madera de algo más de un metro de altura para defenderme. Luke no es perfecto, pero no vacila en actuar con toda contundencia si cree que uno necesita ayuda.

Tal vez ésa sea la razón por la cual lo quiero tanto; tengo la sensación de que puedo contar con él para que cuide de mí. Quizá no sea verdad; quizá no sea más que el tipo de explicación que construimos a partir de los hechos en un intento de justificar nuestros sentimientos. De todas maneras, no importa realmente por qué amo a Luke como nunca quise a ningún otro perro. Simplemente es así, y desde el

incidente en el establo hace unos años mi amor por él ha ido en aumento. Es mi alma gemela en forma de perro y si hoy me pidiesen que enumerase a mis tres mejores amigos su nombre figuraría en la lista. Estaré agradecida el resto de mi vida porque no lo hayan atropellado esta mañana en la carretera, lo cual ha servido para recordarme una vez más lo insustituible que es cada perro y lo profundo que puede llegar a ser el afecto entre un humano y su mascota.

Cada perro es diferente

El afecto que siento por cada uno de mis perros es diferente porque cada perro es diferente. Cada uno de mis perros tiene un conjunto único de virtudes y defectos, igual que mis amigos humanos. Es lo que llamamos personalidad, es decir, el conjunto de características psicológicas y conductuales que define singularmente a cada uno. Pero quienes siguen aferrados a una visión mecanicista de los animales como máquinas que se ajustan al principio de estímulo/respuesta consideran que es excesivo atribuir personalidades a animales no humanos.

El año pasado me quedé estupefacta

al recibir un correo electrónico de una estudiante universitaria diciendo que su profesor de filosofía había afirmado en clase que los animales eran incapaces de sentir, pensar y aprender. El profesor daba a entender que la probabilidad de que los animales tuviesen personalidades propias no era mayor que la de los relojes. Puede admitirse esa opinión en un filósofo del siglo XVII como Descartes, pero que un profesor culto haga esa afirmación en el siglo XXI ante sus alumnos universitarios es como mínimo sorprendente. Reconozco que las cuestiones relacionadas con el «pensamiento animal no humano» son

intricadas y complejas, pero nuestro conocimiento de los principios básicos del proceso de aprendizaje de los humanos tuvo su origen en los estudios realizados con ratas y ratones. Los organismos unicelulares pueden aprender, y sostener que los animales están incapacitados para hacerlo es claramente absurdo. Es igualmente absurdo negar las evidentes diferencias en el comportamiento entre individuos de especies complejas como los perros o los gatos.

Los dueños de mascotas saben que sus perros tienen sus propias personalidades y muchos científicos

objetivos sostienen que el mismo fenómeno se observa en los animales salvajes. Aunque la mayor parte de las investigaciones sobre el comportamiento de los animales busca tendencias generales que sólo son desbaratadas por las diferencias individuales (¿los mirlos de ala roja hembra y macho se diferencian en sus respuestas a los invasores territoriales?, ¿es más o menos probable que los macacos japoneses viejos prueben nuevos alimentos en comparación con los jóvenes?), los estudiosos suelen hacer observaciones sobre las convincentes diferencias individuales en el

comportamiento dentro de numerosas especies. Shirley Strum, una respetada científica que durante décadas se ha dedicado a estudiar a los babuinos, describe a una hembra de estatus elevado, Peggy, como «un animal social fuerte y pacífico, muy seguro de sí mismo aunque no agresivo, enérgico pero no tiránico». Un poco más adelante, en su libro *Almost Human*, describe a Thea, la hija de Peggy: «En realidad, Thea era una arpía. Su estatus en el grupo sólo era superado por el de su madre y se valía de su posición tiránicamente; era agresiva sin que la provocaran e intimidaba a las demás

hembras en situaciones en las que Peggy habría resuelto la cuestión con una mirada reprobadora o habría tratado de esperar a obtener lo que quería^[45]».

Steve Suomi es un primatólogo que no duda en atribuir diferentes personalidades a los macacos de la India. Durante décadas, sus investigaciones se han centrado en ese tema. Suomi y sus colegas han descubierto que en esos monos pueden apreciarse diferencias estables en la personalidad a partir del primer mes de vida. Muchas de las diferencias de personalidad que describe Suomi en estos monos son muy semejantes a las

que se aprecian en los humanos y los perros. Algunos macacos, igual que algunas personas y algunos perros, se muestran tímidos en situaciones desconocidas o en presencia de objetos nuevos, mientras que otros sólo pueden describirse como irritables y rápidos para eludir el control. Lo que confiere tanto interés a estas características, y presenta tanta similitud con los descubrimientos en el estudio de la personalidad humana, es que si bien pueden aparecer en las primeras etapas de la vida y mantenerse relativamente estables a medida que el animal madura, las experiencias en la fase inicial del

desarrollo tienen un profundo efecto sobre la manera en que cada animal se comporta en el futuro.

La timidez, por ejemplo, es común en las personas y en los perros, así como en los macacos de la India, y parece tener tanto un componente genético como medioambiental. Durante muchos años hemos sabido que muchos perros tímidos han sido antes cachorros tímidos: la clásica investigación de John Paul Scott y John L. Fuller sobre la base genética del comportamiento canino descubrió que la timidez era una de las características conductuales en que la genética tiene una mayor incidencia.

Asimismo, los buenos criadores saben que de la unión de dos padres tímidos pueden resultar cachorros extremadamente esquivos, aunque raramente las cosas son así de simples. Lo más probable es que la camada esté integrada por algunos cachorros muy tímidos, otros moderadamente tímidos y tal vez uno o dos que no lo son en absoluto.

Los investigadores han realizado estudios sobre la timidez en los humanos que diferencian hábilmente los elementos genéticos de los medioambientales mediante la observación en niños adoptados, y sus

estudios revelaron una correlación entre los niños tímidos y las madres biológicas tímidas, aunque las criaturas fuesen criadas por padres adoptivos que no eran tímidos. La evidencia de que la timidez está determinada en parte por la genética en otras especies es apabullante. Según Steve Suomi, alrededor del 15 al 20 por ciento de las poblaciones de varias especies de primates reacciona con mayor timidez que otras ante las cosas desconocidas. La timidez parece ser lo que los biólogos denominan una característica «conservadora», es decir, que tiende a mantenerse en una población

determinada y continúa transmitiéndose con unas frecuencias similares. Esta explicación resulta lógica, puesto que Suomi descubrió también que, en determinados contextos, los macacos de la India tímidos tienen más éxito que sus semejantes osados. Por ejemplo, los machos jóvenes deben abandonar su grupo natal en la primera fase de la madurez y emigrar a otro grupo. Se trata de un periodo peligroso en la vida de un mono y la mitad de los machos muere en el proceso. Por lo general, los machos que tienen más éxito son los de mayor tamaño y, como los machos tímidos son más cautelosos, se independizan a una

edad más avanzada que la de sus compañeros. Y puesto que cuando abandonan el grupo superan en edad a sus compañeros más osados, tienden a ser mayores en tamaño e, irónicamente, se las arreglan mejor que ellos.

Pero los investigadores también han descubierto sólidas evidencias de las influencias medioambientales. Scott y Fuller descubrieron que si los cachorros no eran expuestos al contacto con humanos durante su primera fase de socialización se convertían en adultos que siempre se mostraban muy nerviosos en presencia de personas nuevas. Los investigadores que estudiaron el

comportamiento de los gatos descubrieron que los cachorros de padres osados reaccionan tímidamente ante la presencia de extraños si no han interactuado con humanos de pequeños, siendo las interacciones tempranas más importantes las que se producen entre las tres y las siete semanas de vida. Suomi ha descubierto que las crías de las madres macaco de la India que están genéticamente predispuestas a ser tímidas pueden, no obstante, ser relativamente sociables si son estimuladas por hembras adoptivas que les brindan protección y les ofrecen seguridad mientras las animan a

interactuar con los demás.

La evidencia de que en todos los animales complejos la personalidad de un individuo es el resultado de la interacción entre sus antecedentes genéticos y el entorno es abrumadora. Por lo tanto, en este importante sentido también nos parecemos mucho a nuestros perros y nuestros perros presentan muchas similitudes con respecto a nosotros. Preguntarse si el comportamiento de algunos de los dos es «genético» o está «determinado por el entorno» es como preguntarse si un *brioche* está formado por los ingredientes o por el proceso mediante

el cual se unen. Si coció los huevos antes de mezclarlos con la harina no obtendrá lo que conocemos como pasta de *brioche*, aunque haya usado los ingredientes adecuados.

Con independencia de lo que influya en la personalidad de los humanos y los perros, ambos pueden convivir en dulce armonía o provocar espeluznantes chirridos como lo provocan las uñas al entrar en contacto con la superficie de una pizarra. En gran medida, el hecho de que un humano y un perro se lleven bien, y de que el perro sea percibido como «obediente», se basa en la manera en que se combinan sus naturalezas

individuales. Todas las relaciones son impulsadas por la alquimia de las personalidades que intervienen en ellas, lo cual resulta igualmente lógico en las relaciones entre nosotros y nuestros perros como lo es asimismo en las relaciones entre nosotros y otras personas. La mayoría de las personas y la mayoría de los perros encajan en categorías generales de tipos de personalidad, en un amplio abanico de temperamentos desde muy extravertidos hasta sumamente reservados, desde confiados hasta recelosos, desde depresivos hasta extraordinariamente animosos, desde muy activos hasta

absolutamente pasivos.

Lo que más parece alegrar a los amantes de los perros es el hecho de tener una mascota con la personalidad que ellos valoran, ya se trate de un animal que muestre la alegría y despreocupación de una «mariposa social», que se enfrente al mundo con entusiasmo como un leal batallador o que sea un tranquilo y pasivo teleadicto que disfruta acurrucado en el salón viendo viejas películas en compañía de su dueño. A continuación se incluyen algunas reflexiones acerca de las personalidades de los perros y algunos consejos sobre la manera de buscar al

perro con el que será feliz y que será feliz con usted.

¡Nunca pensé que los golden retrievers mordiesen!

Todos los dueños de perros que conozco afirmarán que su mascota tiene una personalidad especial y única, pero paradójicamente muchas personas parecen pensar que todos los perros de una misma raza son clónicos en lo que respecta al comportamiento. Algunas personas tienden a considerar a la denominación de una raza como si fuese

un medicamento de venta con receta y piensan que un perro de una determinada raza es igual a otro que también sea de esa raza, del mismo modo que las pastillas que hay dentro de un frasco de farmacia, cada una de las cuales tiene garantizada la misma cantidad de ingredientes. Cuando comencé a ocuparme de los casos de agresión pude comprobar que se trata de una creencia generalizada. «¡Nunca pensé que los golden retrievers mordiesen!». He oído frases parecidas a ésta cientos de veces, donde lo único que cambiaba era el nombre de la «raza» que supuestamente no presenta problemas de

comportamiento. Los perros de todas las razas pueden morder si están en condiciones de abrir y cerrar la boca, y he visto a muchos perros de razas «dóciles» cuyos dientes han causado innumerables problemas. La mayoría de los golden retrievers pueden ser animales tiernos y dispuestos a mostrarse complacientes, pero algunos individuos dentro de la misma raza son testarudos como mulas.

Luke, Pip y Lassie pertenecen todos a la raza border collie, a pesar de lo cual son tan diferentes uno de otro como yo lo soy de otros humanos con antecedentes genéticos similares. Pip es

una border collie dormilona, que da la impresión de ser algo tonta y presenta cierto parecido con un labrador, cuando en realidad es una border collie de pura raza. El carácter dulce de Pip le ha permitido rehabilitar a casi cien perros que se mostraban agresivamente temerosos ante otros perros. Una y otra vez, Pip se tendía a una distancia de unos seis metros de esos perros ladradores y gruñidores y dedicaba todo el tiempo que fuese necesario a convencerles de que no tenía ninguna intención de hacerles daño. Pasaba por alto los gruñidos defensivos hasta que terminaban por cesar; entonces los

perros se calmaban y se hacían amigos de Pip. He visto llorar de emoción a muchos dueños de perros al contemplar a su mascota jugando con Pip; era la primera vez en su vida que veían a su perro, hasta ese momento agresivo, jugando con otro.

Y después está Lassie, hija de Luke, el tipo de animal que muchas personas tontamente esperan tener sin darse cuenta de lo raros que son los perros como ella. Desde el día en que tuve a Lassie, siempre ha hecho todo lo que le he pedido. Lassie vino a mí la primera vez que la llamé en el momento en que salía disparada como un rayo detrás de

un grupo de perros en plena carrera. Por lo general, ese nivel de obediencia requiere años de adiestramiento, pero con Lassie no fueron necesarios. Desde el primer día ha sido de esos extraordinarios perros que siempre saben lo que uno quiere y lo más sorprendente es que se sienten felices al hacerlo. Los perros como Lassie hacen que los adiestradores parezcamos geniales cuando en realidad nuestro mérito es bastante escaso. Por ese motivo le puse el nombre de Lassie, por la asombrosa perra del programa de televisión que siempre sabía qué debía hacer cuando recibía órdenes como ésta:

«¡Lassie, ve a la ciudad a buscar al *sheriff* y llévalo hasta el viejo pozo que está una milla al norte de aquí!». Lassie se afana intensamente por alcanzar un estatus elevado respecto a los demás perros, pero no con las personas; prueba de ello es que se aferra a mí y me obedece inexorablemente.

Por su parte, Pip es dulce, sumisa, lista y temerosa de los conflictos o de los riesgos. Sin embargo, sorprende por su testarudez. Todos son border collies y tienen muchas características comunes. Todos son atléticos, todos aprendieron rápidamente a correr detrás de las ovejas y a traerlas hasta mí, y todos son

capaces de centrar su atención como un rayo láser. No obstante, son muy diferentes unos de otros, de la misma manera que usted lo es de otras personas con las que comparte los mismos antecedentes genéticos y culturales.

La semana pasada dos de mis clientes me trajeron a un animal al que durante mucho tiempo identificaron como un cruce. En opinión del veterinario, podía tratarse de un cruce de dachshund con terrier. Sin embargo, el perro era un excelente ejemplo de lo que se conoce como un PBGV o petit basset griffon vendéen. Aunque a sus dueños les importase poco, resultó

divertido mostrarles fotos de la raza bastante cara y poco común a la que pertenecía el animal, al que ellos tenían por un perro cruzado. Cuando se enteraron de la verdadera raza del perro, dijeron: «Bueno, entonces la próxima vez que busquemos un perro será otro PBGV, porque es un animal magnífico». Yo me estremecí en silencio, porque, aunque muchos perros de esa raza son unos animales realmente encantadores, lo que a ellos les agradaba de este perro en particular era su docilidad y su disposición a aprender. Y ésas eran las características que buscarían en su próximo perro, que

no tienen por qué ser necesariamente comunes a toda la raza. Puede darse el caso de que determinadas razas tengan una mayor proporción de individuos con una cierta actitud, pero siempre resulta conveniente centrarse en las características básicas de su personalidad, que son tan importantes como la raza. He visto a muchos clientes decepcionados que acudieron a mi consulta porque el perro que tenían no respondía a sus expectativas. Cuando se les había muerto un perro, habían buscado otro de la misma raza esperando que fuese tan dulce y encantador como el que habían perdido.

Pero mientras el perro anterior era dócil, el siguiente tenía un carácter irritable, o bien el primero rebosaba vida y entusiasmo en tanto que el segundo les había salido flemático. La experiencia de estas personas sirve para recordar que, aunque al elegir la raza apropiada las probabilidades de conseguir lo que uno quiere son mayores, resultará mucho más útil observar directamente la personalidad de cada perro como individuo.

La necesidad de prestar atención a la personalidad no niega la importancia de las características conductuales de cada raza. Como grupo, cada raza tiene sus

propios rasgos característicos, tanto físicos como conductuales. Después de todo, una raza es un grupo de perros seleccionados a partir de un pequeño subconjunto de todos los genes caninos posibles. Estos genes proporcionan la base de las características físicas y conductuales que corresponden a un perro individual. En la actualidad, la selección de la mayoría de las razas se basa fundamentalmente en la estructura ósea, el movimiento y el pelaje, lo cual se traduce en la tendencia de cada individuo a presentar un gran parecido con los demás integrantes de la misma raza. Pero la mayoría de las razas se

criaron originalmente para desempeñar una función y es posible hacer generalizaciones acerca de la manera en que se comportarán los perros pertenecientes a las mismas. A la mayor parte de los rastreadores les encanta jugar a la pelota y a casi todos lo beagles les gusta seguir el rastro de los conejos. Por lo tanto, sin dejar de valorar la naturaleza única de los individuos, es importante conocer las predisposiciones conductuales de la raza de perro que piensa llevar a su casa. Si las probabilidades son que ocho de cada diez cachorros de beagle están obsesionados con seguir el rastro de un

conejo, entonces sería mejor prepararse para tener un perro al que resultará difícil mantener en el patio trasero sin una valla.

Por ejemplo, los border collies son unas mascotas terribles para la mayoría de las familias. Tener un border collie típico como mascota es como tener un coche deportivo inteligente que acelerará el motor en el garaje si no lo utiliza lo suficiente. Los border collies son más listos que algunas personas y, si fuesen coches deportivos, aprenderían a abrir la puerta del garaje y se le aparecerían en el salón de su casa para atraer su atención. Podría leer historias

sobre los míos, verlos en fotos y pensar: «¡Éste es el perro perfecto para mí!». Y lo es, siempre que esté dispuesto a comprarle a su perro una granja de ovejas, si le resulta divertido dar largas caminatas en medio de una tormenta de nieve y si entre sus proyectos figura el de convertirse en adiestrador profesional. La mayoría de los border collies no sólo necesita ejercicio físico, sino también mental. Por lo tanto, si está demasiado ocupado como para llevarse a casa a otro niño, no elija un border collie.

La idea de un perro listo como un border collie le resulta atractiva a

mucha gente, pero cuando alguien me cuenta que su perro es especialmente inteligente, suelo decir: «¡Qué desgracia!». Los perros inteligentes aprenden a revolver en la basura, a conseguir que los dueños de casa discutan y a abrir la puerta del armario que uno creía cerrada con candado. También son entusiastas («¡Hola! ¡Es de día! ¡No es fantástico? Oye... ¿Han salido las vacas? ¿Que son las cinco de la mañana? ¡Lo sé, lo sé, *es tarde!*»). Por supuesto, como dije antes en este apartado, cada border collie es diferente. Luke y su hija eran mucho más entusiastas que su prima Pip, que es la

más dulce de todos los border collie que he conocido, pero la gente haría bien en investigar detenidamente el comportamiento típico de la raza por la que se interesa antes de llevar a su casa un perro perteneciente a la misma. Un querido amigo mío quería para su casa de campo un perro que no molestase a las gallinas. Antes de haberse dado cuenta de lo que hacía, había adoptado a dos cachorros de husky de la misma carnada. En este momento, los cachorros tienen cinco meses y la población de pollos, sienta decirlo, está disminuyendo a una velocidad alarmante.

Los perros no leen libros

Tanto la personalidad como las características generales de la raza son importantes cuando se trata de elegir un perro, pero hay una advertencia esencial que debe tener en cuenta cuando lea información sobre los rasgos distintivos de una raza. Los perros *no* leen las descripciones que se escriben sobre su raza. El mundo está lleno de border collies que no quieren ser pastores, de doberman pinschers que se esconden detrás de sus amos y de retrievers agresivos en busca de estatus. Cada perro es diferente porque el

comportamiento de cada uno de ellos es el resultado de una combinación única de genes y de entorno. Nunca habrá otro Luke, de la misma manera que nunca habrá otra persona igual a usted. Ésa es la ventaja de la reproducción sexual: el sexo causa todo tipo de problemas (no sólo a los humanos), pero garantiza que los genes de dos individuos se mezclen y se combinen de modo tal que cada descendiente es único. Por ese motivo, ni siquiera el mejor de los criadores está en condiciones de predecir cómo serán sus cachorros. Con cada apareamiento el criador apuesta a que del mismo resulten animales con la

personalidad y las características raciales deseadas. Pero, como todos sabemos, por muchas probabilidades que existan, ello no garantiza que el resultado sea el esperado. Si se detiene a observar a cien perros de una raza determinada —por ejemplo, cien standard poodles— casi todos ellos tendrán aproximadamente el mismo tamaño y el mismo peso, y serán atléticos, geniales y alegres. Pero algunos, un número más reducido, serán más bajos o más altos, o quizá no demasiado listos, o tal vez estarán muy apegados a su dueño y se mostrarán sorprendentemente sumisos. Sucede lo

mismo que con las probabilidades en las carreras de caballos: tener buenas probabilidades significa que, si su caballo corre diez carreras, podría ganar siete de ellas, pero ello no le indica si la siguiente carrera será una de las siete que ganará o una de las tres que perderá.

El animal adecuado

Además de ser consciente de las tendencias conductuales de la raza en la que está interesado, también debe conocer las cualidades específicas que valora el criador. Los rasgos distintivos

que usted busca en un perro no siempre son los mismos que valora el criador. En la actualidad casi todos los criadores son recompensados por conseguir perros que ganen concursos de adaptación o pruebas de campo, y no por criar animales tiernos y dóciles en los que usted y su familia puedan confiar. Los premios y la atención en el mundo de los perros se centran fundamentalmente en rasgos físicos como la calidad del pelaje o el ángulo recto de los hombros, y en características conductuales como la «seguridad en sí mismo» y el «dinamismo». Los jueces de los concursos de adaptación premian a los

perros que «se exhiben bien», lo cual significa que los perros se muestran seguros y enérgicos, y andan a zancadas por el recinto de la exposición como si fuesen los dueños. Los criadores que compiten con sus perros de caza en campos de prueba necesitan perros con un dinamismo y una resistencia colosales; deben ser perros a los que no detengan ni el agua helada ni los espinos. La gente que busca perros para trabajar con ganado necesita animales capaces de desarrollar su actividad durante doce horas diarias, incluso en medio de una tormenta de nieve. Pero el perro de la familia no necesita ofrecer

ninguna de estas cualidades. Los perros seguros y enérgicos pueden tener un aspecto estupendo en el recinto de exposición, pero es probable que resulte difícil mantenerlos bajo control en una casa con tres niños pequeños. Los perdigueros se las arreglarán, sea como sea, para utilizar su dinamismo y su energía con el propósito de encontrar alguna manera de revolver la basura. Los perros pastores que son capaces de trabajar doce horas diarias se vuelven maniáticos cuando su ejercicio diario se limita a un paseo de media hora atados a una correa.

Aunque son muchos los criadores

que se preocupan a conciencia por lo que respecta al temperamento del animal, la verdad es que tienen poco refuerzo tangible para la crianza de perros tiernos y dóciles. Obtienen dinero, premios y reconocimiento público por criar perros que respondan a las normas escritas de la raza, que se exhiban en las pasarelas de los concursos o que puedan desempeñar tareas de caza, rastreo o pastoreo, pero no por criar perros que sean fáciles de adiestrar y se muestren bondadosos con los niños. Los perros de la «categoría mascota» suelen venderse por menos dinero que los de la «categoría

concurso», como si la cuestión de que un perro llegue a convertir la vida de una familia en un paraíso o en un infierno tuviese menos valor que el hecho de haber ganado algún premio en un concurso. Los perros de la categoría mascota por lo general son tan sanos como los de la categoría concurso, pero su pelo no tiene el color adecuado o su hocico es demasiado respingón para ganar premios, y por eso los venden como mascotas domésticas.

En mi opinión, para quienes tenemos perros que viven en nuestras casas como animales de compañía lo más importante es que sean sanos y no le hagan daño a

nadie. Algunos criadores sostienen que sus perros nunca podrían competir en concursos caninos si no tuviesen un carácter enérgico, aunque lamento decir que he visto muchos perros con largos historiales de participación en concursos que pueden mostrarse educados en las competiciones pero cuyo comportamiento en casa deja mucho que desear. A pesar de esto, existen numerosos criadores para quienes el criterio de crianza más importante es que el perro presente una buena disposición. Pero estos criadores no reciben apoyo ni reconocimiento, aunque sabemos que la docilidad puede

estar influenciada por el cuidado que se ponga en la crianza (¿recuerda el experimento sobre la docilidad en los zorros?). Conozco criadores de perros pastores que se especializan en perros útiles para las granjas que serían capaces de morderle el hocico a un toro si deben hacerlo, pero que de ninguna manera le clavarían los dientes a un niño. Conozco criadores especializados en adaptación que quieren ganar un Westminster, pero que nunca criarían a un perro al que no podrían dejar tranquilamente con sus nietos. Estos criadores no ganan premios ni obtienen grandes sumas de dinero ni consiguen

reconocimiento en la televisión, pues eso se reserva para los perros que saben caminar con aplomo y tienen un buen cuerpo. Quizá algún día habrá una noche estelar en la que, con gran pompa y mucho *glamour*, se rinda homenaje a los criadores que consiguen perros tiernos y dóciles, pero de momento quienes estén pensando en tener un perro deberán utilizar criterios que no sean los que se aplican en los concursos caninos para asegurarse de llevar a su casa la mascota doméstica adecuada.

Por supuesto, el comportamiento de un perro no sólo está influenciado por sus antecedentes genéticos: el entorno en

el que crece y vive tiene un profundo efecto sobre la predisposición del animal a morder. Casi todos los perros pueden llegar a morder y he visto algunos casos patéticos de perros verdaderamente buenos a los que no les quedó otra alternativa que hacerlo. Pero también he visto muchos perros que fueron bien criados y vivían con buenas personas y sin embargo aterrorizaron a la familia con sus dientes. En mi consulta he conocido a más de treinta cachorros que gruñían y mordían cuando apenas tenían ocho o nueve semanas de vida. No estoy hablando de perros que todavía no han aprendido a controlar sus

dientes y pueden llegar a ser demasiado bruscos en el juego. Me refiero a cachorros que te clavan una mirada fría mientras contraen los labios en una actitud ofensiva justo antes de intentar el ataque. Resulta escalofriante ver a un animal tan joven actuar con esa vehemencia y, aunque es posible adiestrar a algunos de esos perros para que se conviertan en adultos que sean seguros en determinados contextos, es difícil que lleguen a ser las mascotas que la mayoría de la gente quiere llevarse a casa.

Con independencia de lo que haga como criador o comprador de mascotas,

no está en condiciones de garantizar que el perro que cría o que compra (o que tiene actualmente) no morderá nunca. Simplemente, es imposible. El comportamiento de un perro es una interacción compleja de tantos elementos^[46] que resulta imposible realizar predicciones bien fundadas. No obstante, lo que *sí* puede hacer es conseguir que las probabilidades jueguen a su favor. A mi consulta han acudido numerosas personas diciendo: «No conozco el temperamento de la madre y del padre de mi perro porque se ponían a gruñir y ladrar en cuanto tratábamos de acercarnos a ellos».

¿Puedo sugerir que esos ladridos y gruñidos estaban ofreciendo un indicio? Quienes compren cachorros deben prestar especial atención a la conducta de los padres y no elegir animales cuyos progenitores no sean educados. El comportamiento de los padres le permitirá conocer mucho mejor el probable temperamento de una mascota que la conducta de un cachorro de siete semanas de vida. Si la madre no se deja acariciar, es probable que el dulce cachorrito que está a punto de llevarse a su casa no le permita recibir visitas cuando sea un animal adulto. Por supuesto, como dije antes, no hay

ninguna garantía de que los cachorros actuarán como sus padres o sus abuelos, pero... ¿por qué no jugar con todas las probabilidades a favor?

Una de las maneras de hacerlo consiste en formular al criador preguntas muy específicas sobre el comportamiento de los padres y los abuelos^[47] de los cachorros. ¿Qué hace el padre de los cachorros si alguien irrumpe en la casa por la noche? (Es probable que la idea de contar con un perro protector le resulte agradable, pero no olvide que la persona que irrumpe en su casa puede ser un bombero que intenta rescatar a su hijo).

¿Qué pasa si un niño trata de quitarle un hueso a la madre del cachorro? Muchos criadores desconocen lo que sucedería en ese contexto porque no permitirían que esa situación llegara a producirse, pero la manera en que respondan a la pregunta puede resultar muy ilustrativa acerca del nivel de docilidad que esperan de sus perros. Algunos criadores le dirán que no creen que un perro tolere semejante atropello en ningún momento, mientras que otros responderán sin ni siquiera pestañear que su sobrinito de cinco años lo hacía cada noche y el bueno de Queenie respondía lamiéndole la cara.

Son muchas las preguntas que debe formular al criador de los cachorros o al amo anterior de un perro adulto. ¿El perro permite que le saquen los abrojos de la cola? Si se trata de un cachorrito, ¿el animal dejará que lo acicalen y lo toquen? ¿Cómo se porta cuándo hay que cortarle las uñas? ¿Cómo reacciona si le quitan sus juguetes favoritos? ¿Cómo se porta en la consulta del veterinario? ¿Cómo se porta con los demás perros, ya sean conocidos o desconocidos? ¿Se pone a ladrar a la ventana durante unos segundos cuando llegan visitas o lo hace ininterrumpidamente durante diez minutos? ¿Alguna vez ha gruñido,

mostrado los dientes, arañado o mordido a alguien, por el motivo que sea? ¿El comportamiento del perro es diferente en presencia de extraños y cuando está con gente conocida?

Es importante formular preguntas muy específicas y no generales como: «¿Los padres son sociables?». *Sociable* puede significar un montón de cosas. He conocido centenares de perros que la gente describía como los animales más tiernos y cariñosos que uno pudiese imaginar. Todos esos perros podían haber mordido en numerosas ocasiones, pero según sus dueños seguían teniendo un temperamento maravilloso. Y en

cierto sentido tenían razón, porque el perro podría haber sido maravilloso con la familia, acurrucándose cada noche en el sofá junto a la hija adolescente. Pero en cuanto un extraño entraba a la casa, aunque fuese un huésped bien recibido, la actitud del animal cambiaba por completo. Por lo tanto, en este caso el perro era «sociable» con la gente conocida, pero no con la desconocida. Por eso las preguntas deben ser tan específicas. Igual que sucede con las personas, el comportamiento de los perros varía en función del contexto y es necesario que averigüe cuál es la conducta del animal en todo tipo de

situaciones para tener una idea clara acerca de cómo es realmente. Después de todo, Jeffrey Dahmer, el carnicero de Milwaukee, era encantador durante el día en la fábrica de chocolate.

Si busca un perro joven, recuerde que la edad tiene un importante efecto sobre el comportamiento. Igual que los humanos, la mayoría de los perros se comporta de manera diferente en la etapa adulta y en la fase juvenil. Porque un perro adolescente se esconda detrás de sus piernas cuando vienen visitas no quiere decir que seguirá haciéndolo una vez cumplidos los tres años. Por entonces podría haber superado sus

miedos o tal vez se muestre más inclinado a lanzarse a atacar a los visitantes.

Otra cuestión es la del ejercicio. Una vez más, asegúrese de ser específico porque *ejercicio* no tiene el mismo significado para todas las personas. A un corgi galés dos breves caminatas diarias atado a la correa ni siquiera le servirán como ejercicio de calentamiento. Un labrador retriever apenas se ha despertado si antes no ha tenido una buena sesión de carreras... y eso dos o tres veces al día. Igual que un niño de cinco años, los perros ganaderos australianos jóvenes no

pueden permanecer sentados durante horas.

La lista de preguntas que formular es interminable. Elabore su propia lista teniendo en cuenta los aspectos que considera importantes. Si usted es una persona sensible al sonido, es probable que no quiera un perro que ladre mucho, mientras que a otra gente no le importaría en absoluto. Determinados perros requieren un minucioso acicalamiento, lo cual puede ser un verdadero problema. Yo apenas si tengo tiempo para dedicárselo a mi pelo y por eso como dueña de un lhasa apso sería un desastre. Por lo tanto, si está

buscando un perro, piense bien qué es lo que quiere. Es una gran ayuda expresarlo por escrito, porque de ese modo es posible centrar la atención en lo que se considera importante. Y para los que ya tenemos perro, es útil formularse las mismas preguntas y a partir de ellas realizar una evaluación clara de las características del animal que vive con nosotros. Actúe como un investigador de campo en el salón de su casa y redacte una descripción objetiva de las características de su perro. Podría llegar a descubrir cosas sorprendentes.

Si quieres que te encuentren agradable, debes serlo

Hace unos años recibí una llamada del dueño de una granja lechera que quería un buen perro de trabajo y se había enterado de que yo criaba border collies. «¿Tiene algún perro con una mancha marrón en la oreja?». En esos momentos tenía una carnada de cachorros de una pareja de buenos trabajadores, así que le pregunté qué estaba buscando exactamente. «No necesito ningún perro fino. Sólo necesito un perro que haga las tareas, que

clasifique a las terneras, que mantenga apartado al toro, que proteja la granja cuando nos vayamos y que sea realmente bueno y cariñoso con mis nietos. Tuve un perro así, pero se murió. Tenía una mancha marrón en una oreja y por eso busco otro igual a él». Como se dice al final de la columna de Dave Barry: «No me lo he inventado». Por mucho que lo intenté, no pude convencer al hombre de que, aunque ninguno de mis cachorros tuviese una mancha marrón en las orejas, eran unos perros con grandes aptitudes para convertirse en estupendos trabajadores y, además, ser muy cariñosos con los niños. Según parecía,

el hombre que llamaba había sido dueño de un perro maravilloso, el único que había tenido con una mancha marrón en la oreja, y pensaba que la mancha marrón era la clave de su buen temperamento. Antes de que empiece a mostrarse condescendiente con las creencias de un viejo y aparentemente ignorante granjero, tenga presente que muchas de las personas que acuden a mi consulta, incluidos doctores en filosofía y médicos, atribuyen un enorme valor a la apariencia de un perro.

Durante años me dediqué a preguntar a todos los dueños de perros que venían a mi consulta cuál era el motivo por el

cual habían elegido entre todos los de la misma carnada al cachorro que terminaron llevándose a casa. El primer criterio era el sexo. Pero después de decidir qué sexo querían, aproximadamente el 85 por ciento elegía al perro teniendo en cuenta el aspecto más que el comportamiento. Preferían uno de pelaje blanco o bien otro que encontraban más parecido al perro que habían tenido antes. No querían el cachorro con un ojo azul o bien *sólo* querían al cachorro con el ojo azul. Preferían el pelo largo en lugar de corto o corto en lugar de largo, con las orejas caídas en lugar de puntiagudas o con el

hocico negro en lugar de rosado. Algunas características físicas son universalmente atractivas (la simetría, por ejemplo), pero cada uno reacciona de distinta manera ante el aspecto de perros diferentes. Un informe del personal de la oficina central de Dog's Best Friend Ltd. pone de relieve la tendencia generalizada a sentirnos atraídos por diferentes tipos de perros. A Aimee Moore, directora de adiestramiento, le apasionan los perros con pelo suave y sedoso, especialmente los de color blanco. A Denise Swedlund, que ocupa la gerencia, los perros de pelo blanco y sedoso pueden

parecerle encantadores, pero prefiere los golden retriever de color crema. Jackie Boland, auxiliar administrativa, no puede resistirse a los labrador retrievers, mientras que a Karen London, especialista en comportamiento animal aplicado, le gustan los perros jóvenes y juguetones. Todos podemos preferir diferentes tipos de aspectos y la apariencia desempeña un papel significativo en la atracción que sentimos por los perros.

Supongo que nuestra obsesión por el aspecto no es nada sorprendente si tenemos en cuenta que somos una especie muy visual y que la apariencia

resulta asombrosamente importante en nuestras interacciones con la gente. Las personas atractivas tienen mayores probabilidades de encontrar empleo, de conseguir un aumento de sueldo y de robar en las tiendas sin que las pesquen; además, se las considera más inteligentes que aquéllas que poseen menos encanto. Con semejante legado no resulta extraño que concedamos tanta importancia al aspecto de nuestros perros. Pero dejarse seducir por el buen aspecto a la hora de elegir un cachorro puede causar dificultades, tal como les sucede a las personas que siguen el mismo criterio cuando se trata de

encontrar pareja. Las figuras bonitas y los rostros agraciados pueden ejercer un poderoso efecto en las personas en la fase inicial de una relación, pero no bastan para garantizar la felicidad a largo plazo. En el momento en que deba sacarle un hueso de la boca a su perro no se detendrá a pensar en lo bonitas que son las orejas del animal. «Si quieres que te encuentren agradable debes serlo», es un refrán que se aplica con la misma facilidad a nuestros perros como a las personas. ¿Se acuerda de aquel muchacho tan guapo con el que salió y resultó ser un imbécil? La elección del cachorro más bonito puede

tener el mismo resultado, por lo que tal vez debería observar con mayor detenimiento a ese perro negro de aspecto común y corriente en el que nadie repara, porque podría ser el mejor.

¡Pero en casa nunca lo hace!

Los humanos nos sorprendemos cuando nuestros perros actúan de manera diferente en un contexto que en otro. «¡Es increíble, siempre se había portado tan bien con otros perros!», dice la dueña de un perro cruce de spaniel y

akita que se enzarzó en una pelea con el perro de la vecina. Pero ocurre que el animal había estado siempre con perros conocidos y era la primera vez que se encontraba con un extraño. Encontrarse con un perro nuevo y desconocido en la casa de la vecina no es lo mismo que compartir la alfombra con el cocker spaniel con el cual se crió. Igual que sucede con los humanos, los cambios en el entorno inciden en el comportamiento de los perros. Un perro que ve frustrado su entusiasmo en la tienda de alimentos para mascotas no reaccionará de la misma manera que otro que está tranquilo y relajado en el patio trasero

de la casa. Todos sabemos que la gente se comporta de distinto modo en entornos diferentes: es probable que usted mismo sea muy diferente cuando pasea tranquilamente por el campo en un día de primavera y cuando se queda atrapada en un atasco de tráfico en una mañana calurosa y húmeda. Pero por alguna razón no aplicamos ese conocimiento a nuestros perros. Los diferentes entornos hacen que afloren distintos aspectos del carácter de un perro. De hecho, no puede decir que conoce realmente a su perro hasta que no lo ha visto en una serie de situaciones diferentes.

Esto explica la razón por la cual los diferentes miembros de la familia no se ponen de acuerdo en mi consulta acerca del comportamiento de su perro. «¡No hace eso!», dirá una mujer indignada porque su marido describe algo que su perro *nunca* ha hecho en su vida. Ah, pero es probable que el perro lo haya hecho, sea lo que sea, aunque no en presencia de la mujer. Así como usted y yo hemos hecho cosas en un determinado contexto que nunca haríamos en otro, es común que los perros se comporten de distinta manera en lugares diferentes y con personas diferentes. Rocky podría gruñir a la esposa, pero no haría lo

mismo con su marido. Ginger puede recoger las pelotas de tenis en el salón, pero no en el patio trasero. Duke puede comportarse como un perro encantador en la clínica veterinaria, pero ser violento y exigente en casa. Por lo tanto, no discuta con su cónyuge por sus descripciones acerca del comportamiento de su perro. Tal vez se haya referido a algo que sucede cuando usted no está presente para verlo.

Los adiestradores de perros y los veterinarios también deberían conceder más crédito a lo que dicen los demás humanos. A mi consulta acude un número sorprendente de dueños de

perros que dicen con voz quejumbrosa: «¡Nadie me creerá, pero le juro que me mira a los ojos y me gruñe!». He tenido clientes, por lo general mujeres, que me mostraban cicatrices y magulladuras que les habían dejado las mordeduras de sus perros con una especie de consuelo victorioso porque finalmente tenían pruebas de aquello de lo que llevaban meses quejándose. Mientras tanto, en mi consulta el perro se comportaba como la encarnación de la mascota «perfecta». Por eso siempre aclaro a los dueños que los perros se comportan de distinta manera en lugares diferentes y que no me cuesta nada imaginarme que el perro

que en mi consulta da la impresión de ser un primor se comporta en casa de una manera absolutamente opuesta^[48].

Los perros no sólo se comportan de distinta manera en entornos diferentes, sino que también lo hacen en el mismo entorno en diferentes momentos del día. También esto les parece inexplicable a muchos dueños de perros: «¿Cómo pudo portarse tan bien esta mañana y estar tan gruñón anoche?». Probablemente, por la misma razón que usted también demuestra ternura en un momento dado y se pone a refunfuñar un segundo después. Pocas personas reaccionan exactamente de la misma manera ante

cada situación irritante que se les presenta en la vida. La semana pasada, feliz y relajada después de haber pasado un estupendo fin de semana, rompí uno de mis tazones favoritos y no le di mayor importancia. Unos días más tarde, agotada después de una semana de mucho trabajo y estrés, se me cayó un vaso por el que no sentía ningún aprecio especial y solté una palabrota con tanta irritación que los perros salieron de la habitación. Es tan común que las personas tengamos días buenos y días malos que los humanos que se muestran siempre pacientes y benévolo destacan como si fuesen santos. Esa clase de

coherencia es tan rara entre los perros como entre las personas. Igual que nosotros, los perros pueden sentirse cansados, frustrados, hambrientos o irritados, e igual que nosotros no responden de la misma manera en todo momento. En el comportamiento de los mamíferos complejos incide una gran cantidad de factores: desde los niveles de azúcar en la sangre hasta los mecanismos de reabsorción de la serotonina y la dopamina en el cerebro y las respuestas condicionadas a los encuentros estresantes con otras personas. Por consiguiente, hágale un favor a su perro y no se sienta

confundido ante la disparidad de sus respuestas. Su perro saldrá ganando si dedica esa energía a preguntarse qué fue, específicamente, lo que hizo que el animal actuase de un modo que le produjo sorpresa o decepción en lugar de sentir perplejidad por su comportamiento variable.

Esta tendencia natural a reaccionar de distinta manera en momentos y en lugares diferentes explica en gran medida lo que da la impresión de ser «desobediencia». Así como los actores suelen olvidarse de lo que deben decir la primera vez que hacen la representación con sus trajes, nuestros

perros olvidan sus lecciones cuando les pedimos que hagan cosas en contextos nuevos. Por ese motivo, los adiestradores profesionales de perros dedican tanto tiempo a «proteger» a sus perros asegurándose de que los animales se sientan cómodos en un nuevo entorno antes de ejercer una excesiva presión sobre ellos para que se comporten de determinada manera. Su perro se mostrará agradecido si usted sigue ese ejemplo. Decirle a un perro «Siéntate» en la cocina justo antes de servirle su cena no es lo mismo que hacerlo en la puerta de entrada cuando llegan las visitas. «Siéntate» en el salón no tiene la

misma reacción que en la consulta del veterinario. Por lo tanto, tenga en cuenta que su perro necesitará ayuda en entornos nuevos y concédale el mismo tiempo que usted se toma para adaptarse a nuevos entornos practicando un determinado comportamiento en el contexto en el cual deberá utilizarlo. Le aseguro que su perro se lo agradecerá.

Tal vez una de las cosas más bondadosas que puede hacer por su mascota es entender que, igual que los humanos, cada perro tiene una naturaleza única y un conjunto de características que comparte con otros y que la estructura básica de esa «personalidad»

recibe la influencia continua de factores internos y externos que le afectan a lo largo del día. Cada perro es realmente diferente y se merece un humano que le permita ser como es, ya sea tierno y tímido, o arrogante y osado. No es justo pretender que sea perfecto aunque, igual que nosotros, algunos estén mucho más cerca de serlo que los demás.

No quisiera que los lectores se queden con la impresión de que Luke es perfecto, porque no lo es. En su etapa de juventud era demasiado enérgico con las ovejas; carecía de la

delicadeza que fue adquiriendo con la experiencia y la madurez. Solía perder los estribos con las ovejas, como lo hizo cuando competimos en una importante prueba de perros pastores. Nos encontrábamos en el final de la mejor carrera de nuestras vidas y todas las ovejas menos una se hallaban en el redil. Si conseguíamos meterlas a todas dentro y lográbamos cerrar la puerta en los dos minutos siguientes, ganaríamos la prueba. El corazón me latía con tanta fuerza que podía escucharlo, pero el público guardaba absoluto silencio en espera de lo que sucedería a continuación. Cuatro veces

seguidas una reacia oveja astada se apartó del redil en el momento en que parecía que iba a entrar. El público expresó su decepción, compartida por mí, cada vez que la oveja se atrancó y en cada ocasión mi hábil perro, a pesar del cansancio, volvía a llevarla hacia la entrada del redil. Una vez más, la oveja se apartó, pero en esta ocasión Luke enderezó sus orejas y la mordió. No fue el mordisco para conseguir que la oveja retrocediese; fue un mordisco irritado en la pata trasera de la oveja. La mordió una vez y la soltó inmediatamente, pero era evidente que lo había hecho enfadado por la

estupidez de la oveja. Cualquiera que haya trabajado seriamente con un perro pastor sabría que Luke simplemente se sentía frustrado. Aunque el juez lo sabía, no pudo por menos que decir: «Gracias», lo cual en la jerga de las pruebas de perros pastores equivale a: «Por favor, abandonen la prueba; usted y su perro quedan descalificados».

Supongo que podía haberme enojado con Luke por haber perdido los estribos impidiendo de esa manera que ganásemos la prueba. Pero todos los que criamos ovejas entendimos cómo se sentía el perro: todos hemos

puesto a prueba su paciencia haciéndoles correr detrás de nuestras ovejas en el calor del verano y en el frío del invierno, perdiendo tiempo, desesperados por sacar a las ovejas de la alfalfa que les provocaría una hinchazón mortal o por apartarlas del carnero que había saltado la cerca. Pero no es necesario criar ovejas para entender lo que es perder los estribos. Luke es un perro bueno, noble y valiente, pero a veces puede perder los estribos con las ovejas. A mí también me gustaría que dijeran de mí que soy buena, noble y valiente, aunque no me corresponde a mí decirlo. No obstante,

puedo perder los estribos. Quizá ésa sea otra de las razones por las cuales Luke y yo nos llevamos tan bien.

10

AMOR Y PÉRDIDA



**Cuando su perro necesita
otra casa y usted necesita
un abrazo**

Con el corazón destrozado, Katherine

se dejó caer sobre el asiento. Sus sollozos inundaron la habitación y las lágrimas no tardaron en asomar también a mis ojos. Su perra Tasha, una hembra de pastor alemán, le lamía la cara mientras Katherine me hablaba de lo duro que puede llegar a ser el esfuerzo por separar a dos hembras enzarzadas en una pelea. Sus dos hembras de pastor alemán, Tasha y Cinqa, se mostraban muy cariñosas con la gente, pero durante años se habían odiado mutuamente. Las peleas entre ellas habían alcanzado tal grado de violencia que resultaban peligrosas. En el último enfrentamiento, al que se

había unido el tercer perro de la familia, una enorme hembra newfoundland, habían tardado diez angustiosos minutos en separarlas. No es nada fácil saber cómo intervenir en una pelea entre perros: ¿De dónde hay que sujetar a los animales? ¿De qué manera es posible interponerse sin resultar herido? Imagínese en la difícil situación de tener que separar a tres enormes perros enzarzados en una encarnizada pelea cuando dos de ellos están decididos a matarse.

En la última pelea, Tasha había sufrido serias lesiones, lo mismo que Katherine. Durante más de un año,

Katherine había tratado de resolver el problema, pero con poco éxito. A veces es posible poner fin a las peleas entre dos hembras que viven en la misma casa, pero si estuviesen en algún lugar salvaje Tasha y Cinqa habrían terminado matándose o una de las dos se habría marchado a otro territorio. Ante la gravedad de la situación, era necesario cambiar de lugar de residencia a uno de los dos animales, pero a Katherine le angustiaba enormemente la idea de separar a la familia. Quería a las dos perras, pero no podía seguir viviendo con el conocimiento de que en cualquier

momento estallaría otra terrible pelea, posiblemente fatal.

Tasha terminó por marcharse a otra casa y Cinqa se quedó con Katherine. Como la mayoría de los perros sanos que van a casas donde son bien tratados, Tasha se adaptó fácilmente al nuevo entorno. El primer día que pasó con su nueva familia se mostró un poco inquieta, pero jugó a la pelota, disfrutó cuando le acariciaron el vientre y comió la cena como de costumbre. Katherine, la parte humana de esa familia en la cual se mezclaban las especies, sufría la ausencia de Tasha como si el animal se hubiese muerto.

Tardó varios días en volver a comer normalmente y durante semanas no podía contener el llanto al acordarse de la perra. Katherine es una mujer normal y equilibrada, pero el hecho de haber mandado a Tasha a otra casa le hacía sentirse como si hubiese abandonado a un hijo.

Han pasado casi dos años desde que Tasha cambió de casa y es evidente que se encuentra bien y disfruta del cariño que le brinda su nueva familia. Katherine sabe que obró correctamente. Tasha es feliz en su nuevo hogar; los perros que se quedaron se llevan bien y ahora tanto

Katherine como sus mascotas disfrutaban de la tranquilidad que ha traído a la casa esa acertada decisión. Pero a pesar de ello, aunque ya han pasado unos años y Katherine tiene la certeza de haber tomado la decisión que correspondía, a veces el dolor vuelve a embargarla si recuerda el día en que su perra se integró sin ninguna dificultad en un nuevo grupo familiar cuando ella tenía la sensación de que el suyo se hacía pedazos.

**El amor fuera de toda
duda**

En algunos de los casos más difíciles que me ha tocado resolver el dueño del perro era una persona cariñosa y responsable a quien no le quedaba más opción que encontrar otro hogar para su mascota. Una tarde vino a verme a la consulta un atribulado bombero porque su perro había mordido a su hijo, ante lo cual era evidente que él y su esposa no tenían más opción que reubicar al perro en otra casa. Ese hombretón valiente que irrumpía en edificios en llamas de los que nosotros huiríamos a toda prisa lloraba como si le hubiesen roto el corazón. Su perrito negro le lamía las lágrimas de las mejillas. Cuando se

marcharon, cerré lentamente la puerta de la consulta detrás de ellos, apoyé la cabeza sobre el escritorio y me puse a llorar como una criatura. Habría hecho todo lo que estuviese a mi alcance para ayudarles a resolver su problema, pero era imposible. El perro que tenían era el menos indicado para una casa en la que había niños. Era nervioso, hiperactivo y con tendencia a usar sus mandíbulas. No le amedrentaba nadie que tuviese menos de doce años. Las probabilidades de que volviese a atacar y lesionara seriamente al hijo de seis años eran sumamente elevadas. Lo mejor que podía hacer era decírselo sin rodeos: que

es posible controlar muchos problemas de comportamiento y que a veces incluso se puede llegar a remediarlos, pero los perros «aspirantes a alfa» que muerden sin ningún freno (debido a las heridas sufridas el niño había recibido más de cien puntos de sutura) no pertenecen a la clase de animales susceptibles de «rehabilitarse» en el seno de una familia con niños pequeños.

Cuando comencé a trabajar como terapeuta del comportamiento animal me habían advertido que la mayoría de los casos con los que iba a encontrarme serían de agresión. Estaba preparada para escuchar relatos de gruñidos y

mordeduras y sabía que iba a dedicarme a un trabajo en el que me exponía a ciertos riesgos físicos. Pero carecía de preparación para soportar el dolor emocional que implica tener que ayudar a la gente a tomar decisiones que les dejan destrozados, aunque no me resulta sorprendente constatar hasta qué punto la gente puede llegar a amar a sus perros. Crecí en una familia de amantes de los perros y mi madre es una mujer que hasta el día de hoy quiere a sus perros casi tanto como a ella misma. Por lo tanto, no me asombra comprobar el profundo amor que puede existir entre las personas y los perros. Después de

todo, si la gente no amase tanto a sus perros no acudiría a mí en busca de soluciones para los problemas de comportamiento de sus mascotas. Pero a pesar de que ya llevo catorce años ejerciendo esta profesión, a veces sigue sobrecogiéndome el intenso dolor que embarga a mis clientes cuando deciden que deben enviar a su perro a otra casa.

No puedo dejar de pensar en el sufrimiento de mis clientes cuando tienen que despedirse de un amigo querido. Pero estoy en condiciones de decir algo que ha ayudado a mucha gente en esta situación: *Realojar a su perro en una casa en la que estará seguro y feliz*

no es abandonarlo. Y sin embargo, he visto a numerosos dueños de perros cuyo insoportable dolor se debe al sentimiento de que al dejar a su perro en otro hogar están traicionando su confianza. No obstante, mi opinión es que los perros no lo interpretan de ese modo.

Lassie, la hija de Luke, es un buen ejemplo. Fue vendida por la dueña del criadero a una mujer sola con tres niños pequeños que vivía en Milwaukee. Era un buen lugar para que un border collie se porte mal. Los perros listos que no consumen toda la energía que tienen siempre encuentran algo que hacer, lo

cual por lo general disgusta a sus dueños. En realidad, Lassie volvía loca a su dueña escarbando por todas partes, ladrando sin parar y mordiendo los juguetes de los niños. Como la mayoría de los border collies, era una pésima mascota para una familia con niños pequeños. La criadora aceptó la devolución de Lassie y yo me ofrecí a acoger a la perra mientras la criadora disfrutaba de su luna de miel. Cuando la criadora regresó, ambas nos pusimos a buscar una buena casa para Lassie en la que pudiese practicar todo el ejercicio mental y físico que necesitaba.

Lassie llegó a la granja a las once de

la noche, demasiado tarde como para que tuviese tiempo de hacer gran cosa, de modo que la até con la correa junto a mi cama y allí se durmió mientras yo le acariciaba el lomo. Por la mañana la saqué afuera con los demás perros. Pip oyó un conejo subiendo la colina detrás de la casa y el grupo salió disparado; las manchas negras y blancas de su pelaje desaparecieron entre la maleza dorada del otoño de Wisconsin. No se por qué me molesté en gritar el nombre de Lassie; supongo que lo hice como una prueba, a pesar de que las probabilidades de detener la carrera enloquecida de un animal al que apenas

conocía eran escasas. Pero la perra se giró en el aire. Conservo la imagen de su cuerpo como una *U* en blanco y negro suspendida en el aire por un instante, pero en cuanto se apoyó en el suelo vino corriendo hasta mí. Antes de tenderse a mis pies dio una última vuelta en el aire y me miró, sonriente.

La primera mañana que pasó en mi casa dio la impresión de sentirse algo inquieta. Se acostaba y se levantaba, apoyaba las patas en la ventana y miraba hacia fuera buscando vaya a saber qué, hasta que volvía a tenderse a mi lado. Sin duda alguna, estaba un poco alterada. Pero no tenía el aspecto de un

perro sumamente angustiado. Retozaba y jugaba conmigo y me lamía la cara. Comió con voracidad, se encariñó de su padre y se adaptó al pastoreo de ovejas como si lo hubiese hecho a lo largo de toda su corta vida. Hacia el final de ese primer día se consideraba «mi perra». Me gustaba tanto que esa misma tarde llamé a la criadora y le pregunté si podía quedármela. También yo parecía gustarle a Lassie, pues a las pocas horas de haber llegado actuaba como si fuese «su humano». Al tercer día cualquiera diría que vivía en la casa desde siempre. Estoy segura de que en la actualidad Lassie siente un gran cariño

por mí. Pero también tengo la certeza de que, si me sucediese algo, Lassie podría ser feliz con alguien que supiese comunicarse claramente con ella, que le acariciase el vientre por la noche y que tuviese ovejas para ocuparla.

No estoy diciendo que sea aceptable que los perros pasen de una persona a otra como si fuesen libros de segunda mano. Lo que estoy diciendo es que, aunque Lassie necesite a alguien que la quiera, no siempre basta con el cariño. Cada perro es diferente y eso significa que, igual que con las personas, cada perro necesita un entorno en el que pueda dar lo mejor de sí. A los once

meses Lassie dio con el tipo de lugar para el que fue criada y sus problemas de comportamiento desaparecieron. Dejó de ladrar sin necesidad, de escarbar donde no debía y de mordisquear objetos que no le pertenecían. Lassie vino a mi casa gracias a una dueña que fue lo suficientemente sensata como para darse cuenta de que su hogar urbano y su ajetreado estilo de vida no eran lo más adecuado para un animalito activo y listo, ansioso por poner en práctica sus aptitudes.

La historia de Lassie es como la de centenares de perros que aceptan un

nuevo hogar con la misma placidez filosófica con que los perros parecen aceptar gran parte de las cosas de la vida. En mi opinión, los perros son como los humanos, en el sentido de que pueden establecer vínculos emocionales increíblemente fuertes con los demás. Como dije anteriormente, no tengo ningún problema en llamar a eso *amor*. Pero a diferencia de los humanos, los perros pueden cambiar de vínculos afectivos con relativa facilidad, siempre que no sea con demasiada frecuencia. Supongo que ello se debe al hecho de que viven más en el presente que los humanos; tal vez sea una ventaja del

estado intelectual tan diferente de los perros en comparación con el de los humanos.

Si se detiene a pensarlo, comprobará que no existe ninguna razón por la cual los perros interpretarían un cambio en las circunstancias como un abandono por parte de los humanos a los que quería. Las manadas de lobos pueden ser bastante variables; sus cambios dependen de la disponibilidad de alimentos y de las épocas de cría. Algunos individuos son expulsados de la manada, mientras que otros eligen marcharse voluntariamente. Incluso muchas especies de primates abandonan

su primer hogar y se trasladan a otro cuando maduran. En los chimpancés y los gorilas es más probable que las hembras abandonen el hogar para irse a un nuevo grupo, mientras que entre los babuinos y los macacos por lo general los que se marchan son los machos. Además, como señala mi colega Karen London, también nuestros hijos abandonan su hogar y terminan formando sus propias familias. No siempre resulta fácil a corto plazo, ni para quien se queda ni para quien se marcha, pero al final de cuentas es lo mejor. He llegado a creer que cuando un animal entra en nuestras vidas nuestra responsabilidad

es utilizar nuestros recursos y nuestra inteligencia para ofrecerle la mejor existencia posible. El truco consiste en reunir suficiente información sobre el perro para saber qué es lo que necesita para ser realmente feliz sin que se interponga nuestro ego.

Hace unos años tardé más de lo debido en darme cuenta de que mi border collie Scott estaría mucho mejor en otra casa. Soy una adiestradora profesional de perros verdaderamente buena con sus perros, vivo en el campo y tengo ovejas para pastorear, por lo tanto ¿qué más podría pedir un border collie? Además, estaba muy encariñada

con Scott. Pero el animal debía compartir las tareas de pastorear a un pequeño rebaño de ovejas con otros tres border collies y eso ni siquiera se acercaba al nivel de trabajo que él realmente necesitaba. Era tal el afán de trabajar de Scott que en la casa se dedicaba a vigilar al gato toda la noche. Y eso nos volvía locos a los tres: a mí, a Scott y al acosado gato. Por añadidura, Scott era tímido y detestaba las cosas nuevas, pero yo viajo mucho y mis perros están constantemente expuestos a nuevos lugares, a nueva gente y a nuevos perros. Los viajes le causaban estrés y no disfrutaba con las visitas de los

clientes y los amigos a la granja. Finalmente encontré a Scott una casa en la que se recibían pocas visitas y había doscientas ovejas que necesitaban estar en movimiento todo el día y dos humanos adultos que lo adoraban. No diré que resultó fácil porque no fue así. Pero dos días después de haberme marchado del lugar (llorando tanto que tuve que detenerme un rato en el arcén hasta serenarme), experimenté un inmenso alivio después de recibir una llamada de los nuevos dueños de Scott confirmándome que le perdonaban sus extravagancias sin ningún reparo y que estaban encantados con él por sus

magníficas aptitudes como perro pastor y por la dulzura de su carácter. Scott estaba en el paraíso, mi pobre gato conseguía vivir tranquilo y yo me sentía rebosante de alivio y satisfacción.

Si un perro necesita realmente una nueva casa, ya sea por su propio bien o por el bien de los demás, lo importante es encontrarle el hogar adecuado. Me sorprende comprobar que existe mucha gente maravillosa que no sólo estaría dispuesta a hacerlo, sino que también se sentiría feliz de ayudar a una mascota en apuros. Un amigo mío debía marcharse del país y se sentía desconsolado al pensar que tendría que someter a

eutanasia a su gata de quince años. Acababa de enterarse de que la gata tenía diabetes y que requería mucha atención médica, incluyendo inyecciones dos veces al día, de cuya aplicación debía encargarse el dueño. Tenía la certeza de que nadie adoptaría a la gata y que debería sacrificar a su vieja y querida amiga. Lo animé a poner anuncios y a tener fe. Al final, debió elegir entre cinco maravillosas familias que se ofrecían a adoptar a la gata. Sin lugar a dudas, a algunos perros resulta más difícil encontrarles un buen hogar que a otros y ciertamente ninguna persona responsable entregaría un

animal con serios problemas de comportamiento a alguien que lo recibirá confiadamente. Tampoco me agrada que la gente utilice esta excusa para pasarse un perro como si fuese un pastel de fruta. Existe un límite en cuanto a la frecuencia con que un perro puede adaptarse a un nuevo hogar y es importante tratar de encontrar el lugar adecuado en el primer intento. Pero si usted no está en condiciones de ofrecerle a un perro lo que el animal necesita no traicionará su confianza si se esfuerza por encontrar la manera de que lo consiga. Lo traicionaría si no lo hiciese.

Veo demasiados perros que, al carecer de oportunidades para demostrar sus aptitudes, vuelven locos a sus dueños ladrando todo el tiempo y mordisqueando cualquier objeto que esté a su alcance, sin llegar a calmarse. Algunos de estos animales tienen problemas fisiológicos, pero muchos de ellos simplemente necesitan un objetivo en la vida y aprender a no hacer sus necesidades dentro de la casa no es un incentivo suficiente. Otros perros se llevan bien con algunas personas y no con otras. Tal vez su perro es absolutamente maravilloso con los adultos, pero le asustan los niños y usted

tendrá un bebé dentro de seis meses. Este perro se mostrará agradecido si le encuentra una casa en la que no deba enfrentarse al estrés de convivir con un bebé. Eso no es una traición, es un acto de amor.

Por supuesto, es posible traicionar a un perro. La gente lo hace continuamente. Los abandonan en caminos rurales por los que no pasa nadie o los atan a un palo y se marchan para siempre, sin ninguna intención de regresar. Apartan a los animales de las sociedades humanas porque están viejos y enfermos, sin detenerse a pensar en lo que puede pasarle. La facilidad con la

que algunas personas maltratan a sus perros es un recordatorio doloroso del lado oscuro del comportamiento humano. Pero pienso que los perros también pueden ser traicionados por las personas que los quieren, como es el caso de quienes aman tanto a sus perros que son incapaces de tener en cuenta las necesidades reales de los animales. Es probable que hasta el mejor de los dueños no esté en condiciones de brindarle el entorno adecuado a su perro. Es cruel desechar a un perro como si fuese un jersey viejo, pero puede ser un acto de responsabilidad y amor reconocer que por mucho que

quiera a un perro determinado no puede darle lo que el animal necesita. Los perros no pueden tomar la decisión de abandonar el grupo en caso de que sea lo mejor para ellos. El amor queda fuera de toda duda si está dispuesto a realojar a ese pequeño golden retriever, aburrido por la falta de ejercicio, en una casa en la que será verdaderamente feliz, aunque a usted se le parta el corazón^[49].

Aflicción

El jueves por la noche me enteré de que mi perra Misty estaba enferma y la noche del martes el animal murió.

Aunque era una border collie de poco tamaño y con una delicada estructura ósea, tenía el corazón duro y siempre imaginé que llegaría a cumplir los dieciséis años. Pero a los doce y medio empezó a perder peso y a comer con dificultad. Pensé que podía tratarse de algún diente que le causaba molestias. Desde el comienzo el veterinario sospechó que se trataba de algo serio, pero me concedió el lujo de algunas horas de desconocimiento. «Le haremos unas radiografías para estar seguros —me dijo—. ¿Por qué no regresa en unas horas?». Cuando regresé a recoger a la perra, con la

mente ocupada en los problemas de mis propios clientes y en la clase del día siguiente en la universidad, al ver la expresión del rostro del Dr. John me paré en seco. Era la cara de una persona amable que busca la manera de comunicar a otra algo doloroso. La perra tenía un sarcoma hemorrágico, un cáncer terrible que le había agujereado el hígado, llenándole además el cuerpo de tumores sangrantes.

Al día siguiente, el internista de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Winsconsin dijo que Misty podía durar unas semanas o

morir en cinco minutos. Ese fin de semana comenzó a sufrir hemorragias internas que no fue posible detener. Me pasé esos dos días frotándole el vientre, dándole de comer pollo y vertiendo lágrimas agridulces de amor y aflicción. La hemorragia fue hinchándole el vientre hasta que el martes por la mañana ya no pudo descansar cómodamente. Tendida en medio del comedor, un lugar en el que nunca se había acostado en sus doce años y medio de vida, cambiaba de posición continuamente tratando de encontrar alivio a su dolor. El Dr. John vino a casa esa noche y, mientras yo la

tenía entre mis brazos sin dejar de llorar, Misty murió.

Dejé su cuerpo tendido en el centro del salón, donde la habíamos acostado. Pip, su nieta, fue la primera en acercarse. Pip era la perra preferida de Misty. En realidad, era la única perra que gozaba de la simpatía de Misty. A Misty le encantaban las personas, pero los demás perros eran la cruz de su existencia. La sumisión de Pip suponía un bálsamo para Misty, que era el colmo de la «aspirante a alfa». A pesar de que era insegura y tenía gran temor de que le hiciesen daño, Misty quería ser la máxima

autoridad de la granja y coexistía con las otras dos perras porque no le quedaba más remedio. Lassie y Tulip no eran tan sumisas como Pip y no tenían la más mínima intención de hacerle la pelota a la perra bravucona que Misty pretendía ser. Al darme cuenta de la tensión que existía, me dediqué a recompensar cuidadosamente el comportamiento correcto y me mantenía alerta para detectar potenciales problemas. De vez en cuando Misty dirigía una dura mirada a Lassie o Tulip, situación a la que había aprendido a responder inmediatamente. Entonces decidía que

Misty debía permanecer echada sin moverse durante una hora mientras yo me encargaba de hacer más estrictas las normas en la granja en las semanas siguientes.

Pip se pasaba la mayor parte del tiempo dando vueltas alrededor del cuerpo de Misty, a escasa distancia pero sin inclinarse para ponerse a olfatearla o a olería. Después de dar vueltas continuamente en torno al cuerpo de Misty, Pip terminó por echarse al suelo junto a ella dejando escapar un sonoro suspiro, pero sin que su rostro denotase ninguna emoción, y así permaneció durante más de una

hora. Lassie, cuyo rostro es más expresivo que el de la mayoría de los humanos, se sentía absolutamente horrorizada. Se escondía detrás de mis piernas y de vez en cuando miraba a hurtadillas a Misty y a continuación se apresuraba a apartar la cabeza, hasta que le vencía la curiosidad y volvía a echar un rápido vistazo. Se mantenía más alejada de Misty de lo que era habitual en ella cuando la perra vivía. No tengo idea de lo que pasaba por su cabeza, pero daba la impresión de estar aterrorizada. Lassie se comportaba como un perro que no podía entender lo que estaba haciendo Misty y, si una

Misty previsible era temida, una Misty imprevisible resultaba absolutamente aterradora. Por su parte, Luke parecía no advertir la presencia de Misty. No miraba hacia el lugar en que estaba la perra ni se acercaba a olfatearla, pero tampoco hacía nada por evitarla. Simplemente parecía no estar allí. Buscó sus juguetes, se sentó junto a mí con su noble mirada de collie y se puso a esperar otra oportunidad para ocuparse de las tareas a su cargo.

Misty estuvo «de cuerpo presente» toda la noche. Esa noche bajé las escaleras en tres ocasiones y me puse a acariciar su suave pelo negro, tratando

de imaginarme cómo sería la vida sin ella. Cuando amaneció, los perros se despertaron y volvieron a encontrarme junto a Misty. A esas alturas, Pip ya había olisqueado el cuerpo de la perra muerta una y otra vez a lo largo de la noche y quizá no encontraba ninguna razón para volver a hacerlo. Lassie, resoplando y con los ojos desorbitados, seguía yendo velozmente de un lado a otro igual que una potranca pura sangre que veía por primera vez un tren de mercancías. Luke daba la impresión de seguir ausente hasta que terminé por pedirle que se acercase con unas palmaditas en el flanco de Misty, como

se hace cuando se quiere atraer la atención de un perro. Luke inclinó la cabeza para olfatear a la perra y luego se echó hacia atrás, como si estuviese impresionado. Con los ojos como platos, buscó mi mirada con una expresión de absoluto estupor y a continuación se puso a olfatear el cuerpo de Misty, centímetro a centímetro. La acariciaba con el hocico, la empujaba y le lamía el cuerpo entre gañidos, mirándome de vez en cuando directamente a los ojos, como si quisiera formularme una pregunta.

Han transcurrido tres años desde la

muerte de Misty. Todavía echo a faltar su delicado hocico, su obsesión quijotesca por pastorear a las palomas, su dulzura con la gente. Se me saltaron las lágrimas mientras describía su muerte. La muerte de Misty sigue estando tan próxima y su presencia continúa siendo tan fuerte que aún hoy estos recuerdos me llenan el corazón de dolor. Luke se ha echado en el centro del salón, en el mismo lugar en que estuvo Misty esa larga y tenebrosa noche. Si alguna vez llego a conocer los pensamientos de un perro, me gustaría preguntarle qué piensa que le sucedió a Misty, dónde cree que se

encuentra Misty ahora y si la echa de menos.

Pasaré mucho tiempo hasta que lleguemos a saber qué es lo que pasa por la mente de un perro cuando muere alguien de su círculo social. He tenido clientes cuyos perros parecían apenados como los humanos. Un perro se pasó más de seis meses delante de la ventana esperando a un niño que nunca volvió a casa. El niño había resultado muerto en un accidente automovilístico y su golden retriever seguía esperando su regreso cada tarde junto a la puerta. Después de

esperar varias horas, Goldie emitía un profundo suspiro, se tendía en el suelo totalmente abatido y se negaba a jugar o a salir a dar un paseo. Su dueño me llamó porque el perro apenas comía lo necesario para mantenerse con vida.

Simplemente no sabemos si los perros tienen un concepto de muerte. Como nos recuerda correctamente Marc Hauser en el libro *Wild Minds*, es perfectamente posible que los animales se angustien ante el comportamiento extraño de otro o que sufran porque han perdido la interacción social de un compañero sin entender realmente el concepto de muerte. El dolor de una

pérdida y la comprensión de la muerte son dos cuestiones totalmente separadas y, teniendo en cuenta que los humanos no entienden el concepto de muerte hasta alrededor de los ocho o diez años de edad, resulta razonable formularse esta pregunta. Sin duda, existen algunas anécdotas asombrosas sobre el comportamiento de los animales que sugieren un proceso de aflicción. Los investigadores que se dedican a estudiar a los elefantes, como Cynthia Moss, han observado individuos tratando desesperadamente de reanimar a un miembro moribundo de la manada esforzándose para que se mantenga

sobre sus patas e incluso procurando alimentarle llenándole la boca de hierba. Los elefantes son famosos, y esto es absolutamente cierto, por mantenerse durante días o semanas junto al cadáver de un miembro de la familia, acariciando repetidamente con las patas y el tronco el cuerpo del animal muerto. Se ha sabido que los chimpancés y los gorilas llevan consigo durante días el cadáver de una cría aunque el cuerpo haya comenzado a descomponerse. Un asistente de investigación en el proyecto sobre delfines con nariz de botella de la bahía de Monterrey observó un día a una familia de delfines nadando en una

formación atípica. Nadaban tan lentamente y de una manera tan coordinada que los observadores lo describieron como una «procesión». En el centro del grupo iba la delfín madre, que avanzaba lentamente por el agua sosteniendo sobre el morro a una cría muerta antes de nacer. Los observadores humanos se sintieron tan conmovidos que, por respeto, dejaron de seguirlos.

Andy Beck, un etólogo que trabaja en la White Horse Farm en Nueva Zelanda, cuenta una sorprendente historia sobre un «duelo en grupo» que observó en una manada de caballos. En el término de setenta y dos horas habían

muerto tres potros y durante los tres días siguientes toda la manada de caballos permaneció reunida en un círculo frente a los animales muertos. Sólo abandonaban el círculo para beber agua de un arroyo cercano y después volvían a ocupar la misma posición. Nunca había visto, ni volvió a ver, algo semejante.

Pero Beck hace hincapié en que no ha encontrado ninguna reacción coherente ante la muerte en los caballos de la granja, ni siquiera en las yeguas después de la muerte de su propio potrillo. Una yegua que había parido potrillos gemelos que nacieron con

malformaciones (y muertos) no mostró ninguna reacción en absoluto, mientras que otras han presentado signos de verdadera aflicción cuando les quitaban el potrillo muerto. Beck supone que un factor que puede explicar las diferentes reacciones es el impacto biológico real de la muerte: analizando la cuestión desde el punto de vista biológico más que desde el emocional, lo que pierde una yegua joven cuando se le muere la cría en el primer intento de reproducirse es poco. En cambio, una yegua mayor, sin descendientes vivos y con escasas probabilidades de transmitir sus genes, podría reaccionar de manera muy

diferente. Se trata de una hipótesis interesante que tal vez nos ayude algún día a entender cuáles son los pensamientos y los sentimientos de otros animales cuando se produce una muerte.

La misma variedad de respuestas que Beck observa en los caballos es evidente en la reacción de los perros ante la muerte de un humano o de otro perro. Algunos perros parecen experimentar un gran sufrimiento, mientras que muchos (si no la mayoría) actúan como si no hubiese sucedido nada. Cuando mi primer border collie, Drift, quedó incapacitado a los quince años y medio, fue sometido a eutanasia

en casa y el veterinario se llevó su cuerpo. Después de la desaparición de Drift no pude observar cambios en el comportamiento de ninguno de los perros. No sé si tiene importancia señalar que Drift estaba casi ciego y sordo cuando murió y que por lo tanto no participaba muy activamente de la vida del grupo de los perros más jóvenes. Aún así, los más jóvenes se esforzaban continuamente por atraer la atención de Drift, pero él prácticamente los ignoraba, a menos que tuviese que gruñirles si lo atropellaban sin darse cuenta en la puerta de entrada; es probable que ese hecho haya incidido en

la reacción (o ausencia de ella) de los perros jóvenes ante su muerte.

Pero algunos animales muestran signos de depresión y se comportan de una manera muy similar a los humanos cuando están apenados por la pérdida de alguien querido. He tenido clientes cuyos perros parecían languidecer durante semanas después de la muerte de un perro amigo. En las investigaciones que llevé a cabo para mi tesis doctoral, una de las perras mató a sus cachorros a los diez días de su nacimiento^[50]. Después de habernos llevado los cuerpecitos en cuanto los descubrimos, la madre se pasó tres días aullando y

buscando por todas partes, como si esperase encontrar a sus cachorros.

Lo que sabemos es que en algunos casos parece resultar útil dejar que los animales vivos pasen un tiempo junto al cuerpo del animal muerto. La primera vez que oí hablar de esta práctica fue con caballos. La White Horse Farm siempre les ha quitado a las madres el cuerpo de los potrillos muertos con la mayor celeridad posible para asegurar la higiene y prevenir enfermedades. Por lo general, las yeguas reaccionan con una gran aflicción; se ponen a relinchar enloquecidamente y arremeten contra todo lo que encuentran en el establo. Sin

embargo, un día murió un potrillo cuando nadie estaba presente y transcurrieron muchas horas hasta que se procedió a retirar el cuerpo. Cuando lo hicieron, la yegua no prestó atención y continuó comiendo su avena. Daba la impresión de que las horas que había pasado junto al cuerpo de su potrillo le permitieron aceptar que se lo llevaran un poco más tarde. Debido a esa observación, en la granja dejan deliberadamente al potrillo muerto con la madre durante varias horas; se ha descubierto que gracias a esta medida las yeguas parecen estar serenas cuando se llevan el cuerpo de la cría muerta.

Recordé esa historia cuando murió mi perra Misty y decidí dejarla «de cuerpo presente» toda la noche pensando que tal vez de esa manera ayudaba a mis otros perros.

Sin embargo, no me di cuenta de lo útil que fue para mí el hecho de haber tenido en casa toda la noche el cuerpo de Misty. El tiempo que pasé junto a ella acariciándola me sirvió de consuelo. Hasta unos pocos días antes no sabía nada de su enfermedad y, aunque había tenido el fin de semana para acostumbrarme, la idea de que desapareciese de mi vida me resultaba insoportable. No debería sorprenderme

que el hecho de haber permanecido esas horas junto a la perra muerta fuese tan provechoso, ya que, a partir de la experiencia humana, sabemos que encontrarse con el cuerpo de un ser querido es una parte importante del proceso del duelo. Recorremos grandes distancias para encontrar los cuerpos de personas que murieron sabiendo que resulta mucho más difícil resolver el duelo si no se ha recuperado el cuerpo. Tal vez en otras especies, igual que en los humanos, el cuerpo actúa como un puente entre la vida con nuestros seres queridos y la existencia sin ellos, lo cual nos permite a todos avanzar hacia el

futuro.

Mantener el cuerpo de un perro muerto, aunque sólo sea por unas pocas horas, no es algo que todo el mundo puede hacer. A algunas personas el simple hecho de pensarlo les produce rechazo; si ése es su caso, ni siquiera debe considerar esa posibilidad. Una de las cosas que sé sobre el duelo por la muerte de alguien es que se trata de algo muy personal. Cada uno necesita hacer lo que considera adecuado y no aquello que los demás piensan que debería hacerse. Pero si se encuentra en la situación de tener que someter a la eutanasia a un viejo y querido amigo y le

preocupa cuál podría ser la reacción de los demás perros, piense en la posibilidad de que vayan a la consulta del veterinario para que olfateen el cuerpo antes de que se lo lleven. Si el veterinario viene a su casa, considere la opción de mantener el cuerpo durante unas horas a fin de que usted y sus otros perros puedan presentarle sus respetos.

En esas circunstancias usted cuenta con un recurso que no está al alcance de sus perros: refugiarse en el apoyo de sus amigos. Todos sabemos la importancia que adquiere el amor de los amigos cuando lloramos la muerte de un ser querido. La familia, los amigos y la

comunidad nunca son más importantes que cuando se nos muere un ser querido. Pero las cosas son diferentes cuando muere un perro. Las reacciones de la gente varían según la relación que mantenga con los perros. Algunas personas entienden lo profundo que puede llegar a ser nuestro amor por un perro y que el sentimiento de aflicción y pérdida nos resulte abrumador. Otras se mostrarán más indiferentes y dirán: «Siento la muerte de tu perro; ¿te apetece ir a una fiesta esta noche?». Este amplio abanico de reacciones por parte de nuestros amigos, que va desde las lágrimas de compasión hasta el mínimo

reconocimiento de nuestro dolor, puede hacer que un proceso de duelo normal resulte difícil. Los estudios psicológicos han demostrado que las personas pasan por las mismas fases de duelo debido a la muerte de una mascota que ante la desaparición de un humano querido. La superación puede ser más rápida, pero los amantes de las mascotas pasan por las fases de negación, ira, tristeza y superación, tal como hacemos los humanos cuando elaboramos el duelo por la muerte de un miembro de la familia.

Por horrible que sea la muerte de un humano, existe un sólido sistema de

apoyo para las personas que han perdido a familiares cercanos. Cuando murió mi padre, una red de personas me permitió interrumpir mis actividades para dedicarme a su muerte y a elaborar mi duelo. Algunas aparecieron en casa para hacerse cargo de los perros y de las ovejas. En la universidad en la que doy clases me dijeron: «Tómese el tiempo que necesite. Alguien la sustituirá en sus clases». Nunca compararía la muerte de una madre o de un padre con la de un perro, pero a pesar de eso puedo decir que los días inmediatamente después de la muerte de Misty fueron de intenso sufrimiento. Cuando la perra murió

recibí muestras de condolencia de parte de mucha gente, pero en ningún momento consideré la posibilidad de no ir a dar clase al día siguiente. Pienso que es importante tomarse cierto tiempo para interrumpir las actividades habituales, si uno puede permitírselo, y dedicarse a aceptar el fallecimiento de un amigo querido. Puesto que con mucha frecuencia debo ayudar a mis clientes a enfrentarse a la pérdida (especializarse en agresión seria es como ser especialista en cáncer: cuando acuden a mí muchos casos ya no tienen remedio), cuando murió Misty supe que eran muchas las cosas que podía hacer para

ayudarme a avanzar en la elaboración del duelo. Esa primera noche armé un *collage* de fotos que la mostraban en distintos momentos de su vida; después, le escribí una carta tras otra. Todavía conservo sus cenizas esperando el día apropiado para arrojarlas en un velatorio en el cual mis amigos y yo nos dedicaremos a relatar historias sobre ella, a celebrar su vida y probablemente terminaremos aullando a la luna junto con nuestros perros.

Es importante no permitir que los demás degraden nuestro amor por los perros. Igual que muchas personas, solía darme vergüenza demostrar mis

sentimientos por mis perros o mi gata, sabiendo de antemano cuál sería el pensamiento, o tal vez el comentario: «Por favor, no es más que una mascota». Ahora estoy por encima de esas cosas, porque si bien admiro el análisis lógico y riguroso, valoro en la misma medida el sentimiento sincero. La científica que hay en mí se siente perfectamente cómoda con la parte de mí ser que ama a los animales y ambas nos alegramos de celebrar juntas el milagro de nuestra relación con los perros.

EPÍLOGO



Luke depositó en mi mano una cosa húmeda y cubierta de arena como si fuese un huevo precioso. Era la primera vez que hacía algo así y sería la última. «Tíralo» es su juego favorito y aunque confiadamente deje caer sus juguetes ante una palabra serena, puede decirse que es algo que va contra su naturaleza. Luke monopoliza

la pelota en cuanto puede y debió aprender a no robársela a Pip si ella la conseguía primero. Pero esta vez depositó el objeto en mis manos con una especie de solemne nobleza y después retrocedió y se sentó tranquilamente frente a mí. Al principio ni siquiera sabía qué era lo que me había entregado, simplemente un puñado húmedo de algo de color marrón. Poco a poco comencé a distinguir unas patas diminutas y una cola. Tenía en mis manos una ardilla listada semiasfixiada, que se esforzaba por respirar, con los ojos cerrados y las diminutas patas contraídas. En

doce horas habían caído unos 13 centímetros de agua de lluvia. En el patio delantero de la casa había un salto de agua, una cascada que descendía junto al garaje. La ardilla listada debió de haberse quedado atrapada en la riada que alcanzó ala granja con la espectacularidad de las tormentas de verano.

Por lo general, las ardillas listadas no son bien recibidas en las granjas de Wisconsin porque hacen agujeros en los sacos de grano y se instalan a vivir en las cajas viejas que guardamos en el desván. Pero ese pequeño mamífero jadeante se hizo un hueco en mi

corazón, así que decidí limpiarlo y darle calor. En media hora su cuerpo estaba seco y había recobrado el calor, aunque a la ardilla no terminaba de gustarle eso de verse confinada a una caja encima del mostrador de la cocina. Cuando la dejé salir, Luke y yo la observamos atravesar el garaje con rápidos saltos.

Nunca sabré por qué Luke la cogió y me la entregó, con una delicadeza desconocida. No se trató de un acto predatorio ni de un juego. La actitud expectante de Luke cuando jugamos a la pelota es algo digno de ver: baja la cabeza y la cola mientras se agazapa

preparándose para perseguir la pelota. Pero esta vez no daba la impresión de estar jugando ni de comportarse como un depredador. Se veía tranquilo y serio, aunque su mirada era tierna, y se desplazaba con lentos movimientos. ¿Qué pensó cuando cogió la ardilla con la boca y me la trajo como si fuese un recién nacido en un hospital? ¿Estaba salvándole la vida? La idea me parece absurda: mis otros border collies cazan a los mamíferos que viven bajo tierra con auténtica pasión. Pero Luke tampoco presta mucha atención a los ratones y a las crías de conejos y siempre trata con suavidad a los

corderitos. Luke ha arriesgado su vida para salvar la mía, aunque nunca sabré si me libró del peligro resueltamente o sólo lo hizo para intervenir en la acción. Tal vez encontró a la ardilla listada perdida en un sitio que no era el suyo y me la trajo para que las cosas volvieran a la normalidad. No lo sé.

Ya saben que Luke es uno de mis mejores amigos. Después de una mañana de mucho ajetreo cargando ovejas en el camión, Luke y yo nos sentamos muy juntos, con la familiaridad nacida del trabajo duro, del respeto mutuo y de cierta conexión que siempre ha existido entre nosotros.

Pero nunca sabré qué pasó por su mente cuando cogió a esa empapada ardilla. No es el tipo de cosas de las que pueden hablar los perros y los humanos.

En muchos aspectos tenemos un gran parecido con nuestros perros: compartimos la alegría de un retozo juguetón sobre la hierba de primavera, nos acurrucamos a dormir la siesta en las tardes somnolientas de domingo y nos entusiasma igualmente un paseo por los fríos bosques otoñales. Y sin embargo, vivimos en un cosmos aparte,

separados por diferencias individuales y de la especie que resultan insalvables. Como dijo Henry Beston en *The Outermost House*:

Porque el animal no será medido por el hombre. En un mundo más antiguo y más pleno que el nuestro, los animales se completan y perfeccionan, dotados con la ampliación de los sentidos que nosotros hemos perdido o que nunca llegamos a alcanzar, obedeciendo a voces que nunca oiremos. No existen hermanos ni subordinados:

*existen otras naciones,
atrapadas junto con nosotros en
la red de la vida y del tiempo,
semejantes prisioneros del
esplendor y del trabajo de la
tierra.*

El milagro es que, en cierto sentido, no importa si alguna vez llegaré a entender lo que hizo Luke. Amor no es lo mismo que comprensión. Todos los que se han sentido desconcertados ante un cónyuge o un hijo lo saben.

Por supuesto, lo realmente importante es que las personas que aman a los perros los entiendan lo suficiente

como para brindarles un entorno que les resulte agradable. Esa comprensión les permite ayudar a sus perros a ser unos animales sanos, felices y educados en lugar de ponerles obstáculos sin darse cuenta. Lo primero que aprende un adiestrador de perros es que casi todos los problemas que los humanos tienen con sus perros, y los perros tienen con sus humanos, se deben a malentendidos que podrían haberse evitado. En realidad, el objetivo de este libro era el de fomentar un mayor nivel de comprensión del comportamiento de los perros por parte de los humanos con la esperanza de mejorar las relaciones

entre ambos.

Pero hay diferentes niveles de comprensión y tal vez existe uno que no es necesario entre nosotros y nuestros perros. Tal vez sea válida una relación que se esfuerza por compartir lo que puede y que acepta, de manera plena y pacífica, sus limitaciones.

Me gusta que Luke no sea un humano de cuatro patas pequeño y peludo. Tengo la suerte de contar con muchos amigos humanos y no necesito a los perros como sustitutos. Parte de lo que recibo de mis perros es similar a lo que obtengo de mis relaciones con los humanos. Pero de la misma manera que no puedo ponerme

a discutir sobre la paz en el mundo con Tulip, de mi conexión con ella recibo algo que no obtengo de la relación con mis amigos humanos. Ni siquiera sé con seguridad de qué se trata, pero es algo profundo, primordial y provechoso. Tiene algo que ver con mantenerse conectado con la tierra y compartir el planeta con las demás cosas vivas. Los humanos nos encontramos en una posición muy extraña —seguimos siendo animales cuyo comportamiento refleja el de nuestros ancestros, aunque seamos únicos—, diferente a la de cualquier otro animal de la tierra. Nuestra singularidad nos separa y favorece que

nos olvidemos del lugar del cual procedemos. Tal vez los perros nos ayuden a recordar la profundidad de nuestras raíces, trayéndonos a la memoria —a nosotros, los animales que estamos en el otro extremo de la correa — que podemos ser especiales, pero no estamos solos. No es de extrañar que les llamemos nuestros mejores amigos.

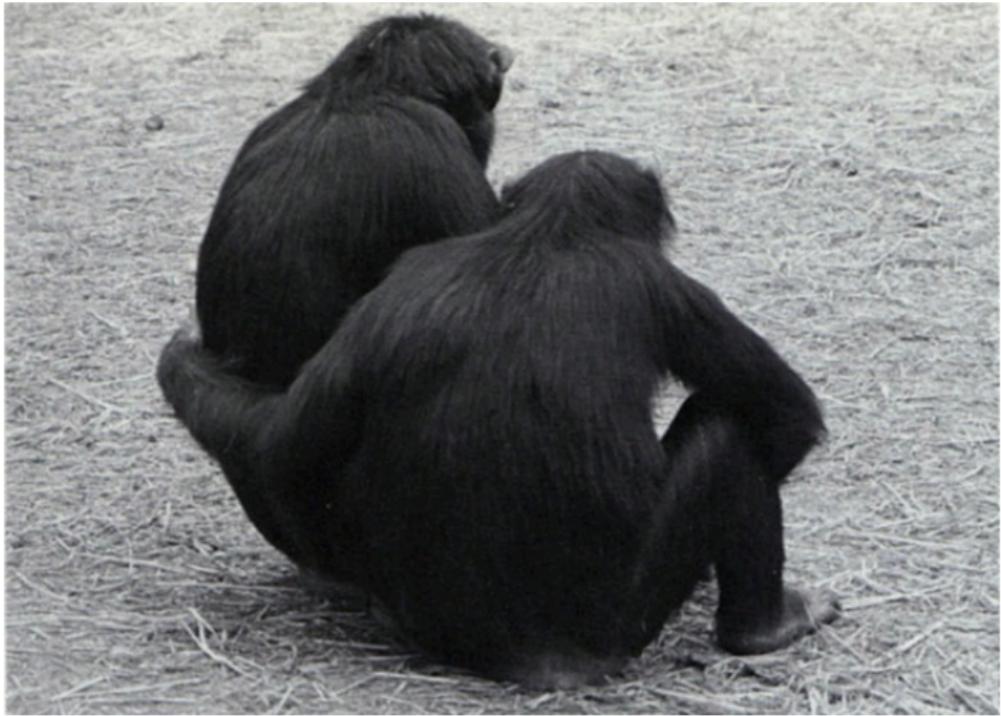


Foto cortesía de Frans de Waal



Foto de Karen B. London

Los chimpancés y los humanos suelen expresar afecto abrazándose. Sin embargo, para un perro poner una pata delantera encima del hombro de otro es por lo general una demostración de



Foto de Karen B. London
estatus social.

Foto de Karen B. London



Los humanos nos saludamos avanzando directamente de frente, con las manos extendidas y mirándonos a los ojos.

Foto de la autora



En cambio, los perros evitan el contacto visual directo y los acercamientos frontales cuando se encuentran con un perro desconocido; además, para conocerse utilizan el olfato en lugar del contacto visual.

Foto de Karen B. London || Foto cortesía de

Frans de Waal



Los humanos no son la única especie que expresa afecto besándose.

Los chimpancés y los bonobos son besuqueadores de primera.

Foto de Cathy Acherman, cortesía de Coulee
Region Humane Society



A casi todos los perros les gusta lamer el rostro de las personas a las que conocen bien, pero incluso con éstas muchos de ellos evitan el contacto visual directo y se acercan de costado. La mayoría de los perros valora la

misma cortesía de nuestra parte,
especialmente cuando se trata de
extraños.

Foto de Cathy Acherman, cortesía de Coulee
Region Humane Society



Para saber cuánto nos gusta abrazar a los perros basta con observar nuestros rostros. Debido a nuestra herencia de primates, buscamos lo que se denomina





Observe los rostros de los perros en estas dos páginas. ¿Parecen tan felices como los humanos?



Foto de la Catya Acherman, cortesía de Coulee
Region Humane Society



Estos bien intencionados dueños de perro están haciendo lo que hacemos la mayoría de los humanos cuando queremos que nuestro perro acuda, que es tirar de la correa y girarnos hacia el

animal, mirándolo directamente a la cara. Todas estas acciones son muy efectivas... para conseguir que el perro no se mueva de su sitio.

En esta foto Erica muestra la manera correcta de animar a un perro a que venga hacia nosotros: avanza en la misma dirección en la que desea que vaya Tulip, sonriendo y dando palmadas como si se tratase de un juego divertido.



Foto de Karen B. London

Foto de la autora



Tulip se revuelca sobre un ratón muerto. Como a muchos perros, nada le gusta más que un buen revolcón encima de algo maloliente, cuanto más asqueroso y blando mejor.

A nosotros también nos gustan los olores



Foto de Jim Billings

olores que a mí me gustan como a mí su «*eau* de ratón muerto».

penetrantes,
pero
observe
cómo la hija
de Lassie,
Tess, aparta
la cabeza
para no oler
el perfume
que me he
puesto en la
muñeca. Le
asquean
tanto los



Foto de Jim Billings

Foto cortesía de Frans de Waal



En esta foto es fácil apreciar cuál de los dos animales es el dominante. En la mayoría de las especies sociales los individuos de estatus elevado ponen de manifiesto su rango social irguiéndose para parecer lo más altos posible, mientras los subordinados se agachan

encogiendo el cuerpo.

Debido a las diferencias de tamaño entre nosotros y ellos, hasta el más cariñoso de los saludos de un humano puede ser interpretado por un perro como una demostración de dominio.



Foto de Cathy Acherman, cortesía de Coulee
Region Humane Society

Foto de la autora



Tulip se acerca para conocer a Kodi, mientras Kodi trata de encogerse tanto como puede para tranquilizar a Tulip.

Ante un perro tan sumiso como Pip, Kodi no responde tendiéndose en el suelo. En esta ocasión es Pip quien trata



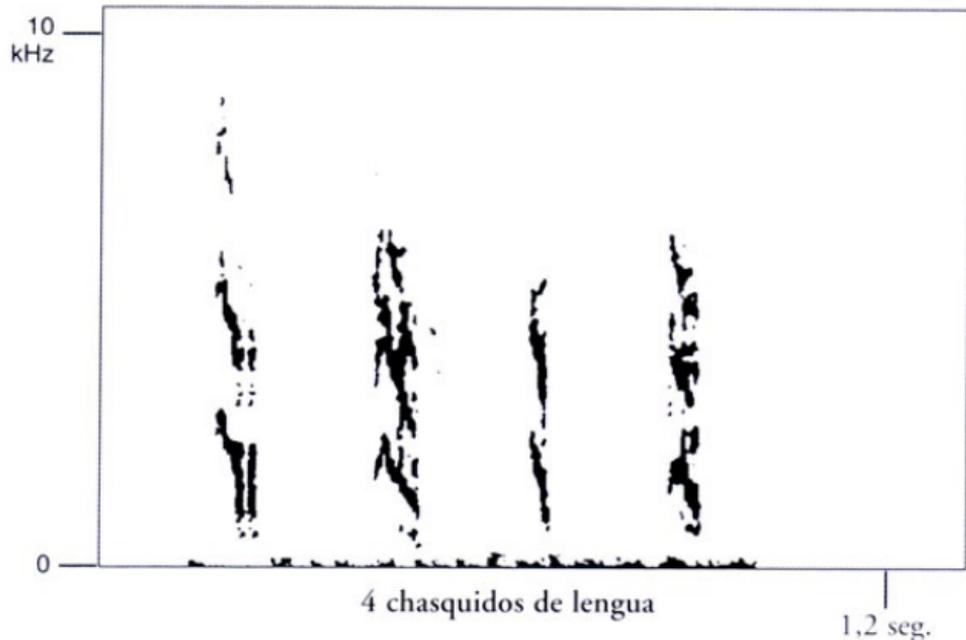
Foto de la autora

de hacerse más pequeño.

Cuando Kodi se tiende en el suelo después de jugar, Pip levanta la cabeza sólo un poco, tratando de parecer más pequeño y más bajo que Kodi.

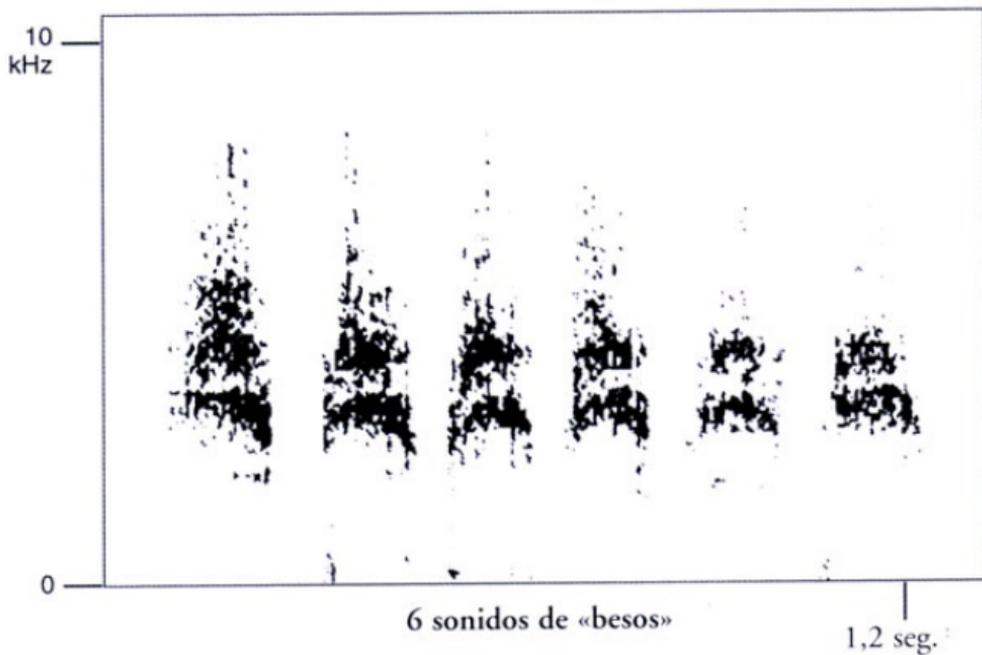


Foto de la autora



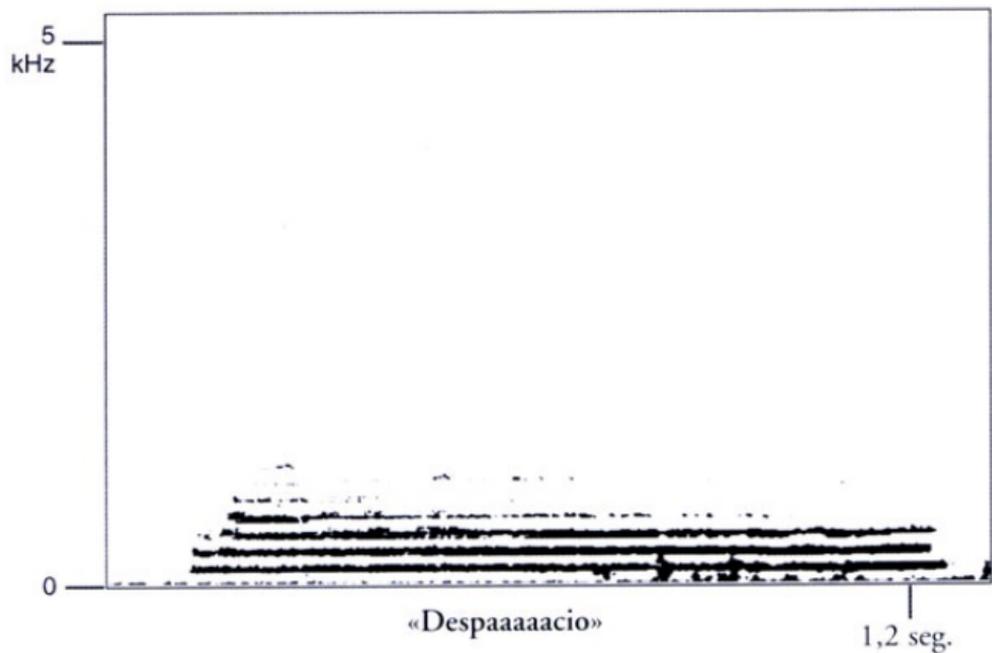
Las imágenes que aparecen en estas dos páginas son sonogramas o representaciones gráficas de sonidos. El tono, o frecuencia, se indica en el eje vertical en kilohercios y el tiempo aparece en el eje horizontal. En este gráfico se representan los sonidos

emitidos (cuatro chasquidos de lengua) por un adiestrador de caballos para que el animal acelere la velocidad.

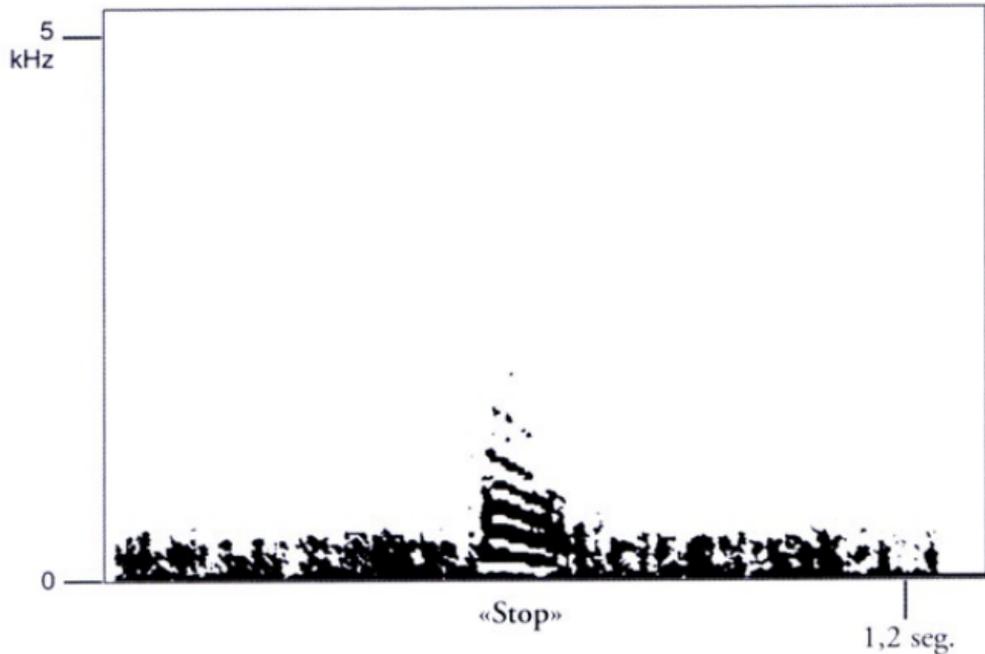


Estas seis notas son sonidos de «besos» utilizados por el mismo adiestrador de caballos para conseguir que el animal

acelerase el galope. Cuanto mayor era la velocidad a la que el adiestrador quería que galopase el caballo, mayor era la velocidad a la que repetía las breves notas con mucha potencia a lo largo de una gama de frecuencias.



Esta nota larga y uniforme es típica de los sonidos que los adiestradores profesionales emiten cuando quieren que un animal se calme o vaya más despacio. Usted puede hacer lo mismo diciendo «quieeeeeto» o «bueeeeno» con tono sereno y uniforme.



Esta breve y única nota es la que emiten los adiestradores profesionales de animales de todo el mundo cuando quieren detener a un animal que avanza velozmente. Si quiere impedir que su perro le robe la cena de la mesita del salón, diga «¡eh!», «¡no!» o «¡ah!» tranquilamente para atraer la atención del animal y detenerlo. (¡Y entonces asegúrese de indicarle que haga lo que usted quiere que haga!).



Cool Hand Luke (foto de la autora)



Lassie (foto de la autora)



Pip y su camada de cachorros (foto de la autora)



Luke, Lassie y Pip en el jardín (foto de la autora)



Tulip con sus ovejas (foto de la autora)



Tulip en su plataforma favorita para vigilar a las
ovejas: el sofá (foto de la autora)

Luke guiando al ganado, empujándolo
hacia mí bloqueándole el movimiento en
dirección contraria.



Foto de la autora

El primer encuentro de Lassie con un gran rebaño de ovejas. La perra no solía pastorear a más de 30 ovejas a la vez,

pero en esta ocasión se encontró con un rebaño de más de 150. Da la impresión de sentirse ligeramente intimidada porque, si bien los cuartos traseros apuntan hacia delante, no ocurre lo mismo con los hombros y las patas delanteras. Las ovejas pueden percibir esos cambios sutiles en la manera en que un perro inclina el cuerpo. Y un perro es capaz de interpretar con la misma facilidad los cambios sutiles del cuerpo de su dueño.



Foto de la autora



Ayla, la gata a quien Pip salvó la vida, acurrucada sobre el cálido lomo lanudo de una oveja en un día de invierno (foto de la autora)



Luke, siempre a punto para jugar a pelota (foto de la autora)

AGRADECIMIENTOS



En la elaboración de este libro han incidido la inclinación de mi madre por los perros y el amor de mi padre por la literatura. Me siento sumamente agradecida por todo lo que mi padre, G. Clarke Bean, fue capaz de darme y por todo lo que mi madre, Pamela Bean, continúa brindándome.

Mis mentores académicos Jeffrey

Baylis y Charles Snowdon siguen siendo una fuente de inspiración y apoyo. Siempre estaré agradecida a ambos por todo lo que me han enseñado y por su capacidad para combinar el pensamiento crítico con su profundo amor e interés por los animales. También me siento muy agradecida al Departamento de Zoología de la Universidad de Wisconsin-Madison por el respaldo que me ha ofrecido durante mi investigación de doctorado y el que me brinda actualmente para impartir mi curso «La biología y la filosofía de las relaciones humano/animal».

No sé qué hice para merecer un

agente que es el sueño de todo autor, pero no encuentro palabras para expresar lo que han significado para mí la sabiduría y el apoyo de Jennifer Gates, de Zachary, Shuster y Harmsworth. Estoy igualmente agradecida a mi editora, Leslie Meredith, quien siempre demostró una fe incondicional en el libro y cuyo respaldo fue inestimable en muchas fases de su redacción. Un montón de besos para su perro, Dylan, con la promesa de próximos regalos para perritos cuando menos se lo espere. Mi sincero agradecimiento a Maureen O'Neal y a toda la gente de Ballantine

por su apoyo y su duro esfuerzo.

Este libro nunca podría haberse escrito sin el personal de Dog's Best Friend, Ltd. Sin la dedicación y la profesionalidad de Jackie Boland, Karen London, Aimee Moore y Denise Swedlund nunca habría sido capaz de dejar el despacho y escribir en casa todas las mañanas durante un largo tiempo. También estoy agradecida a todos los instructores y voluntarios de las clases de adiestramiento de perros de Dogs Best Friend, Ltd., quienes prácticamente todas las semanas del año educan con destreza y cariño a los animales que están en ambos extremos

de la correa.

Gran parte de las bondades de este libro se deben a los inteligentes comentarios de un grupo de amigos y colegas. Las opiniones ponderadas de Jeffrey Baylis, Jackie Boland, Ann Lindsey, Karen London, Beth Miller, Aimee Moore, Denise Swedlund y Charles Snowdon contribuyeron a mejorar sustancialmente el libro. También deseo expresar mi agradecimiento a Frans de Waal por revisar algunos de los capítulos sobre el comportamiento de los chimpancés y los bonobos, y a Steven Suomi por las conversaciones que hemos mantenido

acerca de la personalidad de los primates. He sido afortunada al contar con el interés y el apoyo de varias personas del Vilas County Zoo en Madison, Wisconsin. Asimismo, quiero dar las gracias en particular a Mary Schmidt y Jim Hubing por brindarme la oportunidad de charlar con sus chimpancés y con el orangután Mukah.

Nunca hubiese podido terminar este libro a tiempo sin el respaldo y la ayuda de amigos queridos durante la batalla que mi perro Luke libró contra un sarcoma del tejido blando. Dmitri Bilgere, Jackie Boland, Harriet Irwin, Patrick Mommaerts y Renee Ravetta me

ayudaron generosamente a trasladar diariamente a Luke al hospital de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Wisconsin-Madison para las sesiones de radioterapia. También quiero expresar mi agradecimiento por su capacidad y su apoyo durante esos difíciles momentos a cuatro veterinarios muy especiales: John Dally, de la clínica veterinaria River Valley; Christine Burgess, del hospital de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Wisconsin; Kim Conley, del Centro de Bienestar Animal Silver Springs, y Chris Bessent, doctor en medicina veterinaria y especialista en

medicina china.

Todos mis amigos de Vermont Valley Vixen deben saber lo especiales que son para mí los *brunches* mensuales; me siento eternamente agradecida por vivir en una zona rural rebosante de belleza y buenos amigos. Mis queridos amigos Dave y Julie Egger, Dmitri Bilgere, Karen Bloom, Karen Lasker, Beth Miller y Patrick Mommaerts fueron todos muy importantes a su manera y me considero una mujer afortunada por disfrutar de su amistad. Me siento igualmente afortunada por tener dos estupendas hermanas, Wendy Barker y Liza Piatt, que tanto me han ayudado y quienes, a

pesar de que vivamos alejadas, están siempre junto a mi corazón.

Estoy agradecida a Mary Vinson y a la Coulee Region Humane Society de La Crosse, Wisconsin, por su generosidad al haberme autorizado a utilizar fotografías del libro *Tails from the Heart* de Susan Fox con fotografías de Cathy Acherman. También doy las gracias a Frans de Waal por su generosidad al permitirme utilizar sus fotografías de chimpancés de los libros *Chimpanzee Politics* y *Peacemaking Among Primates*. Karen London merece también mi agradecimiento por sus contribuciones a la sección fotográfica

de este libro. Asimismo, debo expresar mi reconocimiento a la inestimable colaboración de Zachary Sauer en la investigación.

Un agradecimiento especial a la doctora Cecelia Soares, veterinaria y terapeuta matrimonial y familiar, quien amablemente aceptó compartir la frase «Al otro extremo de la correa», que es también el nombre de su empresa de asesoramiento. La doctora Soares participa en seminarios y brinda asesoramiento a veterinarios e integrantes de su equipo sobre comunicación y otros temas relacionados con el aspecto humano de

la práctica veterinaria.

No puedo expresar con palabras todo lo que me han enseñado los miles de perros, y sus dueños, con los que he trabajado; les doy las gracias por permitirme aprender y crecer junto con ellos. Deseo agradecer a una serie de adiestradores de perros y expertos en comportamiento canino dotados de un asombroso talento que a lo largo de los años me han ofrecido a mí y a muchos más sus conocimientos y su ejemplo: Carol Benjamín, Sheila Booth, William Campbell, Jean Donaldson, Donna Duford, Job Michael Evans, Ian Dunbar, Trish King, Karen Pryor, Pam Reid,

Terry Ryan, Pia Silvani, Sue Sternberg y Barbara Wodehouse. Menciono estos nombres con la absoluta seguridad de que recordaré cada uno de ellos cuando mi libro haya sido publicado. Donde quiera que estén, les hago llegar mi agradecimiento (y mis disculpas). Mis más sinceros deseos de éxito para Doug McConnell y Larry Meiller, mis copatrocinadores favoritos de siempre. También agradezco a Ricky Aaron, quien prácticamente no me ha enseñado nada sobre perros, porque me hizo reír cuando me llamó por teléfono para rogarme que mencionase su nombre.

 Mi amiga y colega Nancy Raffetto

merece un agradecimiento especial por haber tenido la visión y la valentía de unirse a mí en 1988 para formar la empresa Dog's Best Friend Training, Ltd. en un momento en que los especialistas en comportamiento animal aplicado eran prácticamente desconocidos. Si miro hacia atrás, sigue sorprendiéndome que dos doctoras, con una ignorancia casi absoluta sobre organización empresarial pero con un profundo conocimiento del comportamiento, lograsen montar la que es ahora una empresa próspera. Gracias por sortear conmigo las dificultades iniciales, porque nunca hubiese podido

hacerlo sola.

Mi agradecimiento y mi admiración a la gente de la revista *The BARK* («el *New Yorker*») de las revistas sobre perros) por ayudarme en la redacción de este libro y por sus prodigiosos esfuerzos para combinar la bella escritura con la pasión por los perros y sus humanos.

Mi enorme y afectuoso agradecimiento a mi querido amigo Jim Billings, cuya amistad, ayuda y erudición han sido vitales para mí durante el último año y medio.

Y por último, declaro mi amor y mi admiración por Luke, Tulip, Pip y

Lassie, cuatro admirables individuos que han mejorado y enriquecido mi vida más allá de lo imaginable.

BIBLIOGRAFÍA



Introducción

Una excelente fuente de información bien escrita y accesible sobre el comportamiento comparativo de chimpancés, bonobos y seres humanos son los libros del etólogo Frans de Waal, entre ellos *Chimpanzee Politics*, *Peacemaking Among Primates*, *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales* y *El*

simio y el aprendiz de sushi: reflexiones de un primatólogo sobre la cultura. Un exquisito libro de texto y fotografías sobre el bonobo, que incluye imágenes de bonobos tan parecidos a los humanos que resultan inquietantes, es *Bonobo: The Forgotten Ape* de Frans de Waal y Frans Lanting. Para una descripción fascinante del comportamiento de los gorilas (y del drama real de la lucha por conservarlos), recomiendo la lectura de *In the Kingdom of Gorillas* de Bill Weber y Amy Vedder.

A continuación se indican los datos de esos libros y de otros utilizados como fuentes bibliográficas para cada

parte del libro o que aparecen mencionados en ella.

Coppinger, R. y L. Coppinger (2004): *Perros: una nueva interpretación sobre su origen, comportamiento y evolución*. Alcobendas: Ateles Editores.

Delson, E. *et al.* (ed.) (2000): *Encyclopedia of Human Evolution and Prehistory*. 2.^a ed. Nueva York: Garland Publishing.

De Waal, Frans (1997): *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*. Barcelona: Editorial

Herder.

De Waal, Frans (1998): *Chimpanzee Politics, Power and Sex Among Apes*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

De Waal, Frans (1989): *Peacemaking Among Primates*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Diamond, Jared (1994): *El tercer chimpancé*. Pozuelo de Alarcón: Espasa-Calpe.

Gibson, Kathleen R. y Tim Ingold (1993): *Tools, Language and Cognition in Human Evolution*. Nueva York: Cambridge

University Press.

Harrington, Fred H. y Paul C. Paquet (ed.) (1992): *Wolves of the World: Perspectives of Behavior, Ecology and Conservation*. Park Ridge, NJ: Noyes Publications.

Ingold, Tim (ed.) (1994): *Companion Encyclopedia of Anthropology: Humanity, Culture and Social Life*. Nueva York: Routledge.

Jolly, Alison (1985): *The Evolution of Primate Behavior*, 2.^a ed. Nueva York: Macmillan Publishing Co.

Morris, Desmond (2000): *El mono desnudo*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.

Peoples, J. y G. Bailey (1997): *Humanity: An Introduction to Cultural Anthropology*. Belmont, Calif.: West/Wadsworth.

Serpell, James (ed.) (1995): *The Domestic Dog: Its Evolution, Behavior and Interactions with People*. Nueva York: Cambridge University Press.

Weber, Bill y Amy Vedder (2001): *In the Kingdom of Gorillas*. Nueva York: Simon and

Schuster.

Wills, Jo y Ian Robinson (2000):
*Bond for Life: Emotions Shared
by People and Their Pets.*
Minoeque, Wis.: Willow Creek
Press.

Capítulo 1: El mono imita lo que ve

Existe una gran cantidad de literatura sobre el comportamiento de los primates; por ese motivo animo a los lectores a conocer mejor la conducta de los humanos basada en el comportamiento de los primates a través

de lecturas, vídeos o búsquedas en la red. En Estados Unidos una de las mejores fuentes para obtener información sobre el comportamiento de los primates es la Primate Center Library de la Universidad de Wisconsin-Madison. Su página web es: www.primate.wisc.edu. Dos buenos textos introductorios sobre etología son *Animal Behavior: Mechanisms, Ecology and Evolution* de Drickamer, Vessey y Mickle, y *Perspectives on Animal Behavior* de Goodenough, McGuire y Wallace. A quien esté seriamente interesado en conocer mejor la conducta de los perros le resultará

útil obtener unos sólidos principios básicos sobre el estudio del comportamiento a través de la frecuentemente poco difundida ciencia de la etología.

Estos libros, y otras buenas fuentes para descripciones de las señales visuales de los primates y los cánidos, aparecen detallados a continuación:

Abrantes, Roger (1997): *Dog Language*. Estados Unidos: Wakan Tanka Publishers.

Darwin, Charles (1998): *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre*.

Madrid: Alianza Editorial.

De Waal, Frans (1997): *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*. Barcelona: Editorial Herder.

De Waal, Frans (1989): *Peacemaking Among Primates*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.

Drickamer, Lee C, Stephen H. Vesscy y Douglas Mickle (1995): *Animal Behavior: Mechanisms, Ecology and Evolution*. Nueva York: McGraw Hill.

Fox, Michael W. (1978): *The Dog*:

Its Domestication and Behavior.
Nueva York: Garland STMP
Press.

Goodall, Jane van Lawick (1971):
In the Shadow of Man. Boston:
Houghton Mifflin Company.

Goodenough, Judith, Betty McGuire
y Robert A. Wallace (2000):
*Perspectives on Animal
Behavior.* Nueva York: John
Wiley & Sons.

Jolly, Alison (1985): *The Evolution
of Primate Behavior.* 2.^a ed.
Nueva York: Macmillan
Publishing Co.

Kummer, Hans (1995): *In Quest of*

the Sacred Baboon: A Scientist's Journey. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Mech, David (1970): *The Wolf The Ecology and Behavior of an Endangered Species.* Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press.

Snowdon, Charles T. (pendiente de publicación): «Expression of Emotion in Nonhuman Animals». En *Handbook of Affective Science*, editado por R. J. Davidson, H. H. Goldsmith, y K. Scherer. Nueva York: Oxford University Press.

Strum, Shirley C. (1987): *Almost Human*. Nueva York: Random House.

Zimen, Erik (1982): «A Wolf Pack Sociogram». En *Wolves of the World: Perspectives of Behavior, Ecology and Conservation*, editado por Fred H. Harrington y Paul C. Paquet. Park Ridge, NJ: Noyes Publications.

A los lectores que estén interesados en ampliar sus conocimientos sobre el uso del clásico método para contrarrestar los condicionamientos en

el tratamiento de perros que temen el acercamiento de personas extrañas, como se describe brevemente en este capítulo en el caso de la perra Mitsy, se les advierte que no actúen sin haber aprendido a dominar el proceso. El método se describe de manera detallada en un folleto que escribí para mis clientes, *The Cautious Canine: How to Help Dogs Conquer Their Fears*, pero recomiendo a los dueños de perros profundamente tímidos o potencialmente agresivos que recurran al asesoramiento de profesionales experimentados antes de ponerlo en práctica, puesto que si el condicionamiento se realiza de modo

incorrecto sólo se conseguirá agravar el problema en lugar de resolverlo. A continuación se indican varias referencias que son buenas fuentes sobre la descripción del proceso y/o de los usos del clásico método para contrarrestar los condicionamientos.

Campbell, William (1975):
Behavior Problems in Dogs.
Santa Barbara, Calif.: American
Veterinary Publications.

Campbell, William E. (1995):
*Owner's Guide to Better
Behavior in Dogs*. 2.^a ed.
Loveland, Col.: Alpine Blue

Ribbon Books.

Dodman, Nicholas (1996): *The Dog Who Loved Too Much*. Nueva York: Bantam Books.

Hetts, Suzanne (1999): *Pet Behavior Protocols*. Lakewood, Col.: AAHA Press.

McConnell, Patricia B. (1998): *The Cautious Canine: How to Help Dogs Conquer Their Fears*. Black Earth, Wis.: Dogs Best Friend Training, Ltd.

Overall, Karen (1997): *Clinical Behavioral Medicine for Small Animals*. St. Louis, MO: Mosby.

Ryan, Terry (1998): *The Toolbox for*

Remodeling Your Problem Dog.
Nueva York: Howell Book
House.

Algunos de los libros más sorprendentes, con deliciosas historias acerca de perros pastores, son:

Billingham, Viv. (1984): *One Woman and Her Dog.*
Cambridge, Reino Unido:
Patrick Stephens.

Halsall, Eric (1980): *Sheepdogs: My Faithful Friends.*
Cambridge, Reino Unido:
Patrick Stephens.

McCaig, Donald (1998): *Eminent*

Dogs, Dangerous Men. Nueva York: Lyons Press.

Capítulo 2: Traducción del primate al canino

Los capítulos 2 y 3 se refieren a la manera en que podemos comunicarnos de modo más efectivo con nuestros perros; la comunicación efectiva es la clave para que se vea cumplida la aspiración de tener un perro bien educado. La siguiente lista de referencias incluye algunos de mis libros de adiestramiento preferidos. Recomiendo consultar más de uno y

prestar especial atención a las cuestiones en que todos los autores están de acuerdo. Hay muchísimos métodos diferentes para el adiestramiento de perros, como puede confirmar cualquiera que se haya dedicado a leer libros sobre el tema, pero existen algunos *conceptos* que todos coinciden en considerar esenciales para que el aprendizaje resulte fácil y divertido tanto para los humanos como para sus perros. Desoigan a los manuales que sugieren correctivos físicos como método básico de comunicación con su perro. Es cierto que en raras ocasiones yo corregiré físicamente a un perro, pero

sólo lo hago en casos muy especiales; saber cuándo y cómo usar un correctivo físico es una destreza avanzada que no deberían intentar los novatos. Casi siempre, la utilización del refuerzo positivo da resultados mucho más satisfactorios y resulta mucho más divertida para los humanos y los perros.

Si los lectores están interesados en ponerse en contacto con un terapeuta profesional especializado en comportamiento animal o con un entrenador de perros, pueden hacerlo por medio de la Animal Behavior Society en www.animalbehavior.org, la American Veterinary Society of Animal

Behavior a través de la American Veterinary Medical Association o la Association of Pet Dog Trainers en www.apdt.com.

Muchos de los libros incluidos en la siguiente lista son también excelentes fuentes para las señales visuales caninas que los dueños deben aprender a reconocer.

Booth, Sheila (1998): *Purely Positive Training: Companion to Competition*. Ridgefield, Conn.: Podium Publications.

Coren, Stanley (2000): *How to Speak Dog*. Nueva York: Free

Press.

Donaldson, Jean (2003): *El choque de culturas*. Cacheiras-Teo: KNS Ediciones.

Dunbar, Ian (1998): *How to Teach a New Dog Old Tricks*. Berkeley, Calif: James and Kenneth Publishers.

Kilcommons, Brian (1992): *Good Owners, Great Dogs: A Training Manual for Humans and Their Canine Companions*. Nueva York: Warners Books.

McAuliff, Claudeen E. (2001): *Lucy Won't Sit: How to Use Your Body, Mind and Voice for a*

Well-Behaved Dog Neosho,
Wis.: Kindness K-9 Dog
Behavior and Training.

McConnell, Patricia B. (1996):
Beginning Family Dog Training
Black Earth, Wis.: Dogs Best
Friend, Ltd.

Milani, Myrna (1986): *The Body
Language and Emotion of Dogs*.
Nueva York: Quill.

Reid, Pamela (1996): *Excel-erated
Learning: Explaining in Plain
English How Dogs Learn and
How Best to Teach Them*.
Oakland, Calif.: James and
Kenneth Publishers.

Rogerson, John (1991): *Understanding Your Dog*.
Londres: Popular Dogs
Publishing Co.

Rugas, Turid (1997): *On Talking
Terms with Dogs: Calming
Signals*. Kula, Hawaii: Legacy
By Mail.

Ryan, Terry (1998): *The Toolbox for
Remodeling Your Problem Dog*.
Nueva York: Howell Book
House.

Weston, David (1990): *Dog
Training: The Gentle Modern
Method*. Nueva York: Howell
Book House.

Los siguientes libros fueron fuentes importantes para este capítulo sobre señales visuales de los primates:

De Waal, Frans (1997): *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*. Barcelona: Editorial Herder.

De Waal, Frans (1998): *Chimpanzee Politics, Power and Sex Among Apes*. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press.

Goodall, Jane van Lawick (1971): *In the Shadow of Man*. Boston: Houghton Mifflin Company.

Snowdon, Charles T. (pendiente de publicación): «Expression of Emotion in Nonhuman Animals». En *Handbook of Affective Science*, editado por R. J. Davidson, H. H. Goldsmith y K. Scherer. Nueva York: Oxford University Press.

Strum, Shirley C. (1987): *Almost Human*. Nueva York: Random House.

Capítulo 3: Hablando uno con otro

Los libros sobre adiestramiento

enumerados en el Capítulo 2 contienen importante información sobre la mejor manera de usar la voz. En caso de que los lectores estén interesados en conocer más detalles sobre la utilización del sonido por los adiestradores de animales profesionales en la investigación para mi tesis, pueden consultar una fuente académica: *Animal Behavior* o *Perspectives in Ethology* (incluidos en la siguiente lista), o un artículo de gran difusión: «The Whistle Heard Round the World» en *Natural History*.

Las fuentes que se enumeran a continuación representan tan solo una

muestra de la vasta literatura sobre el comportamiento vocal de los animales. Un libro particularmente interesante para lectores no especializados sobre la utilización del sonido en los primates es *How Monkeys See The World* de Dorothy Cheney y Robert Seyfarth.

Los lectores que estén interesados en profundizar en el tema podrían disfrutar consultando la publicación de la Animal Behavior Society, *Animal Behaviour*. Casi todos los números contienen fascinantes artículos sobre el comportamiento vocal de especies seleccionadas, desde insectos hasta primates. (Se advierte a los lectores de

que se trata de una publicación académica y está escrita en un estilo erudito.) Para ver ejemplos de artículos, vayan a la página web de la sociedad, www.animalbehavior.org, y entren en Animal Behavior, o consulten la publicación en la biblioteca de la facultad o universidad de su zona.

Barfield, R. J., P. Auerbake, L. A. Geyer y T. K. McIntosh: «Ultrasonic Vocalizations in Rat Sexual Behavior». *American Zoologist* 19.

Berger, C. R. y P. de Battista (1993): «Communication and Plan

Adaptation: If at First You Don't Succeed, Say It Louder and Slower». *Communication Monographs* 60: 220-238.

Booth, Sheila (1998): *Purely Positive Training: Companion to Competition*. Ridgefield, Conn.: Podium Publications.

Cheney, Dorothy y Rober Seyfarth (1990): *How Monkeys See the World*. Chicago: University of Chicago Press.

Frost, April (1998): *Beyond Obedience: Training with Awareness for You and Your Dog*. Nueva York: Harmony

Books.

- Gibson, Kathleen R. y Tim Ingold (1993): *Tools, Language and Cognition in Human Evolution*. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.
- Goodall, Jane van Lawick (1971): *In the Shadow of Man*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Hirsh-Pasek, K. (1981): «Doggerel: Motherese in a New Context». *Journal of Child Language*, 9.
- Harrington, E. H. y L. D. Mech (1978): «Wolf Vocalization». En *Wolf and Man: Evolution in Parallel*, editado por R. L. Hall

y H. S. Sharp. Nueva York:
Academic Press.

Marler, P., A. Dufty y R. Pickett
(1986): «Vocal Communication
in the Domestic Chicken: II. Is a
Sender Sensitive to the Presence
and Nature of a Receiver?»
Animal Behaviour 43: 188-193.

McAuliffe, Claudeen E. (2001):
*Lucy Won't Sit: How to Use Your
Voice, Body, Mind and Voice for
a Well-Behaved Dog*. Neosho,
Wis.: Kindness K-9 Dog
Behavior and Training.

McConnell, Patricia B. (1990):
«Acoustic Structure and

Receiver Response In *Canis familiaris*». *Animal Behaviour* 39: 897-904.

McConnell, Patricia B. (1991): «Lessons from Animal Trainers: The Effect of Acoustic Structure on an Animals Response». En *Perspectives in Ethology*, vol. 9. editado por P. P. G. Bateson y Peter H. Kloper. Nueva York: Plenum Press.

McConnell, Patricia B. (1992): «Louder than Words». *AKC Gazette* 109 (mayo), n.º 5: 38-43. McConnell, Patricia B. (1988): «The Effect of Acoustic

Features on Receiver Response in Mammalian Communication». Dissertation: Madison, Wis.: University of Wisconsin-Madison.

McConnell, Patricia B. (1992): «The Whistle Heard Round the World». *Natural History* 101, n.º 10: 50-59.

McConnell, Patricia B. y Charles T. Snowdon (1986): «Vocal Interactions Between Unfamiliar Groups of Cotton-top Tamarins (*Saguinus oedipus oedipus*)» *Behavior* 97-3/4: 273-296.

Mitani, J. C. (1996): «African Ape

Vocal Behavior». En *Great Ape Societies*, editado por William McGrew, Linda Marchant y Toshisada Nishido. Nueva York: Cambridge University Press.

Morton, E. S. (1977): «On the Occurrence of Motivation-Structural Rules in Some Birds and Mammals Sounds». *American Naturalist* 3: 981.

Snowdon, Charles T. (pendiente de publicación): «Expression of Emotion in Nonhuman Animals». En *Handbook of Affective Science*, editado por R. J. Davidson, H. H. Goldsmith y K.

Scherer. Nueva York: Oxford University Press.

Capítulo 4: El planeta huele

En mi opinión, la mejor exposición sobre el sentido del olfato en los humanos está en el exquisito libro de Diane Ackerman *Una historia natural de los sentidos*. Después de leer su capítulo dedicado al olfato, nunca dará por descontado lo que le indique su nariz. Stanley Coren tiene un estupendo capítulo sobre el olfato en su libro *How to Speak Dog*. También se recomienda

el delicioso libro *Fun Nosework for Dogs*, de Roy Hunter, para que le ilustre acerca de todos los modos en que su perro puede asombrar a usted y a sus amigos con su nariz.

Ackerman, Diane (1992): *Una historia natural de los sentidos*.

Barcelona: Editorial Anagrama.

Bownds, M. Deric (1999): *The Biology of Mind*. Bethesda, Md.: Fitzgerald Science Press.

Budiansky, Stephen (2000): *The Truth About Dogs*. Nueva York: Viking Press.

Coren, Stanley (2000): *How to*

Speak Dog. Nueva York: Free Press.

Ganz, Sandy y Susan Boyd (1990): *Tracking from the Ground Up*. St. Louis, MO.: Show-Me Publications.

Gilling, Dick y Robin Brightwell (1982): *The Human Brain*. Londres: Orbis Publishing.

Hunter, Roy (1995): *Fun Nosework for Dogs*. Eliot, Me: Howl'n Moon Press.

Johnson, Glen R. (1977): *Tracking Dog Theory and Methods*. Roma, NY: Arner Publications.

Laska, M., A. Seibt y A. Weber

- (2000): «“Microsomatic”
Primates Revisited: Olfactory
Sensitivity in the Squirrel
Monkey». *Chemical Senses* 25:
47-53.
- MacKenzie, S. A. y J. A. Schultz
(1987): «Frequency of Back-
tacking in the Tracking Dog». *Applied Animal Behavior
Science* 17: 353-359.
- Sanders, William (1998):
Enthusiastic Tracking.
Stanwood, Wash.: Rime
Publications.
- Scott, John Paul y John L. Fuller
(1965): *Genetics and the Social*

Behavior of the Dog. Chicago: University of Chicago Press.

Steen, J. B. y E. Wilsson (1990): «How Do Dogs Determine the Direction of Tracks?». *Acta Physiologica Scandinavica* 139: 531-534.

Washabaug, Kate y Charles Snowdon (1998): «Chemical Communication of Reproductive Status in Female Cotton-top Tamarins (*Saguinus oedipus oedipus*)». *American Journal of Primatology* 45: 337-349.

Capítulo 5: Diversión y juego

Además de mis propias observaciones, las principales fuentes para la comparación de los juegos en los perros y los humanos son dos excelentes libros académicos: *Play and Exploration in Children and Animals* de Thomas G. Power y *Animal Play: Evolutionary, Comparative and Ecological Perspectives* editado por Marc Bekoff y John Byers. En la lista siguiente se incluyen esos libros y otros que han servido de fuente para este capítulo.

Bekoff, Marc y John A. Byers
(1998): *Animal Play:
Evolutionary, Comparative and
Ecological Perspectives*. Nueva
York: Cambridge University
Press.

Bolhuis, Johan J. y Jerry A. Hogan
(1999): *The Development of
Animal Behavior*. Oxford, Reino
Unido: Blackwell Publishers.

Budiansky, Stephen (1999):
Covenant of the Wild. New
Haven, Conn.: Yale University
Press.

Coppinger, R. y L. Coppinger

(2004): *Perros: una nueva interpretación sobre su origen, comportamiento y evolución*. Alcobendas: Ateles Editores.

Fiske, A (1884): *The Destiny of Man Viewed in Light of His Origin*. Boston: Houghton-Mifflin.

Hunter, Roy (1995): *Fun Nosework for Dogs*. Eliot, Maine: Howl'n Moon Press.

Itani, J. y A. Nishimura (1973): «The Study of Infrahuman Culture in Japan: A Review». En *Precultural Primate Behavior*, editado por E. W. Menzel. Basel:

Karger.

Power, Thomas G. (2000): *Play and Exploration in Children and Animals*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.

Capítulos 6 y 7: Compañeros y La verdad sobre el dominio

He combinado las notas de estos dos capítulos porque gran parte de la información académica sobre su contenido se halla en los mismos libros. Existe una amplia variedad de enfoques acerca de la naturaleza social de los

humanos, de otros primates, de los perros y de otros cánidos, desde hermosos relatos hasta resultados de investigaciones técnicas. Uno de mis libros literarios preferidos es el exquisitamente escrito *Pack of Two: The Intricate Bond Between People and Dogs* de Caroline Knapp. Elizabeth Marshall Thomas escribe bellas historias sobre perros, entre ellas *The Social Life of Dogs: The Grace of Canine Company*. Un libro fascinante sobre la relación histórica entre las personas y los perros es *Dogs: A Historical Journey* de Lloyd Wendt.

Para información científica sobre los

sistemas sociales en los primates recomendando *The Evolution of Primate Behavior* de Alison Jolly y *Primate Social Conflict* de William Mason y Sally Mendoza. Entre algunos de los muchos excelentes libros conocidos sobre el comportamiento de los primates se cuentan los escritos por Frans de Waal, Shirley Strum, Jane van Lawick Goodall, Bill Weber y Amy Vedder. Animo a los amantes de los perros a leer sobre el comportamiento de la especie que les interese porque resulta muy valioso analizar el comportamiento de cualquier animal individual en el marco de una perspectiva más amplia, de la

misma manera que no es posible conocer verdaderamente un árbol sin saber del bosque en el cual crece.

El problema a la hora de recomendar libros sobre el comportamiento de los primates reside en tener que elegir literalmente entre miles de fuentes. Lamento que el problema de recomendar libros buenos y con base científica sobre el comportamiento social de los perros sea el contrario. Por lo visto, la familiaridad alimenta el menosprecio porque las investigaciones académicas sobre el comportamiento de los perros son sorprendentemente escasas. (Por

ejemplo, se han hecho muy pocos trabajos sobre el análisis de las vocalizaciones de los perros domésticos, mientras que las vocalizaciones de los mirlos de ala roja se tratan en más de un millar de estudios publicados). Me alegra decir que esta tendencia comienza a invertirse. En los últimos años se han realizado algunas investigaciones sólidas sobre el comportamiento del perro doméstico. En la actualidad, el mejor libro con fundamentos científicos sobre el comportamiento de los perros es *The Domestic Dog: Its Evolution, Behaviour and Interactions with*

People de James Serpell. Stephen Budiansky escribió un interesante libro sobre nuestra relación con los perros, *The Truth About Dogs: An Inquiry into the Ancestry, Social Conventions, Mental Habits, and Moral Fiber of Canis familiaris*.

Hay un encantador libro de citas y fotografías, *Bond For Life: Emotions Shared by People and Their Pets*, que honra el salón de mi casa desde que lo recibí y que recomiendo vivamente. Por supuesto, existen muchísimos más libros, algunos de los cuales incluyo en la lista siguiente junto con las fuentes para información incluidas en los

capítulos.

Existen varios libros que presentan opiniones expresadas de manera contundente sobre las consecuencias de los criterios humanos de selección de los perros. Dos de los más recientes son *Dogs Best Friend: Annal of the Dog-Human Relationship* de Mark Derr y *Perros: una nueva interpretación sobre su origen, comportamiento y evolución* de Raymond y Lorna Coppinger. Para una perspectiva completamente diferente, vayan a la página web del American Kennel Club en www.akc.org.

A la página web del Wolf Park, en Indiana, puede accederse en

Beck, Alan M. (1973): *The Ecology of Stray Dogs: A Study of Free-Ranging Urban Animals*. Baltimore, Maryland: York Press.

Beck, Alan y Aaron Katcher (1992): *Los animals de compañía en nuestra vida: nuevas perspectivas*. Barcelona: Fundación Affinity.

Bekoff, Marc (ed.) (1978): *Coyote Biology, Behavior and Management*. New York Academic Press.

Bolhuis, Johan H. y Jerry A. Hogan (ed.) (1999): *The Development of Animal Behavior*. Oxford, Reino Unido: Blackwell Publishers.

Brazleton, T. Berry (1983): *Infants and Mothers: Differences in Development*. Nueva York: Delacorte Press.

Campbell, William E. (1995): *Owners's Guide to Better Behavior in Dogs*, 2.^a ed. Loveland, Col.: Alpine Blue Ribbon Books.

Delson, Eric, Ian Tattersall, John A. Van Couvering y Alison S.

- Brooks (ed.) (2000): *Encyclopedia of Human Evolution and Prehistory*. Nueva York: Garland Publishing.
- De Waal, Frans (1997): *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otros animales*. Barcelona: Editorial Herder.
- De Waal, Frans (1998): *Chimpanzee Politics, Power and Sex Among Apes*. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press.
- De Waal, Frans (1989): *Peacemaking Among Primates*. Cambridge, Mass.: Harvard

University Press.

Dodman, Nicholas H. (1996): *The Dog Who Loved Too Much*. Nueva York: Bantam Books.

Goodall, Jane van Lawick (1971): *In the Shadow of Man*. Boston: Houghton Mifflin Company.

Gould, Stephen Jay (1979): «Mickey Mouse Meets Konrad Lorenz». *Natural History* 88, n.º 5: 30-36.

Gould, Stephen Jay (1982): «A Biographical Homage to Mickey Mouse». Págs. 95-107, en *The Panda's Thumb*. Nueva York: W. W. Norton.

Harlow, Harry F. y Margaret K.

Harlow (1962): «Social Deprivation in Monkeys». *Scientific American* 207(5): 136-146.

Ingold, Tim (ed.) (1994): *Companion Encyclopedia of Anthropology: Humanity, Culture and Social Life*. Nueva York: Routledge.

Jolly, Allison (1985): *The Evolution of Primate Behavior*. 2.^a ed. Nueva York: Macmillan Publishing, Co.

Knapp, Caroline (1995): *Pack of Two: The Intricate Bond Between People and Dogs*.

Nueva York: Dial Press.

Llewellyn, Karl y E. Adamson
Hoebel (1941): *The Cheyenne
Way*. Norman, Okla.: University
of Oklahoma Press.

Mason, William A. y Sally P.
Mendoza, (ed.) (1993): *Primate
Social Conflict*. Albany, NY:
State University of New York
Press.

McConnell, Patricia B. (1998): *The
Cautious Canine: How to Help
Dogs Conquer Their Fears*.
Black Earth, Wis.: Dogs Best
Friend, Ltd.

McGrew, William C, Linda E

Marchant y Toshisada Nishida
(ed.) (1996): *Great Ape
Societies*. Nueva York:
Cambridge University Press.

Monks of New Skete (1978): *How to
Be Your Dogs Best Friend*.
Boston: Little, Brown and
Company.

Patterson, Francine (1992): *El gato
de Koko*. Madrid: Los Libros del
Comienzo.

Peoples, James y Garrick Bailey
(1997): *Humanity: An
Introduction to Cultural
Anthropology*. 4.^a ed. Belmont,
Calif.: Wadsworth Publishing

Co.

Ryan, Terry (1998): *The Toolbox for Remodeling Your Problem Dog*. Nueva York: Howell Book House.

Scott, John Paul y John L. Fuller (1965): *Genetics and the Social Behavior of the Dog* Chicago: University of Chicago Press.

Serpell, James (ed.) (1995): *The Domestic Dog: Its Evolution, Behaviour and Interactions with People*. Nueva York: Cambridge University Press.

Strum, Shirley C. (1987): *Almost Human: A Journey into the*

World of Baboons. Nueva York:
Random House.

Thomas, Elizabeth Marshall (2000):
*The Social Lives of Dogs: The
Grace of Canine Company*.
Nueva York: Pocket Books.

Walker, Peter (2001): *El arte
práctico del masaje infantil:
una guía sistemática de masajes
y ejercicios para bebés de 0 a 3
años*. Badalona: Editorial
Paidotribo.

Wendt, Lloyd M. (1996): *Dogs: A
Historical Journey*. Nueva York:
Howell Book House.

Wills, Jo y Ian Robinson (2000):

Bond for Life: Emotions Shared by People and Their Pets.
Minoeqa, Wis.: Willow Creek Press.

Zimen, Erik (1982): «A Wolf Pack Sociogram». Págs. 282-322 en *Wolves of the World*, editado por Fred H. Harrington y Paul C. Paquet. Park Ridge, NJ: Noyes Publications.

Capítulo 8: Perros pacientes y humanos sensatos

Puede encontrar una serie de opiniones

sobre el papel del «dominio» o del estatus social en relación con los problemas de comportamiento con su perro en los siguientes libros:

Dodman, Nicholas (1996): *The Dog Who Loved Too Much*. Nueva York: Bantam Books.

Donaldson, Jean (2003): *El choque de culturas*. Cacheiras-Teo: KNS Ediciones.

Dunbar, Ian (1998): *How to Teach a New Dog Old Tricks*. Berkeley, Calif.: James and Kenneth Publishers.

Hetts, Suzanne (1999): *Pet Behavior*

Protocols. Lakewood, Col.:
AAHA Press.

London, Karen L. y Patricia B.
McConnell (2001): *Feeling
Outnumbered? How to Manage
and Enjoy Your Multi-Dog
Household.* Black Earth, Wis.:
Dog's Best Friend, Ltd.

McConnell, Patricia B. (1996):
*Beginning Family Dog
Training.* Black Earth, Wis.:
Dog's Best Friend, Ltd.

McConnell, Patricia B. (1996): *How
to be Leader of the Pack and
Have Your Dog Love You for It.*
Black Earth, Wis.: Dog's Best

Friend, Ltd.

Overall, Karen (1997): *Clinical Behavioral Medicine for Small Animals*. St. Louis, MO: Mosby.

Wright, John C. y Judi Wright Lashnits (1999): *The Dog Who Would Be King*. Emmaus, Penn.: Rodale Press.

Capítulo 9: Personalidades

Quienes estén buscando un perro serían más afortunados si antes encontrasen a un adiestrador de perros o a un terapeuta especializado en comportamiento animal

con experiencia para ayudarles a evaluar la personalidad de su probable nueva mascota. Un poco de experiencia puede servir de mucho cuando se trata de hacer predicciones sobre el comportamiento en otro entorno de un perro procedente de un ambiente determinado. El conocimiento de las características generales de una raza puede resultar útil cuando se busca un «pura raza», pero existen millones de perros estupendos que no son de raza pura y, como se dijo en el capítulo, en cualquier caso no todos los perros leen libros.

Aunque la mayoría de las normas

para los perros de pura raza registrados en el American Kennel Club se refieren a los rasgos físicos, a veces la lectura minuciosa de los patrones de los clubes de criadores puede ofrecer información sobre la personalidad genérica de muchos ejemplares de la raza. (Debe tenerse en cuenta que el American Kennel Club es una de las numerosas instituciones que llevan un registro de la genealogía canina. Sin lugar a dudas, es el registro más importante, pero los «certificados» de la AKC, igual que los de otros registros, son simplemente una lista de los antepasados de un perro, lo cual no es ninguna garantía de calidad).

Las normas referidas a la raza y las descripciones siempre deben tomarse con cautela. En general, son elaboradas por personas que prefieren esa raza por encima de otras y suelen estar redactadas como si cada ejemplar de esa raza fuese un clon de los demás. Sin embargo, cuando una norma o una descripción de raza dice «esquivo en presencia de extraños», vaya con cuidado. Es probable que esa raza no sea la más apropiada para alguien que recibe muchas visitas, a menos que dé con uno de esos perros que no han leído la descripción de la raza a la que pertenecen.

El libro que describe mejor las razas de perros es *The Atlas of Dog Breeds of the World* de Bonnie Wilcox y Chris Walkowicz. Ha sido actualizado recientemente y contiene la descripción más detallada de miles de razas de perros, además de información útil sobre su origen. Preste especial atención al origen de una raza; seleccionar a un mastín tibetano, que fue criado para trabajar en completo aislamiento de los humanos y para mostrarse naturalmente receloso ante la presencia de otros perros, quizás no sea muy afortunado en una familia con muchos niños alborotadores. Si busca asesoramiento

para averiguar primero cuál es la raza adecuada y después cuál es el perro perteneciente a la misma más conveniente en su caso, lo mejor que puede hacer es comenzar con libros y consultas en la red; a continuación, pase rápidamente a los encuentros directos con tantos perros y sus correspondientes humanos como le sea posible.

No descarte la posibilidad de pensar seriamente en un «perro cruzado». El simple hecho de que un animal no tenga «certificados» no significa que no sea un buen perro. Haga lo que haga, actúe a conciencia y evite la compra en respuesta a un impulso que tantos

quebrantos y sufrimientos causa a las personas y a los perros.

Campbell, William (1975): *Behavior Problems in Dogs*. Santa Barbara, Calif.: American Veterinary Publications.

De Waal, Frans (1998): *Chimpanzee Politics, Power and Sex Among Apes*. Baltimore, Md.: Johns Hopkins University Press.

Etcoff, Nancy (2000): *La supervivencia de los más guapos*. Barcelona: Editorial Debate.

Karsh, Eileen B. y Dennis C. Turner

(1990): «The Human-Cat Relationship». En *The Domestic Cat: The Biology of Its Behavior*, editado por Dennis C. Turner y Patrick Bateson. Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press.

Scott, John Paul y John L. Fuller (1965): *Genetics and the Social Behavior of the Dog: The Class Study*. Chicago: University of Chicago Press.

Strum, Shirley C. (1987): *Almost Human*. Nueva York: Random House.

Suomi, Stephen J. (1998): *Genetic*

and Environmental Factors Influencing Serotonergic Functioning and the Expression of Impulsive Aggression in Rhesus Monkeys. Conferencia: Congreso Italiano de Psiquiatría Biológica, Nápoles, Italia.

Suomi, Stephen J. (2001): *How Gene-Environment Interactions Can Shape the Development of Socioemotional Regulation in Rhesus Monkeys.* Mesa redonda: Regulación socioemocional, dimensiones, desarrollo, tendencias e influencias, Johnson and Johnson Pediatric Round

Table, Palm Beach, Fl.

Wilcox, Bonnie y Chris Walkowicz (1989): *The Atlas of Dog Breeds of the World*. Neptune City, NJ: T. F. H. Publications.

Zimbardo, Philip G (1977): *Shyness: What It Is, What to Do About It*. Reading, Mass.: Addison-Wesley.

Capítulo 10: Amor y pérdida

En su libro *Mentes salvajes: ¿qué piensan los animales?*, Marc Hauser incluye una interesante exposición sobre

los animales que sufren la pérdida de un compañero social que me resultó útil cuando estuve trabajando en este capítulo. Se trata de un libro bien escrito que realiza un buen trabajo al presentar una síntesis de gran parte de la investigación sobre cognición dirigida a los amantes de los animales que no son investigadores.

La página web de White Horse Farm, desde donde Andy Beck informó sobre el extraño comportamiento de «duelo en grupo» en una manada de caballos, es www.equine-behavior.com.

Un libro particularmente bueno sobre la manera de afrontar la muerte de

una mascota es *Crossing the Rubicon* de Julie Kaufman. También aconsejo *It's OK to Cry*, un libro de relatos contados por los dueños de mascotas que han perdido a un animal querido. Los autores recomiendan leer sólo unas pocas historias a la vez; es un buen consejo, porque si usted se parece a mí se pondrá a llorar con tan sólo leer algunas páginas.

La información detallada sobre éstas y otras referencias relativas a este capítulo es la siguiente:

Beston, Henry (1992): *The Outermost House: A Year of Life*

on the Great Beach of Cape Cod. Nueva York: Henry Holt.

Harrington, Fred H. y Paul C. Paquet (ed.) (1992): *Wolves of the World: Perspectives of Behavior, Ecology and Conservation.* Park Ridge, NJ: Noyes Publications.

Hauser, Marc D. (2004): *Mentes salvajes: ¿qué piensan los animales?* Barcelona: Ediciones Granica.

Kaufman, Julie (1999): *Crossing the Rubicon: Celebrating the Human-Animal Bond in Life and Death.* Cottage Grove, Wis.:

Xenophon Publications.

Kay, William J. *et al.* (1984): *Pet Loss and Human Bereavement*. Ames, Iowa: Iowa State University Press.

Quintana, Maria Luz, Shari L. Veleba, y Harley King (1998): *It's OK to Cry*. Perrysburg, Oh.: K & K Communications.



La doctora Patricia B. McConnell es profesora de zoología en la Universidad de Wisconsin-Madison y terapeuta especializada en comportamiento animal, además de una conferenciante sumamente conocida en todo el país. Su empresa, Dog's Best Friend Ltd., está

especializada en el adiestramiento de perros y el tratamiento de casos de comportamiento agresivo. Es copatrocinadora de «Calling All Pets», un programa de asesoramiento sobre el comportamiento de los animales que se emite en más de un centenar de emisoras de radio públicas, y fue la terapeuta en comportamiento animal del programa «Petline», de Animal Planet. Trabaja diariamente con cuatro perros (tres border collies y un gran pirineo) en su granja de ovejas en las afueras de Madison. Su página web es www.dogbestfriendtraining.com.

Notas

[1] Esto puede parecer exagerado, pero pregunte a cualquier criador que espera impaciente el nacimiento de los cachorros lo estrechamente unido que se siente a su perra en esos momentos y lo apegado a él que se muestra su perra justo antes del parto. <<

[2] Sin embargo, el cruce de perros con lobos puede causar innumerables problemas biológicos y es una práctica que desaconsejo vivamente. <<

[3] Existen dos especies de primates a los que solía llamarse *chimpancés*. Los chimpancés comunes (*Pan troglodytes*) son los de mayor tamaño y los mejor conocidos de estas dos especies; ésta es la especie que estudió Jane Goodall. Como es norma, me referiré a ellos llamándolos *chimpancés*. Los integrantes de la otra especie, a veces llamados *chimpancés pigmeos*, se denominan actualmente *bonobos* (*Pan paniscus*). Los bonobos son más pequeños, más hábiles para caminar sobre las dos patas traseras que los chimpancés y se aparean tan a menudo

que gran parte de su comportamiento no puede mostrarse en los documentales sobre la naturaleza que se emiten por televisión. Y eso es mucho decir, teniendo en cuenta lo que nuestra especie hace en televisión. <<

[4] Amy Vedder es una heroína casi desconocida que, junto con su marido, Bill Weber, merece el mayor reconocimiento por su labor en favor de la conservación de los gorilas de montaña en Ruanda. Su fascinante historia puede leerse en el libro *In the Kingdom of Gorillas*. <<

[5] Hice un doctorado en zoología, mi especialización secundaria es la psicología y mi campo de trabajo es la etología, o sea, el estudio del comportamiento animal <<

[6] He dado clases sobre adiestramiento de perros durante más de doce años. <<

[7] El total de los 24 perros se dividía en grupos de cuatro que pertenecían a seis carnadas de razas diferentes: beagle, cavalier king charles spaniel, border collie, pastores australianos, schnauzer miniatura y dálmata. <<

[8] Si los perros son muy amigos entonces, igual que los humanos, permiten libertades sociales que nunca aceptarían de parte de extraños; por eso, a veces verá perros que son grandes amigos quebrantando todas las normas de las ceremonias caninas del saludo.

<<

[9] Si en alguna ocasión su perro ha amenazado a un extraño, no intente realizar esta prueba sin la debida formación realizada por un profesional con experiencia. <<

[10] A propósito, ahora suelto a cada perro en la puerta pronunciando su nombre con voz cantarina. De esa manera los perros sólo tardan uno o dos días en aprender lo que deben hacer. ¡Qué alivio! <<

[11] En los lobos adultos se oye comúnmente el aullido, que actúa para comunicar el lugar en que se encuentra la manada. También cumple una función para mantener la cohesión del grupo, algo que me parece similar al papel que desempeña el canto en las iglesias o las salmodias tribales antes de salir de cacería. <<

[12] He visto a algunos perros que, irritados por el ladrido de otro perro, se han abalanzado sobre éste y le han propinado un mordisco disciplinario en el hocico. Una vez que el perro molesto deja de ladrar, el partidario de la disciplina vuelve a situarse tranquilamente junto a él. Por supuesto, no puedo estar segura de su verdadera intención, pero observe que estos tipos de «vigilantes» nunca ladran al otro perro; su reacción es silenciosa, a diferencia de la ruidosa de los humanos.

<<

[13] Charles Snowdon ha descubierto que a medida que aumenta la excitación de los monos títi la estructura de la nota del chillido cambia tanto como la velocidad con que lo emiten. <<

[14] Si todos los días una mujer huele algo que ha absorbido el olor de la axila de otra, al cabo de tres meses comenzará a menstruar al mismo tiempo que la mujer cuya prenda ha olido. <<

[15] En el ganado, los caballos y los perros salvajes o fieros las manchas blancas en el pelo tienden a desaparecer, por lo que a la distancia se ven de un color marrón o negro uniforme. Sus parientes domesticados, como las vacas Holstein, los caballos pinto y los springer spaniels, suelen tener la misma piel moteada que Belyaev desarrolló sin proponérselo en sus zorros «domesticados». <<

[16] Los informes del científico Gordon Burghardt sobre tortugas en cautiverio que jugaban con pelotas de baloncesto han abierto una interesante vía de investigación acerca de la posibilidad de juegos con objetos entre los reptiles.

<<

[17] Sólo los chimpancés de determinadas zonas han desarrollado esta habilidad, que según los estudios realizados por humanos es sumamente difícil de poner en práctica con éxito.

<<

[18] Pero tampoco he visto ninguna buena investigación sobre las diferencias entre sexos en lo que respecta al juego en perros domésticos. Llama la atención la escasa investigación que existe sobre el comportamiento de los perros domésticos comparado con el de sus primos, los cánidos salvajes. <<

[19] Los mordiscos están excluidos incluso cuando se lucha en serio, como en los combates de boxeo; Mike Tyson fue sancionado por morder a Evander Holyfield en el ring. <<

[20] En el Capítulo 8 se incluyen algunas de las sugerencias que siguió Mary para mejorar el comportamiento de Calvin, especialmente hacia ella. La explicación completa de todo lo que hizo Mary requeriría un libro aparte. <<

[21] Trabajé con adolescentes problemáticos durante unos años y descubrí que los humanos jóvenes mostraban la misma tendencia a volverse tímidos o hipersensibles durante las edades equivalentes. <<

[22] *Newsweek* informó que Newt Gingrich dijo que utilizó el libro *Chimpanzee Politics* como modelo para asumir el control de la Cámara de Diputados. <<

[23] A veces, el rechazo a las caricias puede indicar que un perro tiene un problema médico que requiere atención, por lo que es necesario asegurarse de eliminar la causa física si su perro no tolera los mimos. <<

[24] Distinguen sonidos y formas tras las primeras semanas de vida. <<

[25] Por una serie de razones, resulta sumamente difícil conseguir el cierre de las granjas de perros. De momento, la mejor manera en que los amantes de los perros pueden contribuir a sacarlos de este negocio es asegurarse de que nunca compren un cachorro que ha sido criado en uno de estos sitios. Consulte el apartado siguiente para asesorarse sobre la manera de evitarlos. <<

[26] Los agentes son personas que actúan como intermediarios en grandes operaciones comerciales con perros, a menudo haciéndose pasar por amantes de los perros domésticos que «por casualidad» tienen algunos cachorros en el patio trasero de su casa. <<

[27] He preguntado en varias tiendas de mascotas qué hacen con los perros y los gatos que no se venden y me respondieron que los animales siempre terminan encontrando un hogar, algo que, puesto que yo también pertenezco a este sector de actividad, me resulta difícil de creer. <<

[28] No es que no me gusten las características de muchas de las razas braquicefálicas: me he enamorado de innumerables pugs y bulldogs, y sé que sus dueños también los aman entrañablemente. Pero aunque resulte un poco penoso, es importante analizar el efecto que tenemos sobre los perros domésticos con la mayor objetividad posible. <<

[29] Éste es un ejercicio peligroso con algunos perros y sólo recomiendo que lo pongan en práctica adiestradores y terapeutas del comportamiento animal con experiencia. <<

[30] Bueno, tal vez lo hubiesen hecho, dada la reputación de esquivada que tiene la reina, pero en ese caso no se habría dicho que la soberana había infringido una norma social. <<

[31] Esta distinción no es tan simple como los científicos suelen pensar: estudios recientes sugieren que un sorprendente número de crías es el resultado de copulaciones «furtivas», excepcionalmente silenciosas, entre una hembra y un macho de rango inferior. Se sabe que los acoplamientos de hembras y machos de rango inferior se producen detrás de una roca y en silencio; también se sabe que los machos de rango inferior cubren sus erecciones cuando pueden verlos los machos de rango superior. <<

[32] Existen otras razones por las cuales los bonobos aparecen tan poco en televisión: son animales en peligro de extinción que viven en zonas remotas, por lo que es muy difícil seguirles el rastro en la jungla. La agresión humana en forma de guerra civil ha hecho aún más difícil para los investigadores y los fotógrafos estudiar y filmar esta fascinante especie. <<

[33] No quiero simplificar excesivamente esta cuestión: los sistemas sociales en las especies de los primates son sumamente variables. Algunas especies, como los monos de la India, tienen jerarquías estrictas, casi despóticas, y otras, como los muriquis y los monos tití, son bastante igualitarias. <<

[34] En los animales ungulados el papel de «líder» suele corresponder a una hembra de estatus elevado, mientras que el macho dominante mantiene unido al grupo y lo «defiende» de otros machos. No lo protege necesariamente del peligro —aunque también podría hacerlo—, sino que se puede contar con él para defender su derecho a tenerlas a todas para sí mismo. El semental de los machos dominantes puede obligar a la hembra líder a permanecer con la manada y a dejar a otro semental, pero respetará las decisiones de ella sobre el lugar al que irán a pastar. <<

[35] Véase el libro *Dogs*, de Raymond and Lorna Coppinger, para conocer con mayores detalles esta interesante hipótesis, también propuesta por Robert Wayne en la UCLA. <<

[36] Elizabeth Marshall Thomas utiliza la frase «Perra Hembra Única» en su libro *The Social Life of Dogs*. La definición me gustó tanto que decidí emplearla aquí. <<

[37] Sin embargo, existen algunos perros que están dispuestos a pagar cualquier precio por imponer su rango más elevado sobre otro perro, mientras que otros disfrutan peleando por simple gusto. Pongo especial cuidado en evitar que algunos de mis perros se relacionen con cualquiera de estos dos tipos de animales. <<

[38] No suponga que el estatus social explica siempre semejante comportamiento. Algunos perros se comportan de la misma manera cuando están doloridos y pueden protegerse si son ellos quienes inician el contacto pero no si la iniciativa es suya. <<

[39] Esto sería mucho más fácil si desapareciese la tendencia a convertir los perros trabajadores y pastores (border collies y blue heelers, por citar sólo dos) en mascotas domésticas. Los border collies, debido a su tamaño medio y a su disposición para el trabajo en equipo, son mascotas cada vez más populares, pero son tan poco aptos para la mayoría de los hogares como las cabras montesas. Fueron criados para trabajar en el escarpado terreno de Escocia, corriendo todo el día por extensas laderas montañosas cuyas verdes pendientes alegran el corazón

(aunque las piernas se resientan de ello). Si cuando vuelve a su casa del trabajo no está en condiciones de ponerse unos tejanos y salir con su perro a algún lugar donde el animal pueda correr libremente y sin peligros durante un par de horas, no elija un border collie. A un border collie no le basta con olfatear conejos mientras usted trabaja en el jardín. Para mantenerse sanos estos perros necesitan correr durante horas y usar sus cerebros inteligentes para resolver problemas. La cantidad de border collies histéricos, gruñidores e inquietos que veo en mi consulta resulta abrumadora y casi todos ellos estarían bien si viviesen en lugares

en los que pudiesen ejercitar sus mentes
y sus cuerpos en las tareas para las que
fueron criados. <<

[40] El tema de la enseñanza de modales a los perros cuando se reciben visitas en la puerta ha generado controversia en el mundo del adiestramiento canino. Quién sale primero a la puerta es algo importante en las interacciones sociales humanas y algunas personas piensan que también lo es para los perros, mientras que otros adiestradores y terapeutas del comportamiento no creen que sea así. Sabemos que las puertas de entrada son importantes para los humanos: solemos dejar que pasen primero las personas merecedoras de mayor respeto. Después de haber oído a centenares de clientes

describir peleas de perros en las puertas de entrada, me atrevo a conjeturar que se trata de una cuestión que *tiene* cierta relevancia social para los perros. De lo que estoy segura es de que la recepción en la puerta de entrada es otra situación en la cual los perros pueden aprender a controlar su excitación o por el contrario permitir que se impongan sus emociones. <<

[41] Numerosos adiestradores de perros confiesan avergonzados que permiten a sus perros que salten sobre ellos; es mucho más fácil que inclinarse para acariciarlos. La mayoría de los adiestradores enseñamos a nuestros clientes a no permitir ese comportamiento porque resulta difícil enseñar a un perro que puede saltar en algunas ocasiones pero no en otras. Mis propios perros saltarán para saludarle y apoyar sus patas sobre sus hombros si usted dice «Sé malo», pero no lo harán a menos que se lo pida. Pienso que es lo ideal, pero requiere cierto

adiestramiento serio. <<

[42] Prácticamente no existe ningún consejo que dé resultados con todos los perros. Lo mejor que puede hacer alguien que da consejos en un espacio limitado es tratar de ofrecer una indicación que funcione en la mayoría de los casos la mayor parte de las veces.

<<

[43] En esta raza también las hembras tienen cuernos. <<

[44] A partir de la lectura de estos párrafos podría interpretarse que mis ovejas son excepcionalmente agresivas, algo así como un rebaño mutante de enloquecidas y peligrosas bestias peludas. Pero los incidentes dramáticos que describo destacan entre mis recuerdos precisamente por ser muy raros. Crío ovejas desde hace dieciséis años y durante la mayor parte de ese tiempo han sido unos animales plácidos y pacíficos que da gusto tener. <<

[45] Por cierto, otra evidencia del carácter ubicuo de los «líderes benevolentes» y de los «aspirantes a alfa». <<

[46] Incluyendo los antecedentes genéticos, la fisiología hormonal, la química cerebral, los efectos de la primera fase del desarrollo y el aprendizaje, por citar sólo algunos. <<

[47] Mejor aún, si hay otra carnada de la misma raza, hable con los dueños de esos perros. <<

[48] Por ese motivo los buenos adiestradores y terapeutas en comportamiento animal aplicado prefieren siempre ver a sus clientes en su propia casa, aunque a ellos les resulte más problemático y a sus clientes les salga más caro. <<

[49] Si realoja a un perro, nunca lo haga gratis. Si las personas que lo quieren no pueden permitirse gastar 75 dólares para comprarse un perro tampoco estarán en condiciones de suministrarle lo que necesita. Si *pueden* permitírselo pero no están dispuestas a pagar, entonces están dando a entender que el perro no les importa mucho y, por lo tanto, no se lo merecen. Siempre debe hablar primero por teléfono con las personas interesadas y, antes de entregarles el perro, insista en conocer la casa a la que irá a vivir el animal. De esa manera tendrá oportunidad de hacerse una buena

idea de cómo son los probables dueños
y podrá decidir si piensa que el animal
será feliz en esa casa. <<

[50] El parto había sido mediante cesárea y supongo que amamantar a las crías le producía un irritante dolor en la herida, aunque insisto en que no es más que una suposición. <<